

Selección RNR

BELA MARBEL

Te tengo
en mi piel



Romance Actual

Te tengo en mi piel

Bela Marbel



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

PRÓLOGO

Byron pensó que lo más difícil ya estaba hecho. Sí, lo llevó a cabo casi sin pensar, fue una cuestión de reacciones. No pudo soportar ver ese gesto de dolor en su hermoso rostro.

Era evidente que Candy se sentía aterrada ante la idea de volver a caer en el barro... Como aquella vez, cuando él supo que era suya, y maldita gracia que le hizo. No podía seguir luchando, no era capaz, aunque en su fuero interno quisiera hacerlo con todas sus fuerzas.

Y cuando probó su sabor, se acabó toda su vida tal y como la conocía hasta ese momento.

Había repasado esa escena una y otra vez y hasta él estaba de acuerdo con Nat en que se había comportado como un cerdo machista, y no es que lo fuera, pero sí era alguien acostumbrado a hacer lo que le venía en gana. En ese momento había querido cerrarle la boca a Candy, pero no había esperado la reacción de ella; ese miedo mezclado con deseo y algo más, una pasión salvaje que se guardaba para sí dentro de aquella fachada de princesa pálida.

La mirada cargada de terror y furia era la misma que distinguía en su rostro inmaculadamente maquillado en ese momento. Había algo en ella que lo obligaba a actuar.

La boda de George y Nat era íntima, apenas la familia, algunos amigos y trabajadores. Y Candy.

Él no esperaba que tuviera el valor de asistir; su exnovio se casaba con la española, a la que ella odiaba. Pero Candy, su Candy, se había presentado con Mark, nada menos.

Mark, el gran amigo de George; su voz de la conciencia. El Santo, como le llamaban ellos. Las chicas lo adoraban y siempre ponía cordura en sus vidas. Incluso estuvo a punto de morir por defender a su amigo y eso él lo valoraba por

encima de todo, pero lo conocía lo suficiente como para saber que la rubia no le interesaba de ese modo.

Y aunque así fuera, no iba a ser suya. Desde luego, Candy había demostrado que los tenía bien puestos. Pero en esos momentos, con el tacón clavado en el barro y a punto de caer al suelo delante de los invitados, toda esa fachada de dignidad pendía de un hilo.

Mark no andaba cerca, pasaban los minutos y Candy no se movía, suponía que por miedo a terminar por tierra, y su cara reflejaba mucha más angustia de la que la escena describía.

Lo iba a hacer; iba a salvarla y, de paso, a morir en el intento.

Fue hasta el lugar en el que había dejado su quad, se subió y se encaminó hacia el mismo centro de la celebración. Varias mesas volcaron a su paso, oía a la gente maldecir y llamarle loco, pero sin reducir la velocidad, agarró a su presa por la cintura y la montó sobre sus rodillas, desapareciendo de la fiesta.

En apenas tres minutos había declarado una guerra, y la persona a la que había salvado no estaba precisamente contenta.

Al llegar al lago paró el motor del vehículo. Candy intentó saltar de entre sus brazos, pero eran fuertes y poderosos y la sujetaban contra él mientras lloraba y se debatía en una lucha que había perdido antes de empezarla; no solo por la fuerza del hombre, sino por sus propios sentimientos.

—Tienes dos minutos para desahogar tu frustración —la amenazó sin piedad—. Después voy a hacer que te olvides hasta de tu nombre y espero que no vuelvas a pensar en él en esos términos. No quiero tener que matarlo.

—¡Déjame! ¡Suéltame! Quiero... quiero... —Ella siguió peleando, aun sin saber qué quería exactamente.

No la dejó terminar. El indio enredó la tosca mano en su sedoso cabello y tiró de él hasta dejar la blanquísima garganta completamente expuesta para lamerla de abajo a arriba hasta llegar a la boca, que intentaba, con poco éxito, inhalar algo de aire que llevarse a los pulmones.

—Te queda un minuto. Lloro, patalea, grita... Después se acabó. No más George, ¡nunca!

—Tú no puedes decirme a quién querer. No puedes obligarme. Tú... tú... —Intentaba articular las palabras mientras él deslizaba la otra mano por su espalda, para introducirla con habilidad bajo el vestido.

Ella seguía aferrada a su chaqueta y se dejaba hacer al mismo tiempo que intentaba protestar.

—Eso es, princesa. Yo. Yo. Así me gusta. Te quedan treinta segundos. Yo que tú, saldría corriendo.

Ella también lo habría hecho. Sabía que tenía que hacerlo, pero, por algún motivo no podía moverse de donde estaba. No quería perder el amparo de ese duro cuerpo. La realidad la golpeó como un puñetazo; quería tener dentro ese duro cuerpo.

—Se acabó el tiempo —la informó, a la vez que bajaba la mano hasta sus nalgas y las apretaba con fuerza.

No la estaba besando a pesar de que su boca se empeñaba en buscarlo, entreabierta y dispuesta. Con un hábil movimiento, él la colocó a horcajadas encima de su propio regazo. Sintió un ramalazo de placer al notar la protuberancia que él restregaba con descaro contra su sexo.

—Me asustas —gimió ella.

—Mejor. —Y se lanzó a su boca, casi engulléndola.

Nunca la habían besado de esa forma. Era brutal, exigente, primitivo... salvaje. «Su salvaje». No, estaba loca. No podía pensar en él en esos términos. Se sentía confundida, asustada y él estaba aprovechándose, decidió. «Sí, pensando así se sentía mejor con su conciencia».

—Cuando se enteren de que me has secuestrado y me estás forzando, mi familia te va a matar —lo amenazó, mientras levantaba el trasero y dejaba que él le arrancara el fino tanga rojo de un tirón.

—Los estaré esperando.

Los dedos de él vagaron entre sus nalgas. Sin darse cuenta se tensó ante el placer que le proporcionó descubrir que deseaba que él siguiera explorando aquella sensación, desconocida para ella. Y lo hizo, al tiempo que soltaba su cabello y bajaba por la garganta la mano con que lo aferraba, llegando hasta el pecho, que tomó con la palma, rozando el pezón con el pulgar, que estaba rosa, duro y apetecible. Luego se lo metió en la boca, chupó y tiró de él hasta que ella no pudo evitar gemir y arquearse contra él.

El deseo que sintió fue brutal, devastador. No sabía que podía sentir tanto placer con aquella caricia prohibida, con esa forma de tocar... Tan duro, tan áspero, tan fuerte...

Le gustaba. Le gustaba mucho. Si solo apretara un poco más, podría correrse en ese mismo instante.

Él la había hechizado, estaba claro. Ella era modosita, más bien tímida en cuestiones de sexo, y esas cosas le daban vergüenza. Se odió por sentirse tan

excitada y necesitada por culpa de un maldito salvaje que la trataba como a una...

—Eres un bruto. George siempre fue dulce...

Una fuerte palmada resonó contra su trasero. El picor la puso tan al límite del abismo del placer que la enfureció.

—Si vuelves a nombrar a otro hombre mientras estás conmigo, te pondré este hermoso y redondo culo como un tomate —la amenazó.

Ella se movió como una gatita y, despacio, con delicadeza, le pasó la mano por la cintura. Pero, en un rápido movimiento, se hizo con el cuchillo que él siempre llevaba en la parte de atrás del cinturón y se lo apretó contra la garganta. Alzó las cejas mientras sonreía con gesto ganador al tiempo que, con la otra mano, se enredaba el oscuro y largo cabello de Byron en el brazo y tiraba de él.

—Si vuelves a amenazarme conseguiré que te arranquen esta linda cabellera de la manera más dolorosa posible.

—Ya sabía yo que en algún rincón de ese oscuro corazón tuyo retenías a la pantera que en realidad eres.

Él le agarró la muñeca y la empujó hasta dejarla tumbada contra el depósito de la moto mientras que, con la otra mano, le quitaba el cuchillo. Luego se irguió sobre ella, deshaciéndose de la chaqueta y la camisa, para pasar la afilada punta del Comanche 440 por entre sus pechos, haciendo saltar los pequeños botones que unían el vestido hasta que los senos quedaron completamente expuestos.

Clavó la navaja en el suelo de un golpe de muñeca y se bajó la cremallera de los pantalones. Casi sin darle tiempo, ella subió las piernas y las enroscó alrededor de sus caderas.

—La próxima vez escoge el que llevo en la bota. Con el abrecartas no podrías arrancarme ni un mechón de recuerdo.

Ella pensó que podría morir de placer en ese mismo instante. Nunca había sentido algo parecido al fuego que ahora mismo corroía sus entrañas. Jamás la necesidad de ser poseída había sido tan apremiante; lo necesitaba en su interior empujando y llenándola por completo. Ya habría tiempo de arrepentirse después. Siempre podría dar a su primo la ubicación exacta del salvaje, para que fuera a buscarlo y le pegara un tiro.

No tuvo tiempo de pensar más, ya que el indio le pasó la mano por la cintura y se la colocó encima, sentada a horcajadas sobre sus piernas, mientras se acomodaba de nuevo en el sillín. Por un momento pareció dudar en tumbarla en el suelo, pero decidió que no le daría la oportunidad de cambiar de opinión. Y

ella se lo agradeció, no pensaba hacerlo. Quería aquello y lo quería rápido. Estaba húmeda y dispuesta, hinchada y preparada para él.

—No me voy a ensuciar las manos con tu repulsiva sangre. Será cuando menos te lo esperes. Vas a pagar por esto —le amenazó sin embargo, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Lo sé, princesa, créeme. Lo sé. —Se introdujo en ella con fuerza, haciéndola temblar y estremecerse entre sus brazos.

Él continuó empujando y ella suspiró, casi gritando de placer. No sabía que se podía sentir algo así, un deseo tan fuerte que doliera y un dolor que proporcionara tanto placer.

—Di mi nombre —exigió él.

—¡Salvaje! —contestó, provocativa. En respuesta, él dejó de moverse.

Ella levantó el trasero y se dejó caer sobre él suavemente, mirándolo a los ojos mientras se pasaba la lengua por los labios. Él le propinó otra palmada en el trasero.

Sintió una descarga de placer que la hizo temblar hasta el punto de aferrarse a él y morderle con fuerza en el hombro. Él la sujetó por las caderas y tiró de ella hacia arriba, retirándose prácticamente por completo.

—He dicho que digas mi nombre.

—Si me haces esto, juro que no solo morirás, sino que además será doloroso.

—Dilo.

—¡Byron!

Se introdujo en ella de golpe. Estaba tan excitada que pensó que moriría si no se corría pronto. Pero él llevó los dedos hasta su clítoris para presionarlo y acariciarlo al compás de las embestidas. En pocos segundos los dos cayeron en un éxtasis brutal, repleto de jadeos, gritos y sudor.

Un viaje que les llevaría directos al cielo... y al infierno.

Mark recibió una llamada en el móvil. Un tono, dos tonos...

—Jacob... —respondió.

—Mark, ella está en la casa del lago. Ven a recogerla, está fuera de sí. No puedo controlarla.

—Byron, ¿qué has hecho? —exigió.

—Lo que todos esperáis de mí. Ahora tú haz lo que todos esperamos de ti y ven a rescatar a la princesa pálida.

—Byron, aún te puedo partir la cara.

—Que te jodan, Mark.

PRIMERA PARTE

Rota

Candy pensó que jamás sería capaz de describir lo que había sentido en ese momento, el preciso instante en que el salvaje la había poseído, porque si algo le había quedado claro era que eso no era hacer el amor. Había sido un acto de rendición por su parte. Y supo que su vida se iba a convertir en un infierno.

¿Cómo había podido traicionar así a toda su familia?

Sus antepasados se estarían revolviendo en sus tumbas. Tumbas que los malditos salvajes no se habían molestado en cavar.

Llevaba toda la vida escuchado las historias que se contaban al calor del fuego, el whisky y la sed de venganza. Ella y su primo Lester apenas sabían hablar, pero ya sabían a quién tenían que odiar.

Su padre le contó, en más de una ocasión, cómo habían encontrado los cuerpos de una de las familias fundadoras del país; la suya.

«Corría el año 1898 y los colonos se repartían las tierras que habían sido libres hasta ese momento. Al salir de Europa soñaban con un mundo nuevo, lleno de riquezas, oro, futuro. Y lo encontraron, todo eso y más. Nadie los iba a detener, y menos que nadie una pandilla de vagos que se dedicaban a canturrear y andaban desnudos todo el día.

»Encontraron su punto débil, el mismo que el de los blancos: whisky.

»El primer Shaw que reclamó su pedazo de gloria, decidió no luchar, prefirió darles a los salvajes eso que tanto les gustaba, pero todos los comanches no eran iguales. Hubo quien se resistió.

»Desde el norte, un grupo que se dedicaba a recuperar las tierras que otros habían perdido, decidieron quemar los bidones con el líquido que estaba envenenando a su pueblo. Y decidieron, también, que cada uno de los que lo estaban proporcionando se quemara con él. Un hombre por barril.

El espectáculo fue desolador. Piel calcinada, cabelleras desprendidas, olor a muerte y destrucción, tortura...».

Cuando su padre contaba cómo se habían apoderado de esas tierras, no se dejaba detalle. Pero, por alguna razón, matar indios siempre era lo bueno, lo justo, lo ético. Al fin y al cabo los consideraban salvajes, nada más que animales sueltos. Eran pocos los que habían aprendido a respetarlos, la mayoría influenciados por el miedo.

«Hileras de indios colgados boca abajo, arrastrados desde los caballos, hasta ser despellejados vivos. Mujeres violadas y mutiladas, esclavizadas...

»Era la guerra y en la guerra matas o mueres. El miedo es un factor muy importante. Qué pensáis que hacíamos en Vietnam o en Corea, por eso somos la mejor de las naciones...».

Su discurso daba un repaso por todas las guerras que su familia había vivido, que eran muchas. Los hombres Shaw eran guerreros. Y ella, una pobre mujer que apenas merecía llevar ese apellido. Para su padre solo había hecho una cosa bien en la vida; liarse con un ranger. ¿Qué más se podía desear de una hija de Texas?

Y ahora...

Sabía muy bien lo que le esperaba tras su ruptura con George, tarde o temprano llegaría. El gran Jack, el todopoderoso, había mantenido las apariencias.

Ella no se atrevió a darle la noticia, lo supo por su madre, que aguantó con estoicismo las bofetadas que iban dirigidas a ella. Pero no el resto de la paliza, esa la esperaba todavía. El sello de oro de su padre quemaría su blanquísima y sedosa piel. Las marcas tardarían semanas en abandonarla y probablemente no podría sentarse en un mes y, como siempre, fingiría una caída del caballo.

La última vez, antes de George, su querido Senses, el más amado de sus sementales, fue quien sufrió las iras de su padre; lo mató de un tiro para que pagase las supuestas caídas de su hija, ganándose el respeto y el miedo de todo el condado. Y de paso, inventó una nueva forma de castigo para ella.

«Perderás todo lo que ames, hija. Así es como se paga la desobediencia».

Y ahora perdería a Byron. Su padre lo mataría y la mataría también a ella.

¿Byron? No, ella no amaba a Byron, era una locura. Todo lo que sentía era absurdo, una forma de rebeldía. Seguro. Era solo que... en sus brazos, en la moto aquella... se había sentido poderosa, el centro del mundo. Nadie pensaba en otra persona, él se lo estaba dando todo a ella. Sí, era eso. La había hecho sentir importante, por eso le había gustado.

¿Amarlo? No, eso nunca, ella lo odiaba. Odiaba todo lo que él representaba. Se

odiaba a sí misma por seguir deseándolo. Cuando Mark la trajo a casa fue incapaz de decir una sola palabra, ni siquiera pudo mirarlo a la cara, la vergüenza la devoraba por dentro.

—No sé lo que ha pasado, pero Byron se preocupa por ti. De eso estoy seguro. Fue él quien me llamó para que te recogiera —le dijo, antes de que ella saliera del coche.

—No me importa ese salvaje —contestó ella.

—Ya... Candy, estaré aquí siempre que me necesites. ¿Quieres que le dé una paliza... o algo? —Eso la hizo sonreír, así era Mark, un hombre perfecto. Sería tan fácil quererlo a él. Pero no, ella tenía que enamorarse de los imposibles.

—Solo dile... Dile... Nada. No quiero saber nada más de él. —Se terminó. Había vuelto a casa con el mismo hombre que la había llevado a la boda y su padre no tenía por qué enterarse nunca de lo que había pasado.

Eso pensó ella. Pero la realidad fue otra. Wellstone era, al fin y al cabo, un pueblo pequeño. El rumor del secuestro se extendió como la pólvora, algunos incluso se atrevieron a insinuar que la había forzado.

Su padre se había encargado de desmentir el rumor.

El domingo siguiente a la boda de su ex prometido con la española, Jack Shaw subió al púlpito de la iglesia y arrastró con él a su hija. Ella sabía muy bien lo que se esperaba de un Shaw. Miró todas esas caras expectantes, pero en realidad solo era capaz de ver una: la de él. Sus oscuros ojos, su recta y ancha nariz, esos gruesos labios que la hicieron sentir viva, deseada, hermosa...

El gran Jack comenzó su discurso haciéndoles saber que su hija había sido repudiada, en favor de una hispana, por el ranger amigo de los indios. Se lamentó de haber tratado a George como a un hijo y como a un patriota y aseguró que le haría pagar haberla puesto en peligro...

—Pero, sobre todo, juro con la mano sobre esta sagrada Biblia, que el salvaje que osó intentar mancillar su honor y su buen nombre responderá ante mí por sus actos. Ni todos los rangers de Texas van a poder evitarle el sufrimiento.

—¡Deja de decir sandeces Shaw! Estás igual de loco que toda tu familia. — Ella pudo ver cómo Rosa se ponía en pie y se atrevía a gritar a su padre. La abuela de George era una mujer fuerte, dura, curtida por la vida... y buena. Estaba en la última fila y todas las caras se volvieron hacia ella. Un murmullo general se extendió por el lugar.

—Mujer, vete a tu casa a cuidar de la familia que te queda. Esto es un asunto entre hombres. No tendremos en cuenta tus palabras porque sabemos que estás

pasando por un momento de duelo por la pérdida de tu hija...

—Si vuelves a meterte con alguien de mi familia, te mataré con mis propias manos, Jack. Te lo juro —le amenazó con voz pausada—. Pero en una cosa estamos de acuerdo; esa hija tuya no tiene nada que hacer con ninguno de mis chicos. Mantenla alejada de Byron o lo haré yo.

El odio que pudo ver en los ojos de Rosa cuando posó la mirada en ella la rompió por dentro. Se sintió pequeña y absurda. Todo aquello le parecía una película, no era algo que le estuviera sucediendo a ella. Tenía que sobrevivir, tenía que contar lo que su padre quería y salir de allí cuanto antes.

Rosa se abrió paso a empujones entre sus vecinos. Veía caras amigas que bajaban la vista con vergüenza, algunos incluso salieron con ella, otros la increparon al pasar a su lado. El pueblo estaba dividido. Jack Shaw era un hombre poderoso que compraba las simpatías de la mitad del pueblo, al resto los aterrorizaba. La familia de George nunca estuvo en un lado o en otro. La relación que ella y George tuvieron durante los últimos años hizo que el gran Jack aflojara la cuerda con la que mantenía atados a sus opositores.

Ahora la cuerda se había tensado y cada familia tiraba de un extremo.

—Candance —se dirigió Rosa a ella, antes de marcharse—, no sabes cómo me habría gustado equivocarme contigo.

Alzó la cabeza y salió, tratando de mantener su orgullo intacto. Tras ella, unos cuantos vecinos.

Por suerte, Richard no solía ir a la iglesia y George y Nat estaban en España con la niña. No tardarían en volver y entonces...

Candy sintió el dolor de una bofetada hecha con palabras.

El día que Rosa se enfrentó a George y Byron —sus propios nietos, porque ella los consideraba así a ambos— para defenderla, fue uno de los pocos días en su vida en que se había sentido segura y protegida. Como cuando George la quería a ella... Tenía que ser realista, George nunca la quiso.

Había herido a Rosa en lo más profundo, lo vio reflejado en su rostro. Le habría gustado volverse, airada, y enfrentarse a su padre tal y como ella lo había hecho. Se permitió soñar con ello un instante, mientras el gran Jack seguía con su perorata acerca de la pérdida de valores y tradiciones. ¿A quién quería engañar? Ella no tenía coraje. Era un ser débil y lamentable; una persona sin más valor que el de su herencia, tal como Jack y su primo le recordaban

continuamente.

Tardó en percatarse del silencio que se había hecho en la sala. Todas las miradas estaban fijas en ella, algunas la juzgaban, en otras sentía la lástima, en otras el odio, el miedo e incluso la envidia... Sabía que todos estaban esperando sus palabras y ella solo quería salir corriendo; huir, desaparecer lo antes posible.

Y para ello tendría que darles lo que querían.

A pesar de que las lágrimas le inundaban los ojos, no dudó ni un momento. Ni siquiera sufrió una ligera inflexión en la voz al afirmar que no había mantenido ningún tipo de relación con el salvaje. Aseguró que se había tirado de la infernal moto de cuatro ruedas para evitar el ataque que, sin duda, el repugnante ser que era el indio trataba de cometer. Dio las gracias a Mark, que la había recogido en el camino.

No había mentido, no del todo al menos. Y ni Mark ni Byron estaban allí para desmentirla. Tras lo sucedido se sintió aterrada. Por una vez no era el hombre el que le dio miedo, esta vez fueron sus propios sentimientos los que la atacaron sin piedad.

¿Por qué sentía que le estaba traicionando? «Sucia». La palabra le venía a la cabeza una y otra vez, mientras los murmullos de indignación crecían en la iglesia del pueblo. La revuelta se estaba gestando y ella podía haberla parado, solo tenía que dar un paso al frente y decir la verdad. Pero no lo hizo.

El corazón le latía acelerado. Las lágrimas pugnaban por salir y amenazaban con inundar su rostro, rojo por la vergüenza, por el pesar. Se mordió el labio hasta hacerlo sangrar y se clavó las uñas en las palmas de las manos, necesitaba el dolor, tenía que sentirlo... Sabía que iban a ir a por Byron, sabía lo que le esperaba, pero se mantuvo firme en su versión. Era una cobarde.

Pero él se lo había buscado por sacarla así del infierno en que se estaba convirtiendo la boda de George. En realidad la había salvado de la mayor de sus humillaciones y ella se lo estaba pagando así...

Se lo advirtió. Ella se lo había advertido, pero él no le hizo caso. Él... era hombre muerto.

¡Dios! Solo quería que todo eso terminara de una vez. Quería irse a casa, meterse en la cama y tomar medio bote de las pastillas de su madre. Terminaría como ella; borracha, dolorida y amargada. Jugando el papel de la esposa perfecta de algún perfecto amigo de su padre.

Se le nubló la vista, la garganta comenzó a secarse y sintió la boca como un estropajo usado y sucio. Los latidos del corazón resonaban en su pecho a un

ritmo frenético, pensó que moriría en ese mismo instante y dio gracias a Dios por concederle ese deseo, justo antes de caer derrumbada a los pies del púlpito.

La última imagen que vio fue la del salvaje riendo, pintado con sus pinturas y preparado para asustarla.

Y sonrió.

Miedos

Rosa supo que los problemas acababan de empezar. Jack Shaw no se conformaría con el circo que había montado en la iglesia. Nunca se atrevería a intentar algo contra su George, al fin y al cabo era un hombre ruin y mezquino, pero no era tonto. George era ranger del condado, un capitán, además de uno de los más jóvenes y más condecorados, pero Byron... Él era otra cosa. Y por si fuera poco, era nativo, un motivo más para que Jack personalizara en él todos sus odios y sus miedos.

Pero lo peor era que su chico era un cabezota, no podría convencerlo de que desapareciera mientras se calmaban las aguas. Ni siquiera podría persuadirlo para que se alejara de aquella perra traidora. Y pensar que había llegado a sentir lástima por ella... Y ahí estaba ella, consintiendo la pantomima que había puesto en práctica su padre. Era una Shaw, como todos ellos. Tenía que hacer algo; tenía que impedir que le hicieran daño a su pequeño.

Al bajar de su vieja y destartalada furgoneta, Rosa vio la nueva y reluciente de su marido y el trasto ese de cuatro ruedas de Byron. Había pasado una semana desde la actuación de Jack en la iglesia. Ella no había hablado con Richard ni con Byron, ya que ambos habían ido, junto con otros hombres, a una feria de ganado en Oklahoma y aquel no era un tema para tratar por teléfono. Si en algo conocía a su marido, apostaba a que iría a buscar a Shaw en cuanto lo supiera.

—¡Richard! —gritó en cuanto entró en la casa—. ¿Dónde estás?

—En el estudio —contestó él.

Al abrir la puerta se quedó paralizada. Allí estaba Richard, escopeta en mano, rodeado de algunos trabajadores y vecinos que estaban armados, como él. Los

miró y entendió de inmediato lo que pretendían.

—Las noticias vuelan. ¿Dónde está Byron? —dijo con calma.

—Ha ido al pueblo, quería comprar una silla de montar para Nina.

—He visto la moto en la entrada.

—Se llevó la furgoneta. George lo llamó, vuelven hoy. Además, creo que Byron está huyendo de ti. —Hizo una pausa y continuó tras una profunda respiración—. Nadie amenaza a mi familia, Rosa. No intentes detenerme.

—No pensaba hacerlo. Voy a por mi escopeta —repuso, dándose la vuelta. Richard la alcanzó y frenó, sujetándola del brazo.

—No seas loca, tú no vas a ningún lado —sentenció.

—No me lo puedes prohibir. Por desgracia para ti y los que son como tú, las mujeres tenemos nuestros derechos, y ni Jack ni tú me vais a amedrentar.

—Chicos, esperadme fuera —ordenó Richard al resto.

Una vez a solas, Richard dejó la escopeta en el escritorio y se apoyó en el borde. Se cruzó de brazos y miró a su esposa con toda la intensidad de sus ojos azules, más oscuros que los de su nieto, que los tenía igual que su maldito padre y su preciosa bisnieta. Rosa, su mujer, cuánto la amaba. Seguía siendo hermosa, racial, morena y cabezota. Le gustaban todas y cada una de sus arrugas, se las había ganado a pulso. Era una luchadora. Él la conocía muy bien y podía ver moverse con rapidez los engranajes de ese enrevesado cerebro suyo.

Sonrió, con esa sonrisa ladina que Nat decía que era igual a la de George.

—Y bien, señora Hansen, ¿qué quiere? —le preguntó sin ambages.

—Que me respete y me trate como a una igual, señor Hansen —contestó ella, acercándose con la barbilla muy levantada, lo suficiente como para llegarle a la altura del pecho.

Él agachó la cabeza cuando ya la tenía a menos de un metro.

—Eso ya lo hago, señora.

—No me ha consultado este disparate, señor... y creo que la posibilidad de quedarme o no viuda es algo que me incumbe.

—Nadie va a morir hoy. Solo vamos a dejar claro a ese terrateniente de pacotilla de qué material estamos hechos —contestó mientras llevaba las manos a la trenza de su mujer y se la deshacía poco a poco.

Ella le dio un manotazo y se alejó un par de pasos.

—No pienses que vas a distraerme. ¿Crees que tu nieto aprobaría esta demostración de... de...?

Rosa observó cómo su mirada se desviaba hacia la puerta y se volvió, justo

para ver a George, con la boca apretada levantándose el ala del sombrero y ese regaliz tan característico entre sus labios.

—Ya terminaré yo la frase, abuela —intervino Nat, que se acercó hacia él para darle un beso, tras lo cual se puso a su lado. Él la abrazó—. En realidad es un concurso de «a ver quién la tiene más larga».

—¡Nat! —la riñó George.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no tengo razón?

—No les hagas caso, cielo, claro que la tienes —la apoyó la abuela—. ¿Y Nina?

—Esperando a que sus abuelos dejen de hacer el tonto para poder saludarlos —contestó George, mirándolo desafiante.

—Abuela —interrumpió Nat—, será mejor que los dejemos arreglar esto a ellos. Vamos, Nina, nos espera.

Al quedarse solos, él tomó asiento tras el escritorio y sacó una botella de bourbon y dos vasos. Sirvió un dedo de alcohol en cada uno y le dio un trago al suyo.

—Esto es más serio de lo que piensa tu abuela, hijo —informó.

—Lo sé, conozco a Jack. Lo conozco muy bien. En este momento nuestra familia representa todo lo que es malo para ellos. Sé bien de lo que es capaz y, aun así, no creo que vaya a matar a nadie, ni siquiera a Byron.

—Nos ha amenazado delante de todo el pueblo, no podemos mirar hacia otro lado.

—Soy representante de la Ley, no puedo dejar que os toméis la justicia por vuestra mano. —Él apretó la boca y miró hacia la ventana mientras acababa con el bourbon de un trago.

—Y entonces ¿qué?

—Deja que yo me ocupe. Esto no es el lejano oeste, abuelo. Las cosas se pueden arreglar de muchas formas y, si no atiende a razones... haré lo que tenga que hacer —aseguró George, mientras alejaba de él el vaso con el líquido ambarino.

Era divertido ver cómo su abuelo continuaba con la costumbre de poner un vaso para cada uno, sabiendo que a él no le gustaba especialmente acompañar los problemas, o su solución, con bourbon. George era un hombre más de café. Richard echó mano de la bebida de su nieto y la acabó de un trago.

—Voy a preparar café, vamos a necesitarlo —sentenció él, dirigiéndose a la cocina.

«Hogar, dulce hogar», se dijo a sí mismo. Aún no había deshecho las maletas y ya tenía que enfrentarse a las consecuencias de haber dejado a Candy. Sabía que tenía que llegar el momento en que todo explotaría, pero habría deseado disponer, por lo menos, de una pequeña tregua.

A pesar de sentirse culpable por el daño que había hecho a la chica, sabía que había tomado la decisión correcta. Intentó hablar con Jack antes de casarse, pero el hombre se negó; se sentía dolido y, lo que era peor, traicionado.

A él le hubiera gustado explicarle que su hija en realidad tampoco lo quería a él, que ella quería solo lo que representaba y no se habrían hecho felices; no como Nat y Nina lo hacían a él, ni como Byron podría hacer a Candy. Aunque en realidad no habría servido de nada hablar con Shaw, no habría atendido a razones. Se sentía humillado y odiar a los comanches estaba en su sangre. Su ADN pedía venganza a gritos.

Se tomó el café y, tras convencer al abuelo de que lo dejara hacer a él, se dirigió al garaje a por su querida Harley para ir al pueblo y tantear los ánimos.

Aún no había arrancado la moto cuando recibió una llamada en el móvil.

El corazón amenazó con salirse del pecho. Notó cómo se le disparaba la adrenalina. La persona que llamó no quiso identificarse y no había sido muy específica.

—¡Joder, ni un puto minuto de paz! —gritó, a nadie en particular, tras finalizar la llamada.

Se puso el casco y, tras avisar al Departamento de Policía, voló hacia la dirección que le habían dado, sin saber muy bien qué iba a encontrarse al llegar.

«*Date prisa o van a matar al indio*». La frase resonaba en su cabeza mientras imprimía velocidad al motor. Tenía que llegar a tiempo, pero la guerra había comenzado, ya no había marcha atrás.

Venganza

Byron aparcó su furgoneta en las afueras del pueblo, había decidido ir caminando hasta la tienda de artículos para animales que estaba en el centro. Allí compraría una silla de montar para Nina; era rosa, seguro que le encantaba. También tenía que pasar por la tienda de comestibles, su nevera estaba vacía y no quería pasar por casa de los abuelos en unos días, no le cabía duda de que Rosa le estaría esperando con un trozo de pastel y un nuevo sermón.

Tendría que ser George el que fuera a verlo a él. Por suerte, regresaba ese mismo día, junto con Nina y Nat; una bonita familia. Le hacía mucha falta.

Notó cierta picazón en la espalda y se volvió de forma automática. Nada. Se estaba volviendo un paranoico, hubiera jurado que le seguían. Negó con la cabeza y se rio de sí mismo.

Su teléfono móvil vibró en el bolsillo trasero del pantalón y echó la mano hacia atrás para cogerlo.

Fue entonces cuando sintió ese intenso dolor mezclado con escozor, como si la mano fuese a caérsele a pedazos. Y de repente, algo tiró de su cuerpo haciéndole perder el equilibrio y dejándolo tirado en el polvoriento suelo. El golpe fue doloroso, pero fue peor la humillación al darse cuenta de la situación en la que estaba.

Dio un tirón de la mano trabada, pero un látigo lo sujetaba por la muñeca. Apretó los dientes e intentó levantarse, apoyándose en la otra mano, cuando sintió un fuerte golpe en el pecho que lo dejó sin respiración. Por un momento lo vio todo negro, pero tras unos segundos consiguió de nuevo llevar aire a los pulmones.

Era curioso, pero al hacerlo el dolor fue más intenso aún. La bota se hundió un poco más en él.

—Me han dicho que te gustan los látigos, indio. —Él dirigió su mirada hacia la voz que le estaba retando.

Casi no podía ver, el sol apretaba fuerte a esa hora y le deslumbraba, pero se dio cuenta de que estaba rodeado de tipos con pasamontañas. Eso no auguraba nada bueno, pero tampoco era tan malo; el hecho de que no quisieran que los reconociera significaba que iban a joderlo bien, pero no lo matarían. Algo era algo.

Intentó moverse, pero otro látigo le enredó la muñeca libre, dejándosela en carne viva. El dolor fue más intenso que la vez anterior y supo que ese era el instigador.

—¡Contesta, cerdo! —Lo reconoció, era el primo de Candy. Bien, sabía a quién iba a matar.

Oyó que el resto lo jaleaba, gritando y silbando. Una patada se estrelló su costado derecho. Sonaron varios *crack* y esta vez fueron algo más que unos segundos sin respiración. Luego notó un fuerte pinchazo en el otro lado, pero aún no había recuperado la respiración, por lo que ni siquiera intentó gritar. El sabor amargo de la sangre le cubrió la boca, justo antes de que una mano le agarrara el pelo con fuerza y un puño se estrellara contra su rostro.

—Te han hecho una pregunta...

Varias patadas en la cabeza después le zumbaban tanto los oídos que dejó de escucharlos. Si solo pudiera perder el sentido un rato... Tenía que descansar, lo necesitaba.

Su rostro apareció delante de él. Pero no, tenía que ser una visión, ella no podía estar ahí viendo cómo le hacían eso... No, sus abuelos no tenían razón, ella no era como su familia. En el fondo lo quería, lo sintió cuando estuvo dentro de ella. Se le entregó por completo. Era suya, no podía estar matándolo.

Ya casi no podía abrir los ojos, pero lo intentó con todas sus fuerzas y de nuevo la vio. Le pareció distinguir lágrimas en sus ojos, pero era una alucinación, se convenció. ¿Las alucinaciones lloran?, se preguntó.

—Candy... —susurró.

—¡Ni se te ocurra nombrarla, hijo de perra! —Él soltó una risa que parecía proceder del mismo infierno, mezclada con tos y sangre.

—¿De qué cojones te ríes, gilipollas? —le soltó el mandamás.

—Te voy a contar un secreto... —De nuevo le interrumpió un acceso de tos—. Acércate —le pidió.

El otro le miró con desconfianza, pero pudo más la curiosidad. Se agachó

frente a él y acercó la cara a la suya.

—Por tu bien, mejor que merezca la pena lo que tienes que decir —lo amenazó.

—A mí me gustan los látigos, pero ella se corre más rápido cuando uso los cuchillos... —Y continuó riéndose por lo menos otros dos segundos, porque los golpes volaban y no sabía de dónde venían.

Estaba a punto de vomitar, y probablemente habría muerto ahogado en su propio vómito, cuando se escuchó una sirena a lo lejos. En ese momento se dejó ir. Todo se desvaneció a su alrededor y lo invadió la más absoluta oscuridad. Lo único que ocupaba su mente era la cara de Candy, con su Comanche en la mano, amenazándolo. Y dejó que la negrura lo engullera, con una sonrisa.

—Estás como una puta cabra, colega. Casi consigues que te maten. Ese tipo insiste en que les provocaste, que te jactaste de haber estado con Candy y no sé cuántas barbaridades más.

Fue lo primero que Byron escuchó al abrir de nuevo los ojos. Recordaba que le habían dado una paliza, aunque en ese momento lo único que de verdad le dolía era la cabeza, pero el verdadero problema era que no podía respirar. Es como si esa bota siguiera allí, pisando su pecho. Consiguió sonreír a George.

—Yo también me alegro de verte. ¿Has llegado hace mucho? —intentó levantarse, pero George le retuvo en el suelo.

—No te muevas hasta que no te vean los sanitarios. Debes tener roto algo más que el orgullo.

—Pues es lo que más me duele. —Dejó de moverse, ya que así por lo menos las cosas no daban vueltas a su alrededor.

—Has perdido la consciencia. Tendrás que ir al hospital a que te hagan un TAC.

—Eso no va a pasar, me voy a mi casa. No es la primera vez que me llevo unos cuantos golpes.

—Byron, hermano, esto es serio. Estaba hablando con los abuelos cuando me han llamado. El abuelo estaba reuniendo gente para ir a dar un escarmiento a Jack. Esto tiene que acabar aquí. Te quiero, hermano, y no quiero perderte.

—Está bien, iré al hospital, pero no te pongas tierno, que al final vomito de verdad. —Se rio. —¿A quién has pillado? —preguntó después de un silencio.

—A Dustin Calon. Siempre estuvo enamorado de Candy, pero es un don nadie,

no le está permitido ni mirarla casi. En realidad, se ha quedado aquí, pisándote y retándome con la mirada. Se estaba riendo, quería que pasara algo... No sé qué, pero...

—Quería que lo atacaras. Te provocaba para poder denunciarte luego. Será mejor que te alejes y me dejes esto a mí —le advirtió.

—Estamos juntos en esto, te guste o no. Lo que está ocurriendo con Candy también es culpa mía.

—La última vez que estuvimos juntos en una pelea la cosa terminó muy mal —le recordó, pensando en lo que le pasó a Mark hacía apenas unos meses.

—No voy a consentir que vuelva a suceder algo así —afirmó George, mientras se levantaba y dejaba espacio a los paramédicos, que ya habían llegado, para que hicieran su trabajo.

—No podrás evitarlo, las cartas ya están echadas. ¡Joder! —Mordió con fuerza mientras le movilizaban para meterlo en la ambulancia.

—Un momento, por favor —pidió George a los sanitarios cuando ya estaban cerrando la puerta de la ambulancia—. De verdad, le dijiste a ese tipo... ya sabes... lo de los cuchillos y Candy —le preguntó con una dura mirada.

La sonrisa que se dibujó en la cara de Byron dio a George la respuesta que estaba buscando. Byron siempre había estado algo loco... Era impulsivo, valiente y no medía las consecuencias de sus palabras; no tenía aprecio por su seguridad, pero eso era demasiado...

Estaba seguro de que su amigo no pensaba con claridad. Tenía que hacerlo entrar en razón antes de que todo se les fuera de las manos.

La ambulancia partió y él sacó el teléfono para contar a Nat lo que se había encontrado al acudir a la llamada de emergencia recibida de un vecino.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó ella, con ansiedad mal disimulada en su voz.

—Byron.

—¿Está bien?

—Saldrá de esta, pero... Me temo que acaba de empezar una guerra y que él no va a ser el único en pagar las consecuencias. Tengo que ir a comprobar cómo está Candy. ¿Te importa? —El silencio pareció eterno, pero solo fueron unos segundos.

—Hazme saber cómo está.

—Gracias. Te quiero.

—Y yo a ti. Iré a ver al indio cabezota.

A Byron le dolía el orgullo mucho más que cualquier otra parte del cuerpo. Sopesó sus opciones. Podía continuar en esa cama de hospital, lamiéndose las heridas y llorando como un chiquillo, que era lo que realmente le apetecía, o tomar venganza. Dulce, suave y deseada venganza.

No podía estar seguro de que esos tipos hubiesen sido enviados por ella, pero tendría que ser un tonto para negar la evidencia. Le costaba imaginarse a Candy planeando un ataque tan brutal, pero habían sido muy claros al respecto. Las palabras rebotaban en su magullada cabeza: «Este mensaje es de Candy. Si vuelves a acercarte a ella, no saldrás tan solo con unas cuantas heridas. La próxima vez no te libraré ni tu amiguito el ranger».

Tenía que verla. Necesitaba asegurarse de que ella no quería hacerle daño en realidad, pero casi podría jurar que había visto su rostro, mirándole mientras sufría... Él sabía lo que la princesa pálida no se atrevía a admitir: se pertenecían.

La quería para él. Sentía que tenía que estar a su lado en las húmedas noches y en los días secos, cubriendo con un manto de ternura la tediosa soledad en que se había convertido su vida.

Desde que George se casó con Nat todo fue de mal en peor. Antes de eso, intentó olvidarla de la mejor manera que sabía; acostándose con todas las mujeres de su extensa agenda... y alguna más. Candy era una princesita pálida que no le convenía y lo sabía. Y sabía también que le traería muchos problemas, pero no conseguía sacarse su aroma de la piel.

Se alejó de ella cuando la asustó en casa de George, pero tras la pelea que tuvo a Mark al borde de la muerte, la llamó y, al escuchar la ansiedad en su voz, la pena, necesitó calmarla, reconfortarla, aunque no sabía por qué. Esa vez se mordió las ganas, pero cuando la vio en la boda, a punto de derrumbarse, no se contuvo más.

Era una locura, pero era *su locura*. En ese momento supo que acababa de comenzar una guerra y que lo más probable era que él acabara malherido. Lo que nunca quiso creer es que ella cumpliría la amenaza que le había hecho aquella tarde en el quad, mientras él le entregaba su alma.

Los abuelos habían sido claros con respecto a Candy. La tarde en que se la llevó de la boda de George, quedó todo dicho. Richard y Rosa lo esperaban en el porche de la casa del prado; una casa que él había construido con sus propias manos, madera sobre madera, levantándola con mucho esfuerzo y tesón. No le gustaban las cosas fáciles.

—Solo te traeré problemas, en realidad, nos los traeré a todos. Ella no es como

tú —le advirtió Richard en cuanto lo vio quitarse el casco.

—Ya sé que no es comanche —se ofendió él.

—No es solo la raza, hijo. Sabes lo que siente su familia, y el hecho de que tuviese una relación con George no mejora las cosas —objetó el abuelo.

—Nada de eso me importa, la quiero y será mía —aseguró él.

—No puedes hablar así de una mujer, no es un caballo. Pareces uno de esos blancos ricos y caprichosos que no pueden aceptar un no por respuesta —intervino la abuela.

—Ya he dicho que me da igual. Sé que ella me quiere —se empecinó, dirigiéndose a la entrada de la casa. Para él la conversación había terminado. No era así para los abuelos.

—Byron, tú nunca has tenido problemas para liar a una mujer. Tienes la agenda más grande del condado, llama a alguna de ellas, estarán encantadas de verte y se te pasará la perra que tienes con Candy. Ella es, probablemente, la única mujer que no puedes tener —insistió Richard.

—Es la única que quiero. —Dio un portazo al entrar y decidió que nunca más compartiría con ellos sus sentimientos. Lo último que necesitaba era que sus seres queridos también le pusieran obstáculos.

No había pasado mucho tiempo hasta comprobar que las predicciones de Richard se harían realidad.

Dejarlo o amarlo

Candy paseaba nerviosa por su habitación, su padre le había prohibido salir por tiempo indefinido.

Si se paraba a pensarlo detenidamente, era todo tan absurdo. ¡Por el amor de Dios! Era una mujer adulta. Pero el yugo con que Shaw continuaba reteniendo a su familia era demasiado fuerte.

Tras años de tortura psicológica y lujosa esclavitud, por fin pudo ser libre. Su relación con George significó mucho más que un noviazgo, para ella supuso la libertad; viajó, salió, se comportó como el resto de las chicas de su edad... Disfrutó tanto ese tiempo que no sabía si sería capaz de perdonarlo algún día, por mostrárselo para luego arrebatárselo de manera tan cruel.

Y todo por culpa de la española. Quería odiarla con todas sus fuerzas, lo necesitaba. Si nunca hubiera averiguado que se podía ser tan feliz...

Lo más probable fuera que su padre estuviera planeando emparejarla con alguien cuanto antes para acallar el escándalo. El escándalo que tenía nombre propio, Byron. Ni siquiera acertaba a comprender por qué había hecho algo semejante y, lo peor, por qué le había gustado tanto.

El deseo fue tan intenso que aún le quemaba entre las piernas. Se llevó la mano al estómago tratando de aplastar el nudo que se le estaba formando y de nuevo aparecieron en su cabeza las imágenes de los dos en la moto; el cuchillo, ella...

No podía reconocerse. Esa no era ella, aunque se sintió más ella que nunca. Dura, valiente, salvaje... Como él; su salvaje. No, no era suyo, no era nada, nadie. No era nadie.

Escuchó el ruido de unas ruedas derrapando en la tierra de la parte trasera de la propiedad. Se acercó a la ventana, corriendo. Su primo y sus amigos entraban en los Jeep, gritando y jaleándose los unos a los otros. Lester llevaba la camiseta

manchada de sangre.

Abrió la hoja derecha de la ventana y trató de averiguar qué pasaba.

—Ya puedes estar tranquila, primita —le dijo Lester, gritando para que ella y el resto de los que vivían allí lo escuchasen.

—¿Por qué estás manchado de sangre? ¿Qué habéis hecho? —preguntó ella.

—Hemos dado su merecido al indio y te aseguro que no volverá a molestarte. —Se rio, ufano, mientras chocaba manos y puños con sus colegas.

Un rayo de miedo cruzó por su mente. ¿Lo habrían hecho? ¿Se habrían atrevido a matarle?

—¿Le habéis...? ¿Le habéis...? —La pregunta le tembló en los labios y no llegó a salir. El nudo en su garganta estaba a punto de convertirse en llanto histérico y no podía dejar que lo vieran. No se permitiría derramar una sola lágrima por él, se había buscado lo que fuera que le hubieran hecho. Pero ¿qué podía hacer ella con todo eso que sentía en contra de su voluntad?

—¿Y qué si le hemos matado? ¿Acaso te importa? —quiso saber Lester.

Se hizo un silencio espectral, casi terrorífico. Su padre se unió al grupo de matones en el patio de tierra.

—Contesta la jodida pregunta, Candance —le exigió este, con ese tono glacial y sereno que le erizaba el vello y la convertía en una indefensa niña de diez años cada vez que lo usaba.

—Yo... —Trató de recomponerse, irguiéndose, cuadrando los hombros y levantando la barbilla—. Solo quiero asegurarme de que este episodio de mi vida se cierra para siempre.

—Bien dicho, hija —repuso Shaw—. Estoy seguro de que los chicos han hecho un buen trabajo.

—No pudimos terminarlo porque alguien llamó a su amiguito el ranger y poco después llegó el ayudante del sheriff, pero el mensaje le ha quedado claro. Y si vuelve a intentar acercarse a ti, no dejaremos el trabajo a medias.

Candy asintió, cerró la ventana y corrió las cortinas. Luego suspiró profundamente y se apoyó contra la pared, pero las piernas seguían sin sostenerla. Vivo, estaba vivo.

Poco a poco, dejó que la inercia la arrastrara hacia el suelo. Y lloró. Dejó que afloraran en ella la rabia y la desesperación, desperdigándose por su rostro en forma de mudas lágrimas. De nuevo la cobarde que era había ganado la batalla.

Lo odiaba a él y se odiaba a sí misma. Extendió la mano hasta alcanzar la almohada y aplastó la cara contra ella para que el llanto no se escuchara a través

de la puerta. De sobra sabía que su madre estaría al otro lado haciendo su parte del trabajo; intentando espiar sus emociones y pasos, para después ir a contárselos a su padre y así ganar su recompensa y evitar la bofetada de la noche.

Necesitaba verlo casi tanto como respirar. Llevaba horas en la cama dando vueltas. Una y otra vez la imagen sin vida del salvaje la despertaba, con la sensación de que algo se había roto en su interior. Le faltaba el aire, le ardía la garganta y la incertidumbre la corroía por dentro. No estaba preocupada por él ni nada parecido, solo quería comprobar que realmente se había terminado todo. Debía ver por sí misma que no volvería a molestarla, tenía que demostrarle que no le tenía miedo.

Con esa convicción, se levantó de la cama y se puso unos vaqueros; una prenda poco usada por ella, pero muy eficaz si tenía en cuenta que tendría que bajar por el árbol que daba a la ventana, para que su padre no la viera salir de casa. Se ató a la cintura una camisa de cuadros y se colocó sus botas más cómodas. Un tacón siempre era un tacón, pero al menos este tenía menos de diez centímetros.

Estaba a punto de salir por la ventana cuando oyó un nuevo Jeep acercándose a la parte trasera de la casa. Descorrió la cortina y vio a George bajar del automóvil y aproximarse a la puerta. Su postura le decía cuánta tensión acumulaba en el cuerpo.

Lo vio alzar la mirada hacia su ventana y sonreír ligeramente, antes de saludarla tocándose el ala del sombrero con ese gesto tan suyo y continuar su camino. Respiró hondo esperando que pasara algo. Supo que habían abierto porque empezó a escuchar voces; las de su padre y su primo y la de George. Ninguno sonaba calmado. Aquello no terminaría bien y ella no se iba a esperar a ver qué pasaba.

Sin pensar en las posibles consecuencias, se aseguró que no había nadie alrededor y, pasando a través de la ventana abierta, se encaramó al árbol, tras lo que se dispuso a trabarla para que no se cerrara mientras estaba fuera. Luego siguió con el inesperado plan.

George se quitó el sombrero en señal de respeto cuando el ama de llaves de los Shaw le abrió la puerta de la cocina. Se planteó ir por la puerta principal, ya que abordaba un asunto oficial, pero prefirió intentar solucionarlo como si de un problema entre vecinos se tratara. Quiso apelar primero a la cordura y al tiempo

en que Jack le había tratado como parte de la familia.

—He venido a hablar con el señor Shaw. Avísele, por favor, Magui.

—Sí, señor Hansen, espere aquí si es tan amable. — Él se quedó en la puerta, obediente.

Apenas un minuto después, la dulce Magui lo acompañaba al imponente despacho de Jack Shaw. Era espacioso y rezumaba ostentación. El dueño de la casa y su sobrino eran aficionados a la caza y aquello estaba lleno de cuernos y cabezas colgando de la pared. Su propio padre lucía algunos de esos trofeos en su oficina, pero aquello era demasiado; un culto al mal gusto. Sonrió ligeramente al pensar lo que diría Nat de ese lugar.

—La cortesía me obliga a pedirte que te sientes y ofrecerte algo de beber, ¿o estás aquí como oficial? —le preguntó Shaw, sentándose en el enorme butacón de cuero negro, resguardado tras el escritorio.

Poder. El dominio de la conversación y de todo lo que allí pasara. Él dejó caer su cuerpo sobre la escueta silla situada frente a la tabla que los separaba, esa mesa ocupaba gran parte de la estancia y estaba destinada a incomodar y acobardar a sus visitantes, que ya de por sí se sentían inquietos al no poder encontrar una postura relajada en sus propios asientos. Todo perfectamente estudiado. Así era Jack.

—Estoy aquí como vecino, preocupado por la situación que se está creando en el pueblo. Lo creas o no, me siento responsable.

—¿Responsable? —inquirió Jack, levantando las cejas—. Si fueras responsable habrías hecho lo que correspondía y te habrías casado con mi hija, en vez de humillarla delante de todo el pueblo.

—Es mucho más complicado, Jack. Yo no podía hacer feliz a Candy, y lo sabes.

—No. No lo sé. A mí todo eso que me contaste en su momento me siguen pareciendo excusas. ¡Por Dios! Pero si estábamos dispuestos incluso a aceptar a tu bastarda —le provocó, intentando que perdiera su endemoniada compostura.

Y lo consiguió. Se levantó con tal violencia que la ridícula silla cayó al suelo. En vez de darle tiempo a reaccionar, rodeando el escritorio, decidió cruzarlo por encima y, agarrando al hombre por las solapas de la impecable chaqueta de confección europea, lo empotró contra el cristal de la ventana que tenía a la espalda.

—Hay cosas por las que no vas a pasar, créeme. No te conviene seguir con esta guerra, Jack. —Casi no había terminado de advertirle cuando el despacho se

llenó de hombres Shaw, entre los que, por supuesto, se contaba Lester, que le apuntaba con un arma.

—¡Suéltalo! —gritó.

—No deberías apuntarme con un arma si no vas a usarla, Lester —le amenazó sin soltar a su presa ni mirar, aún, al hombre que lo apuntaba.

—Has entrado en mi casa por la puerta de la cocina, no te has identificado como agente de la ley y me has amenazado y atacado. Hay muchos testigos. Si Lester te matara ahora mismo, ningún juez se atrevería a acusarlo de nada.

Él apretó la mandíbula tan fuerte que creyó que se le estaban rompiendo las muelas. Shaw tenía razón, de ahora en adelante todo este asunto tendría que tratarlo de forma oficial. Tenía una hija, debía ser prudente. Lo soltó despacio.

—Quiero ver a Candy. —Necesitaba ver con sus propios ojos que estaba bien. Al divisarla en la ventana se había preocupado, parecía la sombra de sí misma, un fantasma casi.

—Me temo que voy a pedirte que te vayas de esta casa y no vuelvas, George. Aquí no se te ha perdido nada —le contestó Jack, alisándose las solapas de la chaqueta.

—Puedo volver con una orden de registro y escarbar en todos tus papeles, Jack.

—¿Más amenazas, George? Hazlo, porque sin esa orden no vas a volver a acercarte a mi propiedad.

Él asintió despacio y salió del despacho y de la casa sin mirar atrás. Tendría que idear la forma de ponerse en contacto con Candy. Antes de subir al Jeep miró hacia su ventana, pero ya no estaba asomada. Una vez dentro dio un fuerte golpe al volante, intentando descargar su frustración.

—¡Joder! ¡Joder! —Tras desahogar parte de la furia contenida, se puso en marcha.

Apenas había salido de la propiedad, cuando al mirar por el espejo retrovisor le pareció ver un bulto debajo de una manta tirada en el asiento trasero. Sin disminuir la velocidad, se llevó la mano a la pistola apoyada en su cadera y giró bruscamente el volante para parar en el arcén, derrapando. Al detenerse apuntó directo al bulto.

—¿Quieres que te pegue un tiro? —preguntó amenazador.

—No, por favor. —La voz femenina que contestó desde debajo de la manta estaba a punto de romper a llorar.

—¡Por Dios, Candy! —Guardó su arma de nuevo—. He guardado la pistola.

Vamos, tranquila, no pasa nada. Sal.

—No quiero.

—¿Por qué?

—Me da miedo y, además, estoy horrorosa. Tengo... Tengo... que arreglarme un poco.

—Candance, esto es ridículo, estoy hablando con un trapo.

—No quiero que me veas, he llorado. Y me he tapado la boca muy fuerte cuando has dicho que me ibas a matar... ya sabes, para no gritar. Se me ha deslucido el maquillaje, seguro.

Él no pudo evitar sonreír. Esa forma de expresarse tan suya, tan repipi, como decía Nat. Si la escuchara... Pero él la entendía. Candy era una mujer muy insegura, de lo único que estaba convencida era de su atractivo físico y necesitaba mantener esa parte de sí misma perfecta. Era su forma de sentirse bien, a salvo.

—Haremos algo —le propuso—. Saldré un momento a hacer una llamada y, mientras, te arreglas. Después me cuentas tus planes ¿de acuerdo? —Se extendió el silencio pero adivinó un ligero movimiento por debajo de la tela—. Candy, estás debajo de una manta, no te veo, así que tendrás que decirme lo que quieres con palabras.

—Yo... Sí. Lo siento. Quiero decir que... estaba asintiendo. Sí. Sí.

—Está bien. —Tenía la mano en la palanca que abría la puerta, cuando la voz suplicante de ella lo frenó en seco.

—Quiero verlo, lo necesito.

—Candy... —intentó protestar él.

—Por favor —lloriqueó Candy, bajo la manta.

—Te llevaré al hospital.

Bajó del coche y se dio la vuelta para dejarle intimidad, aprovechando para llamar a Nat.

—Hola, guapo —contestó su mujer al teléfono, al ver que era él quien llamaba.

—Hola, nena. ¿Has visto a Byron? —le preguntó.

—Acabo de llegar, pero me han dicho que tengo que esperar. ¿Has visto a Candy? ¿Está implicada?

—Nat... la conozco bien. Puede que a veces sea caprichosa o egoísta, pero te aseguro que no es capaz de algo así.

—En una ocasión me advirtió lo que pasaría si Byron volvía a acercarse a ella.

—Lo sé, pero en realidad ella no es así. Aunque lo parezca, no es como ellos.

—Ya, claro, eso dices tú. —Se notaba que se había enfadado.

—Voy a dejarla en el hospital, quiere verlo. Yo tengo cosas que hacer, pero iré en cuanto termine. Promete que te portarás bien.

—¿Yo? La loca es ella. George...

—¿Qué?

—Ten cuidado. Te quiero.

—Lo tendré. Nat...

—¿Qué?

—No lo has prometido.

—No. No lo he hecho.

—Nat... —Demasiado tarde, ella ya había cortado la comunicación.

—Bien, ya hemos llegado —la informó George.

—Sí —contestó Candy, mientras continuaba mirando al infinito.

—¿Vas a contarme algo de lo que está pasando? —inquirió él.

—No lo sé.

—Candy, mi amigo, mi hermano, está postrado en la cama de un hospital, herido de gravedad. Sé que tu padre tiene algo que ver con esto y si tú sabes algo, debes decírmelo.

Ella continuó mirando al frente, con la vista perdida y sin contestar.

—Candy, somos amigos. Puedes confiar en mí. —Ella giró lentamente la cabeza y le miró directamente a los ojos.

—No. No puedo confiar en nadie. —Y sin decir nada más, abrió la puerta y salió del coche en dirección a la entrada del hospital.

Candy escuchó el coche de George ponerse en marcha y soltó la respiración que estaba conteniendo. Levantó la cabeza y se colocó delante de las puertas de cristal, que se abrieron de forma automática.

Y la vio. Allí estaba la maldita española, de nuevo ocupando un lugar que no le correspondía; su lugar. Sacudió la cabeza para quitarse ese pensamiento. No era su lugar, solo quería comprobar que Byron había captado el mensaje. Si para ello tenía que enfrentarse de nuevo a la insoportable pelirroja, lo haría. Era cierto que la ayudó aquella noche, en casa de George, y que después había intentado un acercamiento invitándola a la boda, pero eso no iba a cambiar nada. Era, simplemente, odiosa. No. No. Era una jodida bruja. Sí, eso estaba mucho mejor. Seguro que a Byron le gustaría ese insulto.

Natalia desvió la vista hacia la entrada en cuanto escuchó el taconeo. Era inconfundible, cada vez que daba un paso iba marcando su nombre. Podría jurar que oía, *Can-toc dy-toc*. Aunque al mirarla a la cara casi sintió pena. El rímel que se notaba que había intentado limpiar sombreaba sus ojos marcando aún más las, ya de por sí, notorias ojeras. Podría jurar que era la primera vez que la veía luciendo pantalones, para ser una chica criada en medio de la nada, siempre iba vestida como cualquier urbanita víctima de la moda. La vio envararse antes de dirigirse directamente a ella, que esperaba obediente a que la enfermera de turno la dejara pasar a ver a Byron.

Candy tomó asiento al lado de Nat, por más que la odiara tenía que lidiar con la españolita destrozavidas. Ahí estaba, con sus vaqueros, una cola de caballo y las mismas botas que llevaba siempre; las que George le había regalado. Y parecía tan feliz de conocerse a sí misma.

Le habría encantado llamarla «mala pécora». No, volvió a corregirse mentalmente, le habría encantado llamarla... «puta». Parecía que iba mejorando ese aspecto de su vocabulario. Se mordió el labio para intentar reprimir la sonrisa que le producía pensar en la posibilidad de dejarlo escapar en su cara.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —le preguntó Nat, indignada.

—Putá. —La palabra salió de sus labios antes de que pudiera procesarla y rápidamente se tapó la boca. La miró con los ojos tan abiertos y sorprendidos como los de la propia Nat.

—Me alegra ver que estás ampliando tu léxico, por un momento pensé que me ibas a llamar marisabidilla o algo así de horrible —se mofó Nat—. Y sí, yo también me alegro de volver a verte.

—¿Cómo está? —se atrevió a preguntarle.

—¿Quién? —Era evidente que no iba a ponérselo fácil.

—Él. Ya sabes... el indio. El salvaje —contestó, fijando la mirada en las baldosas color crema que poblaban el suelo de la sala de espera de la zona de los boxes de observación del hospital.

—¿Tienes por costumbre olvidar el nombre de los tíos que te tiras? —espetó Nat sin tapujos.

—No sé por qué tienes que ser tan vulgar —respondió ella mientras se levantaba y comenzaba a pasearse, nerviosa.

—Para compensar lo absurda que eres tú, supongo.

Ella apretó los labios y se volvió para encararse con su enemiga, que se había levantado, preparada para la lucha, en su metro cincuenta de estatura.

—Mira, no tengo fuerzas para esto... Yo... —La enfermera las interrumpió en ese momento.

—Señoras, tienen cinco minutos —les advirtió, haciendo un ademán con la mano para que la siguieran hasta el box en el que se hallaba Byron.

Nat la sujetó del brazo antes de emprender la marcha, haciéndola frenar en seco.

—Si me entero de que tienes algo que ver con lo que ha pasado, te lo haré pagar —la amenazó.

Ella se soltó de un tirón. Había enmudecido, no sabía qué contestar. Quería negarlo, pero no podía. ¿Cómo iba a hacerlo? Por supuesto que tenía que ver, era culpa suya; suya y de su cobardía, o de su falta de autocontrol cuando él la tocó... Y si de algo estaba segura era de que, o acababa con esto ahora mismo o la próxima vez el salvaje no saldría vivo.

—Tiene lo que se merece, sabía que no debía acercarse a mí. ¡Se lo advertí! ¡Os lo advertí a todos! —En esta ocasión no pudo evitar que las palabras salieran en forma de grito desesperado.

—Los tienes bien puestos. ¿Cómo te atreves...?

—Señoras, o se calman o llamo a seguridad —aseguró la enfermera que, a pesar de portar un gorrito con tiernos patitos, era capaz de acabar con las dos de un plumazo.

En cuanto se mantuvieron calladas más de tres segundos, abrió la cortina.

Encuentros

Byron intentó moverse hacia la derecha, pero el dolor era demasiado intenso. Se mordió el labio inferior con fuerza e insistió, estar encerrado en esa habitación era peor tortura que la paliza en sí. Quería salir de allí, quería volver a su casa. Necesitaba la libertad, el aire y la tierra; el polvo, la luz, la oscuridad del cielo abierto salpicado de estrellas. En eso se parecía mucho a sus antepasados, incluso se había construido una cama en el patio trasero de su casa para poder dormir al raso las noches en las que el calor apretaba.

Libertad. Necesitaba su libertad. Iba a salir de allí, después de todo no eran más que unos golpes. Arrastró como pudo las piernas fuera de la cama y gritó hacia adentro tragándose el sonido desgarrador y soportando el dolor. Apretó los dientes con fuerza, si le oía alguna de esas enfermeras mandonas le mandaría de nuevo a la cama.

No. Eso no iba a pasar. Él se largaba. Ya.

Consiguió ponerse de pie. «Bien». Ahora solo tenía que dar un paso.

Se arrancó la vía por la que le estaban introduciendo algún tipo de medicación y más líquido del que le cabía en el cuerpo. «¡Mierda! Cómo es posible que salga tanta sangre por un agujero tan pequeño...». Miró a su alrededor buscando algo con lo que parar aquel desastre y encontró unas gasas sobre la mesilla de noche. Presionó con fuerza, el dolor era casi insoportable, sobre todo en la cabeza y el abdomen.

Bajó los ojos hacia la zona de la que provenían esos horribles pinchazos, pero solo vio una bata de esas que dejan el culo al aire. La levantó, quería comprobar por sí mismo el estado de todos sus miembros... «Mala idea».

Hasta sus oídos llegaron las voces de las mujeres. La primera parecía... «¿Candy?». y la segunda estaba seguro de que era de Nat. Y la que amenazaba

con llamar a seguridad era la de la enfermera que lo torturaba desde que lo encerraron en aquel maldito hospital.

Volvió a dirigir la vista hacia sus piernas llenas de cardenales, en las que casi era imposible distinguir los tatuajes; tenía todas y cada una de las partes de su cuerpo inflamadas y las heridas y arañazos se extendían allá donde mirara, salvo en el abdomen, y solo porque estaba cubierto con vendajes.

Una mano firme corrió la cortina que le separaba del pasillo y en ese momento comprendió que sus reflejos también se habían visto afectados, ya que lo que las tres mujeres vieron fue a un hombre alto y delgado, completamente amoratado, con el largo cabello negro enmarañado y el camisón subido, mirándose a sí mismo mientras comprobaba que su zona genital no había sufrido daños.

Entonces vinieron las náuseas, el sudor frío y el intenso mareo, y su cuerpo y su cerebro se pusieron de acuerdo para fundirse en un choque de trenes y colapsar. Cayó como un árbol talado, arrasando todo a su paso. Lo último que escuchó fue el golpe de su propio cuerpo contra el suelo y voces distorsionadas a lo lejos. Muy, muy lejos...

Todo se apagó.

Candy sintió que se arrugaba por dentro al ver la imagen siempre aterradora de Byron tan maltrecha y demacrada. El sudor que perlaba su frente, los labios blancos y duros, las heridas y moratones...

Estaba mirándose sus atributos con la bata de hospital subida hasta el pecho y nada, absolutamente nada debajo. Se le secó la boca por unos segundos, hasta que vio cómo esa fuerza de la naturaleza se desplomaba como si tuviera las piernas de gelatina. Se quedó petrificada, incapaz de moverse.

Vio que Nat corría hacia él y escuchó a la enfermera llamar a gritos, pidiendo ayuda, mientras hacía sonar una alarma. Se percató de que entraba gente a ayudar, más que nada porque la empujaban al pasar a su lado, y se sintió mareada; las náuseas amenazaban con volver y la oscuridad se cernía también sobre ella, pero no era el momento. Se obligó a ser fuerte, respiró hondo e hizo todo lo posible por bloquear el dolor de saberse responsable de aquello.

¿Por qué la quería ese hombre? ¿Por qué quería estar con ella? Ver toda esa fuerza destrozada por su culpa...

Los sanitarios volvieron a subirlo a la cama, aunque todavía no había vuelto en sí, y ella pudo mirarlo con atención sin tener a Nat vigilando cada uno de sus

movimientos; estaba demasiado ocupada intentando ayudar, a pesar de que la enfermera no paraba de decirle que se estuviera quieta o la echaría.

La piel de Byron, generalmente dorada, era una mezcla grisácea y morada; la cara parecía un mapa, con golpes por todas partes; estaba inflamada y se veían varios cortes. Los ojos estaban empezando a mostrar un horrible tono violeta.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que morderse los labios para no gritar. No podía volver a verlo, no lo haría, tenía que dejarle claro que lo que fuera que hubiera pasado entre ellos no significaba nada y, además, estaba condenado al fracaso incluso antes de empezar.

El sonido de una voz susurrante llenó el cerebro de Byron de ternura y quiso abrir los ojos, pero descubrió que pesaban como si fueran rocas. Apretó con fuerza la mandíbula y consiguió su objetivo. Una única palabra se abrió paso entre las brumas que poblaban su cerebro en ese momento: «Venganza». Oh, tan dulce.

Insistente, la voz trataba de sacarlo de sus pensamientos y guiar su mirada hacia ella. Levantó despacio la esquina de su boca, en una mueca que pretendía hacerse pasar por una sonrisa, y siguió el sonido hasta que sus ojos se encontraron con la inquieta y preocupada mirada de Nat. Sus labios también se movían, «claro, de ahí el sonido», pero de momento no era capaz de descifrar las palabras que salían de ellos, sin embargo estaba seguro de que trataban de tranquilizarlo.

Si el maldito pitido que inundaba sus sentidos parara, se sentiría mejor, estaba seguro.

El rostro redondo de una mujer que no reconocía, pero que parecía una doctora, se interpuso en su visión. Una molesta y cegadora luz fue directa a sus pupilas. Sin contemplaciones dio un manotazo a los dedos que la sujetaban, haciéndola rodar por el suelo.

—Caballero, si no me deja examinarle tendré que pedir a estas jóvenes que se marchen y le advierto que, sin testigos, seré algo menos sutil con usted.

Comprendió a la primera la nada encubierta amenaza. ¡Vaya, al parecer había recuperado el entendimiento! Asintió, sumiso, esperando quedarse a solas con Nat y...

La amenazante doctora había dicho «señoritas», en plural. Buscó por la habitación hasta que su mirada tropezó con el esbelto y curvilíneo cuerpo de

Candy. La fuerza que sintió en su entrepierna le hizo saber que esa parte de su cuerpo seguía intacta.

Estaba arrebatadora, con los ojos húmedos y esos blanquísimos y pequeños dientes dejando marcas en su precioso y rojo labio inferior. Se la notaba preocupada por él, eso estaba claro, lo que quería decir que le importaba, no daba la impresión de que hubiera ido a ver si tenía que rematar la faena. Sí, eso que veía en su mirada era preocupación y anhelo.

Ella bajó la mirada, incapaz de mantener la intensidad de la de él. Le gustaba más cuando se mostraba altanera y desafiante. Tendría que descubrir a la verdadera Candy y, desde luego, disfrutaría haciéndolo. Una tenebrosa risa escapó de su pecho, seguida de una molesta tos.

Cuando se calmaron los estertores y el equipo médico hubo salido de la habitación, volvió a fijar la mirada en la rubia que se apoyaba en la pared de madera que separaba un box de otro. Se dio cuenta de que evitaba mirarlo directamente y en ese momento fingía estudiar apasionadamente el monitor que le habían colocado para vigilar sus constantes tras la aparatosa caída. Seguía mordiéndose el labio y apretaba el ceño con fuerza, las manos enlazadas se retorcían con impaciencia.

—Por suerte no te has roto nada, idiota. —La dulce Nat le tomó una mano entre las suyas haciendo que el monitor pitara. Con la destreza de quien sabe lo que hace, le quitó el medidor de oxígeno y se lo colocó en la otra mano.

—¡No toques nada! —la conminó Candy, asustada.

—No pasa nada, estuve mucho tiempo cuidando a mi madre y mi hermana se dedica a esto. Eso mide al tonto del culo este las pulsaciones, que por cierto bajarían a un estado normal si te subieras un poco el escote...

—Agua... —las interrumpió. Sentía que le ardía la garganta y la boca parecía estropajo usado. Necesitaba algo fresco que le calmara, a ser posible, todos los fuegos que se abrían paso en su cuerpo.

Mientras Nat rebuscaba en su bolso, Candy salió y volvió con una botellita de agua.

—La enfermera dice que puede beber, pero con prudencia. No debe precipitarse o sentirá náuseas —advirtió, tendiéndole el agua a Nat. Ella la miró estrechando los ojos, tenía una respuesta mordaz en la punta de la lengua, pero él intervino.

—Tú —ordenó, mirando fijamente esos ojos que le huían. Ella se dirigió suplicante a Nat.

—Por favor —pidió, acercándole de nuevo la botella.

—Voy a por unos cafés —contestó la española, levantándose y llevándose con ella el bolso, a la vez que fingía mantener toda su atención en tratar de sacar el teléfono para llamar a George. Dudó un instante, con la cortina que hacía las veces de puerta en la mano.

—Tenéis que tener cuidado. Los dos. —Y sin más, salió, dejándolos solos.

Candy notó el sudor en las manos. Era más que posible que la botella le resbalara y terminara empapándolo todo. Aquel era el momento ideal para soltar uno de esos tacos que a la española le costaba tan poco pronunciar.

A ella la habían educado como a una buena señorita sureña, y las buenas señoritas sureñas eran amables, poco complicadas y nunca, nunca, desagradables. Así es que respiró hondo y se dispuso a hacer aquello para lo que había sido educada, ser amable con el prójimo. Claro que, al inculcarle esas rigurosas normas, sus padres no pensaron nunca que el prójimo podía ser un comanche. Uno alto, fuerte, guapo, sexy...

Sacudió la cabeza para alejar de sí esos letales pensamientos. Solo había ido allí para ver con sus propios ojos que el salvaje había entendido el mensaje y que nunca más trataría de acercarse a ella. Eso era. Solo tenía que mantenerse firme en sus convicciones. Daba igual lo mucho que deseara meterse en esa estrecha cama con él y abrazarlo fuerte.

Se acercó despacio, con el corazón acelerado y la respiración agitada, y lo miró a los ojos, más negros que nunca. Tan profundos e insondables que la asustaban; él la asustaba. Bajó la mirada hasta sus resecos labios, hacía un enorme esfuerzo por llevar aire a sus pulmones. La máquina marcaba ciento diez pulsaciones. Eso no parecía bueno, ya que el color de los numeritos alternaba del amarillo al rojo de manera continua.

La enfermera entró sin previo aviso.

—Caballero, tiene que calmarse o le pediré a la señorita que salga. —Él asintió mientras sus ojos seguían clavados en los de ella

—Ya has oído a la enfermera, tienes que...

—Agua... —repitió Byron.

—Señor Parker, debe calmarse —insistió la enfermera, acercándose y clavando una estrecha aguja en uno de los tubos de plástico que salían del enorme y tatuado brazo del indio.

El implacable silencio del salvaje la estaba volviendo loca. La enfermera continuaba mirando el monitor y ella aprovechó la seguridad que le daba su

presencia para acercar la botella a los perfectos labios de Byron y dejar caer un poco de agua. Él tragó despacio y trató de cortar con la lengua el camino que recorrían las gotas que escapaban por su barbilla.

El movimiento de su propia mano limpiando el húmedo reguero fue involuntario, como lo fue también el escalofrío que la recorrió por completo. No acertó a descifrar por qué sus dedos se demoraban en retirarse. Piel con piel. Estaba segura de que si la máquina estuviera conectada a su pecho habría roto todos los registros.

—Esto está mejor —comentó la enfermera—. Le advierto que sentirá somnolencia, hágame caso, déjese llevar.

Byron ni siquiera se fijó en cómo se marchaba la señora gruñona, resoplando. Solo podía pensar en que Candy estaba allí, con él, acariciándolo.

—Siento mucho lo que te ha pasado —confesó la joven, con voz rota.

—No es lo que me ha pasado, es lo que me han hecho —la corrigió mientras mordía esos pequeños y atrevidos dedos. Creyó morir de ternura y deseo, si es que eso era posible.

—Yo... Yo no sabía...

—Lo sé. No te culpo.

—Pero tienes que dejarlo, Byron —suplicó ella, mientras retiraba la mano y la metía en el bolsillo para evitar que, de nuevo, tomara la libertad de posarse sobre su cara.

Él sintió un flujo caliente y chispeante en el corazón. Algo tan sencillo como escuchar su nombre, con ese dulce acento arrastrado del sur; esa voz grave que parecía lamerle el cuerpo cada vez que llegaba a sus oídos podía calmar el dolor. Le estaban entrando ganas de cerrar los ojos y soñar con ella. Su mano, su voz...

—Me gusta... —acertó a susurrar.

—Aléjate de mí, por favor. ¡Aléjate! Yo no te quiero, no quiero esto. Solo he venido a advertirte, si no te rindes son capaces de matarte.

Candy no estaba segura de que Byron hubiera prestado atención a sus últimas palabras. Mantenía los ojos cerrados y se escuchaba una respiración lenta y calmada.

—¡Byron! ¡Byron! —insistió, poniendo la mano sobre el pecho que ya no cubría ni siquiera el camisón.

Se mordió el labio y disfrutó de ese momento de placer robado al narcótico sueño. Un sobresalto la devolvió a la realidad e intentó retirar la mano al sentir cómo él se la aprisionaba, apretándola fuerte.

—Mía —aseguró, casi en un susurro.

De un fuerte tirón se soltó y salió corriendo de allí. Estaba asustada de sus propios sentimientos; no sabía por qué se le alteraba la sangre de esa manera. Cuando vio esa atrevida lengua salir de su escondite, tuvo un vívido recuerdo que la transportó al momento más excitante de su vida. El momento en que el salvaje la había acariciado con ella por todas partes...

Cerró los ojos y trató de calmar la ansiedad. ¡Dios! Se sentía húmeda allí abajo, no se lo podía creer, jamás en su vida había tenido estas sensaciones, ni siquiera con George.

Echó a correr sin mirar atrás, hasta que tropezó con algo sólido que la frenó en seco; el duro cuerpo de un hombre alto y atractivo, que no la excitaba ni la hacía perder la compostura. El hombre con el que debería haber compartido su vida.

—Candy, ¿cómo estás? —le preguntó, agarrándola por los brazos para evitar que perdiera el equilibrio.

—Bien, George, bien. Yo... Solo quería... Yo solo... —El hombre la estrechó en un tierno abrazo.

—Shhh, tranquila, no tienes que darme explicaciones. Lo único que necesito saber es si esto ha tenido repercusiones para ti. Ven, vamos a sentarnos ahí —le propuso, señalando un banco de madera pintado en color blanco, que se anclaba al suelo con enormes tornillos.

—¿Qué va a pasar? ¿Vas a detener a mi primo? —le preguntó, mirándolo a los ojos.

—Dudo que el bruto de tu novio quiera, y...

—¡Él no es mi novio! ¡No es nada mío! —gritó, poniéndose en pie. La gente de alrededor no pudo evitar mirarla con curiosidad, había levantado la voz, casi gritado. Algo impropio de ella. No se podía permitir el lujo de perder los nervios. Se sentó y notó cómo le ardían las mejillas.

—Está bien, Candy. Como quieras —claudicó George—. El caso es que Byron no va a denunciar a Lester ni a ningún otro, y al único que pillamos dijo que se lo encontró así y estaba tratando de ayudarlo.

—¿Ayudarlo? ¿Pisándole el pecho con una bota del cuarenta y cinco? —La voz chillona de la española hizo que ella levantara la vista hacia el sonido.

—Nat, todos sabemos que no es cierto, pero las cosas son como son. Si Byron no denuncia, no hay nada que hacer.

—¿Y la persona que te llamó? —insistió su mujer.

—No reconoce a ninguno de los que intervino en la pelea...

—No fue una pelea, fue un ataque.

—Sí, nena, lo sé. Soy el primero al que le gustaría poder meterlos entre rejas, pero no es tan sencillo.

—Pues a mí me metiste por mucho menos —lo acusó su pequeña y combativa Nat.

—Sigue provocándome y volverás a tener un par de esposas rodeando esas preciosas muñecas —la amenazó.

—Ya te gustaría a ti, pervertido.

—¡Por el amor de Dios! Voy a vomitar como no paréis ya de decir cochinas —se alteró ella.

—Deberías probarlo alguna vez, quizá así se te caiga ese corsé que te aprieta y no deja que te llegue suficiente riego al cerebro.

Ella se puso en pie, preparada para el duelo verbal que iban a mantener.

—Te lo advierto —comenzó Nat—, como le pase algo a Byron por tu culpa, me las pagarás.

—¿Y qué te importa a ti? Ya tienes a George, ¿no? Pues deja en paz a Byron, él es mi problema, no el tuyo ¿entendido?

Tuvo que agacharse ligeramente para mirar a los ojos a la pequeña pelirroja. Sus narices casi se tocaban y ya se arremangaba los puños de la blusa, dispuesta a todo. El gesto de la española la sorprendió, dejándola más noqueada que un ataque real.

Nat había levantado un lado de su boca, en un amago de sonrisa, a la vez que entrecerraba los ojos. Al momento se dio cuenta de lo que acababa de decir y se tapó la boca, intentando así borrarlo.

Ahora sí salió corriendo, sin mirar atrás, dando para ello un buen empujón a su enemiga, que se balanceó hasta que George la cogió entre sus brazos.

—¿Te he dicho alguna vez que eres maquiavélica? —le preguntó.

—¿Verdad que ha sido interesante? —contestó ella, obviando la pregunta de su marido.

—¿Crees que lo conseguirán?

—No. Sin ayuda, no.

—Tengo que acercarla al rancho, es capaz de volver andando —repuso George.

—Incluso en este pueblo, perdido de la mano de Dios, hay un maldito taxi. — George no le contestó, se limitó a mirar hacia la puerta y colocarse el sombrero en la cabeza y su trozo de regaliz en la boca.

—Cuando se te pongan los dientes negros te abandonaré, que lo sepas. —Él sonrió y dio un par de pasos.

—Espera, yo la acercaré —lo detuvo, asiéndolo del brazo. George frunció las cejas—. Confía en mí.

Fuerzas opuestas

—Querida, tu taxi te espera.

Nat abrió la puerta del acompañante y dirigió a Candy una mirada entre divertida y retadora. Ella aceptó el reto, irguiendo la espalda y subiéndose en el coche, para enseguida mirar al frente y esperar a que Nat le cerrara la puerta.

—Ah, sí, una auténtica princesa —ironizó la pelirroja.

—Tu vehículo está obsoleto —se quejó.

—Me gustas más cuando me llamas puta.

—¡Dios! Eres una persona horrible.

—Si eso fuera cierto, en estos momentos haría lo que realmente me apetece ...

—Ella la miró, achicando los ojos con intriga.

—¿No lo adivinas? Si te matara ahora mismo, podría enterrarte en el desierto y nadie te encontraría. Y, ¡*pluf!*, como por arte de magia, tus problemas resueltos.

—¿Disfrutas torturándome? Diciéndome esas... cosas terribles.

—¡Por el amor de Dios! Madura de una vez, no hay nada que te impida disfrutar del hombre que quieres...

—¿Nada? ¿Nada?

La frustración que sintió llevó a ebullición todos sus sentidos y, sin saber cómo, se encontró pegando a la pelirroja con los puños cerrados mientras gritaba y pataleaba.

Nat hizo todo lo que pudo por controlar el vehículo, dando volantazos hacia ambos lados, hasta que pudo frenar al borde de la carretera.

—¡Para ya, loca! Vas a conseguir que nos matemos. ¡Para! —Por fin consiguió sujetarle las muñecas y ella rompió a llorar.

—¿Cómo puedes decir que no hay nada que me lo impida? Casi, casi... ¿Es que no has visto cómo lo han dejado? La próxima vez puede que...

—Son una pandilla de brabucones racistas, Candy. Byron lleva luchando con eso toda su vida y, créeme, sabe manejarlo. Confía en él.

—No puedo, no puedo. Tú no sabes... No entiendes cómo son las cosas, tú...

—Pues explícamelo. Dime cómo son, deja que te ayude.

—¿Por qué? ¿Por qué ibas a hacerlo? —le preguntó mientras se mesaba el cabello y se enjugaba las lágrimas.

—Byron te quiere y eso es suficiente para mí.

—¿Quererme? No puede quererme, apenas me conoce.

—Pues yo diría que te conoce... eh... profundamente.

—No seas grosera.

—Rubia... —Nat puso el coche en marcha mientras hablaba—. Puede que esto sea el principio de una gran amistad.

—¿Qué? —La miró desconcertada.

—Recuérdame que te lleve al cine cuando todo esto se resuelva.

—Antes tendrás que comprarte un coche de verdad —soltó mientras se retocaba, mirándose en el espejo.

—Y esa, señores, es una pulla en condiciones. Vas aprendiendo, Mandy.

—¿Sabes que ya resulta cansino lo de cambiarme el nombrecito?

—*Strike* dos.

No pudo evitar sonreír. Se sintió a gusto, cómoda, esto tenía que ser parecido a tener una amiga.

—Estamos llegando. Llámame si necesitas algo. Y no dejes que esa pandilla se interponga entre tú y lo que quieres. Sea lo que sea que quieras.

—Será mejor que me dejes aquí mismo —le indicó ella. No quería arriesgarse a acercarse demasiado al rancho y que alguno de los que pululaban por allí a esas horas se fijaran en la monstruosa y destartalada furgoneta de Nat. Ese no era un vehículo propio de una mujer, claro que esa mujer era bastante atípica también.

Por una vez, la española hizo algo a la primera y sin discutir.

—Candy... No sé si eres lo mejor que puede ocurrirle a Byron. No eres buena para él, ni para ti misma, ya de paso, aunque la verdad es que lo que sea, o no, bueno para ti me importa poco, pero quiero a Byron y no quiero verlo muerto por culpa de una racista que...

—¡Yo no soy racista! —gritó. Y sin más, se bajó del coche de un salto y cerró la puerta con un fuerte golpe.

El resto no resultó fácil.

Se acercó a la casa mirando a su alrededor, con desconfianza y miedo, parecía que todo estaba tranquilo; no se veía a nadie por la parte de atrás del rancho. Su padre le había quitado las llaves pero, aunque las tuviera, entrar por la puerta principal estaba descartado y no podía confiar en nadie de dentro para que la ayudara.

Decidida, dirigió los ojos hacia arriba, a lo largo de la valla que la separaba de su lujosa prisión particular. Y pensar que en este momento podría ser la señora Hansen... Por supuesto ella tendría su maravilloso deportivo, jamás conduciría una furgoneta como la que llevaba la española. Su vida... Había perdido su maravillosa vida y su libertad.

Se subió las mangas y se dispuso a escalar la verja. Apenas había salvado el primer escollo cuando algo la detuvo.

—¿Qué coño haces, Candy? —La voz de Dustin la asustó hasta casi conseguir que se cayera del fuerte agarre que ejercían sus manos en los barrotes.

—Yo... Yo... tengo que entrar sin que lo sepa Jack. Por favor Dustin, por favor... —Las lágrimas estaban a punto de brotar de sus ojos.

Él pareció dudar, pero finalmente se acercó más a la puerta.

—Baja antes de que te rompas la crisma, preciosa.

Ella sonrió, Dustin siempre la trataba bien, la hacía reír y le decía cosas bonitas. La protegía cuando Lester se metía con ella, desde que eran pequeños había sido así, pero luego llegó George y... se alejó, sin más.

Después de todo, trabajaba para Jack y era íntimo amigo de su primo, no podía confiar en él, pero en ese momento no tenía más remedio que implorarle silencio.

—No puedes decirle esto a mi padre, sabes que si lo haces él... me matará... La próxima vez, me matará.

—No exageres, Jack solo trata de cuidarte. Nunca escoges bien a tus amistades, preciosa. Mira cómo te salió el puto policía. —Ella no se molestó en corregirlo, si George le hubiera escuchado llamarle «policía» se habría enfadado, sin duda, pero ella estaba más atenta a los movimientos de Dustin que a sus palabras.

Mientras hablaba se acercaba a la valla, asió un manajo de llaves y escogió una de esas antiguas, larga y grande. «Debe pesar kilos», pensó. No lo sabía, ella nunca había tenido que usarla. Siempre había entrado por la puerta principal, mucho más moderna y adecuada para una señorita.

—No te muevas, yo te bajaré —le ordenó Dustin, suavemente, y ella obedeció,

como hacía siempre, como era su deber de mujer, como le habían enseñado a base de cinturón y caricias. El cinturón de su padre y las caricias mojadas en alcohol de su madre.

Sintió el apretón en su cintura. La mano de él se abrió al sujetarla hasta rozar la parte baja de su pecho. Ella tragó con fuerza al notar la repulsión que brotaba de sus entrañas, no sabía qué había cambiado. Conocía de sobra ese tacto duro y reverente a la vez, ese olor acre y masculino; había crecido con ella, se había formado a la vez que su propio cuerpo.

Antes siempre la había enternecido su contacto, ahora solo podía pensar en otros brazos. Unos más oscuros, cincelados por el trabajo duro y con dibujos, que le producían pavor y excitación. Entonces la imagen del salvaje, tirado en la cama, amoratado y luchando por respirar, se coló en su cabeza y sintió la necesidad de desasirse del firme abrazo de Dustin.

Quería golpearlo, deseaba con ansiedad hacerle daño, tanto como él le había hecho a Byron. Se lo imaginó pisando el pecho del salvaje con su gran bota y la rabia actuó por ella. Echó el pie hacia atrás y le propinó un fuerte puntapié, no sabía dónde, pero había dolido, eso seguro. Él la soltó en el acto y ella cayó al suelo.

De nuevo estaba ahí, tirada en la tierra mientras un hombre furioso la miraba desde arriba. Esta vez se levantó, se sacudió y le apuntó con un dedo.

—No vuelvas a tocarme —lo amenazó. Él dio un paso al frente.

—Solo trataba de ayudarte. Tu padre tiene razón, has cambiado. Quiero que vuelva la dulce muchacha a la que yo conocía, la echo de menos. —Lo último sonó casi en un susurro mientras bajaba la cabeza y fijaba la mirada en una piedra en el suelo.

—Yo... —Ella no supo qué decir, ni siquiera sabía qué sentir. Tal vez sí hubiera cambiado, y seguro que todo sería más fácil si volvía a ser la de antes, pero no sabía si quería hacerlo. No sabía si podía.

—Entra —le ordenó Dustin.

—Dustin, por favor, no puedes decírselo a mi padre ni a Lester. —Él no contestó, se limitó a mirar hacia la casa.

—Por favor... —imploró, sujetándolo por la pechera de la camisa. Él la aferró por las muñecas y asintió.

Y ahí estaban de nuevo el sentimiento de culpa y la repulsión, que se fraguaban en su interior con ese contacto. Una piedra alojada en su estómago. ¿Culpabilidad? No podía ser, ella no le debía nada al salvaje. Nada.

Byron suspiró profundamente y cerró los ojos. Había ido, ella había ido. Eso significaba algo... Se preocupaba por él y lo deseaba, en realidad era mucho. El principio de todo. Ahora solo tenía que salir de esa cama y matar dos o tres dragones.

Eso le gustaba. Primero sería Lester, ese era fácil; un enclenque ricachón acostumbrado a que otro librara sus batallas. Después tendría que ir a por Dustin. En ese caso era más difícil, por algún motivo lo había mirado con un odio especial mientras se ensañaba. Suponía que el motivo era una rubia, explosiva y curvilínea.

—Mala suerte, Dustin, he decidido que es mía —susurró, casi para sí mismo.

Tardó horas en abrir los ojos. No recordaba bien lo que había soñado, pero sabía que su cerebro estaba cubierto de ella. Y de sangre.

—Hola, hermano —saludó George, entrando en el box y tomando asiento al lado de la estrecha cama.

—¿Cómo vas? —le preguntó él, despreocupadamente, como si no estuviera tirado en la cama de un hospital; como si no sintiera un dolor inmenso cada vez que trataba de moverse; como si no lo hubiera salvado hacía unas horas de una muerte casi segura.

George cruzó las piernas apoyando un tobillo en la rodilla contraria y se quitó el sombrero. Parecía que pensaba la respuesta mientras le daba vueltas en las manos.

—¿Sabes? Creí que todo estaba resuelto, que podría seguir con mi vida, cuidar de mi familia y nada más.

—Pues hazlo. ¿Qué pasa? ¿Nat no te deja? Es una chica dura, no sé cómo la has convencido para que se quede contigo.

—Byron, estoy hablando en serio, esto es grave. He ido a hablar con Jack.

—George, estamos en el siglo veintiuno, eso del amor imposible y todos los líos que te montaste con tu mujer son absurdos.

—Ojalá fuera tan fácil, hermano.

—Lo es. Los dos somos adultos, si queremos estar juntos lo estaremos y punto. Nadie más tiene nada que decir. Solo Candance y yo.

—¿Y qué demonios te hace pensar que ella quiere estar contigo? —Él solo sonrió.

Intentó incorporarse y el dolor atravesó como un rayo su cuerpo, pero continuó

hasta conseguirlo y se apoyó contra el cabezal de la cama. George lo conocía lo suficiente como para saber que no debía ayudarlo, y no lo hizo.

—En realidad no la conocéis. Ninguno de vosotros —sentenció él, mirando a su amigo directamente a los ojos.

—¿Y tú sí? —preguntó George, levantando una ceja.

—Yo sé quién es la persona que esconde bajo toda esa tontería puritana de princesa blanca.

—Candy es quien es. Es buena y caprichosa, y dulce, y producto de la educación de Jack. El odio que desde siempre le han inculcado por todo lo que representas no va a desaparecer.

—A veces se te olvida que un cuarto de mí es blanco.

—Me importa una mierda en cuántas porciones se divida tu sangre, idiota, estoy hablando de la familia de Candy.

—Que pronto será la mía.

—Tienes la cabeza más dura que una piedra. Vas a conseguir que te maten y, de paso, vas a volverla loca a ella —dijo, poniéndose de pie y colocándose el sombrero.

—Voy a conseguir encontrar a la mujer que fue capaz de enfrentarse a mí, a pesar del pavor que sentía, y a la mujer pasional deseosa de entregarse por completo. Es fuerte, inteligente y dura. No es una sumisa muñeca que se rompa fácilmente. Todos estáis equivocados, incluso tú. —Le lanzó una mirada desafiante que le retaba a contradecirlo.

—Ojalá tengas razón, hermano. De verdad, lo deseo de corazón, pero prométeme que me pedirás ayuda si lo necesitas. —Él lo miró sin responder.

—Byron... —insistió George, que vio cómo su amigo volvía a tenderse en la cama y cerraba los ojos.

Polillas

Lo sabía, Candy sabía que aquello no podía terminar bien y, aun así, no podía evitar volver a acercarse a él. «Como las polillas...», le había dicho su primo, que era tan odioso como su padre, aunque menos terrorífico.

Hacía ya dos semanas que, con ayuda de Dustin, había conseguido llegar hasta su habitación aquella tarde. Parecía que nadie en la casa se había enterado, pero cuando su madre entró en la habitación unas horas después, y comenzó a llorar, ella supo que iba a pagar el desafío. En realidad daba igual, su padre siempre encontraba un motivo para usar el cinturón.

Se miró al espejo, ya no se notaban los moratones. El pequeño corte en el labio, producto del anillo de oro en forma de herradura que su padre lucía en el dedo índice de la mano derecha, había desaparecido; solo habían sido unas cuantas bofetadas, pero las marcas de la correa en el trasero tardarían más.

Por algún motivo eso era lo que más le dolía. Cuando le pegaba de frente se sentía casi poderosa, pero tumbada boca abajo en la cama... Era como perder toda dignidad. Se convertía en un ser insignificante, vulnerable y vacío. Necesitaba ver la cara de su agresor mientras recibía el castigo, de esa manera podía seguir viéndose en sus ojos, aunque fuera en forma de odio y desprecio.

Le dolió. Era la segunda vez que recibía su merecido castigo desde que George la dejó. George... qué tiempo tan maravilloso, nunca debió consentir que la española se lo quitara. Pero así estaban las cosas ahora y ella volvía a ser el saco de boxeo de su padre; la persona en la que volcaba su furia y aquella con la que pagaba sus frustraciones.

Imaginaba que su madre tendría también su dosis de violencia, probablemente a solas en sus aposentos, pero Linda solía anestesiar su infidelidad con un magnífico whiskey añejo. Ella y su siempre perfecta melena rubia, corta y lisa...

Bien podría ser una peluca y ni siquiera su propia hija lo sabría.

Intentó recordar la última vez que había tocado a su madre. No pudo. La abuela de George la abrazó, la consoló, abofeteó al salvaje para defenderla... y ahora la odiaba. ¡Como todos! Esa mirada en la iglesia le dolía más que los golpes de Jack. Había sido una mirada de desprecio y decepción.

Jamás había decepcionado a nadie, ya que nadie esperaba nada de ella, por lo menos nada honorable... Sus padres esperaban que se hubiera casado con George, pero eso no tenía que ver con ella como persona, sino con las aspiraciones de Jack y lo que él quería; sangre blanca y anexionar el rancho de la familia de George a sus innumerables tierras.

En cambio, Byron... Cuando lo vio allí tirado, en esa cama de hospital, sintió que se rompía por dentro. Podía haber muerto, y sin duda lo haría la próxima vez, si es que había una próxima vez. Pero el anhelo que sentía era superior a cualquier sentimiento de responsabilidad o a la necesidad de cuidarse a sí misma.

Quería volver a verlo una última vez. Tenía que saber si se había recuperado de las heridas, nadie le decía nada. Le había pedido a Dustin que la informara, pero él se había negado en rotundo. Llevaba dos semanas encerrada, sin ver a nadie que no fuera su primo, Dustin, la servicial Magui, o su madre. Y aunque desde hacía un par de días le estaba permitido bajar a cenar al comedor, su padre nunca estaba presente. Por supuesto, habían quitado el teléfono de su habitación y sobraba decir que tampoco tenía acceso a las nuevas tecnologías, que su padre solo usaba para trabajar.

La puerta se abrió y Linda traspasó el umbral con paso tambaleante. El aroma a perfume caro, mezclado con whiskey aún más caro, llenó el ambiente. Su madre se colocó justo detrás de ella, de forma que la imagen de ambas llenaba el espejo, y pudo verse con toda claridad al cabo de treinta años. Por un momento su cerebro jugó con la idea de mezclar ambos reflejos y dejar una única sombra de mujer.

Una lágrima rodó por su rostro; solitaria, liberadora, necesitada...

Se volvió y se aferró a esa madre ausente e inmersa en sus propias miserias. La abrazó hasta casi hacerse daño, pero Linda no respondió; no sabía cómo hacerlo, no lo recordaba. Mantuvo los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo y dejó que su hija volviera a su ser poco a poco.

Se dio cuenta de la inutilidad de ese acercamiento y, suspirando, se separó. La mano de su madre se alzó dubitativa, por un momento pareció que fuese a

acariciarle el rostro, pero finalmente se decantó por colocarle un mechón de pelo en su sitio. Luego se dirigió a la cómoda y sacó unos cuantos utensilios de maquillaje sin decir palabra, tras lo que se dispuso a transformarle la cara hasta que lució espectacular; sin rastro de llanto, sin magulladuras externas que reflejasen las internas.

—Sube los hombros, ponte derecha y sonríe. —Ella siguió una a una las indicaciones.

—Hoy es el día ¿no? —preguntó.

—Exacto. Jack cree que has aprendido la lección y no volverás a acercarte al... A ese. Tampoco quiere que veas a George, por muy ranger que sea, o a cualquiera de esos desagradecidos que se han atrevido a humillarnos y arrastrar nuestro nombre por el fango.

—Sí, madre —asintió, obediente.

—Bien, pues vístete, nos vamos de compras. Tú y yo, Dustin nos llevará. Tienes quince minutos. Y hazte algo en ese pelo, estás francamente horrible, querida. —Sin más, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Ella quiso tirar algo contra la puerta o romper el maldito espejo, que jugaba a confundirla haciéndole ver un futuro que odiaba y que estaba segura que se presentaría sin remedio.

Entró en el baño y cogió las tenacillas. Quince minutos después parecía de nuevo la espectacular mujer de siempre. Su maravillosa melena larga y rubia brillaba tanto como el sol y sus labios de cereza resaltaban en el conjunto de un armonioso rostro de redondeados pómulos y tez nacarada. El vestido veraniego se ajustaba a su estrecha cintura y resaltaba las redondeadas caderas. Por último escogió unas sandalias en el mismo tono rojo de las florecitas que decoraban la falda.

Se observó en el espejo y se ajustó la fina rebeca blanca para que cubriese un poco el amplio escote del top, metió en el bolso de mano unos pañuelos, su perfume favorito y el pendiente en forma de pluma que le había robado a Byron mientras estaban...

Ni siquiera se atrevía a repetir en su mente las palabras que definían lo que habían hecho en aquella moto, al aire libre, a riesgo de que cualquiera pudiera descubrirlo. Era lo más terrorífico y lo más emocionante que hubiera hecho en su patética vida.

Dustin soltó un sonoro silbido cuando la vio bajar la escalera, recibiendo a cambio la reprobadora mirada de la señora de la casa y una buena patada en la

espinilla de Magui.

—Lo siento —murmuró.

Ella pasó a su lado sin mirarlo siquiera y continuó su camino hasta la calle. Estaba dispuesta a disfrutar de esa ilusión que parecía libertad y que encerraba una trampa que la condenaba de por vida a una existencia anodina y sin sentido.

Hicieron el trayecto hasta el pueblo sin cruzar siquiera una palabra entre los tres. Dustin aparcó el coche oscuro en la calle principal de Wellstone, donde se concentraban todos los comercios, y el lugar en el que Byron recibió una paliza sin que nadie *viera nada*.

Respiró profundamente en el mismo momento en que puso un pie en el suelo; le gustaban los olores del pueblo, la actividad, el asfalto, el bullicio, la vida...

Dustin la instó a que saliera del coche, ofreciéndole la mano, pero ella la rechazó y lo miró a la cara con todo el desprecio que fue capaz de reunir. Levantó el mentón y sonrió. «No me has roto», decía su mirada. Sabía que Dustin había hablado con Jack de su pequeña escapada y jamás iba a perdonárselo. Siempre había estado enamorado de ella, pero evidentemente amaba más a su padre.

—Estaremos de vuelta a las dos —informó Linda.

—Sí, señora —asintió Dustin.

Tras una hora de compras estaba exhausta. Era agotador mantener el papel de pobre víctima del salvaje; tenía que sentirse avergonzada y llorosa o altiva y orgullosa, dependiendo de quién la interrogase.

De tienda en tienda, su madre la lucía y la hacía representar su historia. La historia que su padre había creado en torno a los hechos que todos conocían a la perfección. Estaba segura de que en cuanto salían de una de ellas, todos comenzaban a susurrar cómo la díscola hija de Shaw había caído, como una desesperada, en las manos del primer hombre que se le había ofrecido tras el humillante rechazo del gran hombre que era George.

Por fin su madre se sintió satisfecha y entraron en una cafetería a comer. En cuanto pidieron, Linda fue a retocarse el maquillaje, así llamaba ella al hecho de sacar la petaca del bolso y dar un buen trago.

Ella tomaba un sorbo de café en el momento en que vio entrar a la pelirroja con su hija. ¿Era posible tener peor suerte? Un momento, pensó, seguro que ella podría decirle cómo estaba Byron.

—Cariño, dile a Holly que te de un donut bien grande.

Nat vio a Candy en cuanto entró en el local. Estaba sentada al fondo y lucía

impecable, como siempre, parecía que no le había afectado en nada su relación con Byron. No sabía por qué George estaba tan preocupado por la integridad de la rubia, era evidente que seguía siendo la misma niña egoísta, insensible y malcriada de siempre.

Pero era lo que Byron quería y ella iba a ayudarlo y prepararse para recoger de nuevo sus restos. Su hija saludó a Candy con la mano y se subió a un taburete cercano mientras pedía a la camarera un donut y un batido. Ella se acercó hasta uno de los asientos libres en la mesa de Candy.

—Hola, Mandy —la saludó. Candy dio un nuevo sorbo a su café y desvió la vista hacia la ventana—. Veo que estás perfectamente, incluso más espectacular que de costumbre. —Candy continuó sin darse por aludida—. ¿No quieres saber cómo se ha recuperado Byron? En el hospital parecía que te importaba.

—Me lo vas a decir de todas formas, ¿no? —Ella la miró durante un segundo y comenzó a levantarse, pero la rubia se dio cuenta de que había perdido y la retuvo, asiéndola del brazo. Volvió a sentarse.

—Está bien, tiene el alta médica. Ya anda liándola por el rancho y, en un par de semanas, podrá dejar la muleta que usa para caminar. Aún le quedan algunas magulladuras y moretones, pero en general está bien a nivel físico.

—Me alegro. Dile que espero que se recupere del todo pronto.

—Deberías decírselo tú.

—No creo que Rosa me deje pasar de la puerta.

—Tienes razón, pero no tiene por qué enterarse. —Tomó un bolígrafo de su bolso y anotó algo en una servilleta que luego deslizó hacia ella por encima de la mesa.

—¿Qué es esto? —quiso saber Candy.

—Mi número de teléfono. Llámame y me encargaré de que puedas verlo. Pronto se instalará de nuevo en su parcela, si sigue un solo día más en la casa grande la abuela y él se matarán.

—¿Por qué haces esto?

—Por Byron. Tiene derecho a cometer sus propios errores y tú eres el error que más necesita en este momento.

—Lo más probable es que no vaya. Lo sabes, ¿verdad?

—Tú también tienes derecho a seguir cometiendo errores. Aunque creo que, como sigas así, vas a entrar en el libro Guinness.

Candy observó a Nat que, sin mediar más palabras, se levantó y se fue a la barra con su hija. Su madre aún tardó unos minutos en volver, el olor mentolado

del caramelo con el que jugaba no camuflaba por completo el del alcohol.

—Será mejor que dejemos lo de la comida para otro momento, esto está lleno de indeseables —le susurró Linda al percatarse de que la familia de George estaba sentada apenas a un metro de distancia. A ella le quemaba en la mano el papel que le había entregado la española.

—He leído en algún lugar que el vodka no deja huella en el aliento —comentó al descuido.

Su madre, que se dirigía con paso firme hacia la puerta, frenó en seco y ella pensó que iba a volverse y golpearla. Eso sí sería nuevo, su madre siempre había sido sutil en su forma de castigar, pero lo único que notó es que estiraba aún más la espalda. El ligero titubeo en su paso duró un par de segundos.

Lo que hacen las polillas

Había sido la decisión más difícil de su vida, pero ahí estaba, delante de la reja verde que separaba la propiedad de la familia de George del camino. Había estado saliendo en compañía de su madre, y escoltadas por Dustin, durante dos semanas más, hasta que su padre le devolvió la tan ansiada libertad, no sin antes recordarle las consecuencias de una posible, aunque improbable, desobediencia, al tiempo que acariciaba lentamente su cinturón de cuero repujado.

Sacó el móvil que había comprado en cuanto estuvo a solas y llamó a Nat.

—Soy Candy, estoy en la puerta. —Escuchó el chasquido que indicaba que el cerrojo estaba cediendo y empujó.

—Está en su casa. Sigue el camino y en la primera bifurcación ve a la izquierda. Y Candy... suerte. —No supo qué contestar, así es que simplemente finalizó la llamada.

En pocos minutos se encontró delante de una casita preciosa, de paredes blancas y grandes ventanales. Su mirada se dirigió rápidamente a una de aquellas ventanas, tras la que se distinguía la imagen de un hombre imponente.

El largo cabello negro tapaba parte del rostro, duro y perfectamente cincelado. Pómulos altos y rasgos afilados y oscuros. Bebía agua de una botella y el movimiento de su garganta le hizo recordar la avidez con la que la había besado, como si estuviera tragándose, tal y como hacía en este instante con el afortunado líquido. Un conocido cosquilleo comenzó a instalarse en su estómago, amenazando con apropiarse de toda ella.

Y eso era lo que una y otra vez la atraía hasta él, la necesidad de sentir eso para poder seguir respirando, para poder seguir existiendo, para escapar de su realidad, de su futuro. Una sensación que siempre iba acompañada de una buena dosis de miedo. Byron ya no estaba imposibilitado en la cama de un hospital,

volvía a ser un hombre completo; uno que no era dulce ni tierno. Era un salvaje que podría lastimarla sin apenas esfuerzo, alguien más parecido a su padre que a George.

No estaba lo bastante cerca como para distinguir en su delgado y fibroso cuerpo, lleno de dibujos, cicatrices de las heridas que le infligieron, así es que se decidió a dar unos cuantos pasos más.

Y entonces sucedió. Sus miradas se encontraron y a ella se le doblaron las rodillas y la nariz se le dilató, intentando encontrar el aire que faltaba a sus pulmones.

Apretó los puños y siguió caminando hacia él, con toda la valentía de la que carecía hasta ese momento. Los blanquísimos dientes de Byron relucieron al ensancharse en una sonrisa lobuna, que la intimidó lo suficiente como para frenarla en seco. Se mordió el terror que amenazaba con poseerla, pero para cuando llegó a la puerta de la casa él ya la estaba esperando en el umbral.

Byron estiró el brazo y enganchó su nuca con fuerza, atrayéndola hacia su cuerpo y, tan pronto la tuvo pegada a él por completo, se apoderó de su boca. No fue dulce, no fue cálido, no fue amable. Sus labios estaban abiertos antes de enzarzarse en una pelea de dominación. Sus lenguas se reconocían y trataban de ser la primera en entrar en la boca del otro.

Byron deslizó una mano por su espalda hasta ponérsela en la turgente nalga y ella emitió un gemido que casi parecía un quejido y le hizo aflojar el agarre. Luego la apretó suavemente mientras se rozaba de forma desesperada contra ella. Le faltaba el aire, pero no podía separarse de esa boca húmeda y deseosa. Notó que él caminaba hacia atrás hasta entrar en la casa y, con un puntapié, cerró la puerta que los separaba del mundo.

Necesitaba acariciar su piel caliente, por lo que deslizó las manos y le levantó la camiseta. Él la ayudó alzando los brazos por encima de su cabeza y tuvieron que separarse para poder disfrutar de sus cuerpos desnudos.

Se le secó la boca al ver caer la cascada de cabello negro y liso sobre los hombros de su salvaje. Los ojos se le fueron a los tatuajes que la otra vez no pudo distinguir.

Decorando su torso, un hacha se clavaba en un árbol de intrincadas raíces que se perdían dentro del pantalón de deporte corto. Un precioso y complicado penacho de largas plumas de colores coronaban la cabeza de un hombre indio, que parecía meditar en su brazo. Extendió la mano y acarició el dibujo en su bíceps, lo recorrió con un dedo mientras caminaba a su alrededor estudiándolo.

Se sentía hipnotizada, en un mundo paralelo en el que no existía el miedo ni las consecuencias.

Él se quedó quieto y la dejó hacer, la dejó aprendérselo; su piel, su olor, su respiración, el latido de su corazón... Todo se lo estaba entregando en ese instante.

Ella continuó el estudio, deteniéndose a su espalda, lisa y oscura, sin vello alguno. Tenía una cintura estrecha y amplios hombros, aunque no tanto como los de otros hombres, era estilizado, elegante, auténtico. La pintura que ocupaba toda la espalda describía a una mujer desnuda, de cabello largo y oscuro, con ojos claros, que se hallaba sentada sobre sus pies y dejaba caer una brillante lágrima que se dirigía hasta un mar embravecido, mientras la luna llena esparcía su luz por doquier. Era impresionante. La mujer llevaba al cuello un collar con una pluma.

Ella se acercó y besó el lugar en el que se refugiaba la triste lágrima, antes de meter las manos por el elástico del pantalón y bajarlo de un tirón. Luego lo abarcó desde atrás, pegándose a él por completo, disfrutando de su plena desnudez.

Pero, sobre todo, se maravillaba de no ser ella misma, de sentirse en el cuerpo de otra mujer; una valiente y decidida que tomaba aquello que deseaba. Posó las manos en su vientre y bajó una de ellas hasta rozar la erección suave y aterciopelada. La cogió con una mano y la frotó con lentitud, disfrutando del tacto de la piel caliente, del palpitar de la hinchada vena, y movió un dedo para esparcir la humedad que desprendía al mismo tiempo que lamía cada ola que decoraba su espalda.

Byron respiró hondo, hizo todo lo que pudo por mantener la compostura, quería dejarla investigar. Su propósito era que se conociera a sí misma mientras lo estudiaba a él. Tenía que averiguar lo que le gustaba y lo que no, lo que la hacía enloquecer y lo que la ayudaba a bajar el ritmo, y eso solo lo conseguiría si la dejaba indagar, pero estaba resultando demasiado duro. Casi se había corrido cuando lo tocó con tanto mimo, mientras lo lamía con turbada pasión.

A punto de dejarse llevar, frenó la intrépida mano agarrándola con la suya y se la llevó a la boca para besar con labios y lengua cada uno de los finos dedos de Candy. Ella le clavó las uñas de la otra mano en el estómago, pegando sus pechos a él aún más, hasta que ni un soplo de aire podría pasar entre ellos.

Se dio la vuelta y enmarcó la dulce cara de Candy entre sus ásperas manos.

—Vamos a la cama —susurró en sus labios entreabiertos. Ella asintió sin decir

una sola palabra.

Una vez en el cuarto, él se acercó a ventana y deslizó las cortinas, dejándolos en penumbra, y luego se acercó a la mesilla y encendió la luz de la lamparita, quería verla, necesitaba grabar su imagen en la mente; presentía que le iba a hacer falta echar mano de ella en el futuro.

Al girarse, le pareció que Candy había sufrido una nueva transformación. La vio nerviosa, indecisa, sin rastro de la mujer que unos momentos antes lo estaba poniendo contra las cuerdas. Echó las sábanas hacia los pies de la cama y se tumbó, luciendo plenamente su desnudez.

—Desnúdate, quiero verte —exigió.

—Yo... Creo que ha sido un error. Debería... debería irme. —Se dio la vuelta y llegó a poner una mano en el picaporte, pero su agilidad se dejó ver en un movimiento felino que lo interpuso entre ella y la salida.

—Necesito que estés aquí porque quieres, porque así lo has decidido, no voy a presionarte para que hagas algo que no te apetezca.

—No sé lo que quiero... No he venido para esto. Es decir... quiero, pero tú, no quiero que seas tú. Tengo miedo. —Él asintió, fue hasta el armario, sacó una camiseta sin mangas y un pantalón de deporte y se los puso.

La frustración le estaba provocando un dolor espantoso, y no era solo físico. Él sabía que a su mujer le iba a costar asumir lo que sentía por él, pero escucharlo así, tan crudamente, era demasiado duro. Su libido estuvo de acuerdo con él, lo que ayudó bastante a bajar el calentón que la sesión de *conoce a tu pareja* le había provocado.

Candy dirigió su mirada hacia los largos pies desnudos del hombre. En cada uno de ellos había escrita una palabra que no comprendía. ¿Cómo era posible que se sintiera excitada incluso por eso? Se mordió el labio intentando controlar sus emociones. Él la miraba fijamente, parecía que estuviera leyéndole el alma. Y eso la asustaba tanto como la vez en que se lo encontró en la cama de Nat, con aquel pantalón de cuero y la cara llena de pinturas de guerra.

—*Pu'e* significa «camino» y *Nuumu* quiere decir «comanche». Es difícil recordar las cosas que de verdad importan en este mundo, así que de vez en cuando tengo que mirarme los pies y ordenarles que sigan el camino correcto — contestó la pregunta que ella le planteaba con la mirada. El sonido gutural con el que silbó esas palabras se le clavó en el corazón, haciendo que se derritiera.

—Es muy bonito lo que has dicho, lo que... lo que significa. Yo no sé cuál debe ser mi camino.

—Tengo una palabra para ti —le susurró al oído mientras, con suavidad, la apartaba de la puerta para abrirla y dirigirse a la cocina.

—¿Qué palabra? —quiso saber. Lo había seguido hasta la habitación contigua y vio cómo preparaba café.

—*Puha*. Definitivamente, necesitas reforzar tu *Puha*. —Sacó dos tazas del armario mientras lo decía.

—¿Qué significa? —quiso saber ella.

—Lo descubrirás en cuanto lo encuentres. —Le puso delante la taza de café con mucha leche y mucho azúcar. Ella tomó asiento.

—Ahora pareces uno de esos nativos de las películas que dicen cosas sin sentido y que luego resulta que son la solución a todos los problemas del mundo.

Byron soltó una estentórea carcajada, mientras se dejaba caer en una silla frente a ella.

—Parece que encuentras tu *Puha* cuando te diriges a mí.

—Mi padre dice que sois muy pocos los que aún habláis la lengua comanche.

—Es cierto. Perdimos muchas cosas en nombre de la paz. —Dio un trago a su café negro y amargo. Candy lo imitó.

—Está perfecto. ¿Cómo sabes la forma en que lo tomo?

—He visto a George preparártelo muchas veces.

Él seguía mirándola con fijeza y ella continuaba sintiendo ese nudo en su estómago que no sabía si era miedo, excitación o una mezcla de ambos. Probablemente fuera eso. ¿Pero de quién tenía miedo, de Byron o de Jack?

—¿A qué has venido? —le preguntó.

—¿A encontrar mi *Puha*? —Se le escapó una tímida sonrisa. Escuchó cómo Byron reía con ganas.

—Muy bien, esta es mi chica. La que nadie conoce. La mía. —A ella se le borró la sonrisa y giró la cara hacia la ventana. El dedo de Byron recorrió su mejilla, consiguiendo hacerla temblar.

—¿Te asusta? —le preguntó.

—Estás equivocado. Yo no soy como piensas. Y no soy tuya. Soy una Shaw, hija de mi padre. Nunca seré tuya. —Lo dijo con voz suave, tranquila y certera.

—¿Sabes? La abuela dice que es de bárbaros pensar que otra persona puede pertenecerte. Tal vez lo sea, después de todo. Candance, mírame. —Ella obedeció.

—Byron...

—Te deseé desde el primer momento en que te vi. Tú eras apenas una

adolescente y yo un joven con exceso de hormonas y mucho odio acumulado. — Tomó sus manos y las refugió entre las suyas—. Había pasado toda mi vida en la reserva y no sabía qué hacer, no sabía cómo convertirme en un hombre. Me metía en peleas constantemente y no era precisamente amable con las chicas, especialmente con las blancas... —Suspiró y bajó la cabeza—. Mi madre era mitad blanca y nos abandonó a mi padre y a mí por la vida en la ciudad.

—¿Esa es tu excusa?

—En parte, imagino. En cualquier caso, así eran las cosas. Mi padre murió poco después de que nos abandonara y me quedé a cargo de mi abuelo, que era bastante mayor. Hizo lo que pudo. Cuando George vino a verme, al volver de España, me vine con él sin pensarlo. Y te conocí... y te deseé, pero no me gustabas nada. —Ella se desasíó de sus manos y lo miró estupefacta. Él se rio.

—¿Y se puede saber por qué? Yo ni siquiera te recuerdo de esa época. ¿Que hice para molestarte?

—Supongo que respirar. A mí me bastaba.

—Y ahora ¿qué? —preguntó.

—Desde el momento en que George te trajo a la casa grande por primera vez, mi misión en la vida fue hacer de la tuya un infierno y... No sé en qué momento todo se confundió y yo... —Se levantó y se dio la vuelta para mirar por la ventana que daba al porche. Ella mantuvo el silencio esperando que él continuara la explicación.

—Me encontré esperando el momento en que llegaras, para hacerte sufrir, como la mejor parte del día. Echaba de menos tu mirada huidiza, tus curvas, los aspavientos descarados de los que eras capaz cuando te sentías protegida y los temblores que te recorrían si por casualidad te quedabas a solas conmigo. Me encantaba oírte llamarme salvaje, porque cuando lo hacías, me sentía así realmente. Salvaje y libre. —Se dio la vuelta y apoyó la cadera en el mármol. Luego cruzó los brazos sobre el pecho y esperó a que ella rompiera el silencio.

—Yo no imaginaba... Solo sentía miedo, solo siento miedo.

—Quise matar a George por la forma en que te trató cuando Nat y Nina vinieron de España. Y quise darte una tunda a ti por dejarte pisotear de esa manera. —Ella se puso tensa y se levantó de golpe, tirando la silla. Con un hombre en su vida que le diera tundas tenía más que suficiente. Se dirigió a la puerta, con paso rápido.

—Adiós. Solo he venido para saber cómo estabas. Lo que ha pasado antes no va a volver a ocurrir —le dijo, colocándose justo frente a él, pero con la

suficiente distancia como para que la química no volviera a jugarle malas pasadas.

—Sigue repitiéndotelo a ti misma, igual te convences. —No intentó acercarse a ella ni tocarla, solo la miraba fijamente a los ojos, y a los labios, y de vuelta a los ojos...

Ella tuvo que huir porque, de lo contrario, volvería a tirarse encima de él como una perra en celo. Corrió hasta la verja de fuera y siguió corriendo hasta llegar al lago y, una vez allí, se tiró en la hierba y pasó varias horas recordando sus manos, sus besos, su calor, su miembro, sus palabras...

Su mente estaba repleta de él.

Varias horas después, Candy aún trataba de entenderse a ella misma. Tumbada en la cama de su habitación, seguía preguntándose cómo se sentiría si hubiera llegado hasta el final.

Escuchó un zumbido. Tardó unos segundos en darse cuenta de que provenía de su móvil. Lo cogió y vio un mensaje de número desconocido. En realidad solo tenía grabados los números de George, de Nat y de su primo Lester. Se preguntó cómo sería tener una agenda repleta de amigos. Abrió el mensaje.

«Vamos a probar algo nuevo. Algo más tradicional. Te quiero. Tu Salvaje».

Se mordió los labios. ¿En qué estaría pensando?

El corazón comenzó a latirle con fuerza y no le dio tiempo a sentir nada más. Escuchó el timbre y gritos en la parte baja de la casa.

Salió corriendo de su habitación y se dirigió a las escaleras, justo a tiempo de ver cómo Lester intentaba dar un puñetazo a Byron, que se echó a un lado en el último momento, haciendo perder el equilibrio a su primo, que terminó en el suelo.

Magui, que había salido de la cocina, fue directa hacia Lester, no sin antes dirigirle una mirada asesina a Byron.

—No le he tocado —se defendió él, levantado las manos en son de paz.

Ella se fijó en que llevaba un ramo de flores en una de ellas. Se había puesto un pantalón negro de vestir, una camisa blanca y llevaba el pelo recogido en una coleta. Estaba guapísimo... y totalmente loco. Solo un loco se metería en la guarida del león que quería aniquilarlo.

No pudo analizar el sentimiento que se creó en su interior. Mientras Lester empujaba a Magui, que intentaba ayudarlo a levantarse, Jack Shaw salió del

despacho hecho una furia.

—¿Se puede saber qué demonios es todo este jaleo? —gritó, centrándose en la escena que protagonizaba su sobrino. Tardó casi un eterno minuto en fijar su vista en la figura alta y delgada que lo miraba desafiante desde el otro lado de la estancia.

—Parece que su sobrino ha tropezado al intentar saludarme.

Ella no podía creer el descaro del hombre al dirigirse así su todopoderoso padre. Jack no movió un músculo, tan solo dirigió su mirada azul hielo hacia la escalera y sonrió. Esa sonrisa le dio más miedo que cualquier amenaza sufrida hasta el momento.

—¡Te voy a matar, capullo! —Lester estaba dispuesto a seguir peleando y fue hacia él con el puño alzado de nuevo, pero la voz de Jack le hizo parar en seco.

—¡Basta, Lester! Debemos ser amables con las visitas. Ve a buscar a Dustin e invítalo a unirse a nosotros. Os esperaremos en el despacho. Querida, haz el favor de precedernos. Prepáranos un té, Magui.

Ella bajó las escaleras, temerosa. No sabía qué estaba tramando su padre pero, desde luego, ella no saldría bien parada de la última ocurrencia de Byron.

Entraron en el despacho y Jack tomó asiento detrás de esa enorme y ridícula mesa.

Byron no le había contado a nadie lo que planeaba hacer, ni siquiera a George o Nat, estaba seguro de que intentarían disuadirlo, pero si algo tenía claro era que los amores imposibles y las historias de Romeo y Julieta, a estas alturas de la vida, eran una gilipollez sin sentido. Si querían estar juntos lo estarían y ya. Si para ello tenían que irse de Wellstone hasta que todo el mundo pusiera las cosas en perspectiva, lo harían. Por el amor de Dios, eran adultos.

—Bien muchacho, dinos qué pretendes con esta... —Hizo un gesto con la mano como si estuviera buscando la palabra adecuada—. Payasada. Candy, ven aquí, hija.

Observó cómo Candance bajaba la cabeza y se dirigía, obediente, al lado de su padre, con las manos entrelazadas por delante. Y en ese momento se dio cuenta de que había cometido un error de cálculo, dando por hecho que, para ella, sería tan sencillo como para él. No, para ella no lo era. Aún se debatía entre el deber y la pasión.

Decidió hacer un último intento. Se acercó a ella despacio pero firmemente, sin apartar la mirada de su hermoso y asustado rostro, y extendió el brazo ofreciéndole las flores.

Candy miró el ramo por un segundo, antes de desviar los ojos hacia su padre, que con un gesto afirmativo la instó a cogerlas. No sabía qué vendría después, pero estaba claro que Jack planeaba algo. Extendió una mano temblorosa y se dio cuenta del momento exacto en que Byron creyó en ella, en su fortaleza, y casi lloró al ver el sutil gesto de su padre señalando la papelera con su immaculado zapato.

Obedeció, simplemente. Tiró el ramo al cubo y se dispuso a salir de la habitación sin mirar a ninguno de los dos hombres.

—Candy, deberías esperar a tu prometido. Estoy seguro de que tu nuevo amigo querrá ofrecerle sus más sinceras felicitaciones.

Dustin, su padre iba a casarla con Dustin. Un agujero enorme se abría ante ella y la engulliría rápidamente. De nuevo la imagen cruzada de su madre y ella en el espejo se hizo dueña de sus pensamientos. Se quedó congelada en el momento en que había escuchado a su padre, no se dio cuenta de que Byron se acercaba a ella.

—No tiene por qué ser así. Te lo prometo. Puedes decidir.

—Creo que ya es suficiente Mis hombres le acompañarán a la salida. —Apretó un botón y entraron Lester, Dustin y otros dos hombres en el despacho.

Él intentó atraer su mirada una última vez, pero no lo consiguió.

—Encontraré la salida yo solo. Suerte en tu vida, Candance. Respetaré tu elección.

Byron no podía creer lo que acababa de pasar. Parecía una telenovela mala. ¿En qué mundo paralelo una mujer de veintiséis años se dejaba influenciar así por las opiniones de su familia? Tal vez había sido muy optimista con respecto a los sentimientos de ella, quizá lo único que quería de él era sexo; sexo salvaje, porque cuando quiso ser considerado y dejarla hacer, lo rechazó.

No podía creer que fuese a casarse con Dustin Calon, ese patán. Todavía le debía una buena paliza y llegaría el momento, sin duda. Estaría bien que tuviera que casarse con las piernas rotas. Fantaseó durante el trayecto de vuelta a su casa con todo el daño que podría hacerles, pero no lo reconfortó en absoluto.

La loba celta

El curioso cartel que daba nombre al bar ondeaba al viento. La chapa metálica en la que estaba grabado chirriaba en cada movimiento, golpeando sin descanso contra la pared de madera, típica de las construcciones de la zona.

Se situaba en un claro del bosque, el camino que la había llevado hasta allí era de tierra y piedras, no muy cómodo para su trasero. Los botes estaban destrozándola. No estaba segura de que el salvaje no se hubiera dado cuenta de que lo seguía, pero esperaba que así fuera.

Había decidido que, en su mente, seguiría siendo el salvaje; no podía permitirse que Byron se adueñara de su pensamiento, tal y como se había adueñado de su corazón. Ni siquiera sabía por qué estaba haciéndolo, si su padre o su primo la descubriesen, probaría de nuevo el amargo sabor del cuero del cinturón de Jack. La última vez había usado dos, uno en la boca, para evitar que gritase y otro sobre la, ya no tan suave, piel de sus nalgas.

Habían pasado algunos años desde que lo usó por última vez, hasta aquel día. El día en que le confesó que George la dejaba definitivamente para casarse con la española. Pero el momento en que el salvaje decidió hacer de absurdo héroe de novela romántica, había sido el peor. En cuanto él salió de la propiedad, Lester la había acompañado a su habitación y le había dicho que esperara allí a Jack.

Todo a su alrededor se había vuelto negro mientras recibía su castigo, jamás había sentido tanto dolor, ni por dentro ni por fuera.

Inútil, malcriada, tonta, incapaz... Una a una, vinieron a su mente cada palabra pronunciada con cada golpe. En la primera el cinturón que apretaba con sus dientes cayó de su boca y no pudo evitar que un desgarrador sonido inundara la habitación. Su padre le enganchó el pelo con el puño y golpeó su cabeza contra

la moldura de la cama.

Sabía que al día siguiente le dolería más ese golpe que el trasero, así es que recogió el cinturón y apretó los dientes. No salieron más sonidos de su garganta. Tan solo impotentes lágrimas, que rodaron por su tez.

Si ella hubiera sido un chico nada de esto habría pasado. Jack no tuvo nunca su querido heredero, y eso era algo que pagaría ella por el resto de su vida. Lester siempre había querido serlo, pero aunque Jack lo trataba como tal, y seguramente le dejaría todas sus posesiones, seguía sin tener más que su sangre diluida. Algo que le recordaba a menudo al propio Lester, aunque el chico se había esforzado todo lo posible por complacerlo, incluyendo torturarla a ella desde que eran unos críos.

Si George no la hubiera abandonado, su vida no se habría convertido en un infierno y ella nunca habría sentido la necesidad que tenía en este momento de las caricias de Byron. Tenía que notarse viva de nuevo, antes de que Dustin le pusiera una mano encima. Quería poder atesorar más momentos de locura como los que había vivido aquella primera vez, o como el otro día, mientras lo acariciaba y le dijo aquellas palabras en su idioma nativo.

Era tan erótico escucharlo hablar así, tocarlo, olerlo... Nunca había querido esas cosas mientras estaba con George, pero ahora... Ahora no podía renunciar a ello aunque su padre le arrancase la piel a tiras.

Y lo haría. Ella, mejor que nadie, sabía de lo que Jack era capaz.

Había varias cabañas rodeando el lugar; una más grande y varias pequeñas. Tenía pinta de ser un hotel de esos en los que la gente *hace cosas*. Cosas como las que Byron le había hecho a ella.

«Byron». Repitió su nombre en voz alta. Sabía a miel cristalizada, áspero y dulce, igual que su voz. No, Byron no; el salvaje.

Allí estaba el aparato infernal, aparcado en la puerta y dominando el resto de vehículos; algunas motos, algunas furgonetas, ningún cómodo utilitario.

Una chica aparcó una Harley negra. Su elegante figura se deslizó de la moto con una agilidad felina que ella no podría poseer nunca. Se quitó el casco y de un resoplido se apartó el flequillo de la cara. Llevaba un curioso corte de pelo, la nuca rapada y un largo mechón en la frente; muy europeo.

Morena, alta, a la vista poco pecho y bajo esos apretados pantalones de cuero, un buen culo. Se quitó la chaqueta y se desabrochó un botón del chaleco a juego

con los pantalones. En los pies, unas enormes botas con hebillas plateadas. A alguien como ella, esa delgada mujer le daba miedo. Mucho miedo.

¿Qué demonios estaba haciendo ella allí? Por lo menos se le había ocurrido coger prestada la furgoneta a uno de los trabajadores del rancho, con su deportivo no habría pasado desapercibida. Ahora que lo pensaba, debería haber hecho lo mismo con la ropa; el vestido malva cruzado en la cintura, bajo su abundante pecho, a juego con sus sandalias Jimmy Choo doradas, no ayudaban mucho.

La extraña chica entró en el lugar empujando la puerta con una sola mano. Ningún ruido, ningún grito, ninguna botella rompiéndose en ninguna cabeza. ¿Por qué no? Ella también podría hacerlo.

Inspiró hondo y salió del coche irguiendo la cabeza. Así acostumbraba a cargarse de autoestima, con cada paso, elevaba la cadera; a un lado y a otro lado, derecha, izquierda. Un gracioso gesto con el cuello y su hermosa y larga cabellera rubia rozaba su torneada espalda con una gracia única. Su cuerpo, su herramienta, decía siempre su madre. Si fuera verdad, si toda esa seguridad fuera real...

Empujó la puerta con una sola mano y todas las miradas se volvieron hacia ella. Hombres rudos en su mayoría. Sintió que había entrado en una película de terror, pero hinchó el pecho de aire y puso un pie delante de otro, en dirección al único hombre que no la había mirado. Estaba decidida, quería, necesitaba, volver a sentirse viva, le costara lo que le costase.

La chica vestida de cuero estaba detrás de la barra con las manos abiertas apoyadas en la misma, mirándola con curiosidad.

Ella apretó los puños. Tenía los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo y se daba perfecta cuenta del roce de sus pezones contra la fina seda del vestido. George estaría con la española fornicando. Y ella... Ella iba a disfrutar también. Él no se negaría, no lo haría, ¿verdad?

De repente se le apretó el pecho. ¿Y si la rechazaba? Después de lo que pasó la última vez que estuvieron juntos...

Inconscientemente dio un paso atrás y fue justo ese el momento que el salvaje escogió para mirar por encima de su hombro.

El largo cabello negro le caía en mechones cubriendo parte de su rostro, un rostro perfectamente cincelado, labios finos, mandíbula cuadrada, ojos rasgados y curiosos. Pequeñas arrugas encuadraban las obsidianas que la hacían temblar al fijar su atención en ella.

No podía; quería, pero no podía. Se dio la vuelta y salió corriendo de allí. No paró hasta llegar a la seguridad de su furgoneta. Entonces se agarró al volante y se echó a llorar mientras gritaba y golpeaba el maltrecho suelo con sus ya no tan relucientes Jimmy.

Loba Celta vio que Byron miraba por encima del hombro y le señalaba una botella de Jack Daniel's. Ella entendió a la perfección, estaba más que acostumbrada a los silencios de los comanches. Miró a otro hombre, a uno que jugaba tranquilamente al billar; camiseta, vaqueros ajustados, el pelo recogido en una coleta, mocasines...

«¿Pero qué hombre adulto llevaba hoy en día mocasines?».

Algún día tendría que romperle el dichoso palo de billar en la cabeza, lo sabía. Él también. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, el tipo se volvió y le dedicó una sonrisa lobuna llena de blanquísimos dientes y autosuficiencia. Sus raros y azulísimos ojos relucieron con malicia. Cuando hacía eso lo odiaba aún más, si cabía. Decidió concentrarse en Byron.

—¿Esa chica ha venido a por ti? —le preguntó, llenando un pequeño vaso de líquido ámbar y dejando la botella cerca.

Él se limitó a coger el chupito y beberlo de un trago. Acto seguido se hizo con la botella y se sirvió otro. Lo sostuvo con dos dedos y lo miró distraído.

—¿No salía con tu amigo George? —insistió.

—¿Mi primo ha despedido a sus gorilas y ha decidido hacer él solo el trabajo? —contraatacó Byron, tratando de evitar la pregunta.

—No cambies de tema.

—No existe tema

—A juzgar por la que está liando en el coche, yo diría que la tienes algo frustrada. ¿Se te ha olvidado cómo hacer disfrutar a una blanca? —intervino Jeremy.

—Vete a la mierda, primo —respondió.

Evidentemente, su primo había estado disfrutando del espectáculo desde la ventana que había en una de las paredes que flanqueaban la mesa de billar.

—Ponme otra cerveza, loba.

—¡Tú! Te he dicho mil veces que no me llames así —se quejó ella.

—Parece que las blancas no se nos dan bien a ninguno de los dos.

Byron dejó un billete sobre el mostrador y salió en busca de Candy.

Abrió la puerta de la furgoneta, sorprendiendo a la chica, que levantó la cabeza. Tenía la boca abierta intentando llevar algo de aire a sus pulmones a través de la rabia que la dominaba.

—Muévete —le ordenó.

Candy no se deslizó ni un milímetro, seguía mirándole con el terror reflejado en el rostro. ¿Es que nunca iba a dejar de temerle?

Por ahora estaba bien. Sentía tanta rabia por lo que había pasado en su casa, que toda su frustración se estaba convirtiendo en el mismo tipo de odio teñido de deseo que le había inspirado la joven desde hacía años.

Se metió a la fuerza en la furgoneta, empujándola con su poderoso cuerpo hasta el otro lado del único asiento. Ella se pegó a la puerta todo de lo que pudo.

—¿Qué crees que te voy a hacer, princesa pálida? —le preguntó, pasando la punta de su dedo índice desde el cuello hasta el inicio de su pronunciado escote.

Allí se demoró un instante. Las pupilas se le dilataron al fijarse en sus exuberantes pechos. Los puntiagudos pezones sobresalían empujando la fina tela. Quería lamerlos, chuparlos, morderlos.

Con ese leve contacto se había puesto más duro que una piedra. Ella era joven, él no. Ella era sexualmente conservadora, él no. Ella podría romperse, él ya lo estaba.

—Solo voy a follarte —soltó de forma abrupta.

Después de todo, era lo único que ella quería de alguien como él ¿no? Apenas un nativo, un comanche. Para su preciosa familia era escoria.

Puso la mano alrededor de del cuello de Candy ejerciendo una ligera presión. La suficiente como para que ella se viera obligada a abrir la boca para respirar.

Acercó su cabeza hasta apoyar su frente en la de ella y posó en el interior de la rodilla la otra mano. Luego la subió poco a poco, hasta que se encontró con la barrera de sus bragas. La agarró con fuerza por encima del algodón.

Quería tenerla, lo necesitaba. Ahora era él el que sentía miedo, no pensaba que fuera posible una adicción igual. Estaba saboreando el néctar que desprendía su cuerpo y ni siquiera la estaba besando. Quería tenerla en su boca, deseaba comérsela, clavar sus dientes en ella, sentir cómo se corría subida en él.

Quería poseerla en cuerpo y alma, enseñarle todo lo que podía disfrutar, liberarla, conseguir que confiara en él. ¿Por qué ella? ¿Por qué la única mujer que le temía y lo despreciaba?

—Estás mojada y ni siquiera te he besado. Toda tu miel está en mi mano. Quiero que esté en mi boca. Voy a comerte ahora, aquí, hasta que te vuelvas

loca; hasta que te duela. Cuando acabe contigo te habrás corrido tantas veces que lo único que podrás hacer es pedir clemencia.

—No quiero oírte, no deseo que me hables. Solo haz... eso.

A Candy no le pasó desapercibido que, para él, volvía a ser la princesa pálida; la caprichosa ricachona sin nada más que ganas de aventura. Y ni siquiera ella sabía cuánto había de verdad en ello. Sentía que le hervía la sangre, el latido en los oídos no la dejaba escuchar las palabras que él seguía pronunciando, hasta que distinguió el más excitante de los sonidos, cuando él dijo «Puha».

La estaba tocando, pero no era suficiente, no tan profundamente como ella quería. Deseaba, necesitaba, esa ansiosa lengua explorando su boca. Aquella voz se metía directa en su alma y la hacía sufrir descargas de adrenalina que le encogían el pecho y le secaban la garganta, mientras mojaban otras partes de su cuerpo. Esas partes que él torturaba sin descanso.

—Dime qué quieres.

—Quiero... lo de la otra vez. —Él la soltó de golpe y se alejó. La miró directamente a los ojos desde el asiento del conductor y ella sintió un frío aterrador.

—Dime qué quieres —repitió.

—¡Quiero sentirme viva! —gritó al fin.

—¿Eso es lo que sientes cuando te toco? ¿Te sientes viva? —Ella se enderezó en el asiento, se cruzó de brazos y miró por la ventanilla del coche hacia la oscuridad.

—Quiero mi *Puha* —se atrevió a susurrar.

No sabía lo que significaba, pero sabía lo que le hacía sentir cada vez que él lo pronunciaba.

Escuchó el sonido del contacto del motor y se percató de que Byron conducía el coche hacia el interior del bosque.

—¿Dónde vamos? —le preguntó, preocupada.

—Voy a hacer que vivas tanto que quieras morir —repuso sin apartar la vista del camino.

A ella se le heló la sangre. ¿Y si la mataba de verdad? ¿Y si le hacía daño? Era capaz. Era un salvaje, al fin y al cabo.

La quemazón de su trasero le decía cuánto daño podía llegar a causarle un hombre en el que confiaba, que la había criado, así que, ¿cuánto daño podría causarle alguien a quien habían golpeado por su culpa? Por mentir acerca de lo que pasó. Si Byron quería vengarse, podría matarla y enterrar su cuerpo por allí

y nadie lo sabría.

Llegaron a una zona en la que el coche ya no podía pasar. Byron frenó. Lo vio moverse a la parte de atrás y coger algo. Al momento estaba delante de su puerta y la abría.

En ese instante sintió miedo de verdad y notó la piel erizada. Lo que el salvaje tenía en las manos era una cuerda. Maldita fuera, pensó. ¿Todos los rancheros llevan esas cosas en sus camionetas?

—¿Confías en mí? —le preguntó mientras la cogía de la cintura y la bajaba del coche, rozándola contra él.

—No —contestó, aferrándose a su camiseta.

—Aprenderás.

Ella lo dudaba, nunca podría confiar en ese hombre, pero en ese momento era el único capaz de calmar su ansia, su voracidad; esa parte de ella misma que no sabía que tuviera.

Miró la mano del salvaje ¿Qué pensaba hacer con la sogá? ¿Por qué se estaba excitando al pensarlo?

Él la tomó de la mano para llevarla a la parte delantera de la camioneta y, acto seguido, la subió al capó sosteniéndola por las caderas. Luego apoyó su ancha mano en su pecho y la guio hasta dejarla tumbada.

Ella no podía dejar de mirarle, estaba hipnotizada. Observó cómo agarraba el escote del vestido y lo abría de un tirón. Vio lo mucho que le costó tragar, el movimiento de su garganta delató su deseo. Se había colocado entre sus piernas, aún no la besaba, todavía no la tocaba, tan solo la miraba y ella ya estaba totalmente dispuesta.

Le levantó los brazos por encima de la cabeza y enrolló hábilmente la cuerda en sus muñecas. Sintió miedo, pero no protestó, apenas un ligero tirón que él acalló apretando los nudos. La respiración se le hizo tan intensa que sus pechos subían y bajaban a un ritmo infernal.

Byron ató la cuerda a las barras de protección laterales del coche, una a cada lado. Le gustaba verla así, abierta, dispuesta para él y, sobre todo, quería darle todo lo que ella deseaba. Iba a hacerla sentirse libre y salvaje, tanto como pensaba que lo era él.

Lo estaba utilizando, lo sabía, pero ya lloraría al día siguiente, ahora iba a disfrutar marcando su placer para siempre, de forma que ningún otro hombre pudiera alcanzar jamás los rincones del alma y el cuerpo de su mujer; rincones que él iba a tener esa noche, ahí, bajo la luna.

Le rasgó las bragas y ella se retorció al sentir cómo cedían ante el ataque. Involuntariamente trató de cerrar las piernas.

—Esto es lo que quieres ¿verdad? Te gusta salvaje, indómito, sin reglas. Es por eso por lo que me buscas. No me quieres a mí, quieres lo que crees que soy. Pues lo vas a tener. Ábrete para mí, princesa pálida —le ordenó, poniendo las manos en sus rodillas.

Como si estuviera hipnotizada, aceptó la orden y se abrió. Él se desabrochó el pantalón, se metió la mano y liberó la erección que lo estaba ahogando.

Candy sintió un hormigueo en el pecho que se transformó en una eléctrica descarga en sus muslos que le hizo alzar las caderas en busca de aquello que anhelaba.

—Shhhh, tranquila, falta mucho para eso.

—Yo... Es lo que quiero, es lo único que quiero de ti. Hazlo ya, vamos. Acaba con esto —le exigió mientras tiraba de las cuerdas.

—No. No te voy a follar hasta que me lo pidas como es debido —rebatía, cogiéndole el pie y poniéndolo encima de su hombro. Mientras le desabrochaba las sandalias, le besaba y lamía el empeine.

¿Era posible que eso diera tanto placer? Notaba cómo se iba tensando por momentos.

—Te lo pido, por favor. —Le había costado decirlo, pero ya estaba hecho, ahora él la penetraría y su agonía habría acabado felizmente. O casi.

La risa de él le atravesó el pecho. Le había quitado los zapatos. Le lamió los dedos, se los metió en la boca, los mordió y siguió su recorrido por la pierna. La pantorrilla, la parte de atrás de la rodilla, que casi la hizo volver loca. El otro pie...

—Aún vas a seguir sufriendo. Y por si te lo preguntas; no, esa no es la forma correcta de pedírmelo.

—¿Qué quieres? —le gritó.

—Saborearte —contestó mientras se arrodillaba delante de ella—. Ya te he dicho que quiero comerte. Quiero que tu sabor perdure en mi boca hasta nuestro próximo encuentro, quiero marcarte para que tengas la necesidad de volver a buscarme, quiero que seas mía de todas las formas posibles; de todas las maneras en que una mujer puede ser de un hombre. —Paró un momento su discurso para mirarla con una perversa sonrisa ladeada—. Quiero llenarte en todos los lugares en los que podría hacerlo.

Luego abrió la boca y abarcó todo su placer, hizo maravillas presionando y

golpeando con la lengua el clítoris. Apenas unos segundos después ella se corrió con fuerza, golpeando con su trasero el coche, sin poder contener los movimientos involuntarios que le recorrían la espina dorsal. Intentó tomar aliento, supuso que él pararía para buscar su propio placer una vez ella lo había encontrado. Se sentía una mujer fácil, lo había sido.

Pero no lo hizo, él no paró. Le inmovilizó las caderas, apoyando el brazo en su estómago y con la otra mano, le introdujo dos dedos, frotando, entrando y saliendo al mismo ritmo al que trabajaba su lengua. Clavó sus dientes en ella, le encantaba cuando hacía eso, en cualquier parte de su cuerpo; se sentía poseída y le gustaba.

Candy trataba de recuperar el control de su cuerpo, tras el último orgasmo que la había traspasado por dentro y por fuera.

Se dio cuenta de que Byron la estaba liberando de las ataduras. Se frotó las muñecas y lo miró confusa, mientras trataba de taparse con lo que quedaba de su ropa. Él la ayudó a incorporarse y, tras recolocarse sus propias prendas, se sentó en el capó de la camioneta, a su lado. Subió las piernas, que rodeó con los brazos, y dejó que su mirada vagara hasta el infinito. Poco a poco recuperó la respiración pausada y sosegada que le era característica.

—Tú no... Tú... no quieres... No...

—No. No quiero —contestó él, manteniendo la vista fija en el mismo punto del infinito.

—¿No me deseas? —se atrevió a preguntarle.

—Más de lo que puedas llegar a imaginar.

—Pero...

—Pero no así —susurró, casi para sí mismo.

—No entiendo...

—Esto es lo que quieres tú, princesa. No yo. Es tu fantasía y pensé que podría dártela, pero yo quiero más. —Por fin volvió la cara hacia ella—. Quiero hacerte el amor. Lo merezco, los dos lo merecemos.

Pasaron varios minutos en absoluto silencio. Ella no podía dejar de pensar en las implicaciones que escondían las palabras de Byron. Si fuera la mitad de fuerte o decidida que era él... Si pudiera olvidarse de todo y dejarse llevar...

Solo una palabra y estaría en sus brazos, recibiendo tanto amor y ternura que la rompería volver a su realidad. Él se equivocaba, no lo merecía, no merecía lo

que él le ofrecía. Una vez se atrevió a pensar que podría tener una milésima parte de lo que obtendría con Byron, y aún estaba pagando las consecuencias.

Ella era Candance Shaw y viviría como la hija de Jack, se casaría con Dustin y recibiría el castigo por no poder amarlo, por no satisfacerlo, por no ser suficiente mujer. Tal y como hacía su madre, lo aceptaría estoicamente, lo más probable con la ayuda de buen whiskey.

Envidiaba la serenidad que desprendía Byron, la calma, la seguridad en sí mismo. Si ella pudiera...

—¿Tú nunca te enfadas o gritas? ¿Nunca pierdes los papeles?

—No muy a menudo —contestó él—, pero confieso que contigo he estado a punto en un par de ocasiones.

—Hice algo horrible —le confesó.

—¿Cómo de horrible?

—Mucho. Cuando te lo diga querrás pegarme. —Byron echó la cabeza hacia atrás y rio amargamente.

—¡Por todos los Dioses! De verdad piensas que soy un salvaje. Nunca he pegado a una mujer, ¿me oyes? Jamás vi a mi abuelo pegarle a mi abuela, o a mi padre pegarle a mi madre, por muchos problemas que tuviesen.

Al parecer, no podía soportar más tiempo estarse quieto y se levantó para caminar de un lado a otro. Era como si le exasperase tener que sacar de su cabecita blanca las ideas que, durante tantos años, le habían metido a presión acerca de su pueblo.

—Yo no quería...

—El maltrato existe en todas las culturas, Candance, no es una cuestión de raza. —De nuevo ese tono neutral de hombre sereno.

—No es lo que quería decir. Mi padre...

—Deja a Jack fuera de esto, princesa. Esto es entre tú y yo. Todo lo que crees saber de mí y lo mío está envenenado. Pero ese no es el verdadero problema, tan solo es la excusa. Parece que estés esperando que el cielo se abra en cualquier momento y un rayo nos parta, o cualquier desgracia semejante.

—¡¿Es que no entiendes que eso es exactamente lo que va a pasar?! —gritó ella.

Ella no iba a sacarlo de su error. Byron había supuesto que quería hablarle de nuevo acerca de lo que Jack pensaba de los comanches, pero en realidad iba a decirle lo que su padre solía explicar acerca de las mujeres. «Hay que domarlas como a los caballos y, después, educarlas para que nos sirvan como es debido.

Sin nosotros estarían perdidas».

—No, no lo entiendo. Todo es mucho más sencillo que eso. Yo te quiero y tú me quieres a mí. Se acabó, no hay nada más. Vivamos nuestra vida y a los demás que los jodan, princesa.

No sabía cómo hacerle entender lo equivocado que estaba. Los engranajes de su cabeza giraban y giraban y ella no daba con las palabras adecuadas. Pero entonces Byron se acercó, se colocó entre sus rodillas y le tomó la cara entre sus manos.

Primero fue un beso en la frente, después en los párpados, la nariz, las mejillas, la barbilla... Una caricia húmeda en la garganta y ella dejó de pensar, le echó los brazos al cuello y aceptó el abrasador beso que él le ofrecía.

Una y otra vez

—Vamos a casa —sugirió Byron, mordiendo el hinchado labio de Candy.

—Sí.

Una sola palabra; sencilla, fácil de pronunciar, esperanzadora y real. Byron no la dejó continuar pensando. Se agarró a ella como a un bote salvavidas. La besó hasta conseguir que se derritiera en sus brazos y, cuando la notó trémula a la vez que decidida, la levantó en vilo y la llevó hasta el asiento del acompañante, donde la acomodó. Antes de dirigirse hacia su asiento, se agachó ante ella.

—No te arrepentirás —le susurró.

—Lo haré, estoy segura, pero no me importa —le dijo, posando la mano sobre su mejilla.

—Por ahora me conformaré con eso.

El camino hasta la casa se le antojo eterno. El silencio les absorbió y, durante todo el trayecto, temió que ella se arrepintiera y le pidiera que la llevara de vuelta a su casa.

No pasó. Una vez aparcó la furgoneta fuera del terreno, para evitar que los abuelos la vieran, la miró a los ojos, pero ella no le devolvió la mirada.

—Relájate. Parece que vayas al matadero. —Apenas una sonrisa asomó a los labios de la joven.

Él rodeó el vehículo y le abrió la puerta. Le tendió una mano, en la que ella se apoyó antes de bajar. Él no la soltó en ningún momento. Cruzaron la verja y recorrieron el camino hacia la casa, aún en silencio, con el único y abrasador contacto de sus dedos entrelazados.

Le tembló el pulso al introducir la llave en la cerradura. Abrió la puerta y empujó a Candy delicadamente para animarla a entrar. Ella lo hizo con paso dubitativo, miraba alrededor de la cocina como si realmente estuviese interesada

en lo que estaba viendo, y se acercó a la mesa de rústica madera para pasar un dedo por el jarrón lleno de flores. Mientras él servía un par de copas de vino, ella se hizo con una flor y se la colocó detrás de la oreja.

—Lo siento —le dijo.

—¿Qué sientes? —quiso saber él.

—Ya sabes... lo de las flores. —Él asintió—. Me pillaste desprevenida. Nunca pensé que se te ocurriría hacer algo tan...

—¿Romántico?

—Inapropiado, incómodo, peligroso, valiente, estúpido.

—¡Vaya! ¿Todo eso hice? Y solo con unas flores... Imagina lo que podré hacer con un poco más —la provocó, ofreciéndole una de las copas.

—Pensé que me mataría —susurró.

—¿Qué? —Byron frunció el ceño.

—A ti, quiero decir... Pensé que te mataría. Mi padre. —Candy dio un pequeño sorbo de la copa y la dejó sobre la mesa.

—Has pasado demasiado tiempo con George. Tenéis una idea muy extraña de la vida.

—Más bien, tú vives en un mundo sencillo que no existe. La vida es complicada, más de lo que puedas imaginar. ¡Casi te mataron la otra vez! —gritó.

—Me dieron una paliza un montón de palurdos racistas. ¿Acaso crees que es la primera vez que me pasa algo así?

—No es lo mismo.

—Candance, no es la primera y no será la última. Me gusta mi sangre mezclada, me encanta la parte comanche y adoro presumir de ella. No voy a cambiar, no me cortaré el pelo, no esconderé mis tatuajes y me pondré todas las plumas que me dé la gana. —Su tono de voz seguía siendo neutro, grave pero sereno.

—Te gusta provocar y a mi...

—A ti te gusta tanto como a mí. Por eso llevas esos tacones de infarto hasta cuando vas a caminar sobre el barro. —Una risa malvada hizo que sus pectorales se movieran de forma involuntaria.

Candy achicó los ojos hasta que solo fueron dos rendijas. Enseguida supo que él se estaba acordando del momento en que la tiró al barro y se acercó a su posición levantando la barbilla, desafiante.

Él dejó la copa en la mesa y la abrazó, riéndose ya sin reservas.

—Estabas preciosa con esa cara de furia, tan digna, toda llena de barro. Creo que te deseé más de lo que había deseado jamás a nadie.

—Yo sentía miedo cada vez que te veía —confesó con la cara escondida en su pecho.

—Me gusta pensar que tenías miedo de tus sentimientos.

—No tienes remedio.

—No, no lo tengo. Soy un hombre básicamente optimista. —Ella lo miró a los ojos y sonrió.

—Me gusta verte sonreír, no lo haces a menudo. —Candy ensanchó aún más sus labios para darle lo que quería.

Vislumbró sus blanquísimos dientes y algo dentro de él se removió, de repente ya no tenía ganas de hablar, solo quería besarla hasta quedarse sin sentido. Necesitaba tener de nuevo esa sensación de perder la consciencia que le atenazaba cada vez que la tocaba, y quería verla completamente desnuda de una vez por todas.

Se autoimpuso un control que creía no poseer a estas alturas y la besó despacio, sosegadamente, como si le estuviera susurrando. Rozó sus labios contra los de ella, primero el de abajo, después el de arriba, y disfrutó del tibio contacto. Luego recorrió el mismo camino con la lengua. Ella abrió la boca en intentó capturarla entre sus dientes, pero se retiró y la retó con la mirada. Candy hizo un mohín con la boca, dejándole claro que lo quería con más urgencia, pero él no se dejó convencer.

—Tranquila, princesa, tenemos toda la noche; toda la vida. —Candy respiró profundamente, como queriendo creer en sus palabras. Le resultaba difícil, muy difícil.

—¡Ojalá estuvieras en lo cierto!

—Me encanta cuando hablas como una señoritinga, me pone a mil. —Mientras lo decía no dejaba de rozar sus labios contra los de ella.

—Y a mí me encanta cuando te callas y actúas.

—Sí, señora —contestó al tiempo que la absorbía con la boca, introduciéndole la lengua y lamiendo su interior; aprendiendo todas las texturas y el sabor que desprendía, tan propio de ella y tan excitante.

Caminaron sin dejar de besarse y todas sus buenas intenciones quedaron relegadas por el ciego deseo de tocarla y poseerla mientras ella lo poseía a él.

A trompicones llegaron hasta la habitación y cayeron en la cama al tiempo que se desnudaban con desesperación. Cualquier pensamiento había desaparecido de

sus cabezas, cualquier duda voló con los pensamientos y él siguió hacia delante, buscando su propio placer y el del ella. Por el camino aprendería a quererlo.

Candy notó el peso del hombre aplastándola contra el colchón mientras se quitaba la camisa vaquera. Le gustó cómo la hacía sentir, como si perteneciese también a ese cuerpo. Por un momento era poderosa, ella mandaba y nadie podía hacerle daño.

Nadie deseaba a una mujer que no fuera ella. La desesperación con la que Byron terminó de abrirle el vestido, que después de esa noche iba a tener que tirar, era maravillosa. Ella y solo ella, era importante para él. Y le gustaba mucho sentirse así. Movi6 las caderas para continuar provocándolo, quería comprobar todas las reacciones que era capaz de despertar en él.

Byron pensó que explotaría cuando notó su contoneo. Estaban tan pegados que apenas cabría entre ellos una brizna de aire. La erección le apretaba como el mismísimo Demonio. Agarró la mano de ella y la llevó hasta allí, incitándola a restregarla hacia arriba y abajo.

La sensación era gloriosa, pero tenía que parar si no quería que todo acabara rápidamente.

—Necesito parar un poco —le dijo.

—No —protestó ella.

—Entonces esto irá rápido.

—Byron, llevas cuatro horas poniéndome al límite de mis fuerzas. Creo que estoy perdiendo la cordura. Estoy muy... Estoy... muy...

Una risa llena de cariño salió disparada de su pecho.

—La palabra que buscas es «cachonda», princesa. Deja que termine de desnudarte, quiero verte. Eres preciosa, perfecta.

Se colocó a horcajadas encima de ella y tiró del vestido de Candy hasta que tuvo colgando en la mano. Lo miró como si fuera un trofeo y lo tiró al suelo. Se la comió con la mirada. Absorbió todas y cada una de sus curvas, rozó con la yema de los dedos la piel de su est6mago, disfrutando de cada suspiro, de cada movimiento incontrolado que provocaba en ella la tierna caricia. Subió hasta sus pechos, todavía cubiertos por la prenda interior de encaje en tonos rosas, y metió una mano dentro de la copa para sacar uno de sus blancos y tersos senos. Tras pellizcar el pez6n con firme delicadeza se lo llevó a la boca, donde lo lamió y mordió, alternando una ligera picazón con una calmante y húmeda caricia de su lengua.

Candy empujó con las caderas como si su corazón fuera más grande que su

pecho. Como si algo en su interior estuviera a punto de explotar, estaba segura. Aferró su tersa melena con puño firme y tiró de ella, intentando que hiciera algo que calmase aquella tortura.

Él respondió liberándola de la prisión del sujetador y atacó el otro pecho con más hambre aún de la que sentía hacía unos segundos. Lo metió casi por entero en su boca y chupó como si quisiera extraer la fuerza de la vida, y así parecía ser, al menos para él y su libido traidora, que pretendía acabar con todo ese mar de sensaciones antes de que él las hubiese asimilado.

Candy utilizó ambas manos para arrancar a Byron de su pecho, tirándole con fuerza del largo y sedoso cabello, que sentía en sus manos como una extensión de las caricias que le regalaba. Atrapó su boca y lo besó con ansia desesperada, sin orden ni delicadeza, restregando su boca contra él y golpeándole con la lengua cada vez que él trataba de atraparla. Le mordía y lamía, tal y como él había hecho con ella.

Soltó su melena para dejarla caer sobre la recia espalda como una cascada de oscuro petróleo y siguió bajando, acariciándolo con los dedos hasta meterlos por la cinturilla del pantalón. Le rodeó las caderas y colocó las manos entre ellos para poder llegar a la hebilla de la cabeza de bisonte, que lucía habitualmente. De forma casi milagrosa consiguió desabrocharla a la primera y se apresuró a soltar el resto de botones que la separaban de su objetivo. Se enfadó con la fina tela que separaba la entrepierna del tacto de su piel y metió la mano dentro con brusquedad.

Ella había dejado de besarlo, concentrada en cazar su presa, y él tan solo disfrutaba dejándola hacer y mirándola a las pupilas, que sabía estaban dilatadas y teñían de negro sus ojos habitualmente claros.

—Cuidado princesa, estás tocando una zona muy sensible.

—¿Te he hecho daño?

—No precisamente. —Ella volvió a capturar su boca dejándole comprobar el sabor de la intensa excitación.

Aferró los vaqueros con ambas manos y tiró de ellos hacia abajo, llevándose de paso los molestos calzoncillos, blancos y clásicos según pudo observar en la penumbra de la habitación. La postura evitó que consiguiera su propósito.

—Deja que te ayude —dijo él. Se incorporó y bajó de la cama un momento. Tras desnudarse por completo, cogió un paquetito dorado de la mesilla de la habitación y lo abrió mientras compartían una mirada llena de anhelo. Apenas pudo colocarse la protección.

Ella se mordió el labio y llenó de aire sus pulmones con anticipación. Se puso de rodillas y lo sujetó de las caderas al tiempo que besaba el final de las ramas tatuadas del majestuoso árbol, hasta que, por fin, introdujo en su boca la dura erección. La chupó, la tragó hasta el fondo de la garganta y la expulsó lamiéndola en círculos.

—Quiero tu sabor —declaró, rozando la nariz contra su pubis.

—En otro momento, ahora voy a entrar en ti —repuso él, mientras le apartaba la cabeza asiéndola del pelo.

Ella se tendió en la cama.

Byron la inmovilizó por las caderas y la colocó con las piernas colgando del colchón, tras lo que se agachó y le puso los pies en sus hombros. Acto seguido la tomó con la boca, tragándose toda su humedad, besándola y lamiéndola por entero, hasta que la sintió temblar en su boca, dándole tanto como él le pedía.

—No es justo —se quejó.

—Lo sé, princesa, pero me temo que me has puesto a cien y la cosa va a ir más rápida de lo que querría para una primera vez.

—Segunda.

—¿Qué?

—Segunda vez. Es nuestra segunda vez. Y deja de hablar.

—Sí, señora —contestó.

Byron se movió hasta que consiguió situar a Candy en el centro de la cama y se colocó encima entre sus piernas, ayudándose con la mano para buscar la mojada abertura. Antes de entrar se rozó contra ella unos segundos.

Si algo interrumpía ese momento moriría por frustración, estaba seguro.

Luego colocó los codos a ambos lados de su cabeza y la miró a los ojos, ella se había aferrado a sus caderas, y sin prisa se introdujo apenas en su mujer. Sintió que estaba en el lugar correcto. No había ningún otro sitio en el mundo en el que quisiera estar que no fuera aquel.

Se tragó el suspiro de Candy, pero no cerró los ojos, la sensación de placer que dibujaba su rostro era como sentir un éxtasis paralelo. Siguió observándola mientras se metía por completo en ella, despacio, aprendiéndose cada una de esas sensaciones; las de ella y las propias.

—Me gusta lo que has hecho —le susurró la joven, abriendo unos preciosos y vidriados ojos, perdidos en el deseo.

—¿Tenerte?

—No. Decirme «sí señora» y obedecerme. —Él soltó una carcajada y el

movimiento involuntario casi hizo que se corriera en ese mismo instante. Consiguió controlarse apretando fuerte las mandíbulas.

—Siempre —le susurró al oído.

Aceleró el movimiento de sus caderas hasta que la penetración se hizo tan profunda que sentía los ecos de las sacudidas en todo el cuerpo de Candy. Dada su educación, suponía que ella nunca había sido una mujer escandalosa, pero en esta ocasión no reprimió los gritos de placer que le arrancaba con cada puñalada de su dura erección.

Candy se agarró con fuerza al cabecero de la cama y echó la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto el larguísimo cuello, donde sintió los dientes de Byron clavarse en él. En ese momento no le importó. Solo quería seguir disfrutando de ese terremoto de sensaciones que la colmaban, por lo que subió las caderas golpeándose contra él. Él había dejado caer su peso sobre ella para empujar con todas sus fuerzas y ella sentía que se ahogaba, pero no por su cuerpo, sino por el placer que le estaba provocando.

Se abrazó a él, agarrándole del pelo y cruzando los pies detrás de su cintura, y en un movimiento brusco Byron la colocó encima de él.

—Fóllame —le pidió.

Ella se movió sin control. Esa simple palabra, que hasta entonces le había parecido vulgar, fue la mecha que prendió todo el fuego de su interior. Se incorporó y cabalgó como la experta amazona que era, hasta que el orgasmo les sobrevino de manera abrupta a ambos.

Con toda la adrenalina corriendo por sus venas, sintió el placer, el dolor y el éxtasis, siendo consciente de que jamás nadie había compartido tanto con ella y nunca lo haría. Intentaría atesorar aquella experiencia como un preciado tesoro. El más preciado tesoro que pudiera existir.

Byron continuó luchando por meter aire en sus pulmones mientras acariciaba con lentitud la espalda de Candy. Sentía el cuerpo de la joven, pegado al suyo, sus pechos se movían al compás de su respiración y le costaba tanto como a él conseguir recuperar la compostura. El forzado movimiento de ella no ayudaba a la relajación. Sentía sus senos como fuego rozando su piel.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, posando los labios sobre su sien.

—Exhausta. Exhausta y feliz, creo.

Sintió la pequeña mano de Candy acariciando su pelo, lo enredaba en un dedo y lo desenredaba despacio, al tiempo que miraba hipnotizada el resultado. Y él la miraba a ella.

—Me gusta tu cabello, es tan sedoso. —Se llevó un mechón a los labios y lo besó, aspirando su penetrante aroma.

—A mí, me gustas tú. Toda tú. Eres parte de mí, como yo de ti. Nada va a cambiar eso. Te amo.

Ella no contestó, tampoco lo esperaba, para Candy no era tan fácil admitir lo que sentía, seguía resistiéndose. Bien, le daría tiempo para asimilar lo que acababa de pasar entre ellos.

Comenzó a sentir de nuevo el deseo, con tanta fuerza como si le estuvieran golpeando con una gran maza. La erección se había tornado firme y dura de nuevo. Le sujetó la mano con la que ceñía su cabellera y la besó, continuando un camino de besos húmedos por la parte interior de la muñeca y el antebrazo.

—¿Confías en mí ahora? —indagó.

—Quisiera...

—Eso me vale, por ahora. —Con un movimiento rápido, la colocó con el estómago pegado al colchón y siguió su camino de besos por la espalda.

Lamía y mordía, acariciándola lentamente. Le rozó primero un muslo y luego otro, y continuó por el interior del mismo hasta alcanzar su zona más erógena. Introdujo dos dedos lentamente y acarició con el pulgar la base del ano. Notó como Candy se ponía tensa.

—Shhh, tranquila, solo estamos conociéndonos —susurró sobre su espalda.

Retiró la mano despacio y comenzó a acariciar las nalgas. Esperaba que fueran tan suaves como el resto de su cuerpo, pero no era así. Notó zonas más gruesas, cicatrices y partes descamadas. Se giró y encendió la luz del techo.

Lo que vio le dejó horrorizado.

—¿Qué demonios...? —gritó, sin darse cuenta.

Candy se sobresaltó por la luz y el tono brusco de su voz, dándose la vuelta con rapidez y cubriéndose con la sábana lo mejor que pudo. Todos sus miedos e inseguridades volvieron a ella. El dolor, la ansiedad y el terror se apoderaron de ella.

Se echó hacia atrás reptando y apoyó la espalda en el cabecero, abrazándose las rodillas y escondiendo la cara en ellas. Luego comenzó a sollozar casi en silencio.

Él se puso de rodillas sobre la cama y se acercó a ella despacio, no quería resultar amenazador aunque, tal y como se sentía en ese momento, sin duda era una amenaza para alguien. Pero no para Candy, solo para el responsable de esas marcas, que respondían, con toda claridad, a los golpes de un cinturón.

—Candy, por favor... No quería asustarte, lo siento, pero... Candy, mírame.

Candy continuó en la misma postura defensiva. Había pasado del fuego más abrasador al frío más extremo en segundos y no podía asimilarlo. No estaba preparada para contar a Byron lo que era su vida con su familia, ni siquiera sabía cómo lo tomaría él. Tal vez pensaría igual que ellos, que se lo merecía. Tal vez también quisiera hacerlo...

—Princesa, por favor, dime qué es eso. ¿Cómo...?

—Es de montar a caballo. Soy un poco torpe y...

Byron se acercó más a ella, le cogió la cabeza entre las manos y la alzó hasta conseguir ver su mirada, empujada en lágrimas.

—Tienes marcas de un cinturón, Candy. Quiero saber quién es el responsable. ¿Fue Dustin? ¿Lester?

—¡Déjame en paz! —le gritó, empujándole para apartarlo.

Salió corriendo hacia el baño, mientras Byron recuperaba el equilibrio.

Se encerró y se apoyó en la puerta, se sentía más desnuda aún de lo que estaba, si eso era posible. Vulnerable y expuesta. Cómo se le había ocurrido que todo eso podía terminar bien. Oyó a Byron golpear la puerta llamándola. No pensaba abrir, no saldría de allí nunca.

—Es Jack. Lo mataré por esto, lo juro.

—¡No! Yo... me lo merezco. No soy buena, no hago lo que debo, sigo buscándote cuando sé que eso acabará contigo. Tienes que alejarte de mí. Para siempre. Debes hacerlo. Si desapareces de mi vida esto no volverá a pasar.

Se dejó caer, apoyada en la puerta, y sintió el frío suelo del baño en el trasero. Trató de concentrarse para dejar de llorar.

La voz de Candy sonaba a través de la madera de la puerta, pero Byron había dejado de escuchar, se estaba vistiendo y una sola cosa llenaba su cabeza; matar a Jack Shaw.

—Byron... Byron, por favor, déjame sola. Quiero volver a casa y olvidarme de todo esto.

—Abre la puerta —exigió.

Candy quitó el pestillo y se apartó un poco de la puerta. Estaba sentada en el suelo, sujetándose las rodillas.

Él se agachó y la levantó en brazos para depositarla sobre la cama. Luego la arropó y le dio un beso en la frente.

—¿George sabe algo de esto? —le preguntó.

—No. Nunca pasó mientras estuve con él. Durante ese tiempo mi padre se

sentía orgulloso de mí. Me decía que por fin había conseguido hacer algo bien.
—Sorbió por la nariz y un hipo se mezcló con las lágrimas que seguían rodando por su rostro. Retorcía entre las manos un trozo de sábana.

—Lo siento.

—Ahora te parezco repulsiva.

—Me pareces tan preciosa como siempre, pero necesito saber si esas marcas son por mi culpa, por lo que pasó el otro día cuando fui a tu casa con las putas flores.

—Él, se puso furioso. Me dijo... cosas terribles y me hizo mucho daño. Pero no grité, no, no lo hice. —Levantó la barbilla con orgullo.

—Eres una mujer muy fuerte. Te prometo que nunca más volverá a tocarte —susurró, acariciándole el rostro con los dedos.

—No puedes cumplir tu promesa. Esto... ha sido una fantasía. Será un maravilloso recuerdo cuando tenga que casarme con Dustin y...

—¡No vas a casarte con ese idiota! —gritó.

Él se levantó de golpe y paseó por la habitación durante un rato. Intentaba controlar su genio, no quería asustarla, pero era capaz de atarla a la cama para impedir que saliera de allí.

—Tengo que irme a casa. Si se dan cuenta de que me he escapado será peor.

—No tienes que volver a casa. No tienes que hacer nada que no quieras hacer.

Él se pasó la mano por el pelo con desesperación, no sabía cómo hacerle entender que su futuro estaba en sus propias manos. Volvió a sentarse en la cama y le apresó los dedos con los suyos, dándole calor y fuerza.

—¿Cómo empezó? —quiso saber.

Candy dudó un instante, pero la necesidad de soltar todo lo que llevaba dentro era más fuerte que nunca.

—La primera vez tenía seis años, creo. Quedé segunda en un concurso de hípica. Yo estaba muy contenta, me dieron un trofeo muy bonito, mi madre me felicitó y me dio un beso, algo que no hacía a menudo. Pero al llegar a casa, Jack me envió a mi habitación y mi madre empezó a llorar y a suplicar a mi padre que no lo hiciera. Yo no entendía qué estaba pasando. Cuando entró mi padre, yo estaba dando vueltas con el trofeo. Me dio una bofetada y acabé en el suelo. Él recogió de la alfombra el caballito de plata y se lo llevó. Seguí sin entender qué había pasado. Lloré mucho, más por perder mi trofeo que por la bofetada, pero sobre todo porque no entendía nada.

Byron cuadraba la mandíbula y apretaba los dientes mientras la escuchaba, sin

embargo se mantuvo en silencio, mirándola todo el tiempo y sin solar sus manos.

—Durante la cena me dijo que nunca un Shaw sería menos que primero. Después de eso gané muchos trofeos. Siempre fui la primera, y aun así nunca fue suficiente; siguió encontrando excusas a lo largo de los años.

Byron, se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—Me gustaría que entendieses que no tienes por qué continuar por el camino que te han marcado. Eres dueña de tu destino.

—¿Mi destino? —Soltó una amarga carcajada.

—Princesa...

—Deja de llamarme «princesa» y deja de comportarte como si yo pudiera elegir, como si fuera libre. No lo soy. Yo... —Se levantó y comenzó a vestirse—. Yo no sirvo para nada. A lo único que me han enseñado es a vestirme bien y a ser una esposa obediente.

Ella lo miró a los ojos y se preparó para decirle algo que sabía que lo alejaría definitivamente. Aún no habían salido sus palabras y ya le estaban doliendo, aunque más daño le iban a hacer a él, pero así tenía que ser. Cuadró los hombros, alzó la barbilla y lo miró de frente.

—Alguien como tú jamás podrá hacerme feliz. Nunca me darás todo lo que necesito, todo aquello a lo que estoy acostumbrada.

El odio y fuego que esperaba ver en sus ojos nunca llegó, a cambio le regaló el frío de su mirada. ¿Cómo era posible que esos iris negros se vieran como el hielo?

—En eso tienes razón, porque yo jamás sería capaz de pegarte hasta dejarte marcada.

Ella no supo qué contestar. Se vistió a toda velocidad y, tras unos segundos, salió de la habitación, recogió su bolso, que seguía tirado en el sofá de la sala, y salió como si la persiguieran todos los fuegos del infierno.

Byron la siguió hasta la furgoneta y esperó, cruzado de brazos y con las piernas separadas. Con el torso desnudo y esa postura, se marcaban sus bíceps y se veían perfectamente los tatuajes. El cabello, largo hasta la cintura, se movía con el viento que soplaba inclemente ese día. Resultaba intimidante. Una fuerza de la naturaleza, nada que ver con ella.

Lo miró a los ojos una última vez. Quería guardar esa imagen en su memoria, junto con todas las sensaciones que le había hecho vivir en las últimas horas... En los últimos meses, si era sincera consigo misma.

Él se acercó al coche y tocó con los nudillos en la ventanilla. Ella bajó el cristal

y Byron apoyó las manos en el hueco.

—Ojalá pudieras ver lo mismo que yo.

—No sé lo que ves tú.

—Una mujer valiente, dura y hermosa que...

—Que ni quiere ni necesita esto.

Él retiró las manos despacio y dio un paso atrás.

—Tal vez esté equivocado... Parece que después de todo se te da mejor quejarte que actuar.

Desvió la mirada, avergonzada. Él tenía razón, esa era ella. Y debía huir de allí antes de que todo se viniera abajo. Antes de que él la viera como la cobarde que era en realidad.

Acercarse a la luz

La furgoneta estaba bien escondida entre los árboles, si algo sabía hacer Dustin Calon era acechar. Llevaba toda la vida haciéndolo. La había visto desnuda infinidad de veces, había apreciado la evolución de su cuerpo delgado hasta llegar a convertirse en ese, elegante y curvilíneo.

En una ocasión, cuando eran apenas niños, le había cortado un mechón de cabello y lo atesoraba como la cosa más valiosa del mundo. Soñó tantas veces con que sería suya... Casi resultaban incontables los momentos en que tuvo que contenerse para no poseerla a la fuerza. Y no por ella, sabía cómo hacer disfrutar a una mujer, ella le perdonaría, aprendería a quererlo aunque tuviese que utilizar las técnicas que, a lo largo de los años, Jack les había enseñado, tanto a él como a Lester, para tratar a las mujeres. El problema era que Jack no le había dado su bendición hasta este momento.

Todo el tiempo que pasó con George, pavoneándose y luciendo su felicidad, para él fue una tortura, pero no podía quejarse porque sobre todo estaba la lealtad y gratitud que le debía al patriarca. Había cuidado de él, le había tratado como un hijo, aunque nunca le hubiera considerado lo suficiente bueno como para darle a su hija.

Esa hija que había sido perfecta y ahora se comportaba como una puta cualquiera, escapándose para entregarse a ese comanche de mierda.

Desde su escondite podía ver perfectamente la furgoneta que ella había llevado hasta allí, una del rancho. Estaba preciosa, con el pelo revuelto y los labios hinchados, esa cara de satisfacción tendría que borrarla de un guantazo. Pero el hijo de perra ese parecía un chulo cualquiera, un desgraciado lleno de tatuajes y autosuficiencia. Con esa cabellera...

Una idea cruzó por su cabeza, veloz como el viento, y tuvo que hacer un

verdadero esfuerzo para aguantar la risa que le provocaba, no quería que le descubrieran antes de tiempo. Debía encargarse de ella y luego se encargaría de él.

Sin duda, él volvería a salvar el trasero del jefe y se convertiría en el hijo que nunca tuvo al casarse con Candy. Lester no le preocupaba, no era más que un borracho inútil, lo tendría en el bolsillo mientras le proporcionara alcohol y mujeres. Y si se convertía en una molestia, sería más radical.

Llevaba tanto tiempo esperando que jamás pensó que todo fuera a salir así de bien. Hacía apenas unos meses solo podía pensar en cómo terminaría con George, siempre supo que era muy arriesgado, pero ahora... Ahora tendría que darle las gracias, después de todo.

Byron tenía claro lo que debía hacer. Ella necesitaba tiempo y espacio para recomponerse. Volvería a él. La paciencia era una de sus virtudes, no le importaba esperar.

En el momento en que la furgoneta conducida por Candy giraba para entrar en la calle asfaltada, otra furgoneta salió del camino pedregoso que se internaba en el bosque. Él ya se había dado la vuelta, pero el ronroneo de un segundo motor llegó hasta él, por lo que volvió sobre sus pasos a tiempo para distinguir un vehículo enorme y oscuro. Y conocía a la perfección al conductor; Lester.

Aquel era el Range Rover del primo de Candy. Parecía que los estaba vigilando y debía darse prisa, porque en caso contrario sería Candy quien sufriría las consecuencias.

Entró en la casa y terminó de vestirse rápidamente. Luego cogió su rifle, solo por si acaso, y se colocó el Comanche en la cintura. De inmediato llegó a su mente la imagen de Candy amenazándolo con él. Tenía que recuperar a esa mujer.

—¿Qué coño estás haciendo? —La voz de George le abordó cuando tiraba el rifle sobre el asiento del acompañante de su destartada furgoneta. Él cerró la puerta con un golpe seco.

—Me voy de caza —contestó con tranquilidad.

—¿Quieres dejar de comportarte como un gilipollas de una puta vez? —le increpó su amigo.

—Si Nat llega a oírte hablar así, seguro que te lava la boca con jabón, o algo aún más terrorífico —repuso, subiéndose al vehículo.

George golpeó con el puño el techo de la furgoneta y él arrancó chirriando ruedas.

—¡Joder, Byron! —gritó.

Impotente, George lanzó su Stetson contra el suelo y le propinó una patada, debía hacer algo y tenía que ser ya.

Mientras se subía al coche patrulla, llamó por radio a la oficina del sheriff; era más fácil que llegaran antes que sus compañeros, por lo que les dio la descripción del coche de Byron y les indicó que lo retuvieran, si lo encontraban, hasta que él llegara.

—¿Con qué cargos? —le preguntaron desde el otro lado.

—Por llevar armas...

—Byron tiene permiso...

—Ya, pero ganaremos tiempo mientras lo compruebas.

—Se lo expedí yo mismo.

—¡Me importa una mierda!

—Será mejor que me digas qué está pasando, George —le exigió el ayudante del sheriff—. Tú eres ranger, pero este es mi pueblo.

—No lo sé, maldita sea, no lo sé. Pero...

—Vale, lo haré, pero luego tú y yo vamos a tener una conversación.

Byron siguió al coche de Lester a cierta distancia hasta llegar a un claro, donde se paró de repente. Él hizo lo mismo. Era imposible esconderse, así es optó por coger el rifle y salir a enfrentarse a aquel hombre.

La furgoneta que conducía Candy estaba parada a escasos metros y, justo enfrente de ella, otra más lujosa aún que la de Lester. El propio Lester salió de ella y él se preguntó quién era entonces el que estaba vigilándoles. No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo, porque enseguida vio salir a Dustin Calon.

Lester alzó su rifle, apuntándole, mientras él apuntaba a Dustin. Por algún motivo le parecía más peligroso.

Jack salió despacio del último vehículo aparecido en escena y, sin inmutarse por las amenazadoras armas, se dirigió a la furgoneta en la que se encontraba su hija y abrió la puerta. La atrapó del pelo y la tiró al suelo.

Él disparó a los pies de Jack como advertencia, pero no dijo una sola palabra. A lo lejos se oyeron sirenas que, al cabo de pocos segundos, estaban allí mismo.

Demasiados vehículos, demasiados hombres armados, demasiados

sentimientos enquistados, demasiado odio por controlar.

Los ayudantes del sheriff les apuntaban a Lester y a él, mientras ellos seguían amenazándose entre sí, aunque su verdadero objetivo no era ese.

—Baja el rifle, hermano. —George se acercó hasta él y puso la mano en el arma.

—Cuando Jack se aleje de Candy. —George, asintió.

—Candy, ven aquí —le pidió el ranger. Ella se levantó y se tiró en sus brazos.

—Dustin y Jack, subid a los vehículos y volved a casa. Vosotros dos —ordenó a Lester y a Byron—, dejad las armas en suelo, despacio.

—Todo esto no es más que un malentendido, ranger. Llame a su jefe y verá como no pasa nada. Cada uno nos iremos a nuestra casa, yo me llevaré a mi hija y... —Jack intentó convencer a George.

—Por encima de mi cadáver —afirmó Byron con fiereza.

Las armas seguían en alto. George parecía temer que la situación se les fuera de las manos si alguien perdía los nervios, mientras mantenía a Candy abrazada.

—Diles por qué estabas en el suelo, Candance —exigió el comanche, moviendo su punto de mira hacia Jack.

—Yo... yo... —murmuró la joven.

—Eso, hija, diles por qué estabas en el suelo.

—Yo... soy muy torpe. Me caí al bajar del coche...

—¡No encubras a este salvaje! —gritó Jack.

Byron apretó la mandíbula y esperó a que Candy reaccionara. En el fondo sabía lo que pasaría, pero deseaba tanto verla liberada de aquellas pesadas cadenas, que quiso creer en ella.

Candy sintió todo el peso de los años vividos junto a su padre, algo en su interior gritaba por la liberación, por decir lo que en realidad pasaba en su vida, pero ese *algo* era pequeño y débil, y mientras intentaba llegar desde el corazón al cerebro de la joven, para convertirse en palabras, su otro yo, amaestrado durante años, ya estaba en movimiento. Se alejó despacio de George y se acercó hasta su padre, sin atreverse a mirarlo a la cara.

Byron bajó entonces el rifle y se lo entregó a George, que lo aceptó y le colocó la otra mano sobre el hombro.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy perdiendo la fe, pero la verdad es que lo que me preocupa es lo que le pasará a ella ahora —le confesó.

—Byron y Lester, tenéis que acompañarme —ordenó el ayudante, mientras

quitaba el arma al primo de Candy y le ponía las esposas—. Los demás será mejor que os vayáis a casa. —Con un movimiento de cabeza, indicó a otro de los hombres del sheriff que hiciera lo mismo con Byron.

—No creo que sea necesario, todos sabemos que estos son los hombres que lo agredieron hasta casi matarlo —protestó George.

—Mantente al margen, compañero —le pidió el otro.

—Vamos, Justin...

—Tranquilo, George, no pasa nada —le alentó Byron—. Avisa a los abuelos. ¿Crees que volveré para dormir en mi cama, Jus?

—Supongo. No tengo el más mínimo interés en pasar la noche con vosotros dos. Tengo una mujer estupenda esperándome en casa. Te aconsejo que te busques una para ti y dejes las de los demás en paz, Byron, te irá mejor —le sugirió el ayudante, mientras le protegía la cabeza con la mano para introducirlo en el coche.

—Consejos, consejos... ¿Alguna vez os he hecho caso?

Todos sabían que Byron era un experto en ocultar sus sentimientos con humor e ironía.

En esa postura, apoyado contra el respaldo del ajado coche, con las muñecas atadas en la espalda, se sentía impotente. Sabía que tenía que pasar por todo eso, hacerles creer que lo dejaría estar de momento, que no tomaría represalias, porque de otra manera no podría acercarse a Jack y dejarle claro dónde podía meterse sus exigencias y sus palizas.

Pero, sobre todo, tenía tantas ganas de hacerle probar su propio cinturón que le picaban las manos, y no era por la falta de riego, sino por el deseo de castigar a ese ser inhumano y oírlo gemir.

—Llamaré a Jeremy —informó George.

Jeremy, su primo, era dueño de un casino, pero además era abogado. Por lo general llevaba asuntos relacionados con los derechos de los nativos, era un afamado activista y estaría encantado de hacer de aquello una gran causa, pero él prefería ventilar sus propios asuntos. No le parecía que todo aquello fuera algo que tuviera que ver con su raza, sino con su persona y, pronto, se lo dejaría claro a Shaw.

—No, de veras, ve a casa con tu familia.

—George, tenemos que irnos —reclamó Justin.

—Espera un momento... Hermano, he ido a tu casa para decirte que salgo en un par de horas. Tengo que encargarme de un asunto oficial en la otra punta del

estado y estaré fuera unos días. Necesito que me prometas que te vas a mantener alejado de los problemas. Espera a que vuelva y veremos qué hacer con todo esto.

—Chófer, hora de partir —exclamó él, dirigiéndose a Justin.

—A veces, también a mí me gustaría darte un buen puñetazo —le contestó el ayudante del sheriff, poniendo el vehículo en marcha.

—Siempre a tu disposición.

A George le dio tiempo a escuchar la respuesta de su amigo antes de ver cómo el coche se perdía en la distancia. No cambiaría nunca, seguía siendo un niño grande que siempre hacía lo que le daba la gana y pensaba que no tenía que dar explicaciones a nadie ni adaptarse a ningún tipo de norma social. Ni blanca ni nativa.

Su forma de comportarse le había acarreado muchos problemas cuando vivía en la reserva y seguía pasando allí. Él estaría fuera un tiempo, pertenecía a la sección de crímenes sin resolver y cuando viajaba nunca sabía cuánto tardaría en volver. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

De repente el lugar estaba desierto, ya solo quedaba él. ¿Qué demonios acababa de pasar? Y sobre todo, qué consecuencias traería todo aquello tanto para Byron como para Candy.

Solo estaba seguro de una cosa, y era que su amigo, su hermano, no lo iba a dejar ahí.

Candy sentía temblar todo su cuerpo con espasmos incontrolados, el camino hasta la casa, se convirtió en una tortura más. Su padre mantenía un silencio terrorífico. El miedo se le estaba clavando en los huesos, no podía dejar de pensar en las consecuencias.

Byron pasaría la noche en una celda y Lester también, pero ¿qué sería de ella? ¿Qué le tendría preparado su padre?

Se atrevió a mirarlo a los ojos pero no vio nada, estaban muertos. Jack mantenía la vista fija al frente y ni siquiera pestañeaba. Ella quería gritar, la sangre corría por sus venas con tanta rapidez que por un momento pensó que le explotaría la cabeza.

Pero no pasó nada. Se movió nerviosa en el asiento trasero, procurando no molestar a su padre, y de manera inconsciente se acercó hasta la puerta todo lo que pudo, tratando así de mantener la mayor distancia posible con Jack. Nada

consiguió calmarla.

Observó entonces a Dustin, que conducía como si le fuera la vida en ello. Sus miradas se cruzaron en el espejo retrovisor y el brillo que distinguió hizo que se le helara la sangre que hasta hacía un momento hervía en su interior.

Cuando sintió que el coche se paraba no se atrevió a moverse. Cerró los ojos con fuerza y trató de encontrar su *Puha*. Estaba loca y pensaba locuras, pero funcionó. Consiguió controlar sus nervios y alzar la barbilla.

Alguien abrió la puerta de golpe y casi se cayó al suelo de tierra de la parte de atrás de la casa. Dustin la sostuvo con desgana, la obligó a bajar de malos modos y la empujó contra la otra puerta.

—Espera aquí —le ordenó. Su corazón le decía que corriera, pero sus piernas se negaban a obedecerla.

Apretó los puños con fuerza, preguntándose qué estaría pensando Byron de ella en ese momento. De nuevo había vuelto a fallarle. Había seguido una vez más la voz de su padre, como uno de sus corderos, para ir directa al matadero. Y Byron, la había mirado con... ¿pena? ¿Decepción? No sabía decirlo, pero seguro que después de eso se rendía.

Tendría que hablar con George, él debía convencerlo de que se fuera del pueblo durante una temporada. Después de lo que acababa de pasar, estaba claro que los hombres de Jack harían algo más que darle una paliza.

Oía a Jack dando indicaciones a Dustin, su padre salpicaba con su saliva al otro hombre al hablar, era evidente que tenía ganas de despellejarla viva. Las piernas decidieron dejar de sostenerla y resbaló sobre la puerta del coche hasta dar con el culo en el suelo. Había sido tan feliz hacía apenas unas horas...

Las siguientes palabras de Jack sonaron a sentencia.

—Ahora es tuya, haz lo que haga falta para que entre en razón. Lo que sea. ¿Nos entendemos?

—Sí, señor. —La sombra de Dustin se cernió sobre ella.

Renacer o morir

—**H**ola, preciosa. —Byron no se movió del catre, se mantuvo tumbado y solamente giró ligeramente la cabeza para poder ver mejor a Nat.

—Eres un idiota, Byron —le dijo la chica, apoyando las manos en las caderas.

—Dime algo que no sepa. —Se incorporó hasta quedar sentado.

—Justin, déjame entrar ahí —pidió Nat.

—Sabes que no puedo.

—Vamos, Jus, no seas *capullo*.

—Sabes que no te entiendo cuando me insultas en español.

—¿Y cómo sabes que te estoy insultando? —Nat le miró, inclinando ligeramente la cabeza.

—Te voy conociendo.

—Los insultos suenan mejor en español y, además, la mayoría no se pueden traducir.

—Umh. —Justin continuó tecleando en el ordenador e ignorándola.

—¿Cuándo vas a soltarlo?

—Cuando pague la multa y me salga de los *cojones*. ¿Qué te parece?

—Que le voy a decir a tu mujer que te lave la boca con jabón, a las señoritas no se les habla así.

—¿Y dónde hay por aquí una señorita?

—Sois muy divertidos —intervino Byron.

—¡Tú, calla! —gritaron los dos a la vez.

—No veo por aquí a Lester. ¿Te acaba de engordar la cuenta corriente? —insistió Nat.

—Ten cuidado con lo que dices, si no quieres terminar en la celda de al lado.

—Justin se incorporó para intentar impresionar a la pelirroja.

—Me gustaría ver cómo se lo cuentas a George.

—Nat, ya basta. A Lester lo ha soltado el jefe, Justin no ha tenido nada que ver.

—¡No te metas, Byron! —le instó ella.

—Nat, cariño, solo serán unas horas. Vete a casa, yo iré en cuanto pueda. Estaré bien, de verdad.

—¡No! No vas a estar bien. Si te dejo solo, eres capaz de ir otra vez a casa de la idiota esa y, esta vez, puede que te maten.

—Yo mismo le dejaré en tu casa de camino a la mía, te lo prometo, Nat.

—Vete a la mierda, Justin. —Natalia se sentó en uno de los bancos, estiró sus pequeñas piernas y las cruzó en los tobillos.

Dentro de poco George iba a tener que comprarle otras botas, porque aquellas estaban destrozadas, pero ella no se las quitaba nunca.

Byron no pudo evitar una punzada de celos en el corazón. Ojalá llegara el momento en que él y Candy pudieran tener ese tipo de relación.

—¿Sabes? Quería ayudarte con ella —declaró Nat.

—Pensé que no te gustaba.

—Y no me gusta, pero a ti sí. Quiero que seas feliz, pero no quiero que te pase nada malo. Y ella... Ella no es suficientemente buena para ti.

—Nat... sí lo es. Está confundida, tiene miedo... De mí, de su padre, de ella misma y, sobre todo, de lo que siente.

Ella giró la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Esa gente... es peligrosa, Byron.

—Sí, pero es ella la que más peligro corre. No puedo dejar que continúen haciéndole daño. ¿Lo entiendes, ¿verdad?

—Byron, si sabes algo que quieras decirme, tal vez este sea el momento —intervino Justin.

—¿Para qué? Para que vayas corriendo a chivarte a tu jefe.

—Byron, yo no soy él.

—¿Ah? ¿No?

—No puedo ayudarte si no me dices lo que pasa.

—No necesito tu ayuda. —Se puso de pie para que le quedara clara su postura.

—Está bien. Será mejor que nos pongamos cómodos, hasta que no hable con un juez no vas a ninguna parte.

—No tienes nada contra mí.

—Estabas apuntando a un hombre.

—Me pareció ver a una mujer en apuros.

—Pues la mujer no opina lo mismo. —Eso sí hizo mella en él, que cuadró la mandíbula y se dio la vuelta para que no viera cómo se descomponía.

Dos horas después seguían esperando hablar con el juez. Los tres.

Candy se miró al espejo. Pensó que Dustin no podía ser peor que Jack, pero se equivocó.

Sentir sus manos sudorosas por sus pechos, sobándola con fiereza, o sus babas impregnando de saliva gran parte de su cuerpo... Notar aquella mirada de furia contenida, que auguraba un final humillante y doloroso...

Cerró los ojos, se refugió en sí misma, en esa zona de su cabeza en la que se sentía protegida, a salvo; en ese lugar llamado *Puha*. Sintió los dientes de Dustin clavarse en su hombro, quizá la hubiera hecho sangrar, no le importaba, era como un animal rabioso. Percibió cómo se rozaba contra ella, pero allí no había nada, el desgraciado no era capaz de cumplir su amenaza; un pobre y torturado animal que jamás obtendría de ella lo que realmente deseaba. Y entonces se le escapó una risa, una carcajada histérica que retumbó en la habitación.

Dustin pareció confuso durante un instante pero, al momento, se levantó y la empujó contra la pared. El golpe hizo vibrar la habitación y ella pensó que sería maravilloso matar a ese hombre. No sabía por qué sentía aquello, nunca sintió deseos de matar a su padre, pero a Dustin... A él se lo imaginó colgando de una soga y volvió a reírse.

Se peinó, aún con la mirada fija en el cristal. La mano le temblaba de forma involuntaria. Se preguntaba si llegaría el día en que Dustin cumpliría su amenaza.

—Haré que te arrepientas de haberte reído de mí, de mi amor y mi deseo. — Dio un puñetazo a la pared, justo al lado de su cara y salió dando un sonoro portazo.

El espejo le devolvía la imagen de una mujer triste y cansada. Quería dormir. Necesitaba olvidarse de todo por un tiempo. Pensó que le gustaría ser la que era antes de Byron; se habría dejado llevar y casado con Dustin, al que no odiaría, la protegería de las palizas de su padre y le consentiría todos sus caprichos. Dustin no la obligaría a pensar, no le diría que tenía que encontrarse a sí misma, no insistiría en que era fuerte y podía ser libre.

Llevaría una vida placentera, llena de comodidades. Iría de tiendas, tomaría cócteles, organizaría galas benéficas... Con el tiempo, Dustin se haría poderoso,

heredaría el dinero y las tierras de Jack, Lester no era rival para él y ella... Ella podría dedicarse a dormir, comprar y dejarse sobar de vez en cuando.

Sin darse cuenta se estaba dirigiendo al dormitorio de su madre. Escuchó un momento detrás de la puerta y no oyó nada, por lo que se decidió a abrirla. Ni siquiera sabía con seguridad por qué estaba allí y, casi sin proponérselo, se encontró abriendo un cajón y sacando de él un bote de pastillas.

Hacía años que había descubierto el escondite. A pesar de todo, nunca quiso usarlas, ni siquiera cuando George la dejó. Pero esas manos sudorosas en su cuerpo eran más de lo que podía soportar. Y entonces lo supo; jamás podría volver a ser la que era. Estar con Byron la había cambiado por completo, le había dado la vuelta desde dentro.

Acababa de descubrir a una Candy que ni siquiera ella conocía. Y no era fácil, no era cómodo y no sabía si estaba preparada para afrontarlo. De momento solo quería dormir.

Si algo tenía claro Byron, era que debía sacar a Candy de su casa cuanto antes.

—¿Qué ronda tu cabeza, *nuumu*?

A Loba Celta le gustaba llamarlo comanche. Decía que le describía muy bien; el enemigo.

Sin embargo, en aquel momento el enemigo era otro y él tenía toda la intención de someterlo.

—Pienso en mi comanche particular —le contestó, dando un sorbo a su cerveza.

Loba siguió limpiando el vaso como si realmente estuviera interesada en dejarlo impecable.

—Siempre te dije que tú eras tu gran enemigo, ¿recuerdas?

—Sí. Y yo siempre te contesté que me parece una tontería ¿recuerdas?

—He oído que Justin tuvo la amabilidad de alojarte en su hotel.

Él no contestó, dio otro trago a su cerveza y continuó inmerso en sus pensamientos.

Loba Celta dejó el trapo y apoyó las manos en la barra.

—Escúchame, sabes que me preocupo por ti...

—Si eso fuera cierto te habrías casado conmigo y no con Jeremy —coqueteó él, intentando despistarla.

—Tu sonrisa de «qué guapo soy» no te va a servir ahora, recuerda que es

igualita a la de tu primo.

—Loba, en serio, déjalo.

—Prométeme que consultarás con Jeremy antes de hacer ninguna locura.

—¿Y por qué piensas que voy a hacer una locura?

—Te conozco desde que eras un adolescente.

—Tú también lo eras.

—Sí, más o menos. El caso es que veo en tus ojos que estás planificando algo grande.

—¿Las brujas de tus antepasados?

—Meigas.

—Meigas.

—No hace falta, pero si quieres saber la verdad, en este momento me dicen que tú corres más peligro que tu enemigo.

—Qué bien que yo no crea en esas cosas.

—Byron...

—¿Dónde está Jeremy?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Estamos separados, ¿recuerdas?

—Tal vez tú lo estés, pero te aseguro que él no.

—Me temo que lo que él quiera no importa mucho.

—¿Sabes que está loco por ti, ¿no?

—Y eso tampoco importa mucho.

—Todavía no entiendo qué os pasó.

—Estás cambiando de tema con mucha habilidad y, aun así...

—Voy a hacer lo que tengo que hacer.

Y lo que Byron tenía que hacer era muy sencillo, iba a dejar claro a Jack Shaw que él no le tenía ningún miedo. Pero si quería llevar a cabo su venganza sin interrupciones debía encontrarlo a solas. Iba a ser algo grande. Se hablaría de ellos durante años, décadas, quizá más.

No pensó que sería tan fácil localizarlo sin sus perros alrededor, pero ahí estaba, tan confiado, fumando un puro en medio de la calle Mayor del pueblo, delante de una tienda en la que su esposa estaría gastándose el dinero. Puede que estuviera también Candy. No, si fuera así le acompañaría el idiota de Lester, o tal vez el más peligroso, Dustin.

Vio a Jack utilizar el cortapuros con delicadeza, sin duda le importaban más

esos cigarros que su hija. El hombre apoyaba la impecable bota en la alta rueda del todoterreno. Le dejó que diera una primera calada al puro, «disfrútala», pensó, «nada volverá a ser igual después de esto».

Se acercó despacio, contoneándose y con una gran sonrisa en el rostro. Disfrutando con anticipación de los acontecimientos. Apretó con fuerza la soga con la que jugueteaban sus ansiosas manos.

Tan solo transcurrieron tres minutos, le había costado muy poco reducirlo y colocarlo en esa postura. Una carcajada reverberó en la calle, era suya, tardó en darse cuenta. Había apoyado la bota en la espalda encorvada del hombre. La bajó para girar a su alrededor y poder disfrutar de cada ángulo, cada esquina, cada matiz de lo que para él era una gran obra de arte.

Se alejó unos pasos y pudo incluso distinguir lágrimas en el rostro de Jack, el gran, todopoderoso Jack, ahora reducido a una humillante escoria. Arrodillado, con los pantalones bajados y esa mancha de orina tan fácil de distinguir. Los tobillos y las manos a la espalda, atadas .

En ese momento mantenía la cara enterrada en el suelo, casi con toda seguridad que no podría creerse lo que le estaba sucediendo.

—¿Te gusta la postura, Jack?

—¡Maldito hijo de perra! Tendría que haberte matado. Lo haré, te mataré con mis propias manos. —Shaw escupía las palabras.

Él podía distinguir esa boca torcida llena de babas que salían como misiles y se entremezclaban con el salado ardor de la rabia que desprendían sus ojos.

—Si tuviera una cámara...

—Te juro que vas a desear estar muerto antes de que acabe contigo —continuó amenazando Jack.

—Es gracioso cómo funciona tu cerebro, Shaw —dijo mientras se agachaba para quedar a la altura de sus ojos. Tuvo que levantarle la cabeza, asiéndole con fuerza del ralo cabello blanco.

—Lo gracioso va a ser ver cómo deja de funcionar el tuyo. —Tras la declaración le escupió en la cara.

Se limpió con la manga de la camisa y se levantó despacio. Miró a su alrededor y vio a los temerosos vecinos asomados a las ventanas. Algunos se habían atrevido a salir al porche.

La esposa de Shaw tan solo se asomaba, discreta, a una ventana de la tienda. Por un momento su mirada se cruzó con la de ella y la mujer cerró los ojos y bajó el mentón. Él no sabía si le estaba pidiendo que parara o que acabara con él

de una vez por todas. Calculó mentalmente que disponía de unos pocos minutos para terminar lo que había empezado.

—Aquí estás, boca abajo, atado de pies y manos, con tu fofó trasero al aire y esperando recibir los mismos correazos que tanto te gusta infligir. Y, aun así, te atreves a amenazarme. Voy a disfrutar con esto, ¿lo había mencionado? —Soltó la correa que llevaba enrollada en un puño y la hizo restallar en el aire.

Tomó aire para percibir más plenamente la sensación de venganza cumplida que llenaba todo su cuerpo. Estaba dando una leve parte de su medicina a ese malnacido, era lo que se merecía y no iba a cambiar de idea en el último momento, ni aunque los reprobadores ojos que se asomaban curiosos le acusaran de ser tan salvaje como el propio Jack decía.

Y qué si lo era. Estaba haciendo lo que tenía que hacer, lo que nadie se atrevía a soñar que podría suceder. Esperaba que de aquello saliera algo bueno. Si era sincero, deseaba que el cruel hombre al que amenazaba y humillaba en ese momento enfocara su rabia en él y dejara en paz a Candy.

La imagen de las cremosas nalgas de la joven marcadas para siempre con aquellas terribles cicatrices, le conmovió y sintió de repente cómo se elevaba su brazo y tomaba el impulso necesario para cortar el aire, imprimiendo fuerza al cuero hasta estrellarse contra Jack.

Un grito aterrador llenó el tenso aire. Shaw sufría y era probable que más por la deshonra que por el daño infligido.

Algunos vecinos apartaron el rostro con el primer golpe, otros sentían la atracción de lo terrible, algunos sufrían el latigazo en sus propias carnes. Nadie se movió para intentar evitarlo. Su venganza no terminó con algunos correazos, quería que todos supieran lo que era.

—¿Te gusta pegar a las mujeres, Jack? ¿Qué es lo que más te pone? ¿La humillación que sienten? —Cayó otro golpe y se dejó oír otro grito.

—¡Maldito seas! —escupió Jack, apretando los dientes.

—¿El dolor? ¿La impotencia? —Cada pregunta iba acompañada de un coletazo. La sangre corría ya por las piernas de Jack hasta teñir el suelo de un rojo tan tenebroso como el destino que se adivinaba.

—Acabas de empezar una guerra. Y no vas a sobrevivir, aunque yo tenga que morir también. ¡Ojalá todos estuvierais muertos!

Con un certero giro de muñeca, dejó caer el cuero de nuevo sobre el gran hombre.

—Esto no se trata de los tuyos y los míos, esto va de ti maltratando a tu hija; tu

sangre, no la mía, no la de mis antepasados.

A lo lejos se oyeron sirenas, pero en un pueblo como aquel él sabía que en breve estaría detenido. Se agachó a su lado y le advirtió, sujetándole del pelo con fuerza:

—No voy a huir, no me voy a esconder. Saldré de la cárcel en unos días y entonces te estaré esperando, a ti y a los tuyos. Pero si vuelves a poner una mano encima a tu hija... —apretó con fuerza la mandíbula—, no lo vas a contar.

Una risa estridente explotó en el aire, encendiendo todas sus alarmas, Jack se guardaba un as en la manga.

—Ella ya no es mi problema, ahora es el de Dustin. Seguro que se han divertido mucho juntos. Y más que lo harán mientras estés encerrado. Lo mejor será que corras mientras puedas, porque en cuanto estés a mi alcance...

Las sirenas estaban a uno o dos minutos como mucho, pero él no tuvo opción a tomar una decisión. Lo había visto todo en rojo al escuchar que Candy estaba en poder de Dustin. Sabía que ese cerdo quería ponerle las manos encima y no tendría ningún escrúpulo en conseguirlo de una manera o de otra.

La cabeza le palpitaba. Después de todo ¿se había equivocado de enemigo? No, el daño infligido por Jack había hecho de su preciosa mujer un ser inseguro y falto de fe, que tenía que encontrarse a sí misma para poder luchar y llegar a ser la persona que él sabía que era. Pero aunque acabase con Shaw, tendría que enfrentarse a Dustin e incluso a Lester.

Aquello no acabaría hasta que alguien hubiese muerto o ellos se marcharan de allí. Sí, eso sería lo mejor, en cuanto acabara con aquello iría a por Candance y se la llevaría lejos.

Sus sentidos desconectaron de su entorno y no los vio venir. No escuchó cómo se acercaban y no pudo reaccionar a tiempo.

De pronto se vio arrastrado por varios hombres que le cubrieron la cabeza con un saco y le metieron en una furgoneta que no pudo distinguir. Pateó e intentó golpear sin fijarse a dónde iban dirigidos sus puños. Sintió un dolor agudo en la nuca y durante un segundo intentó que el aire entrara en sus pulmones, pero no lo consiguió.

La oscuridad le atrapó como una red de araña, se sumergió gustoso y se dejó llevar por la sensación de ingravidez, hasta que todo a su alrededor se difuminó y dejó de existir. Después de eso, la nada más absoluta lo envolvió en un abrazo aterrador y liberador al mismo tiempo.

Y vuelta a empezar

Sonó el teléfono en el lujoso despacho y Jeremy extendió la mano para cogerlo sin dejar de revisar las posibles irregularidades que le habían hecho perder dinero en los últimos meses. No quería creer que alguien estaba metiendo la mano donde no debía, pero Clare, su ayudante, tenía razón y todo apuntaba a la persona en que más confiaba, aparte de la propia Clare.

Se acercó el auricular, sin mirar al identificador de llamada. La sorpresa lo dejó momentáneamente noqueado, pero enseguida se repuso y, como siempre, adoptó la postura de *aquí no pasa nada*.

—Hola, Loba. ¿Me echas de menos? —Hacía dos años que su mujer no había vuelto a intentar contactar con él.

—Byron ha desaparecido —soltó ella sin más.

Por un segundo él perdió el acto reflejo de respirar.

—¿Cómo...? ¿Qué...? —Se puso de pie sobresaltado, aferrándose al aparato.

—Nat ha estado aquí hace un momento. Parece ser que, ayer, tu primo le bajó los pantalones a Jack en plena calle y le dio una buena zurra con el cinturón.

—¡Hijo de perra! —De nuevo se dejó caer en el enorme sillón de cuero que tanto intimidaba y se recostó en él, sin saber muy bien qué decir.

—Esta vez la ha liado bien —siguió hablando Loba—. Los hombres de Jack llegaron antes que el ayudante del sheriff y nadie lo ha vuelto a ver.

—¿Y dónde está George? —preguntó, temiendo la respuesta.

—En una misión. Tienes que venir. Ya.

—Sí, claro. Le diré a Clare... —La línea al otro lado emitía ya el típico pitido que señalaba que la comunicación acababa de ser interrumpida.

—¡Maldita cabezota! —murmuró—. ¡Clare! —gritó, sin molestarse en apretar el botón del intercomunicador.

Su ayudante entró en el despacho con el desparpajo que la caracterizaba, enfundada en un traje de chaqueta oscuro y moderno que costaba más de lo que él pasaba de pensión a Roxie. En realidad, no tenía importancia, podría haber puesto siete ceros en el cheque y el destino sería el mismo; la asociación benéfica del mes. La Loba y sus causas, incluido él mismo.

—Encuentra un billete de avión para Houston lo antes posible —le ordenó.

—Tienes una reunión con el departamento de juego...

—Cancéla —aseveró mientras recogía su portátil y algunos documentos.

—No puedo, te arriesgas a...

—He dicho que la canceles —la interrumpió. La voz salía fría como el acero. No la levantó, él nunca lo hacía, no era necesario; una única mirada con esos ojos del color del cielo atormentado era más que suficiente.

—¿Puedes decirme al menos si te localizaré en el móvil o en el bar de tu exmujer? —contestó Claire, remarcando la palabra exmujer.

—No uses el móvil, salvo para mandarme mensajes. Necesito tenerlo liberado de llamadas. Puedes localizarme en el bar o en casa de mi esposa.

«A la Loba le habría satisfecho enormemente ver tu cara desencajada por la rabia, sin duda», pensó Jeremy cuando la rubia salió dando un portazo.

«Dónde estará *Spirit*. ¿Dónde cojones se habrá metido?». Hacía mucho que no pensaba en Byron como «espíritu que nadie pudo doblegar».

Cuando eran pequeños, él siempre estaba viendo ese cuento una y otra vez, no se cansaba y, al final, los dos terminaban peleando. Así le habían llamado en la reserva desde que el jefe Nube de Oro le cogió de la pechera en una de sus peleas y le dijo que se parecía a aquel caballo indómito.

Lo recordaba como si estuviera pasando en ese mismo instante. Apenas tendrían diez y doce años y lo más probable es que estuvieran peleando por alguna chica. Ambos eran muy competitivos y, aunque para él todo cambió cuando Ross entró en su vida, le constaba que Byron continuó con esa dinámica incluso después de irse con George a Houston.

Nube de Oro, levantó a Byron del suelo, cogiéndolo de la ropa hasta elevarlo a su altura.

—Los comanches solíamos doblegar a los caballos indómitos. Si no aprendes a controlar tus instintos y a escoger tus batallas, terminarás siendo domado como uno de ellos. Utiliza más tu cabeza y menos tus puños, hijo.

Por toda respuesta Byron soltó su pequeño puño en la cara del gran jefe.

Durante algunas semanas Spirit fue la sombra de Nube de Oro, no podía hacer

nada que no fuera estar con él y escuchar sus lecciones.

Aquella fue una de las primeras visitas del abuelo de George a la reserva acompañado de su nieto y a Byron se le encomendó la misión de cuidar del niño. A Jeremy le pareció entonces el peor castigo posible, pero entre su primo y el ahora ranger se forjó un lazo de unión único.

Aunque ni siquiera George podía parar a Byron cuando se le metía algo en la cabeza.

Candy abrió la tapadera del bote sin darse cuenta de que la puerta detrás de ella estaba cediendo. Al oír el chasquido de unos armoniosos tacones contra la tarima alzó la mirada al espejo que se apoyaba en la cómoda y vio a su madre, tambaleándose hacia ella, con la mirada vidriosa y un vaso en la mano.

—Con el tiempo deja de ser horrible —susurró mientras se acercaba y le apartaba el cabello de los hombros. Continuó acariciándoselo despacio.

—No creo que pueda resistirlo —repuso.

—Yo también tuve a alguien importante en mi vida, ¿sabes? —Aquella revelación mostraba en el reflejo de sus cansados ojos todo el dolor que su madre aún era capaz de sentir.

—¿Alguien, además de Jack?

—Alguien que se había enamorado de una ilusión; de una persona que no era yo.

—¿Y si él tenía razón? ¿Y si, en realidad, tú eras la persona que él creía que eras? —Su voz contenía tal cantidad de esperanza que fue consciente de que Linda sintió en el corazón su dolor, la marca de su destino.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Linda se atrevió a sentir lástima de sí misma. Miró el rostro de su hija aún lleno de amor y deseos, y lo comparó con el suyo. Seguía sin atreverse a enfrentarse a Jack Shaw.

Demasiado tiempo. Todo fue peor al principio, ahora era mayor, Jack también. Ambos habían perdido parte de la vitalidad que caracterizaba sus peleas; los abusos de él, los de ella. El alcohol y los tranquilizantes ayudaban, pero el dolor no se marchaba nunca.

No podía decir eso a Candance, tal vez ella tendría más suerte y Dustin fuera más delicado.

—Yo soy lo que ves, cariño; una mujer que sobrevive día a día. Mira esta casa, los coches, los lujos... —Continuó acariciándole el cabello, tratando de

infundirle valor.

—No sé si eso...

—Claro que lo sabes. ¿Acaso piensas que serías feliz en la choza del indio, jugando a las casitas y haciendo la comida, mientras él llega del trabajo a las tantas, cansado y abatido porque no puede darte todo lo que te mereces?

—¿Eso es lo que te pasó a ti? —preguntó Candy, al ver la melancolía en su mirada.

—Eso ya no importa. Hice mi elección y creo que es la mejor que podía hacer. Ahora tú debes hacer la tuya. Si haces lo correcto, eso que tienes en la mano te ayudará a evadirte en los momentos más difíciles.

Una lágrima solitaria comenzó a rodar por el rostro de su hija. Sin duda solo quería que todo aquello terminara cuanto antes.

—¿Quién era él? —quiso saber Candy, antes de rendirse.

—No era nadie en realidad, y ese era el problema. Tienes que conseguir que Dustin olvide que alguna vez estuviste con el indio y todo irá mejor, ya lo verás.

—¿Tú conseguiste que Jack lo olvidara? —le preguntó, girando para encararse a ella.

Ella se alisó el traje muy despacio y se atusó la rubia melena corta; cada vez se parecía más a Linda Evans.

—No, pero Dustin es un hombre más simple. ¿Quieres que te sirva una copa? —le preguntó mientras se dirigía a la puerta.

—Eh... No, no, en realidad no quiero. —Lo dijo acompañando las palabras con un rotundo gesto de cabeza.

Entendió que Candy no estaba hablando del whiskey y se agarró con fuerza al perfil de la puerta abierta. Le hubiera gustado tener esa fuerza de voluntad cuando le tocó decidir a ella, pero a la vez temía las repercusiones que podían acarrear esa decisión, tanto para su hija como para sí misma.

Desde luego, Jack la acusaría de tener la culpa y sabía lo que vendría después; volvería a dudar de su paternidad, cosa que incluso hacía ella. Nunca supo cuál de los dos era el padre, pero jamás lo reconoció. El otro desapareció del pueblo hacía ya mucho tiempo y nunca volvió a saber de él.

No por primera vez, fantaseó con la idea de Jack Shaw muerto y enterrado, con todos los fantasmas que arrastraba. Entonces iría a buscarlo y le contaría que pensaba que Candance era hija suya, momento en el que él le confesaría que seguía enamorado y quería que estuviesen juntos. Y, dadas las circunstancias, ella ya sería una mujer rica y podrían tener todo lo que antes les faltaba, todo

aquello por lo que lo había abandonado.

Ese era un pensamiento recurrente que, cada vez más a menudo, le llegaba con más fuerza.

Todo comenzó con una primera ráfaga en la que su marido aparecía muerto, pero poco a poco fueron añadiéndose ideas inconexas que, con el paso del tiempo, formaron toda una historia; una historia que junto al alcohol y las pastillas la ayudaban a pasar el día.

En los últimos meses se había añadido una escena en la que ella misma clavaba un puñal en el corazón de Jack. Disfrutaba viendo la sorpresa en sus ojos. Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. Sería tan placentero...

Candy se vio en su madre; esa era ella, ese era el futuro que le esperaba.

No podía seguir pensando aquello, si continuaba por ese camino terminaría haciendo una locura. Lo mejor era someterse, aceptar su destino, otras mujeres tenían algo mucho peor de lo que preocuparse que del hecho de que un hombre con futuro quisiera encargarse de ella.

Si Byron pudiera escuchar sus pensamientos se decepcionaría, así no era como él la veía. Y a ella le gustaría tanto verse con sus ojos...

—Mamá...

—Suerte, cariño. De veras, deseo que tengas suerte, la vas a necesitar. —Y sin más, Linda abandonó la habitación.

Miró el bote de pastillas que aún se encontraba en su mano. Por un momento había visto algo terrible en la mirada de su madre, no sabía muy qué, pero la había asustado.

De nuevo el ruido de motores que tanto temía, en especial cuando venía acompañado de gritos y disparos al aire.

Un presentimiento invadió su cuerpo. Notó cómo el corazón se saltaba varios latidos para reiniciar la marcha de forma descontrolada y a un ritmo frenético.

Corrió hacia la ventana y lo que vio la dejó paralizada.

No podía ser, no podían cumplir su amenaza. ¿Iban a ejecutarlo? ¿Allí mismo?

Byron llevaba las manos atadas a la espalda, lo sacaron del todoterreno y lo tiraron al suelo. Tenía el rostro deformado y el cuerpo lleno de heridas después de haber usado el cuchillo; la sangre descendía por su piel y se mezclaba con la tierra.

Su cerebro se desentumeció de golpe y comenzó a pensar a toda velocidad. Se acercó al teléfono y marcó el número de George.

—Vamos... vamos... Por favor, contesta. —Pero no contestó.

Se acercó de nuevo al cristal y perdió toda esperanza. El sheriff estaba allí, al lado de Jack.

¡Mierda! Esa era su segunda opción... ¿Qué podía hacer ahora?

—¡Piensa, maldita idiota, piensa! —gritó en voz alta.

Entonces vio que alguien faltaba, Dustin ya no estaba donde hacía solo un segundo, y lo entendió de inmediato, lo harían, sí, pero con ella presenciándolo.

Cruzó por encima de la cama a toda velocidad, intentado llegar de nuevo al teléfono para avisar a Richard, pero en el instante en que su mano se posó sobre el aparato la puerta se abrió con un fuerte golpe.

A pesar de todo consiguió descolgar el auricular, que le fue arrebatado de inmediato. Dustin la asió del pelo y la pegó a su sudoroso cuerpo.

—Tú decides si quieres que viva o muera.

Decisiones

Candy vio que el negro cabello cubría el rostro de Byron cayendo como una cascada por su torso. Ya no le veía la cara, tenía la barbilla enterrada en el pecho. Era obvio que no tenía fuerzas para sostenerla erguida.

Se equivocaba. Él le dijo que esa era como tantas otras veces en las que unos palurdos racistas le habían pegado o increpado, pero no era así, ellos eran más fuertes, más vengativos, y tenían más poder. Además, el sheriff apoyaba esa barbarie y ella no podía hacer nada para evitar lo que iba a pasar a continuación.

Allí estaba, apenas a un metro de distancia de él. Le picaba la mano por el deseo de acariciarlo e intentar reconfortarlo, pero no podía, estaba paralizada. Lo único de lo que era capaz era de mirarlo, de ver cómo su orgulloso y temible comanche era reducido a cenizas.

De repente, Byron levantó la cabeza. Su mirada contenía tal cantidad de odio y sed de venganza que, por instinto, dio un paso atrás chocando contra el pecho de Dustin, que la sujetó por los brazos con más fuerza de la necesaria.

Una sonrisa se dibujó en la magullada boca de Byron; una sonrisa de dientes teñidos de un rojo intenso. Lo vio escupir la acumulación de sangre hacia ella.

—¡Maldito salvaje! —gritó Lester. Se acercó hacia él y le propinó un puntapié que hizo que se derrumbara y acabara en la tierra.

—Tranquilo, Les, vamos a hacer que se arrepienta de la forma en que ha tratado a una señora, a una de las nuestras —afirmó Dustin, haciendo énfasis en la palabra nuestras.

—Jack, creo que con esto es suficiente, el chico ha entendido el mensaje. ¿Verdad, muchacho? —terció el sheriff.

Era evidente que, a esas alturas, se sentía incómodo con todo aquello y pensaba que en cualquier momento se le podía ir de las manos, sobre todo porque, según

parecía, la batuta la estaban llevando los jóvenes y no Jack; él habría sabido cuándo parar, pero Dustin y Lester eran imprevisibles.

Ella se dio cuenta de que el hombre flaqueaba y se dirigió a él.

—Esto está de más, sheriff. No tengo ni tendré nada que ver con él, me voy a casar con Dustin. Llévase a este hombre de mi propiedad, por favor, casi es hora de cenar —le dijo.

Con un fuerte tirón, se soltó de Dustin y trató de encaminarse hacia la casa sin mirar atrás.

Byron apretó los ojos con fuerza, ya casi no sentía el dolor, o por lo menos no era lo peor que estaba sintiendo, sin duda lo peor era el entumecimiento. Al menos hasta que escuchó las palabras duras y frías de Candance.

Él sabía que era una cobarde, que no le resultaba fácil admitir que lo amaba, pero nunca pensó que llegaría a ser tan cruel con tal de salvar su propio culo. Quiso creer que ella, tarde o temprano, terminaría reconociendo lo que sentía y que sería capaz de luchar por ellos, pero no era así. Ese era el momento, el preciso instante en el que Candance debía dar un paso al frente y luchar por ellos, pero no solo no lo había hecho, sino que lo había mirado con terror en esos preciosos, pecaminosos y traidores ojos azules.

Apoyándose en el hombro y con un esfuerzo sobrehumano, consiguió levantarse del suelo y colocarse de nuevo en la no menos humillante posición anterior, de rodillas. Levantó la cabeza y vio la espalda de la joven que se dirigía con lentitud hacia la casa.

—Tu *puha* llora en algún lugar —dijo—. Desde hoy serás la princesa cobarde —sentenció.

Candy frenó en seco. ¿Cómo podía hacerle entender que lo estaba protegiendo? ¿Que era lo mejor para todos?

No podía, él era un espíritu libre acostumbrado a hacer lo que le venía en gana, afrontaba las consecuencias de sus actos y nada más. No daba explicaciones, no se debía a nadie, no seguía normas.

Sus palabras le dolieron más que el cinturón de su padre. ¿Cómo podía haberse complicado tanto su vida? Algo le decía que tenía que salvar a aquel hombre de sí mismo, pero ni siquiera sabía si lo amaba. ¿Cómo podía averiguarlo?

Apenas hacía unas semanas le tenía un miedo atroz. Luego la había hecho sentir de nuevo mujer; deseada, viva, pero ¿era eso amor? ¿Superaría el día a día? Una vida sin dinero, ni lujo, ni... la aprobación de su familia.

No podía pensar en eso. No en ese instante. Necesitaba que todo parase un

tiempo, necesitaba calma y tranquilidad para pensar, para decidir.

Irguió la espalda todo lo que pudo y continuó caminando, pero una ruda mano la detuvo agarrándola de un brazo.

—No vamos a consentir que te hable así, Candy —sentenció Dustin.

—Se acabó, Dustin —advirtió Jack—. Llévalo a algún lugar y dejadlo allí para que lo encuentren. Pero antes, cortadle su bonita cabellera; que todo el mundo sepa lo que le pasa a un salvaje que no sabe cuál es su lugar.

—Pero Jack... —intervino Dustin.

—Ponedlo de pie —ordenó con voz queda.

Dos toscos hombres de Shaw lo levantaron casi en vilo.

—Dadle la vuelta. —Una orden que de nuevo era un susurro.

Ella sintió cómo le corría el sudor por el centro de la espalda, no era capaz de mirar, no podía. A Dustin sabía manejarlo, más o menos, pero a su padre no. La humillación sufrida por él mismo, tras los correazos, no era algo que fuese a quedar en el olvido.

Ella conocía perfectamente ese tono afectado, el placer que proporcionaba a Jack saborear el momento anterior a la muestra definitiva de su poder.

Aun de espaldas a él, era capaz de identificar el sonido del cinturón al desabrocharse y sabía lo que venía a continuación; ella lo pagaría. Pero la perfidia de Jack superó cualquier idea que hubiera podido concebir.

—Mírame, cariño —le ordenó.

No se atrevió a desafiarle. Se giró despacio, pero no le miró a los ojos.

—He dicho que me mires, cariño —insistió.

Por fin levantó la mirada hacia él.

—Muy bien... —Con la mano izquierda le entregó el cinturón mientras que con la derecha le mostraba el cuchillo manchado ya de sangre.

Durante el momento en que ella dudó al coger el cinto, Jack levantó las cejas y con la mirada le dijo lo que quería de ella.

Lo entendió. Tendría que infligir ella misma el castigo, porque la alternativa era Jack y su cuchillo.

—Hazlo tal y como te he enseñado, cariño.

Candy dio un paso atrás, horrorizada. No podía creer lo que su padre le estaba pidiendo.

En un intento desesperado por encontrar ayuda, miró suplicante al sheriff, pero este bajó la mirada y la dirigió a sus sucias botas. Ella apretó fuerte la mandíbula, tratando de contener las emociones que amenazaban con

desbordarla. No iba a ser capaz de hacer lo que tenía que hacer. No podía.

Entonces sintió las manos de Dustin apretando sus brazos. Volvió la cara, surcada ya de silenciosas lágrimas, intentando pedir clemencia, pero no la halló en ese lugar. El corazón de su ya prometido era casi tan duro como el de Jack.

Se giró hacia su primo, pero este solo era un patán que se movía al son de los otros dos; no iba a mover un solo dedo por ayudarla.

Vio cómo Lester llevaba una y otra vez la mano al gatillo de la escopeta. Estaba nervioso. Eran casi una decena de hombres armados contra uno atado y completamente indefenso y, aun así, se mostraban atemorizados, esperando algo...

Tal vez no sabían que George no podía venir y que Richard tampoco habría tenido tiempo de reunir a los hombres, suponiendo que ya supiera lo ocurrido.

Era consciente de que, aunque a ella le parecía que hubieran pasado años, en realidad solo habían transcurrido un par de horas. Quizá ni eso.

Estiró la mano y asió el cinturón. Dustin se encargó de acercarla hasta Byron. Una última mirada a Jack la convenció de lo que debía hacer; su padre limpiaba el cuchillo en los pantalones mientras una gran sonrisa cruzaba su cara.

Byron apenas notó el primer golpe. Candy no tenía fuerza suficiente para hacerle daño, al menos daño físico, sin embargo su alma se estaba rompiendo de dolor. El segundo zurriagazo rozó una de las heridas provocadas por el cuchillo de Jack. Escoció. No pudo evitar gritar y revolverse, pero le tenían bien sujeto.

Durante un momento se permitió creer que Candance se revolvería contra ellos y lucharía, aunque a ambos les costase la propia vida. Pero no, volvió a dejar caer el cinturón contra su carne.

—Candy, numéralos. No queremos perder la cuenta —ordenó Jack—. Quiero diez. ¿No fueron diez, sucio bastardo? Ahora ya no te diviertes tanto ¿verdad?

Jack escupía veneno y se estaba hinchando como un pavo, si no cortaban aquello de raíz podría ocurrir algo peor.

—Cuatro —dijo Candy, antes de soltar el cuero sobre su maltratada espalda.

—Apuesto a que esto te está doliendo más que lo de antes —aseguró Jack, soltando una gran carcajada.

Él se concentró en un pensamiento; el momento en que el viejo pagaría sus afrentas. Sería algo memorable, decidió. Y ella... Aquello tendría que ser el final. Habría escogido arriesgarse a ser feliz con él, a pesar de todo, terminaría en la jaula de oro en que iban a encerrarla.

Le hubiera gustado tanto poder odiarla... Si hiciera algo que le ayudara a sentir

desprecio por ella... Para cualquier otro aquello sería suficiente, pero no para él. Él sabía a lo que Candance se estaba enfrentando y, aunque le dolía su elección, no era suficiente para odiarla.

Terminados los golpes, Candy dejó caer el cinturón. Acto seguido intentó correr hacia la casa, pero Dustin la sujetó de la cintura, alzándola en vilo y manteniéndola dentro del círculo de muerte que habían creado rodeando a Byron.

—De rodillas —gritó Jack.

—Hemos terminado aquí, Jack —intervino el sheriff.

—He cambiado de opinión. Esto ha sido muy divertido y creo que voy a darme el gusto de arrancarle la cabellera

—Jack, tú mismo lo has dicho antes, ya está bien. Esto podría costarme la placa. Si se va de la lengua...

—Se la cortaremos entonces.

—¡No! —gritó Candy con todas sus fuerzas.

Su padre, por toda respuesta, se rio con un sonido seco.

—Sigues siendo una tontita. Controla a tu mujer, Dustin —exigió—. Y tú, sheriff, si no quieres estar aquí solo tienes que largarte y mantener la boca cerrada. Puedes estar tranquilo, este bastardo no va a decir una sola palabra de lo que aquí ocurra si en algo estima la integridad de mi hija.

—¡Maldita sea! —masculló el sheriff mientras se subía al coche patrulla y salía del lugar, dejando su vida en manos del patriarca de los Shaw.

El final

El sol pegaba fuerte. Byron no sabía si estaba sintiendo demasiado o no era capaz de sentir nada. Intentó abrir los ojos a pesar de que los párpados parecían hechos de plomo. Solo uno le obedeció y tuvo que realizar un esfuerzo titánico por mantenerlo abierto, ya que el escozor era tan fuerte que amenazaba con dejarlo ciego. Tardó unos minutos en acostumbrarse a la luz. Notó que lloraba y supuso que eso era bueno.

Pareciera como si le estuvieran arrancando la piel a tiras, pero se consoló pensando que al menos seguía teniendo sensaciones. Tenía el cerebro entumecido, no recordaba con claridad lo que había sucedido después de que Candy...

Sí, las imágenes empezaron a cobrar vida y su corazón se endureció con cada latigazo, con cada palabra, con cada momento...

Tenía que asimilar que Candy eligió no luchar; le pudieron el miedo y la costumbre. Él lo arriesgó todo por demostrarle que podían estar juntos, pero ella no fue capaz de dar nada. Debía asumirlo. Ella tomó una decisión y él la aceptaría. Desde ese momento, se acabó. La decisión era suya y él siempre asumía las consecuencias de sus elecciones.

Aquel era el final de su historia con la Princesa Cobarde. Lo tenía claro y, aun así, dolía como el demonio.

¡Maldito sol! Lo estaba achicharrando vivo. Giró la cabeza con cuidado y pudo distinguir árboles a cierta distancia. El suelo era duro, de tierra, y masticaba el polvo, literalmente. Una imagen le vino de repente a la cabeza y la subida de adrenalina le hizo ponerse en pie rápidamente, pero todo comenzó a bailar a su alrededor y se dio de bruces contra el suelo de nuevo.

Dolió. Como pudo, se arrastró hasta una roca cercana y se aferró a ella hasta

que consiguió sentarse y usarla como apoyo para su espalda. Aquello hizo que soltara un juramento y aullara de dolor, pero aguantó hasta que su cuerpo se acostumbró al contacto.

Se miró con atención. El pecho, los brazos, los muslos, los pies... Estaba desnudo, completamente desnudo, y lleno de heridas por todo el cuerpo. Esta vez fueron algo más exquisitos en su tortura. No parecía tener nada roto, a pesar del dolor de cabeza y el ojo cerrado, o los cortes y la debilidad. Estaba claro que había sangrado, pero lo que más le dolía era algo que aún no se atrevía a inspeccionar.

Despacio, acercó su mano a la cabeza y, con la punta de los dedos, se tocó el cuero cabelludo, ahora rasposo por la falta de pelo.

Gritó con desesperación a pesar de que sabía lo que se iba a encontrar. El tacto solo le hizo confirmar sus sospechas. Acababan de arrebatarse su identidad. Habían ganado.

Le hervía la sangre. Las ganas de venganza eran tan fuertes que podría haber ido a buscar a Jack en ese mismo instante, para matado sin más... si pudiera moverse. Además, tampoco merecía la pena; solo unos minutos antes se juró a sí mismo que aquello estaba terminado.

Sabía lo que tenía que hacer; en cuanto se recuperara volvería a casa, a la reserva, y encontraría la paz que necesitaba.

Pero mientras, lloró. Sus lágrimas se mezclaron con la tierra y la sangre en su rostro y un desesperado grito nació en sus entrañas.

¡Mierda! «Solo era pelo», se dijo. Pero no, era mucho más. Era la lucha de un pueblo; una identidad, una batalla en la que él nunca quiso participar. Él era nativo y era blanco, sentía los dos lados de su naturaleza y los aceptaba por igual. Solo era un hombre. Un hombre enamorado de la mujer equivocada.

«¿Eso era amor?».

Tal vez no. Tal vez solo estaba obsesionado porque no la podía tener. Después de todo, era un cabezota hijo de puta, todo el mundo lo decía. Y era un vividor, podría tener a la mujer que quisiera, su agenda era la más larga del condado.

Pero se sentía hastiado de todo ello, incapaz de volver a su vida de hacía tan solo unos meses. Cuando se reía con despreocupación, cuando no le importaba lo que opinaran de él, cuando la existencia era un sencillo ir y venir de los días.

Se llevó las dos manos a la cabeza, intentando acostumbrarse al tacto del rasurado cabello.

Las imágenes aparecían como fogonazos. Una trasquiladora de ovejas... Dustin

sujetándolo... ¡Era hombre muerto! Y Jack disfrutando con su trofeo...

Candy corriendo hacia la casa sin mirar atrás y una fuerte patada en la cara que le hizo perder la consciencia.

Era hora de ponerse en marcha. Sacó fuerzas para levantarse y se ayudó apoyándose en la roca. Notaba el cuerpo ardiendo, debía estar a punto de hervir. Se atrevió a mirar hacia arriba y el sol le cegó. Estaba enorme, radiante y repleto en lo más alto. ¿Sería mediodía?

No tenía ni idea de dónde estaba ni de cuánto tiempo llevaba allí. No sabía si estaba a salvo o si le perseguían. ¿Hacia dónde tenía que dirigirse?

Ni siquiera le dejaron unos putos calzoncillos, aunque casi echaba más en falta las botas. «Vaya mierda de comanche estaba hecho», pensó. Sus antepasados debían de estar retorciéndose en sus tumbas, por lo menos los nativos.

Elevó los brazos y, según leyó en la sombra, se dirigió al Norte. Eso lo aprendió en una de tantas excursiones que hizo con el abuelo y lo perfeccionó mientras seguía a su tío tras una de sus muchas diabluras de chiquillo.

Los recuerdos le sacaron una tímida sonrisa. Volvería a ser feliz.

Y entonces la imagen de Candy se reveló, interponiéndose en su fantasía de paz y distancia. Allí estaba, llorando a los pies de Dustin. Dispuesta para él, para satisfacerlo, humillándose y rebajándose a ser una mujer objeto.

Apretó la mandíbula, tenía que aprender que ese ya no era su problema. Se arrancó de cuajo el corazón y lo dejó enterrado en las áridas tierras.

Comenzó a arrastrar los pies con todo el peso de sus heridas.

Byron no sabía cuánto tiempo llevaba caminando, pero seguía sin haber alcanzado los árboles y ya no era capaz de verlos. Aún lucía el sol, pero ya no podía ni leerlo; no era capaz de pensar, solo quería acostarse y dormir.

«O beber, ¡joder!». «Lo que daría por un poco de agua».

Cayó desfallecido sobre sus rodillas desnudas. Ni siquiera sintió el dolor del golpe. Levantó la cabeza hacia el cielo y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Parad! He escuchado algo —gritó Jeremy.

La partida que buscaba a Byron era numerosa; los hombres y mujeres que trabajaban para el abuelo, Justin y varios ayudantes del sheriff, a los que se sumaron voluntarios del pueblo. También se apuntó la Loba Celta y su grupo de

motos, que cambiaron las Harleys por motos de cross. Y Jeremy, que se desplazó hasta el pueblo con parte de su equipo de seguridad. Entre todos cubrían un extenso terreno.

Jeremy confiaba lo suficiente en sus sentidos como para saber que estaba escuchando gritar a Byron. Sacó el móvil de la funda, rezando para que tuviera cobertura, y llamó al teléfono de Byron, pero no hubo respuesta. Entonces localizó a Justin.

El chivatazo que recibió la oficina del sheriff decía que el indio estaba en una zona de la llanura, en tierra de nadie, entre los ranchos de dos vecinos que nada tenían que ver con esa guerra. No decía nada de las condiciones en que lo iban a encontrar, si es que conseguían hacerlo.

Se conformaba con que estuviera vivo.

—Justin, lo estoy oyendo. ¡Detened los coches! Avisa a mi esposa por radio; que paren, necesito silencio.

Los hombres del abuelo, que iban a caballo, retrocedieron hasta donde esperaban los todoterreno que comandaba él mismo. Bajó de un salto del Jeep.

—¡Richard! Déjame un caballo y ven conmigo. El resto esperad aquí — exigió Jeremy.

—¿Qué pasa? —le preguntó el abuelo, alterado, mientras hacía señales a Doble M., la número dos de Byron en el rancho, y quien desempeñaba su labor a tiempo completo desde que este comenzó a meterse en problemas.

Doble M., obedeciendo al gesto, se bajó del caballo y se lo entregó a Jeremy.

—Creo que lo he oído —le aclaró Jeremy al abuelo.

—Te sigo —confirmó este.

Tras cruzar una pequeña zona boscosa, lo divisaron. La imagen era dantesca. La rabia y el pánico apretaron su pecho. Saber quién perpetró aquella barbarie le calmó; él no era pasional ni estaba tan loco como su primo. Para él, la venganza era algo que se masticaba y se tragaba despacio, con calma. Disfrutaría de cada segundo de la caída del Rancho Shaw. Y lo haría. Los arruinaría y los vería pedir clemencia.

El primero en moverse fue el abuelo, Jeremy le siguió rápidamente.

En cuanto se acercó a él, saltó del caballo antes de frenarlo y se arrodilló frente a su primo.

Estaba completamente desnudo, lleno de sangre, pus, tierra y heridas. Le habían rapado su hermosa melena. Hasta ese momento nunca se paró a pensar cuánto significaba para él la suya propia. Extendió lentamente la mano y la puso

sobre el hombro de Byron. Él dio un respingo y levantó la mirada como un animal herido. Asustado y rabioso.

—Soy yo, hermano. Soy Jeremy —susurró, implorando al cielo para que lo reconociera.

Byron lo miró, pero sus ojos estaban ciegos. O eso parecía, era como si estuviera mirando a través de él.

—No quiero ver a nadie. —Fue todo lo que dijo, antes de caer de bruces.

A Jeremy apenas le dio tiempo a cogerlo en sus brazos. Luego levantó la cabeza hacia Richard, no hicieron falta palabras. El abuelo volvió a montar y se dirigió al grupo, que esperaba expectante cerca del bosque. La Loba los mantenía a todos allí, inquietos, pero obedientemente a la espera.

Richard llegó hasta ellos y les dijo que lo habían encontrado y las condiciones en las que estaba y que prefería que se marcharan, de ahora en adelante, su familia se haría cargo.

—Tengo que interrogarle —le informó Justin.

—¡Y una mierda! —lo cortó Doble M.—. Lo primero que habrá que hacer será llevarle a un hospital.

—Las mujeres de este pueblo no tenéis ningún respeto por la ley... —se quejó el ayudante del sheriff.

—No me hagas reír, Justin. Estamos viendo lo mismo. ¿Tu querido sheriff no sabe lo que hace Jack? ¿En serio te crees eso?

Justin no se dirigió a la capataz, sino que miró directamente a Richard.

—Si el sheriff ha tenido algo que ver con esto, te juro que... —intentó prometerle Justin.

—No es momento para mantener esta conversación. Haz que se disperse todo el mundo. Jeremy y yo le llevaremos a un hospital y luego a casa. No le vamos a decir a nadie adónde vamos y tienes el tiempo que tardemos en regresar para resolver esto... o lo haremos nosotros —le presionó Richard.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Justin.

—Tómalo como quieras —resolló él—. Conoces a Jeremy, sabes cómo actúa. Tiene poder, tiene dinero y no es un loco irreflexivo como Byron. Y, además, tendrá todo mi apoyo.

Por el rabillo del ojo, Justin pudo observar cómo Rox se ponía tensa ante la descripción que él acababa de hacer de su exmarido.

—Rox, será mejor que convencas a tu marido para que me deje actuar a mí. — El ayudante del sheriff aprovechó el gesto para dirigirse a ella.

—Jus, Jeremy no es mi marido. De todas formas, hace mucho que no tengo ese poder. En realidad, nunca lo tuve y, además, por esta vez...

—Tú también ¿no? —la interrumpió Justin.

Richard se dio la vuelta y se dirigió a un jeep del que retiró las llaves y se hizo con una manta.

—Me quedo con este —aseguró en voz alta—. Los demás regresad al pueblo y decid a todo el mundo que lo hemos encontrado y que está bien. A partir de este momento, se trata de un asunto de familia. No quiero a nadie aquí cuando volvamos. —Subió de nuevo al caballo y dirigió una última mirada a Justin—. Especialmente, a ti.

Jeremy miró una vez más a su primo y sintió un escalofrío al ver en qué condiciones se encontraba.

—Byron, tenemos que salir de aquí. ¿Crees que podrás ponerte en pie? —le apremió.

—No. —Su voz era apenas un susurro. A continuación, tuvo un golpe de tos que terminó en sangre.

—Te juro que se van a arrepentir de lo que te han hecho —le aseguró, poniendo con cuidado su mano en la cabeza de Byron.

—¿No te gusta mi nueva imagen?

—Eres un hijo de puta, ¿cómo puedes bromear con esto? —A pesar de la recriminación, una sonrisa asomó a sus labios. Así era Byron.

El abuelo llegó hasta ellos y le tendió una pequeña cantimplora con agua. Jeremy la cogió y la acercó a los labios de su primo. Este bebió, se atragantó, bebió un poco más, se enjuagó la boca y escupió al suelo el amargo sabor de la derrota.

—Abuelo, ¿sabes que han inventado unas cosas llamadas botellas? —se burló Byron.

—Eso es para inútiles y niños de ciudad como este —contestó.

El silencio se interpuso durante un minuto, tras el cual Byron lo rompió para dirigirse al abuelo.

—No llames a George. El sheriff... Él... En fin, que si tu nieto se mete en esto, la cosa puede terminar mal.

—Lo pensaré —contestó el abuelo.

—Pero, ¿cómo piensas hacer para que la pelirroja no se vaya de la lengua? —

intervino Jeremy.

—Yo me encargaré de ella —aseguró Richard.

—Es... estoy en bolas —balbuceó Byron, mirándose el cuerpo con un esfuerzo ímprobo y sin poder reprimir el quejido que se escapó de su garganta.

—Sí. Estaba intentando obviarlo —bromeó Jeremy para no mostrar la alarma que realmente le provocaba su aspecto—. Pero... es patético, la verdad —se mofó.

El muchacho hizo una aspiración profunda y tosió por el esfuerzo.

—Tienes celos... —susurró—. Siempre... siempre he sido más guapo que tú. —Tenía que interrumpirse a cada sílaba para tomar aire—. Debería haberme casado con la Loba... Siempre le he gustado.

—En cuanto te recuperes, te mataré. Aunque quizá deba señalar que en este momento no estás muy guapo, primo.

Jeremy sentía pánico de que la sangre que se había secado en la piel de su primo, también estuviera corriendo por dentro sin control. No tenía idea de cuánto tiempo hacía que le habían atacado pero, desde luego habían pasado horas, si tuviera una hemorragia...

—Buen punto. —Byron intentó sonreír, pero le dolía demasiado la cara.

—¿Quieres probar a levantarte ahora?

Byron asintió despacio mientras llevaba aire a sus pulmones. Sintió una manta sobre los hombros, y no supo determinar si el contacto de la lana con la piel le proporcionaba alivio o dolor. El sol empezaba a ponerse y se notaba algo de brisa. Su cuerpo podría agradecer aquel ligero soplo fresco, pero preferiría sentirse cubierto.

Nunca le había molestado la desnudez, se vanagloriaba y presumía de su cuerpo. Lo que realmente le avergonzaba y le humillaba eran las marcas que se extendían por cada centímetro de piel. Marcas que dejaban clara su pérdida... Y no solo había perdido a Candy. A lo largo de aquel camino estaban diseminados su orgullo y su determinación. Tardaría en recomponer los pedazos.

Subió un brazo para apoyarse en su primo y utilizó todas sus fuerzas hasta conseguir ponerse en pie. Su esfuerzo habría sido inútil si no hubiera sido por Jeremy, que le agarró con fuerza de la cintura y levantó casi todo su peso. El abuelo se acomodó al instante al otro lado para, entre los dos, llevarlo hasta el jeep, cruzando por el bosquecillo.

Sintió cada una de las piedras clavándose en sus pies descalzos, cada rama rozando sus heridas. Jeremy le ofreció sus botas, pero ambos estuvieron de acuerdo en que, tal y como estaban sus pies, le harían más daño que bien.

Al llegar al jeep, la morena de pelo corto les esperaba apoyada contra el capó. Tenía los brazos cruzados y los miraba con interés, disimulando muy mal la pena y la rabia.

—Cariño, siempre supe que algún día te vería desnudo —bromeó, caminando despacio hacia él.

—Te lo dije... —Tuvo que parar su chanza para poder recuperar el aliento. El nivel de su tono de voz era tan bajo y ronco que apenas se escuchaba a sí mismo —. Es... está loca por mí —se mofó de su primo.

—Abre la puerta, nena —bramó Jeremy, pasando por encima de las bromas de ambos.

—No, soy, tu, nena... —Remarcó cada palabra con toda la intención, pero aun así abrió la puerta.

En ese momento escucharon que unas ruedas derrapaban y vieron la nube de polvo que se acercaba a toda velocidad.

Jeremy se puso en guardia y aceleró todo lo que pudo el proceso de meterlo en el coche.

—Entra tú también —le ordenó a Roxane.

—Ni se te ocurra pensar que puedes darme órdenes, Kawosa. —Jeremy apretó los labios ante la mención de su nombre comanche: «coyote».

Aun así, la levantó sin contemplaciones de la cintura y la metió en el Jeep, soltándola dentro con poco cuidado.

—Serás hijo de...

Jeremy le cerró la puerta en las narices y dejó que siguiera chillado mientras sacaba el rifle que llevaba guardado en la parte delantera. El abuelo abrió la misma puerta que había acababa de cerrar Jeremy y le lanzó las llaves a Rox.

—No esperes a que la cosa se ponga fea para largarte de aquí con él.

—Y una mierda —musitó él.

Intentó protestar, pero no tenía fuerzas. Richard aprovechó su debilidad para encerrarlos de nuevo y situarse al lado de Jeremy, con su propio rifle apoyado en el hombro.

Un par de eternos minutos después, bajó lentamente su arma y posó la mano en el cañón de la de Jeremy, empujándolo hasta que quedó apuntando al suelo.

—Es Nat. No ha tardado en sonsacar a esa pandilla de gallinas cluecas —le

informó.

—Tal vez la haya enviado Justin.

—Puede que haya sonsacado a ese ayudante jovencito, está loco por ella desde que George la encerró en la celda. —El abuelo no pudo resistir una sonrisa ante la mirada estupefacta de su primo, que desconocía esa dulce historia.

Pero no les dio tiempo a decir nada más. Una bola de fuego bajó de la furgoneta, que apenas tuvo de tiempo de frenar, y se dirigió a ellos dos, directamente. Alzó mucho la barbilla, intentando intimidarlos. Miró primero a uno y luego al otro, pero no dijo nada. Solo estrechó los ojos hasta casi cerrarlos y meneó la cabeza negando. A continuación, miró a su alrededor hasta que le localizó a él dentro del vehículo, junto a Roxane. Se acercó despacio y abrió la puerta. Tenía la cara inundada de lágrimas silenciosas.

—Voy a matarla, te lo juro —susurró.

—No vas a hacer nada. —Tosió—. Y tampoco se lo vas a decir a George —la contradijo.

—Pero ¿cómo puedes? —intentó protestar ella.

—Se acabó, Nat —suspiró—. Te lo prometo, cariño... Se acabó...

Ella afirmó con la cabeza.

—Quieren... llevarme a un hospital. —Otro ataque de tos, este más fuerte, acabó con un escupitajo sanguinolento—. No les dejes —le pidió en voz baja.

—Pero mírate, necesitas...

—Necesito tus cuidados... Sé lo que me ha pasado... Sé lo que me han hecho. —Tuvo que callarse un rato para recuperar el resuello—. No tengo nada roto, ni conmoción... ni gilipolleces. Solo quiero irme a casa.

—¿Pero me dejarás que llame a un médico para que te vea?

—Te lo prometo.

—¿Y cómo pensáis convencer a esos dos? —intervino La Loba. Él le hizo un gesto con la cabeza—. Muy bien, vosotros sabréis. —Y sin plantearse nada más, lanzó las llaves a Nat y se desplazó hasta el asiento del copiloto.

Nat estaba temblando de rabia y miedo. Sabía que lo correcto sería llevarlo a un hospital, temerosa de que pudiera ocurrirle algo si no lo hacía. Pero quería respetar sus deseos. Eso sí, como volviera a ver a la Barbie, no respondía de sus actos. En ese momento era muy capaz de matarla.

Entró en el todoterreno a toda prisa y, sin dar tiempo a los hombres a reaccionar, lo puso en marcha y se encaminó hacia el rancho. Sabía que ellos no iban a dejar allí a los caballos, solos, y ella apretaría lo suficiente el acelerador

como para que no pudieran interceptarla.

Pero fue así como actuaron. El abuelo se subió a un caballo, llevando al otro de las riendas, mientras Jeremy se montaba en el reluciente Ford que George le había regalado hacía poco. Les seguía de cerca.

—Me estás matando, Nat —se quejó él.

—Tu primo es un capullo. Pretende cortarnos el paso y te obligará a ir a un hospital.

—A este paso —resopló—, me vais a llevar al cementerio.

—Entonces ¿nos rendimos?

—Deja que yo me encargue de él —intervino la Loba.

—¿Cómo? —quiso saber Nat.

—No te preocupes por eso, solo para y déjame hacer a mí.

Él apenas pudo permitirse hacer un amago de sonrisa, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento trasero, a punto de estallarle de dolor.

Nat redujo la velocidad poco a poco, hasta frenar del todo y observó por el espejo retrovisor cómo Jeremy paraba detrás de ella. Él, poco colaborador, no se bajó del coche. Esperaba una trampa, eso desde luego, pero lo que no esperaba era un anzuelo en forma de Rox.

La Loba se dirigió a la cabina del Ford y abrió la puerta. Luego se acercó a su exmarido muy despacio. Incluso desde esa distancia podía sentir la tensión de cada uno de los músculos de su Jeremy.

Jeremy aguantó la cercanía, con los labios apretados y las manos estrangulando el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. La miró a los ojos esperando... algo. No sabía qué, pero percibía que se la estaban jugando, aunque por un momento se dejó llevar y sus traidores ojos se posaron sobre los carnosos labios entreabiertos.

Uno, dos, tres... Al fin suspiró y comenzó a soltar el volante para acercar la mano hasta el corto cabello de ella. Le encantaba acariciar la nuca rasposa de su mujer...

Y con un movimiento rápido, Rox sacó las llaves del contacto y las lanzó al vacío, muy, muy lejos.

Nat no esperó a ver cómo arreglaban ellos dos el asunto. Apretó el acelerador a tope y voló hacia el rancho La Rosa.

Renacer

Byron suspiró aliviado. Al principio, las sábanas frescas le produjeron alivio, pero a los pocos minutos comenzaron a molestarle tanto como todo lo demás que rozaba su piel. Llevaba tantas vendas que casi parecía una momia y, a pesar de eso, no llegaban a cubrir todas sus heridas.

El viejo y paciente médico les explicó que algunas de ellas era mejor dejarlas al aire. En las más sucias le pusieron algo pegajoso, de plata, tras hacerle pasar por la tortura de limpiárselas una a una. Era curioso cómo la medicina moderna se parecía cada vez más a la antigua.

Por lo poco que recordaba, la plata era también lo que habría usado su abuelo y habría dicho algo así como que «no entendía por qué, a los blancos, les gustaba ponerse chismes curativos en lugar de plumas de colores y bonitos abalorios».

Era la segunda vez en poco tiempo que añoraba de aquella manera volver a su hogar de la infancia.

Le habían dado calmantes suficientes para mantenerlo dormido durante una semana. La enfermera que fue con el doctor le puso un gotero y el fluido que llevaba, fuera el que fuera, caía con una cadencia que le estaba hipnotizando. Los párpados se le cerraban. Notó la boca seca y pastosa y el sueño le venció.

Un grito desgarrador lo despertó de golpe. Se incorporó con brusquedad, notando cada pinchazo y cada mordida de su cuerpo. Pero fue incapaz de sentir dolor. Tardó unos instantes en darse cuenta de que el grito salió de sus propias entrañas.

Desde la cocina escucharon un quejido atronador. A Nat se le cayó la taza de café, que no se molestó en recoger, y salió corriendo. Subió las escaleras con toda la rapidez que fue capaz de imprimir a sus cortas piernas y entró con brusquedad en la habitación.

Byron estaba sentado en el centro de la cama, tapándose la cara con las manos. Sus largas piernas estaban cubiertas por la sábana, su cuerpo continuaba lleno de vendajes y, por fortuna, el gotero con el antibiótico y el analgésico, seguía en su sitio. Los tatuajes se veían desdibujados por las heridas y sus hombros se movían en un rítmico lamento.

Estaba llorando.

Ella retrocedió sobre sus pasos, para darle la intimidad que estaba segura de que necesitaba, y en el pasillo se encontró con los abuelos y Jeremy.

—Dejemos que... se calme —les pidió, cerrando la puerta de la habitación tras ella.

—Voy a entrar, tengo que hablar con él. Justin no tardará en venir a tomarle declaración y tenemos que perfilar los detalles.

—Bien, pero dale un par de minutos, ¿de acuerdo?

—Como sea otra jugarreta como la de antes...

—¡Por el amor de Dios, Jeremy! Ya has oído al doctor Preston, no hay señales de conmoción ni parece que haya hemorragias internas o algo roto...

—¿Pero tú has visto las heridas que tiene? No sabemos cuánto ha podido sangrar.

—Le han hecho un análisis, tendremos los resultados mañana mismo.

El abogado la miró indignado.

—Ya han pasado los dos minutos. O te quitas de en medio, o te quito yo.

—Es suficiente, chicos —les recriminó la abuela—. Estamos todos muy nerviosos y, la verdad, deberíamos respetar sus deseos. Entra, Jeremy. Si quiere hablar contigo, habláis y, si no, te esperas a que te diga que puedes entrar.

—Me parece justo —contestó este, empujándola sin demasiada delicadeza.

—Ahora entiendo a Rox. —La forma en que Jeremy la miró hizo que se le encogieran las entrañas. La abuela se acercó a ella y le pasó un brazo por encima de los hombros de forma protectora.

—Quizá pienses que, porque mi primo te deja meter las narices en su vida, yo voy a consentirte que hagas lo mismo... —Se acercó tanto a ella que tuvo que levantar la barbilla para poder mantener la mirada fija en esos grandes y azulísimos ojos.

—Yo...

—Tú, qué.

—Estás tratando de intimidarme y no creas...

—No metas tus narices en mis asuntos, pelirroja. Créeme, no te interesa. —Y

sin más, se dio la vuelta y entró en la habitación.

Ella miró con extrañeza a la abuela, tratando de buscar una explicación a un comportamiento tan poco común entre los hombres de ese rancho.

—La mera mención de su mujer es un tema demasiado sensible para él — aclaró Richard.

—Pero si están divorciados... —protestó ella.

—Cuando te dijo que te mantuvieras al margen, lo decía en serio. Nat, déjalo estar.

—Pero, él es... ¿agresivo?

—No en el sentido que estás pensando. Los comanches se unen para toda la vida y a Jeremy le dan igual las leyes de los blancos.

—¡Pero si es abogado!

—Se hizo abogado para poder manejar la justicia a su antojo. Tiene mucho dinero y poder.

—¡Pues espero que lo utilice contra los Shaw! Y me reafirmo en mi opinión, pobre Rox, desde este momento cuenta con toda mi simpatía.

Bajó las escaleras dispuesta a llamar a Rox y asegurarse de que estaba bien.

—Esto se complica cada vez más —aseguró la abuela a su esposo.

—Efectivamente, no sabes cómo estoy echando de menos a Mark. Al menos él suele meterles a estos cabezotas un poco de cordura en esas molleras.

Jeremy se quedó en silencio un momento, trataba de digerir el hecho de que su primo, su hermano, estuviera llorando. No era algo que hubiera vuelto a ver desde que era niños.

—Byron, tenemos que hablar. ¿Te encuentras con fuerzas? —le preguntó.

Byron levantó la cabeza y le miró con ojos distantes. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—No hay mucho que decir —contestó, tendiéndose de nuevo en la cama y tapándose la cara con el brazo libre de medicación.

—Jus vendrá en breve y querrá una declaración completa. Tenemos que resolver esto. Saber qué le vas a contar y qué prefieres que arreglemos en la intimidad.

—Bonito eufemismo. ¿Qué tienes pensado, primo?

Jeremy acercó una silla a la cama y se sentó frente a él.

—Aún no lo sé. Pero será lento y doloroso. Lo más seguro es que los arruine;

es fácil, sus piensos están en bolsa. Además, a Lester le gusta jugar y ese es mi terreno.

—No tienes suficiente con la Comisión de Juego y tus... desavenencias con la Loba.

—Eres mi familia, esto no puede quedar así.

—Te quiero, primo, pero esto me lo he buscado yo solito. He ido detrás de la mujer equivocada. Los he provocado hasta llevarlos al límite. —De repente comenzó a reírse hasta que las lágrimas brotaron otra vez. Tuvo que parar por el dolor, que le quemaba en el estómago por el esfuerzo.

—Se puede saber de qué demonios te ríes.

—Si hasta bajé los pantalones a Jack, en mitad de la calle más concurrida del pueblo, y le propiné varios golpes con el cinturón.

—¿Qué hiciste, qué? —Jeremy se debatió entre la risa y la perplejidad.

—Supe que pegaba a Candance con el cinturón y no me pude resistir.

Por unos minutos reinó el silencio.

—¿Y qué será de ella ahora? —quiso saber Jeremy.

—No lo sé, Kawosa. Ella ha escogido. Tendrá el futuro que ha querido. Prefiere no luchar, se queda con la vida que conoce. Sea como sea...

—¿Y tú crees que esto se ha acabado aquí? Volverá a ti... en cuanto entre en razón.

—¿Eso es lo que llevas años diciéndote a ti mismo acerca de Rox?

Él no contestó, tan solo bajó la cabeza y apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula.

—Yo no soy como tú, sé aceptar mi derrota. Si es lo que quiere, lo tendrá. Seguiré con mi vida lo mejor que pueda.

—Cuando dejé que la Loba se saliera con la suya con el divorcio, pensaba como tú. Pero no pude sacármela de la cabeza por más que lo intenté. No puedo querer a otra mujer como la quiero a ella. Le pertenezco por completo, aunque no me quiera. Yo la quiero por los dos.

—Si no puedo volver a querer así, probablemente sea lo mejor. Esto duele ¿sabes?

—Me alegraré por ti si lo consigues. Yo no pude. Necesito verla, saber que está bien. Respirar el aire que ella respira.

—Eso se llama acoso. Quizá si le dejaras espacio le daría tiempo a echarte de menos.

—¿Es eso lo que vas a hacer tú?

—Candy necesita encontrarse a sí misma antes de entregarse a alguien. Espero que lo haga y vuelva a mí, aunque... la verdad es que creo que le pueden el miedo y la costumbre.

—Si Rox algún día vuelve a... No sé qué sería capaz de hacer si se lía con otro.
—Byron se rio sin ganas ante su comentario.

—¡Vamos, Jer! ¿De verdad crees que lleva manteniendo dos años de celibato?
—De nuevo quiso reír, pero un pinchazo en las costillas le hizo detenerse.

—No lo creo, lo sé. —Lo miró directamente a los ojos, haciéndole saber sin palabras que estaba haciendo algo que probablemente no fuera muy legal.

—Tú estás enfermo y ambos estamos jodidos, Kawosa.

—Eso parece, Spirit. Aunque en este momento tú tienes bastante peor aspecto que yo.

De nuevo reinó el silencio.

—Y ¿qué vas a decirle al ayudante?

—Que no sé quién me lo hizo, que llevaban capuchas y no dijeron nombres.
Que perdí el conocimiento y no fui capaz de reconocer a nadie.

—¿Pero dejarás que yo actúe contra ellos?

—No quiero que Candance sufra más.

—Me aseguraré de que ella quede al margen.

Un golpe en la puerta les interrumpió.

Justin asomó la cabeza y se colocó delante de la cama, de pie, libreta en mano.

—Voy a conectar la grabadora ¿de acuerdo? —Más que una pregunta era una nota informativa.

—De acuerdo, Justin —le contestó Byron—, pero la verdad es que no hay mucho que decir.

—Mirándote, no parece que ese sea el caso. —Justin acomodó el peso en la parte derecha de su cuerpo.

Era algo que hacía cuando quería intimidar. Se rascaba la frente con el lápiz, levantándose el ala del sombrero, y tomaba esa postura indolente. Ni por un momento se creyó todas las tonterías que estaba soltando Byron; encapuchados, gritos contra los nativos, acento de otro estado, mejicanos... Gilipollecés para rellenar huecos.

—Sabes que sé que me estás mintiendo —le cortó en medio de la diatriba.

—Sé que no te gusta pensar que hay gente que nos hace daño solo por el color de nuestra piel, pero así es.

—Byron, si no hablas porque de alguna manera piensas que estoy con ellos,

yo...

—Jus, nos conocemos desde hace años. Tu mujer es mi mano derecha... ¡Qué coño, y mi izquierda! Sé que Doble M. te mataría si estuvieras en algo como lo que estás insinuando, pero la verdad es mucho más simple. Un grupo de palurdos de fuera del pueblo me han... jodido, porque solo han visto la parte comanche que hay en mí. Y la odian. Punto. No hay nada más. No lo busques.

Con gesto adusto, apagó la grabadora y se sentó en la cama. El movimiento del colchón bajo su peso hizo que Byron se mordiera los labios para no gritar de dolor. Él se quitó despacio el sombrero y se pasó la mano por el cabello rubio, que empezaba a clarear.

—Si el sheriff está metido en esto, necesito saberlo. Tengo que limpiar mi casa, Byron. —Lo miró a los ojos—. Dime algo, lo que sea, cualquier cosa con la que tirar del hilo.

Byron le mantuvo la mirada con determinación.

—Lo siento, no tengo nada para ti.

Él se levantó de la cama, se metió la grabadora en el bolsillo y, tras ajustarse de nuevo el sombrero, salió de la habitación. Una vez en el pasillo, y con la puerta que lo separaba de los primos bien cerrada, sacó el teléfono móvil del cinturón y buscó el teléfono de George en su agenda. Saltó el buzón de voz.

—George, soy Justin. Necesito tu ayuda. Las cosas se están poniendo feas aquí, y se van a poner peor.

—No se ha creído una sola palabra —confirmó Jeremy.

—No lo ha hecho. Lo compadezco, intentar cargarte a tu jefe tiene que ser una putada —. Una mueca de dolor desfiguró por un momento su rostro.

—Y ahora, despacio y con calma, cuéntame qué pasó y quién está involucrado.

—No.

—¿Qué?

—Como ya dije antes, esto acaba aquí y ahora.

—Creí que...

—Mira, primo, si quieres arruinar a Jack y compañía, me parece bien. Siempre que, como te he dicho, Candance no salga mal parada. Pero lo que ha pasado termina aquí.

—¿Y qué pasa con el sheriff? Todos sabemos que está metido hasta las cejas en los asuntos de Jack.

—Pues en las próximas elecciones no le votes. Perdona, se me olvidaba que tú no eres de este pueblo. —Él se levantó, enfadado.

—Byron, no me vengas con gilipolleces. Ese tío se merece lo que le pase.

—Ese tío es problema de Justin, déjalo hacer. Seguro que al final lo pillá. —
Cerró los ojos despacio.

A los pocos segundos escuchó un ligero ronquido.

—Y una mierda me voy a creer que te has dormido. —Y, aun así, salió de la habitación sin hacer ruido.

Candy se retorció las manos sudorosas mientras paseaba por la habitación. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí sin poder salir, sin comer, sin dormir, sin saber... Eso era lo que la estaba volviendo loca.

Una vez en la casa, la encerraron en su habitación, como tantas veces antes de George... George, si pudiera hablar con él... Pero Dustin arrancó el teléfono de la pared y tampoco tenía su móvil. Aunque en realidad no tenía costumbre de llevarlo encima.

Al principio del encierro, se quedó sentada en la cama, mirando al vacío, durante lo que imaginó serían horas. Sabía lo que había hecho; romper el amor que Byron sentía por ella. Eso estaba bien, se convenció de que así era como tenía que ser.

Su vida era otra. Se desarrollaría junto a Dustin, junto a su padre. Las pastillas de su madre cada vez le parecían más atractivas, ojalá tuviera algunas ahora para poder dormirse y no despertar hasta dentro de algunos años... o nunca.

Pero quería saber qué fue de él. Desde la ventana llegó a ver cómo lo tiraban en una de las camionetas, como si fuera un fardo, y salían de la propiedad entre vítores y tiros al aire. Dustin la arrastró hasta su habitación, empujándola contra la pared. El golpe la hizo lucir un bonito chichón. Casi perdió el conocimiento lo suficiente como para no oír todo el veneno que el capataz de su padre lanzaba por la boca.

Una sonrisa llegó a dibujarse en su rostro al recordar que se había imaginado a sí misma empuñando uno de los Winchester de la colección de su padre y descerrajando un tiro en la estúpida cara de aquel desgraciado. La sonrisa dio paso a la risa histérica y tuvo que apoyarse en la pared. Poco a poco su cuerpo se fue escurriendo hasta el suelo, donde cayó derrotada. Las lágrimas brotaron como una cascada, mezcladas con gritos de dolor y el sonido más encarnizado de

la desesperación.

Si lo habían matado ella... Ella... Ella nada, no haría nada. Era una inútil. Una cobarde que no servía para nada, y nada era lo que se merecía. Peor que eso; se merecía el desprecio del hombre al que amaba. Porque sí, por más que le costase asumirlo, lo amaba.

Era tan valiente, tan temerario, tan seguro de sí mismo... Le gustaría tanto parecerse un poco a él. Hacer lo que le viniera en gana, aunque solo fuera una vez en su patética vida.

Se tiró del pelo con desesperación. Una vez, solo una vez... Tenía que verlo. Si seguía vivo le propondría que se fugaran. Podrían ir a algún lugar lejano. Escondarse del mundo. Él la protegería, la perdonaría y la cuidaría. Él daría su vida por ella, lo había demostrado. Lo haría. La cuidaría.

Escuchó unos pasos al otro lado de la puerta y esperó que fuesen de su madre o de Maguie, que le llevaban algo de comer. No tenía hambre, no podía probar bocado, pero necesitaba con desesperación un poco de agua.

La puerta se abrió, pero la persona que vio no era ninguna de las dos que esperaba.

La figura desgarbada de Dustin se dibujó en el umbral de la puerta. No se atrevía a mirarlo directamente, pero lo intuyó y lo olió. Oía a sudor y sangre. La sangre de Byron. Nuevas lágrimas asomaron a sus ojos y se mordió los labios con fuerza para evitar gemir como una niña.

—Candy, Candy, Candy... ¿qué voy a hacer contigo?

Por supuesto, era una pregunta retórica y ella sabía que no debía contestar. Bajó aún más la cabeza y se mantuvo en silencio.

—Hoy me has provocado hasta lo indecible, aunque también debo reconocer que has sabido darle su escarmiento a ese malnacido. Te mereces un castigo y un premio.

Candy estaba segura de que, a menudo, usaba esas mismas palabras con los animales del rancho. En ese instante se sintió tan insignificante que le hubiera gustado poder desaparecer.

—Vamos a hacer lo siguiente —prosiguió con su monólogo—. Como premio voy a encargarle a alguien que te traiga algo de comer. Pero antes, debo infligirte un castigo; uno apropiado a tus actos.

Lo vio acercarse por el rabillo del ojo y distinguió cómo se desabrochaba el cinturón.

«¡No, por favor!».

Otra vez no podía pasar por eso; el manoseo, las babas... ¿Y si esta vez sí le funcionaba? ¿Qué haría ella? ¿Era posible morir de asco?

El muy cerdo se lo quitó y se lo enrolló en una mano. Entonces respiró tranquila. Prefería cien correazos que aguantar que la toqueteara. O peor aún, que se vaciara dentro de ella.

La agarró con fuerza del pelo y la tiró sobre la cama, llevándose la mano a la entrepierna. Comenzó a sobarse.

Ella temblaba de terror, no sabía qué pretendía hacer con ella. Entonces le dio la vuelta y le bajó los pantalones de un tirón, con el que se llevó también las delicadas braguitas.

Con el primer correazo se agarró a las sábanas y, dispuesta a aguantar, mordió la ropa a su alcance. Casi sonreía pensando en que se había salido con la suya. Eso era mejor, mucho mejor. Cuando lo oyó jadear con satisfacción y notó un fluido pegajoso en la espalda, supo que todo había terminado. Hacerle daño era la única manera en que Dustin era capaz de llegar al orgasmo. Apenas cuatro golpes le habían bastado.

Se sintió aliviada, e incluso un poco feliz, y pensó que estaba realmente enferma por dentro. Casi muerta.

Hacía ya rato que se había quedado sola. No sabía cuánto, en toda la habitación no había un solo reloj. Tenía que arreglar eso. Dustin le prometió que enviaría a alguien con comida, así que buscó alrededor y vio una bandeja sobre la cómoda.

Ni siquiera recordaba en qué momento se la llevaron ni quién lo hizo. Agua. Necesitaba agua. Se arrastró hasta el mueble a la vez que se subía la ropa. Consiguió ponerse en pie y cogió el vaso con manos temblorosas.

El primer trago le ardió en el estómago como si fuera vodka. Se le revolvió y sintió náuseas. Se llevó la mano al vientre, que en realidad le dolía más que el culo. Por fin se calmaron los espasmos y consiguió enderezarse del todo y respirar con normalidad. Dejó el vaso de nuevo y se atrevió a alzar los ojos hacia el espejo.

Nunca iba a olvidar a aquella extraña del otro lado. Sus enrojecidos ojos eran fríos, sus labios duros y resecos, las ojeras marcaban el principio de sus antes altivos pómulos. El cabello... Ese cabello que él ya no tenía...

La tristeza inundó su alma. Ojalá fuera rabia, ojalá se atreviera a clamar venganza. Entonces vio una tijera y lo tuvo claro. Disfrutó de lo que iba a hacer incluso antes de hacerlo.

Era noche cerrada, pero Byron no podía dormir. Hacía días que ya no tomaba calmantes, las heridas estaban sanando bien y le administraban los antibióticos por vía oral. Una enfermera acudía a diario a realizarle la cura de algunas heridas y fue necesario que tomara hierro y algunas vitaminas para paliar la pérdida de sangre, pero no fue necesaria una transfusión; por lo que no tuvo que ir al hospital en ningún momento.

Y seguía sin saber nada de Candy.

Debería dejarlo correr, eso no tendría que preocuparle, al fin y al cabo, fue ella quien escogió. Pero no podía evitarlo. Lo que uno sentía no se borraba así como así, e ignorar si le habrían vuelto a hacer daño lo estaba matando.

Tomó la decisión de marcharse hacía ya unos días. Pasaría una temporada en Oklahoma, junto a su familia. Su abuelo siempre le reconfortaba. No solo Candance tenía que encontrarse a sí misma y tomar algunas decisiones, eso era algo que él también necesitaba.

En ese momento estaba perdido. Sentía como si alguien lo hubiera arrancado de su apacible y cómoda vida para dejarlo, directamente, en el centro del Infierno.

Y lo más seguro era que la cosa fuera a peor si se quedaba. Le extrañaba que George no le hubiera llamado. Eso solo podía significar que estaba al tanto de lo sucedido y, desde la distancia, estaba moviendo ficha.

Solo si desaparecía se calmarían las aguas. Lo último que quería era ver a su amigo metido en problemas por su culpa. Sabía que una lucha entre un ranger y un sheriff serían un asunto muy serio y muy sucio.

Salió al balcón a respirar aire puro y vio su casita en la distancia. Le gustaba mucho. La levantó con sus propias manos y eso, por alguna razón le hacía sentirse condenadamente bien.

Miró hacia abajo y vio a los hombres de seguridad de su primo, apostados en la puerta. Miraban al frente y no decían ni una palabra. Solo estaban ahí dispuestos a matar por protegerlo. No se le ocurría un trabajo más absurdo.

Entró de nuevo en la estancia y se puso un pantalón cómodo y una camiseta. Tras calzarse unas deportivas, decidió jugar un poco. Le dio la risa. Si Jeremy se enteraba era capaz de matarlo con sus propias manos, eso le hizo terminar de decidirse.

Salió al pasillo sin hacer ruido, bajó hasta la bodega y entro en el túnel que llevaba al otro lado de la casa. Luego entornó con cuidado la puerta superior, tratando de no hacer ruido.

¡Mierda! Jeremy no dejaba nada al azar. Por la rendija vio a un hombre. Pensó durante un instante. Regresó sobre sus pasos y entró de nuevo en la casa grande. Necesitaba un cómplice.

Nat se despertó asustada bajo el peso de una mano que le tapaba la boca. Se incorporó de un salto en la cama y abrió los ojos todo lo que pudo, intentando descubrir quién era el desconocido.

—Nat, soy yo, necesito que me ayudes. —Ella le dio un manotazo en el brazo para que le dejara libre la boca.

—¿Estás loco? ¿Qué estás haciendo?

—Quiero ir a mi casa.

—¿A estas horas? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Pero quiero ir a mi casa y los gorilas de mi primo no me dejarán solo. Sin embargo, necesito estar solo para hacer las maletas. Me voy.

—¿Cómo que te vas?! ¿A dónde? ¿Por qué?

—Me voy con los míos durante un tiempo.

—Estás con los tuyos. Estás con nosotros, ¿no?

—Quiero decir a Oklahoma, a la Nación India.

—Pero, Byron, no puedes permitir que te echen de aquí.

—No es eso, Nat. Es solo... Lo necesito, no sé explicar por qué y tampoco tengo ganas de hacerlo. Por eso recorro a ti, para que me ayudes a escabullirme de esos. Lo último que me gustaría sería que me escoltaran hasta la puerta de la casa de mi abuelo, se reiría de mí hasta después de estar en la tumba si me ve llegar con los guardaespaldas de Jeremy.

—Está bien. —Nat se pasó las manos por la cara para despertarse—. Vamos por la cocina.

Si algo era Nat, era una buena compinche de gamberradas, eso desde luego, pensó. Fue magnífica la forma en que entretuvo a los dos enormes guardias que Jeremy apostó en la puerta trasera de la casa. Desde luego habría sido más sencillo despertar a Jeremy y decirle que se iba, sin más, pero no estaba dispuesto a vivir según las paranoias de su primo.

Respiró un segundo antes de abrir la puerta de su casa. Grabó esos instantes en su memoria para recordarlos cuando estuviera fuera. El olor del hogar, la satisfacción del trabajo bien hecho. Abrió despacio, solo por si acaso. Miró alrededor y sintió un escalofrío en la espalda; algo crepitaba en el ambiente, algo que le ponía los pelos de punta.

Se dirigió con sigilo hacia su habitación, siguiendo el olor a... no sabía muy

bien qué. Pero antes tomó uno de sus cuchillos de la vitrina en la que guardaba las armas y se acercó con sigilo a la puerta.

La abrió despacio, procurando no hacer ruido. Por la ventana entraba la luz de la luna. No vio nada, pero el olor se hizo más profundo, más hipnótico, más intenso... Se acercó a la cama y pudo distinguir, al otro lado, un bulto en el suelo. Dio unos pasos y lo movió ligeramente con el pie.

Parecía un muchacho con el pelo claro y mal cortado. Estaba tapado con la manta, que se notaba que había agarrado, quizá en sueños, de encima de la cama. Tan solo se distinguía la cabeza y se podía adivinar su juventud por la forma pequeña y aún redondeada de su cuerpo.

Claro que, con la oscuridad, las apariencias podrían estar engañándole. Levantó el cuchillo y le dio un empujón en el hombro, para obligarlo a mostrarle el rostro. No podía ser, le parecía, pero...

Se agachó al lado del bulto y estiró la mano para dar al interruptor de la lamparilla de noche.

—¡Dios mío! ¿Qué demonios...?

No pudo evitar rozar la blanca mejilla con la punta de los dedos. Un montón de sentimientos se agolparon en su pecho, incluso sintió que se ahogaba. Quería tanto abrazarla como escupirle en la cara por su cobardía. Pero no, estaba allí. Tarde, pero estaba allí. Le costaba demostrar su fuerza, pero al final siempre volvía a él, enfrentándose a todo.

—Candance... Princesa... Despierta —le susurró.

A Candy le pesaban mucho los párpados. Le parecía escuchar una voz en lo más profundo de su mente. Quería abrir los ojos, pero no podía, eran una carga terrible. Apenas fue capaz de murmurar algo. Sintió unos brazos que la arropaban y, de repente, estaba sobre algo mucho más blandito que hacía un momento. Intentaba salir de la oscuridad, pero no podía, la había envuelto y se la llevaba de nuevo.

Byron le puso los dedos en la muñeca, el pulso era fuerte y con buen compás. La respiración era rítmica. Le abrió un ojo a la fuerza y descubrió que la pupila reaccionaba a la luz. Entonces la tapó con las sábanas y se acostó a su lado; se permitió abrazarla por última vez. No entendía qué hacía allí, no sabía por qué había ido, pero eso no cambiaba nada.

Por primera vez comprendía a George cuando decía que amar a Nat no

cambiaba los hechos. Candace y él se querían, de eso estaba seguro, pero ambos necesitaban espacio y tiempo; como poco. Tenía que convencerla de que era fuerte y podía enfrentarse a sus antepasados, a sus padres y al porvenir. Aunque le doliese, debía dejarla sola para que tomara una decisión acerca de su futuro, del de ambos.

Le acarició la cabeza. Su precioso cabello había desaparecido, igual que el suyo propio. ¿Le habrían hecho lo mismo que a él, como forma de tortura? La rabia le apretó por dentro. Cerró los ojos y se dejó llevar por el sonido de la respiración de su mujer.

Candy aún estaba adormilada, pero un calor reconfortante la envolvía. Por primera vez desde hacía algún tiempo tuvo la suerte de verse agraciada con un sueño profundo; las pastillas de su madre servían para algo, después de todo. Y ese sería su futuro. Pero ese agradable bienestar, ese olor profundo a bosque, a hombre...

¿Hombre? No recordaba...

Abrió los ojos de golpe y vio el rostro apacible de Byron. Su respiración era rítmica y armoniosa. Lo miró despacio, primero a los ojos cerrados y después a la boca entreabierta, luego bajó por las heridas cicatrizadas de su pecho y por otras aún algo enrojecidas. El estómago plano, los dibujos de su piel que tanto le gustaban... Estaba más delgado y estaba vivo, a pesar de todo lo que había pasado.

Byron se dio la vuelta de forma que la espalda quedó a su vista. Se mordió el labio con fuerza hasta hacerlo sangrar. En sus ojos quemaban las lágrimas. Una gran ola de dolor la inundó. ¿Cómo podía haberle hecho eso? Era imperdonable, fue una cobarde. La más rastrea y sucia de las cobardes, una desgraciada.

No pudo evitar estirar el brazo y acariciar las cicatrices con la punta de los dedos. Y en un rápido movimiento, se encontró tumbada boca arriba con todo el peso del hombre sobre ella y la mano con la que lo estaba acariciando encerrada en una de las manazas de Byron.

—Admirando el trabajo que hiciste, ¿princesa? —le preguntó con voz gutural

—Yo... Yo no... Lo siento tanto...

—¿Qué es lo que sientes?

—Yo no quería, no tenía que haberlo hecho.

—En eso estamos de acuerdo.

—Si pudieras... Si tú... Sé que no tengo derecho a pedirte, pero si me perdonaras yo... —le rogó, mirándolo con desesperación.

—No sé qué crees que significa para nosotros que te perdone —la cortó.

—No lo sé. ¡No lo sé!

Una risa gutural salió de lo más hondo del pecho de Byron.

Y por toda respuesta, se lanzó sobre sus labios, con la boca abierta. La besó de forma agresiva, reclamando todo lo que consideraba suyo. Su lengua le saqueó la boca, chocando dientes y notando el sabor ferroso de la sangre que ella misma se había hecho.

Ella empujó sus caderas contra él, lo rozó y se meció al notar cómo crecía sobre su cuerpo. Byron se bajó el pantalón y metió la mano en el calzoncillo para liberar la erección, al tiempo que, de un certero tirón, se deshizo del pantalón corto y las bragas que llevaba ella para tocarla. Notó su humedad. Y sin preámbulos, se introdujo en ella de un solo golpe. No pudo evitar un grito posesivo.

Sintió cómo todo explotaba a su alrededor; un mundo de cristales se rompió dentro de ella, algo que le hacía daño y le daba placer a la vez. Quiso sujetarse a los cabellos negros y sedosos de su amante, tal y como hizo la última vez, pero solo encontró el rasposo y árido tacto de la cabeza rapada. Las lágrimas acudieron a sus ojos y lloró mientras un intenso orgasmo la envolvía por completo, haciéndola temblar como nunca.

Byron la sintió retorcerse y apretarlo y se dejó llevar. Se derramó en ella sin ser capaz de pensar en nada más. Todo se detuvo a su alrededor y dentro de él mismo.

Solo el amor logra que se consiga ese segundo maravilloso, en el que se es capaz de dejar la mente en blanco y libre de pensamientos; existen las sensaciones, pero es imposible analizarlas. Un instante para sentir por completo. El vacío más absoluto, un acto de rendición total, de completa y maravillosa vulnerabilidad. La eternidad en un suspiro, cuando es en los brazos que a uno le corresponden.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto necesitaba ese segundo para seguir respirando. Podría morir en ese momento y, a pesar de eso, no iba a renunciar a su principal idea. Si la quería, tenía que dejarla volar. Y la quería.

Le sujetó el rostro entre las manos y le besó la frente.

—Ni siquiera en las peores circunstancias eres capaz de dejar atrás tu exquisita educación de princesa.

—Sabes de sobra que no soy una princesa —le contestó, girando la cara hacia la ventana.

—Lo eres para mí. —La sujetó por la barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Por qué me has besado? ¿Aún me quieres? —la escuchó preguntar.

Y leyó esperanza en sus ojos, pero no fue capaz de contestar la pura verdad en ese momento.

—Te habías hecho sangre en el labio, quería limpiarte —se excusó.

—Me ha gustado mucho. ¿Podemos quedarnos así un rato? —Byron veía inocencia en ese azul cielo, pero también recelo.

—No sé cuánto tiempo tardarán en venir a buscarme. Mi primo me ha puesto vigilancia y Nat... Si tardo en volver para despedirme, quizá venga a buscarme ella misma.

Notó cómo Candy se ponía rígida bajo él. Trató de calmarla acariciándole el pelo, ahora casi inexistente. Esperaba que dijera algo, pero ni siquiera la escuchaba respirar.

Candy se quedó paralizada.

«¿Que se va? No, no sin mí, al menos».

—¿Por qué has dicho lo de despedirme?

—Me voy a Oklahoma, con mi abuelo. Necesito un tiempo.

—Sí, de acuerdo, nos iremos adonde quieras. Oklahoma está bien, allí Jack no nos encontrará nunca. Y aunque se enterase de nuestro paradero, desde luego no vendría a buscarnos. Ya sabes, con tantos... —Lo miró con miedo en los ojos, estaba segura que él podía distinguirlo.

—Nativos, indios, comanches, salvajes... —ironizó él.

—No quería ofenderte, es solo que...

No la dejó terminar, se levantó y comenzó a arreglarse la ropa.

—No —contestó con rotundidad, aún de espaldas a ella.

—¿No? —preguntó a su vez Candy

—No —reiteró.

—No —repitió ella, en un susurro. Lo imitó y también comenzó a vestirse.

Al terminar, Candy se alisó el pelo en un acto reflejo antes de recordar que allí no había ya nada que alisar.

Sentía la cabeza pesada y confusa. No sabía muy bien qué fue lo que ocurrió, no tenía claro si acababan de hacer el amor o aquello solo era una especie de sueño. No recordaba bien cómo llegó hasta allí, salvo la parte en la que saltó el murete de piedras y uno de los perros le gruñó para después saludarla juguetón.

Se masajó la sien, que estaba comenzando a palparle. Maguie. Sí, Maguie la ayudó a salir de la casa de Jack.

Y ahora estaba allí, mientras que el hombre al que amaba, su última esperanza para librarse de su destino, se volvía de hielo. ¿Por qué tenía que ser tan bocazas? ¿Por qué tenía que sentir pánico ante la sola mención de los que eran como Byron?

—¿Puedes explicarte mejor? Te lo agradecería de veras —pidió ella.

—Me encanta cuando te pones cursi. Creo que ya te lo he mencionado alguna vez.

—Dime a qué te refieres con «No».

—No vas a venir conmigo.

—No estás hablando en serio. —Se atrevió a acercarse a él desde atrás.

—¿Qué le ha pasado a tu cabello? —quiso saber él, cambiando de tema.

Byron se dio la vuelta para enfrentarse a ella cara a cara. Le daba miedo la respuesta, su propia reacción. Si le habían hecho más daño, él sería incontrolable, por muchos planes y buenas intenciones que tuviera. La provocación sería imposible de ignorar.

La cogió de los hombros y observó su rostro surcado de lágrimas, algún que otro moratón y unas grandes ojeras. Ella tenía razón, no quedaba nada de la princesa repipi y creída que salía con George y le tenía un miedo atroz. Y en gran parte era culpa suya.

Le acarició la cabeza con las manos, enganchando pequeños mechones sueltos para abrazarlos con las puntas de los dedos.

—Quería... —balbuceó, por fin—. Yo quería sentirme como tú. Pensaba... pensaba que me lo merecía. Todo ha sido culpa mía, todo lo que te ha pasado, y lo siento. Lo siento tanto... —Byron sintió un escalofrío al notar cómo ella posaba una mano sobre la de él.

—La culpa es de Jack y de su retorcida forma de ver la vida. Pero es lo que hay. Tú eres producto de su educación y yo de la mía. Parece que nuestro destino no es estar juntos en este momento. —Paró su discurso para dejar un beso en su frente—. Tal vez en el futuro.

—¡No! —gritó ella, dándole un manotazo y separándose con un paso atrás—. ¿Es que no ves que para mí no hay futuro? Si me quedo aquí me... me abducirán; me convertirán en lo que ellos quieran que sea. —Las lágrimas brotaron de nuevo.

—Pasaré lo que tú quieras que pase. Coge las riendas de tu destino, princesa. Quédate aquí, con George y Nat, o ve a la ciudad, busca trabajo y gánate la vida. Construye tu mundo. Sé tú y, después, ven a buscarme.

—Pero yo quiero estar contigo.

—Eso no lo sabes. Lo único cierto es que crees que yo soy tu vía de escape. Dejaste de ser la sombra de tu padre para ser la de George y, ahora, como no quieres volver a vivir bajo el yugo de Jack, te prestas a hacerlo bajo el mío. Pero esa no eres tú, Candy, tú eres mucho más. Eres la mujer que se atrevió a enfrentarse a mí, una de las cosas que más temías en este mundo; la que buscó y tomó lo que deseó, a pesar de las circunstancias y el miedo. Eres fuerte y valiente. Quiero que llegues a verte a ti misma tal y como yo lo hago.

—¡Mentiroso! ¡Hipócrita! Te estás librando de mí, igual que lo hizo tu amiguito. Me has utilizado y ahora me dejas para que me las arregle sola. Eso es lo que haces, aunque lo envuelvas con un lazo rosa y lo perfumes con aroma de lavanda.

Él negó con la cabeza y sonrió. Iba a echar tanto de menos esa forma suya de hablar; tan refinada, tan antigua. Tenía los puños apretados y parecía a punto de darle una buena patada. Si pudiera mantener ese talante durante más de cinco minutos, podría enfrentarse a todo.

—¿Sabes lo que pasaría si te dejara venir conmigo?

—Ilumíname, Su Ilustrísima. —La chica se cruzó de brazos y apretó la boca, hasta que los labios desaparecieron y los ojos quedaron como dos rendijas de hielo.

«¡Dios! —pensó— me estás poniendo a cien con esa actitud. Ahora mismo me olvidaría de todo mi maldito discurso y hasta de mi puto nombre».

—Así es como te quiero.

—Ya, todos me queréis de esta forma o de esta otra. Todos me decís lo que tengo que hacer, lo que es mejor para mí... Pues por mí os podéis ir todos a... a... ¡a la jodida mierda! Ya está, ya lo he dicho. Ahora te gusto ¿eh? Pues esa no soy yo. ¡Idiota! ¡Estúpido! ¡Gilipollas! ¡Pedazo de ...

—Vale, Candy, lo he pillado. No se te da tan mal después de todo. —Dio un paso adelante, pero ella se alejó la misma distancia que él acababa de borrar—. Tienes razón, estoy haciendo lo mismo que todos. Y es justo lo que no quiero.

Abrió las manos con impotencia, levantó los brazos y los volvió a dejar caer. Luego se llevó la mano a la cabeza, le había cogido afición a pasársela por el pelo rapado, que ya empezaba a crecer.

—Tengo que alejarme de esto y también de ti. Necesito asegurarme de que si tu padre vuelve a buscarte, no me abandonarás o me destruirás solo por salvarte tú. Y deseo creer que, en algún momento de nuestras vidas, si conseguimos un

futuro juntos, llevarías un pequeño salvaje en tu vientre sin que yo tenga que sentir el temor de lo que Jack pudiera hacerle, o de lo que pudieras hacerle tú si tu padre te presiona.

Candy no pudo escuchar más. Se merecía cada una de las palabras que Byron le escupía pero, aun así, dolían como el infierno. ¿De verdad pensaba que estaba protegiéndose a sí misma cuando le propinó los correazos?

Lo habrían matado si ella no hubiera hecho lo que hizo. Pero si quería creer eso de ella, muy bien, que lo hiciera, a partir de ese momento sería cierto. En un pequeño rincón de su cerebro escuchó una voz que decía que esas horribles palabras eran la pura realidad. ¿Qué haría si su padre iba a buscarla a Oklahoma? ¿Y si amenazaba con destruir o matar a Byron? ¿O a ella?

Sabía que claudicaría de nuevo, en el fondo lo sabía. No merecía la pena seguir luchando contra lo que era.

Salió de allí por la puerta principal. No tenía ánimos para escalar muros. Al llegar a la reja, dos hombres enormes y también nativos la estaban esperando con la cancela abierta. Miró hacia atrás y vio a Byron plantado en el camino, con las manos apoyadas en las caderas y una mirada indescifrable. Detrás de él, a unos pasos, divisó a Nat. La pelirroja manipuladora tenía los brazos cruzados y destilaba pena.

Ese sentimiento la enervó e hizo algo impensable y que para nada era su estilo; escupió en el suelo y levantó la barbilla antes de mirarla sonriendo.

—¡Será perra! —exclamó Nat, intentando ir tras ella. Pero Byron la frenó en seco cogiéndola del brazo.

—Déjale un poco de orgullo, Nat.

—Te juro que no te entiendo. ¿Qué le ha pasado en la cabeza? Su pelo... está como tu... —Byron no contestó, ni terminó de escucharla. Solo dio media vuelta y se dirigió a la casa grande, obligando a la pelirroja a callar y seguirlo.

A Candy le temblaban todos los músculos del cuerpo, no sabía cómo se había atrevido a hacer aquella cochinado, pero le había sentado bien. Igual de bien que insultarlo y discutir con él. Se sentía viva, ella nunca había hecho nada semejante, y nunca volvería a hacerlas.

Ahora volvería a ser Candy Shaw, la modélica hija del todopoderoso Jack. Sí, tuvo un leve devaneo con un salvaje, pero recuperó la cabeza a tiempo. Quizá le dijera a su padre que la enviara a un spa, mientras la gente se olvidaba. Así

podría excusarse con el pueblo. Tal vez dirían que la situación entre su ex prometido y la española le provocó una crisis nerviosa que la llevó a perder un poco los papeles. Nada que no curasen unas semanas en una buena institución.

Byron tenía razón, ante el primer desafío volvía al redil con el rabo entre las piernas, dispuesta a venderlo por treinta monedas.

Pero una frase estaba grabada a fuego en su corazón: «Y deseo creer que, en algún momento de nuestras vidas, si conseguimos un futuro juntos, llevarías un pequeño salvaje en tu vientre sin sentir el temor de lo que Jack pudiera hacerle, o de lo que pudieras hacerle tú si tu padre te presiona».

¿Cómo sería tener un pequeño salvaje en las entrañas? No quería ni pensar en lo que podría llegar a hacer su padre. ¿Y ella? Si se quedaba embarazada de Byron, ¿decidiría tener al niño o...? No quiso seguir pensando en eso. Ya formaba parte del pasado, no iba a ocurrir. No tendría que tomar esa decisión ni ninguna otra que no fuera el color del vestido que se pondría en el próximo coctel, o el de los zapatos que vayan a juego. Una vida cómoda y absurda. Una vida que la hacía sentirse la más miserable e inútil de las mujeres.

Siguió caminando hasta su casa; la casa de Jack. Arrastraba los pies. El sol ya había salido hacía rato y empezaba a calentar de lo lindo, pero no iba a pedir ayuda. Llegaría o se quedaría por el camino. ¡Ojalá fuera lo segundo!

En un momento que no supo cuándo se produjo, dejó la mente en blanco. No quiso seguir pensando, debía prepararse para el futuro, que dentro de unas horas sería igual para siempre. Le gustaría que la casa estuviera más lejos, así tardaría más tiempo en volver y asumir las consecuencias de sus actos y decisiones.

«Un pequeño salvaje en tu vientre...». Un terrible y desconocido anhelo se apoderó de ella. Le dolían las piernas, estaba segura de que le sangraban los pies, su cara era un desastre y la cabeza la estaba matando. Tenía la boca seca y amarga como la hiel, pero lo que más le dolía era el anhelo.

Escuchó sonidos de motores y supo que eran ellos, iban a buscarla. Se dejó caer, derrotada; las rodillas en el suelo, los brazos levantados al cielo y un grito desgarrador que cruzó el pueblo.

Tal y como hacía unas semanas, se oyó el grito de Byron.

SEGUNDA PARTE

Infierno tuyo

Siete meses después del peor día de su vida.

Candy nunca fue una persona valiente pero ahora iba a aprender a serlo. ¿Se podía hacer eso? ¿Podía alguien convertirse en lo que no era? Recordó que Byron le decía que sí, que tenía escondido ese coraje, pero existía, y se aferró a esa idea como si fuera el bote salvavidas que tanto necesitaba.

Se puso la mano en la abultada panza y recordó el momento exacto en que tuvo que enfrentarse a esa nueva realidad. Solo estuvieron juntos en tres ocasiones y solo en una de ellas olvidaron la protección. Y, aun así, los resultados eran los que eran. Estaba claro que, si algo podía salir mal en su relación con el salvaje, siempre iba a salir mal.

Al principio se lo negó a sí misma, no eran más que los nervios, se decía. Magui la convenció para ir a ver a un médico y la acompañó en secreto, aprovechando un fin de semana de compras en Austin. Magui y ella pasaron un par de días en el Hotel Santa Cecilia y fueron de tiendas por el maravilloso barrio que estaba tan de moda, donde compraron el vestido de novia. Recatado y sencillo; la ceremonia sería íntima y discreta.

Y ella estaría esperando el hijo de otro hombre.

Cuando se lo contó a Dustin esperaba que algo sucediera. Imaginó cólera, rencor, amenazas, quizá incluso que rompiera el compromiso. Pero no, él se echó a reír; fuerte, sin control.

—No puedes imaginar lo feliz que me haces, amorcito —le dijo—. Tú y ese inmundo me habéis dado lo que más quiero; un heredero. Alguien que perpetúe el legado que tu padre me va a entregar con gusto.

—Todo esto será de mi primo...

—No, cariño. Tu primo es un mierda que no sirve más que para beber. Esto será mío, mío y de mi hijo. —Se acercó a ella con las manos apoyadas en las caderas. Dio un paso atrás de forma instintiva.

Dustin le acarició la mejilla y después le propinó una sonora bofetada.

—Solo reza para que no se parezca a él, porque en ese caso lo haré desaparecer.

Sin una sola palabra más, salió de la habitación.

Ella se llevó la mano al rostro y lo notó caliente. En realidad, no le dolía, pero se clavó de rodillas en el suelo y rezó. Rezó porque su hijo fuera rubio y con ojos de mar, porque si no era así...

De nuevo recordó las palabras de Byron, «... sin sentir el temor de lo que Jack pudiera hacerle, o de lo que pudieras hacerle tú si tu padre te presiona».

Nunca se le hubiera ocurrido que Dustin querría un descendiente, él no podía engendrarlo, pero pensó que preferiría morir antes que criar al hijo de un salvaje.

Pero no, así hubiera actuado Jack. Dustin era aún más peligroso, porque no respondía a ningún ridículo ideal de supremacía. Él solo quería el poder y el dinero que ella, a través de Jack, podría proporcionarle.

Se llevó de nuevo la mano a la barriga, que no paraba de moverse, y recordó aquel día maldito en que se despidió de Byron; el día en que la abandonó. Y se suponía que la cobarde era ella... Claro, él fue tan valiente, largándose sin más.

—No te preocupes, no necesitamos a nadie —susurró a su hijo.

Descolgó un chal del perchero de la entrada y salió al porche, donde se sentó en la mecedora blanca, se puso por encima la manta que descansaba en el respaldo —la recordaba allí desde siempre—, y comenzó a moverse, dejándose hipnotizar por el balanceo.

Como tantas veces en los últimos meses, se sumió en los recuerdos.

Hacía un calor terrible, estaba sudando y quería despertar, pero no podía. Sentía un sabor amargo en la boca y una pesadez en los párpados que le recordaba el momento en que despertó en brazos de Byron.

Abrió los ojos con rapidez, esperando encontrarlo, y todo lo que pasó en las últimas horas se agolpó en su mente. Las lágrimas se peleaban por salir, pero no lo consintió. Se puso de pie y abrió la puerta de su baño privado con fuerza; tanta, que golpeó la pared. Se colocó delante del espejo y se miró con rabia.

—¡Eres idiota! —se recriminó—. Nunca más, ¿me oyes? —insistió—. Ni una

sola lágrima por él, ni por nadie, tienes lo que tienes y con ello vas a ser feliz.

A pesar de que no reconocía a la mujer a la que estaba mirando, trató de creerse sus palabras. Ni siquiera recordaba el castigo al que fue sometida por su nueva desobediencia. Tenía que arreglarlo, debía ir a buscar a su padre y decirle que todo sería tal y como él quería.

No fue necesario. Escuchó que se abría la puerta y el repiqueteo de los tacones de las botas de Jack irrumpiendo en su habitación. Se secó la cara y salió, aún con la toalla entre las manos, retorciéndola.

—Padre —le dijo.

—Me alegro de que recuerdes eso. —Sacó la silla que estaba encajada en el tocador y sentó su enjuto cuerpo en ella. La miró.

—Padre, yo... —comenzó.

—Estás horrible. No entiendo cómo has sido capaz de hacerte eso a ti misma.

—Yo tampoco. Supongo que lo que pasó con George nubló mi juicio, pero ahora he tenido tiempo de reflexionar.

—Te ha dejado ¿no? —Afirmó con una sonrisa en los labios—. Y tú que pensabas que era una especie de héroe que te iba a querer por encima de todo... Ya ves, unos cuantos golpes, un poco de dinero y... adiós al amor.

No, ni por un momento creyó a su padre. Sabía que Byron no se fue por dinero y, desde luego, fueron algo más que unos cuantos golpes, pero se cuidó mucho de decir lo que pensaba, porque el resultado era el mismo; él ya no estaba allí.

—Quiero pasar unas semanas en un spa. Necesito cuidarme, arreglarme este desastre y comprarme ropa nueva. Tengo... tengo que estar presentable para encontrar marido. Quiero que sea cuanto antes, no deseo que George y la española me paseen más su amor por el rostro.

Su padre la miró de forma especulativa, estaba claro que trataba de decidir si crearla o no.

—Tranquila, será muy rápido, ya sabes que he concedido tu mano a Dustin. A él le da igual cómo estés, solo va detrás de mi dinero; me recuerda mucho a mí a su edad. Debo tener cuidado. —Durante un instante pareció que fuese a decir algo más, pero no lo hizo.

—Si consideras que es lo correcto, así lo haré —afirmó ella, mirándolo a los ojos.

—Así es. Te irás, pero con tu madre, no sea que vuelvan a darte ideas extrañas. Y arréglate ese estropicio de cabeza.

La ceremonia fue corta. El juez de paz se presentó en la casa familiar y apenas

asistieron un puñado de vecinos. Dustin parecía feliz. Si le molestaba que ella estuviera embarazada, no se lo hacía saber, para él tenía el aspecto de un montón de dólares y eso era todo lo que le importaba.

Desde que hicieran oficial el compromiso, el día después de la conversación con su padre, ella casi no estuvo en casa. Siempre se encontraba de visita a ciudades cercanas, con excusas como la necesidad de descanso o las obras benéficas a las que prestaba su imagen. Cuando un mes antes de la boda supo que estaba embarazada, pensó que tal vez podría mandar a su hijo a un internado para que no viviese rodeado del mismo odio con el que ella se crió, pero enseguida se dio cuenta de que Dustin no lo consentiría.

Seguía maltratándola, lo necesitaba para excitarse, pero cada vez lo hacía con menos frecuencia y menos pasión, algo que ella agradecía. Esperaba que, con el tiempo, pusiese sus ojos en otra y la dejara en paz. Sí, era terrible desear aquello a otra mujer, pero era más terrible pensar que sería suyo para siempre.

De vuelta a la realidad, Candy abrió los ojos y volvió a ponerse la mano sobre la abultada tripa, de forma protectora. Últimamente todo el mundo estaba muy alterado y ocupado con los negocios, algo estaba pasando, su padre no dejaba de quejarse de que estaba perdiendo dinero, creía que le robaban y se mostraba más paranoico de lo habitual. Todo ello había hecho que los últimos meses fueran al menos soportables para ella, nadie le prestaba demasiada atención.

El ruido de varios vehículos entrando en la propiedad la puso en alerta. Se encogió por dentro y se envaró por fuera, pero no se movió de la mecedora.

Los coches frenaron cerca del porche, en el camino. Coches oficiales, del ayudante del sheriff y de los ranger. Vio a George y a Justin acercarse a ella, el resto de los hombres, armados hasta los dientes, se quedaron cerca de los patrullas.

—Candy... —la saludó George, levantándose momentáneamente el sombrero.

Justin apenas hizo una ligera señal con la cabeza. Miraba con nerviosismo a todas partes, intentando descubrir alguna velada amenaza. George siempre sería un caballero; su caballero de oxidada armadura.

Se sorprendió a sí misma, no sabía que fuese capaz de hacer chistes. Sonrió.

—George... ¿Qué tal tu esposa y tu encantadora hija? —le contestó.

—Bien, están bien. En realidad, Nat está preocupada por ti. —Su sonrisa se tornó en una risa casi histérica.

—Por supuesto, perdona que me ría —se disculpó, secándose las lágrimas con los dedos—. Puedes decirle que estoy mejor que nunca.

—Ya. Te sienta bien el pelo corto.

—Echo de menos la melena, pero seguro que no has venido aquí con todos estos por mi cabello. ¿Me equivoco? —le retó.

—Candance...

—No me llames así.

George apretó los labios y ella se sintió satisfecha, disfrutaba haciéndole sentir culpable. Después de todo, él era uno de los responsables de la situación que estaba viviendo.

—Está bien —claudicó—. Si alguna vez necesitas algo, lo que sea, solo tienes que llamarme. Lo sabes ¿verdad?

—¿Y vendrás a rescatarme en tu corcel blanco? —Seguía acariciándose la barriga mientras soltaba sus puyas.

—Candy, hablo en serio. En parte me siento responsable de todo lo que ha pasado.

—Deberías hacerte mirar ese complejo tuyo, de salvador de damiselas en apuros.

—Siempre fuiste una arpía —intervino Justin.

—¿Aún estás enfadado porque te rechacé públicamente en el instituto, Jus? Deberías dar gracias por haber encontrado a una mujer capaz de soportar tu fea cara todos los días.

Vio cómo se tensaba, cómo apretaba la mandíbula, pero no contestó. Así se comportaban los hombres del Sur con las ricas y guapas herederas.

Giró la cabeza y miró hacia el vacío. En realidad, no sabía por qué le atacaba, era un buen hombre en una situación muy difícil, y Doble M. era afortunada por tener a alguien que la quisiera tanto, eso era algo que ella nunca tendría. Celos. Le atacaba por celos. Volvía a ser ella misma y no la estúpida en la que Byron quería convertirla.

De pronto, los recién llegados se vieron rodeados de camionetas y hombres, a caballo y a pie. Ella cumplió con su cometido, entreteniéndolos mientras llegaban.

Desde el momento en que se recibió la llamada en la casa, avisando de que los hombres de George acababan de detener al sheriff y se dirigían hacia la casa para hacer lo mismo con Jack, y que contaban con la ayuda de Justin, el ayudante traidor del sheriff, ella fue la encargada de entretenerlos mientras intentaban

reunir un mini ejército paralelo.

Y lo hizo muy bien. Debería estar contenta, tal vez así se deshiciera de Jack, pero la realidad era que lo prefería a Dustin.

Los rangers levantaron las armas y apuntaron directamente hacia quienes los rodeaban.

De una de las camionetas bajó Jack, seguido muy de cerca por Dustin y Lester. Dustin era la viva imagen de Jack, casi se estaban mimetizando a base de imitar la forma en que el viejo se ladeaba el sombrero, cambiando sus antiguas botas de montaña por las típicas de tacón y puntera de plata, o colocándose un cinturón que lucía el emblema del rancho en la hebilla.

Sorprendida, descubrió que no estaba ni siquiera un poco nerviosa. La realidad era que le gustaría que todo terminase. Si se liaran a tiros y Jack y Dustin resultaran muertos, tal vez ella podría seguir con su vida. Dedicarse únicamente a su hijo, su pequeño salvaje.

No quería a Byron, no quería a George, desde luego no toleraba a Dustin y le importaba muy poco lo que pudiera sucederle a cualquiera de ellos. Todos la habían abandonado o maltratado. Estarían solos, ella y su hijo. Pero alguien tenía que disparar primero... Buscó la escopeta apoyada en la mecedora y se hizo con ella.

Un disparo resonó en el aire, haciendo que todos los presentes se volvieran hacia ella.

—¡Todo el mundo fuera de mi propiedad! —gritó, apuntando hacia Justin.

—Esta es mi chica. Por fin me siento orgulloso de ti, cariño —contestó Jack—. Pero estoy seguro de que esto no es necesario, ¿verdad, George?

—Candy, suelta eso antes de que te hagas daño, o se lo hagas a alguien —le indicó George, acercándose a ella con una mano sobre su Colt 45 y la otra extendida.

Ella movió la dirección del cañón del arma de Justin a George. Él dejó de caminar y levantó también la mano que había apoyado en su arma.

—Voy a acercarme muy despacio y me vas a dar esa escopeta. ¿De acuerdo?

—Aléjate de mi hija, George. —El tono de Jack era amenazador y ya eran dos los Shaw que le apuntaban directamente. Justin se dirigió al patriarca.

—Deja que esto lo solucione George, y tú ordena a tus hombres que bajen las armas. Tenemos una orden de registro y varias de arresto. Una Fuerza de Asalto de los ranger está en camino y, si queréis ver una buena matanza, mantened las posiciones. En cambio, si sois inteligentes, dejad esto en manos de los abogados.

Con un sutil movimiento, ella desvió la escopeta hacia Dustin. Fantaseó durante un segundo con la idea de ver cómo explotaba su cabeza como si fuera una sandía, le dieron ganas de reír. A partir de ese instante, cada vez que lo tuviera delante vería una sandía explotar. Sus miradas se cruzaron y ella distinguió con claridad la forma en que él la retaba a que se atreviera. El dedo le temblaba, eran tantas las ganas que tenía de hacerlo desaparecer.

Dustin enseñó sus sucios dientes en una cruel sonrisa; no la creía capaz, estaba claro. George malinterpretó la situación, pensó que le estaba pidiendo permiso. Lo supo en cuanto lo oyó.

—No lo mires a él, Candy, mírame a mí, por favor —le suplicó—. Esto no es lo que quieres, no quieres matar a nadie. Tú no eres así.

—¿Por qué todos creéis saber cómo soy? La realidad es que no tenéis ni idea. Sí, querido, me muero por ver morir a alguien.

—Candy... —El sonido de un helicóptero irrumpió como salido de la nada. Desde un altavoz, alguien gritaba que tirasen las armas.

George se acercó a Candy y sujetó la escopeta por el cañón, tras lo que, con un suave tirón, se la quitó de las manos. Ella simplemente se sentó de nuevo en la mecedora. A una señal de Jack, todos sus hombres se desarmaron. Lo más probable era que pensara que, tal y como dijo Justin, lo mejor era dejarlo todo en manos de los abogados.

El ayudante del sheriff se acercó a ella con las esposas en las manos, mientras el resto de agentes incautaban las armas y esposaban a Jack y a Lester.

—¿Qué demonios haces? —exigió saber George.

—Ha amenazado a dos agentes del orden. Hay que hacerlo.

—Por el amor de Dios, es que no ves que está embarazada —le recriminó.

—Eso no le ha impedido empuñar un arma en tu contra, en nuestra contra.

—Está sometida a una gran presión, esto no es necesario. Me hago responsable de ella, Justin.

—Si ni siquiera eres capaz de manejar a tu propia esposa... —le recordó el ayudante.

George dio un paso hacia él.

—Yo hubiera hecho lo mismo que Nat cuando arrestaste a Byron, lo hemos discutido mil veces. Ahora se ha demostrado que ella tenía razón ¿no? —Justin no contestó.

—Ambos sois, de verdad, patéticos —les interrumpió ella, que sin pedir permiso se levantó y se dirigió a la casa—. Llamaré a los abogados.

George la siguió con Justin pegado a sus talones, pero antes de que pudieran reaccionar, les cerró la puerta en las narices.

—Te haces responsable ¿no? —se mofó el ayudante del sheriff.

—Vete a la mierda, Jus —contestó el ranger.

Ella volvió a su asiento en la mecedora del porche mientras un montón de hombres revolvían su casa. Entraban con cajas vacías y salían con ellas llenas de documentos, ordenadores y móviles. Nunca le interesó la tecnología, ni siquiera solía acordarse de llevar consigo el teléfono móvil. Era una chica chapada a la antigua. En ocasiones pensaba que, tal vez, habría sido más feliz viviendo en otra época.

Por instinto se colocó la mano sobre su abultada tripa. Habían detenido a Jack y a Lester, pero no a Dustin. A él le consideraban solo un trabajador; un peón en la trama sin poder de decisión. Si ellos supieran...

George vio a Candy a través de la ventana del despacho de Jack, en el que estaba a solas con Justin.

—Lo tenemos todo. Al parecer hay documentación para investigar como para no dormir en un mes. En algo tiene que haber metido la pata, seguro que podemos pillarlo.

—¿A Jack? —preguntó él.

—¡Pues claro, George!.

—No quiero solo a Jack, los quiero a todos.

—«Todos» son él. Aquí nadie mueve un dedo si no es con su consentimiento —le aclaró Justin, mientras cerraba la última caja y, con ella en sus manos, se acercaba hasta la ventana tras la que él seguía observando a Candy.

—Me preocupa Dustin —verbalizó sus pensamientos.

—Ese no es más que un peón de Shaw, es idiota. No sabría hacer ni la «o» con un canuto si no le señalas cómo.

—No sé, la forma en que Candy le miró a él y no a Jack... —Se volvió hacia el ayudante —. Quizá esté paranoico, pero me da la impresión de que está acaparando más poder del que puede manejar.

—Tal vez tengas razón, le mantendremos vigilado, pero de momento el sheriff solo ha nombrado a los Shaw. No tenemos testimonios contra él y apenas nada contra Lester, así que de momento nos conformaremos con el pez gordo, que no está nada mal ¿eh?

—Sí, supongo.

—George, ¿Byron sabe algo de esto?

—Desde que le dije que Candy se había casado con Dustin y que esperaba un hijo suyo, fue como si todos hubiéramos muerto para él. Apenas hemos hablado en unas cuantas ocasiones, y porque yo le llamo o voy a verle. La mayoría de las veces ni siquiera atiende el teléfono.

—Supongo que es normal. Todo lo que le hicieron...

—Sí, ojalá sea una cuestión de tiempo y termine volviendo, aunque conociéndolo, no me parece muy probable. Tal y como es, formará su vida allí donde esté y dejará el resto atrás.

Infierno mío

Byron inspiró profundamente, le encantaba el olor a hierba mojada. Era uno de esos días en Lawton. Una lluvia rápida y pasajera que empapaba la tierra, lo ponía todo perdido de barro y apenas aliviaba del calor reinante. En Lawton el calor era aún más sofocante que en Houston, y siempre hacía viento, tanto que incluso te asfixiaba, así es que los días como aquel resultaban maravillosos.

Se tiró al suelo, manchándose de lodo y restos de hierba, y abrió la boca para dejar que se llenara de agua, que después lanzó al ya empapado suelo. Tenía los ojos cerrados, estaba aprendiendo de nuevo a utilizar sus sentidos, así es que se dio perfecta cuenta de que su abuelo, Búho Rojo, estaba a su lado.

Igual que él, se hallaba en el suelo, disfrutando de la lluvia fresca y la tierra mojada.

—Abuelo, te vas a resfriar, no deberías hacer estas cosas —le recriminó.

—¿Por qué? ¿Qué es lo peor que me puede pasar? ¿Que me muera? —Lo oyó reír con verdaderas ganas.

—No tiene gracia, viejo.

—En realidad sí la tiene. ¿Sabes? Me muero —le dijo sin más.

Él giró la cabeza y lo miró directamente. El abuelo seguía con los ojos cerrados y los brazos y las piernas extendidos, mientras abría y cerraba la boca atrapando el agua.

—Como ya te he dicho, no tiene gracia.

—Cada año que cumplo es un año menos de vida.

—En ese caso, yo también me muero cada día un poco.

—¡Exacto!

—Abuelo, sabes que nunca me han gustado los juegos de palabras.

—Se supone que los viejos indios somos pozos de sabiduría y la soltamos en

forma de adivinanzas. ¿Acaso no has visto películas del Oeste?

—Parece que no suficientes.

—Me alegro.

—¿Por qué no me dices lo que realmente quieres decirme?

—El otro día estuve hablando con tu abuela.

—Teniendo en cuenta que lleva muerta muchos años, creo que necesito una cerveza para enfrentarme a esta conversación.

—De todos mis nietos siempre has sido el menos sensible.

—Creo que Jeremy me gana —contestó, poniéndose de pie y agarrándolo de una mano para obligarlo a que se levantara también él.

—Hablo de espiritualidad.

—Bueno, quizá mi parte blanca mande en ese lado de mi cerebro.

—La espiritualidad se da en todas las razas y culturas.

—Será por ello que no tengo una raza definida ni soy demasiado culto.

—Tienes una raza muy bien definida. Te guste o no, eres comanche, hijo.

—Me gustaría serlo, pero vosotros pensáis que soy blanco y ellos que soy comanche. Y la verdad es que, a mí, me da igual. Solo soy un hombre más en este jodido mundo.

—Qué injusta es la vida y todo eso... ¿no?

—No es eso. Por cierto, también he dicho que no soy muy culto, por si lo quieres rebatir. —Entraron en la casa y fueron directamente hacia la cocina.

Desde la puerta, una mujer menuda con larguísima trenza negra les tiró unas toallas mientras gritaba, mirando hacia el cielo.

—A tu edad deberías buscarte mujeres más mayores y con menos genio —aconsejó a su abuelo.

—Es una buena mujer, es solo que estamos empapando el suelo de su cocina. Por cierto, eres bastante tonto, así es que no, no te lo rebato.

—Tiene como cuarenta años menos que tú. Y gracias por tu apreciación.

—En realidad no importa. Mi mujer siempre será tu abuela. Ella lo sabe y lo acepta, por eso está aquí y por eso puede despotricar todo lo que quiera, le debo por lo menos eso. Y de nada, tonto del culo.

—Te mueves entre lo cruel y lo honorable, abuelo.

—Lo sé. La sinceridad es mi lema. Vamos, coge un par de cervezas antes de que llegue Jeremy y comience a contarnos cómo los blancos llenaron nuestro cuerpo con alcohol para poder acabar con nosotros.

—Es que eso es lo que sucedió —exclamó una profunda y rasposa voz desde la

entrada de la cocina.

—¡Brindemos por los que cayeron en el frente! —gritó Búho Rojo.

—Además, tú debes cuidarte, ya no tienes edad para estos excesos. Iviana me ha dicho que últimamente no te encuentras bien —le reprendió Jeremy.

—Tendré que aprender a buscarme mejor.

—No tiene gracia —replicó Jeremy.

—Eso mismo le he dicho yo hace un momento, pero parece que él piensa que sí —corroboró él, poco alegre por las chanzas del patriarca.

El abuelo no dejaba de reírse solo, de forma estridente. Jeremy se acercó a él y le quitó la cerveza de la mano.

—Ve a cambiarte antes de que cojas una pulmonía. ¡Iviana! —Jeremy pasó un brazo por encima de los hombros del anciano y lo guio hasta la puerta, donde lo esperaba su compañera para ayudarlo.

En cuanto salieron y los perdieron de vista, Jeremy se encaró con él.

—¡Tú eres idiota! ¿Es que no ves que está mayor? Ya no debe hacer estas cosas.

—Intenta impedírselo tú. Yo vivo con él y te aseguro que hace lo que le viene en gana en todo momento.

—Como tú ¿no?

—Vete a la mierda —le contestó con acritud.

Pasaron varios minutos en silencio antes de que Jeremy se sirviera un zumo y se sentara en una de las sillas de la enorme mesa de roble macizo de la cocina.

—George me ha llamado. Dice que no le coges el teléfono —le recriminó, sin molestarse en levantar la cabeza para mirarlo.

—Y eso a ti qué te importa.

—Está preocupado. ¿Se puede saber por qué lo haces, Spirit?

—No, no se puede.

—Hace un par de semanas, él y Justin detuvieron al sheriff y comenzaron una investigación de las actividades de Shaw y compañía.

—¡Por esto lo hago, maldita sea! —gritó al cogote de su primo.

—Byron...

—¡Me importa una mierda lo que haga George con esos! ¡Me importan una mierda Jack, Lester, Dustin y todo el maldito Wellstone! —chilló, acercándose peligrosamente a su primo. Este no movió ni un músculo.

—¿Y Candy? ¿También te importa una mierda? —le preguntó, con voz pausada y tranquila. Luego se llevó el vaso a los labios de forma descuidada, sin

adivinar el ataque que iba a recibir.

Él explotó en el momento en que escuchó el nombre que no se atrevía a pronunciar desde hacía varios meses. Desde que se enteró de su boda y que estaba esperando un hijo del desgraciado que estuvo a punto de matarlo.

Sus extremidades actuaron sin consultar, así de sencillo. Enganchó la silla con un pie y lo siguiente que supo es que Jeremy estaba en el suelo, de espaldas, y sangraba por la boca.

—¡Hijo de puta, me has partido el labio!

—Eso te lo has hecho tú solo. Yo nunca me he metido entre tú y la Loba, ¿no es cierto?

—Esto es diferente.

—No lo es. No quiero que la nombres. No quiero saber nada más de ella ni de su maldita familia. ¿Está claro? —le espetó, entregándole un paño blanco.

—¿Es que no puedo dejaros solos sin que uno de los dos acabe sangrando? ¿No vais a crecer nunca?

Él tendió la mano a Jeremy y lo ayudó a levantarse. Se miraron un instante y acto seguido se dieron un abrazo. Al mismo tiempo, viejo Búho cogió un zumo de la nevera y una bolsa de guisantes del congelador, que tendió a Jeremy. Luego les indicó con un gesto que se sentaran. Ambos obedecieron.

—Ahora, escuchadme atentamente —comenzó a decir, pero en ese instante, una sonriente Iviana entró en la habitación danzando alegremente, fue hasta la nevera a coger un dulce y se detuvo a dar un beso a su hombre antes de salir.

—¡No me lo puedo creer! ¡Te la has tirado mientras estábamos aquí! —le recriminó Jeremy, escandalizado.

Byron comenzó a reírse a carcajadas y el abuelo dio un buen coscorrón a un Jeremy consternado.

—Esa no es forma de hablar de una dama.

—Pero abuelo, si tienes más de ochenta años...

—Esa no es excusa para no complacer a tu mujer.

—¡Por el amor de Dios! ¡No digas una palabra más, te lo suplico! —continuó Jeremy, mientras él no podía parar de reír.

—Si hubieseis sabido cuidar así a vuestras mujeres, ahora no estaríais solos.

Ambos se callaron a la vez y apretaron la mandíbula, tragándose las ganas de revolverse contra su abuelo.

—Bien. Y ahora que ambos me prestáis atención, continuaré con lo que iba diciendo... Mañana llegarán Richard y George.

—¡Joder, abuelo! —estalló él.

—Te ruego que te sientes y escuches, hijo. —Eso era una orden directa, no una petición, por lo que volvió a sentarse mientras Búho Rojo continuaba con su perorata.

—Mañana moriré —soltó, tras lo cual miró de uno a otro durante un buen rato. Pasaron varios minutos antes de que alguno de los dos reaccionara.

—Una vez más, no tiene gracia, abuelo —le recriminó él, elevando la voz más de lo que dictaba la prudencia.

—Ni una pizca —confirmó Jeremy, dejando con un golpe los guisantes, ya descongelados, sobre la mesa.

—Chico, ese labio te va a dar faena —respondió el abuelo.

—Búho, llevas todo el puto día con lo de que te vas a morir —retomó él aquella capciosa conversación que ninguno parecía querer abordar de frente—. ¿Qué está pasando?

—Tu abuela me lo dijo ayer.

—Mi abuela... —repitió él, despacio.

—Sí, ya te he dicho que he hablado con ella. —Los primos le miraron, esperando que continuara.

—¿Y? —le animó Jeremy.

—Y me dijo que ya estaba bien de ir picoteando por ahí, que parecía un viejo verde y que era hora de que volviera con ella. Me echa de menos. Y yo a ella, la verdad. Ya nada me llena.

—Es normal que sueñes con ella, la quieres. Pero eso no quiere decir que vayas a morir —afirmó él.

—Cuando volviste a casa, el médico acababa de darme tres meses de vida. Ha pasado algo más, pero ya estoy cansado.

—¿Qué demonios...? —se sorprendió.

—Tranquilo, Byron, es el ciclo de la vida —lo detuvo su abuelo—. Quiero despedirme de mis amigos y quiero que vosotros dos me prometáis que vais a ser felices. O vais a por ellas o seguís adelante, pero no podéis continuar así, ninguno de los dos.

—¿Nosotros? —exclamó, Jeremy, asombrado—. Búho, acabas de decirnos que te mueres, ¿y quieres que pensemos en mujeres?

—En mujeres, no. En vuestra felicidad, con ellas o sin ellas. Tenéis que seguir un camino, ya. Mis otros nietos están situados, tienen sus familias, su futuro y, lo que es más importante, su presente. Pero vosotros...

Movió la cabeza a la vez que se levantaba y se dirigía hacia la puerta. Una vez allí los miró a ambos.

—No deberíais dejar que me marche con esta preocupación —insistió. Y sin una palabra más, salió de la estancia tarareando una vieja canción.

—¿Será verdad? —cuestionó Jeremy.

—Conociéndolo, puede que sí o puede que no. ¡A saber!

—Al menos en cuanto a lo de seguir adelante, tiene razón. —Jeremy dio un último trago al zumo que le hizo soltar un juramento—. Esto escuece, capullo.

—¿Vas a hacerlo? —le preguntó, ignorando su expresión de dolor.

—¿El qué?

—Seguir adelante, Jeremy.

—Creo que se refería más a ti.

—¿Por qué? —Se levantó, arrastrando la silla, con los puños apretados.

Su primo levantó las manos en son de paz y se encogió de hombros.

—No me refiero a Can... A ella.

—Habla de una vez.

—Mírate... Amas a los caballos, tu vida siempre ha estado ligada a ellos, desde que eras un crío. Eras feliz en Houston, en casa de George, solo porque podías dedicarte a ellos, día y noche si hacía falta. Te tenté un montón de veces con el dinero para que vinieras a trabajar conmigo al casino y nunca cediste. Y ahora estás aquí, ¿haciendo qué? ¿Ruedas de caucho?

—Es algo un pelín más complicado que eso.

—Ya... —Jeremy no contestó y él volvió a sentarse.

—Lo echo tanto de menos que me duele. Odio la fábrica y las putas ruedas, pero no he encontrado aquí nada en lo que pueda trabajar con caballos. Y tengo que ganarme la vida. No soy un puto rico como tú.

—Para lo que me sirve...

—Y volvemos a la Loba.

—Ya no sé qué más hacer. —Se soltó la larguísima coleta negra y se pasó las manos por el liso cabello, echándolo hacia atrás.

Él se mantuvo callado, solo lo observaba y lo dejaba hablar mientras se terminaba la segunda cerveza de la tarde.

—Podrías decir algo... —le sugirió Jeremy.

—¿Sobre Roxi? —El otro le levantó las cejas en señal de afirmación.

—¿Me estás pidiendo consejo? ¿A mí? ¿Se te ha ido la cabeza?

—Tú la conoces, hablas con ella. ¿Qué te dice acerca de volver conmigo?

—Absolutamente nada. Tío, lo siento, pero eso es algo que ni se plantea y, si me hubiera comentado algo, no te lo diría. No soy un chivato. Sé un hombre y enfréntate a los hechos. Habla con ella y despide a tu secretaria.

—¿Qué carajo tiene que ver Clare con todo esto? —gritó Jeremy, estupefacto.

—Y se supone que el tonto soy yo... Kawosa, esa va detrás de ti desde que la contrataste y Roxi lo sabe.

—Ah, ¿sí? —preguntó Jeremy con tono especulador. Lo vio rascarse la barbilla y volver a recogerse el pelo en una coleta.

—No sé en qué estás pensando, pero seguro que es una mala idea. —La sonrisa ladina de su primo le confirmó sus sospechas; nada bueno se le estaba ocurriendo.

—Y dejando de lado a las mujeres... —comenzó Jeremy.

—Podríamos llamar al médico del abuelo.

—No nos dará información, eso es confidencial.

—Pero tú eres su abogado ¿no?

—Para mí también es confidencial sin un consentimiento expreso, que Búho no nos va a dar.

—¿Crees que fue solo al médico? —preguntó él. Ambos miraron hacia la puerta.

—Dejará que la maten antes que traicionarlo.

—Quizá la prima Mary sepa algo. Y, si no, tal vez pueda averiguarlo.

—Aunque lo sepa, no va a faltar al secreto profesional. Está muy orgullosa de su trabajo en el US Public Health.

—No quiero que pase, Jeremy.

—Ni yo, Byron. Ni yo.

—Tú... en el casino... —dijo él al cabo de un prolongado silencio, en el que cada cual se sumió en sus cavilaciones—. ¿Es como yo en Goodyear, o realmente te gusta lo que haces?

—Me gustan los resultados.

—Si pudieras volver a elegir, ¿escogerías lo mismo?

—¿Por qué me preguntas eso?

—No sé, eres abogado y se te llena la boca de derechos nativos...

—Indios, la palabra «nativo» es una imposición del Gobierno Federal...

—A eso me refiero. Me dices a mí... ¿Y tú? ¿Por qué no luchas para solucionar todas esas injusticias, en vez de quejarte y llenarte los bolsillos del dinero del juego que, en muchos casos, arruina a los nuestros?

—No seas proteccionista. No me responsabilices a mí de lo que cada cual hace con su dinero. No tengo por qué proteger a los que lo derrochan, sean de la raza que sean. —Y terminó su alegato dando un fuerte golpe sobre la mesa, con el puño cerrado.

—Está bien, señorita. Creo que, por hoy, tengo suficiente. Me voy a dormir.

Salió de la cocina, dejando a Jeremy solo con sus peligrosos sentimientos. Sin pretenderlo, acababa de abrir una puerta que su primo mantenía bien cerrada desde hacía mucho tiempo.

Jeremy sacó el móvil del bolsillo y llamó al número de Roxy, sabiendo de antemano que no le contestaría.

Después de cuatro tonos, escuchó el mensaje de voz del buzón automático. Ni siquiera pudo disfrutar del ronco tono de su esposa. Colgó sin decir nada y se decidió por un mensaje.

«¿Por qué no me quieres?».

Roxi no pudo evitar que una lágrima corriera por su mejilla cuando leyó el mensaje.

Él se preguntaba por qué no lo quería y ella se preguntaba por qué tenía que seguir queriéndolo, si no quería quererlo. ¿Tenía algún sentido? Salió de detrás de la barra por la portezuela que la separaba del salón del bar y se dirigió hacia el pequeño almacén trasero, no sin antes saludar a uno de los matones que su ex le tenía asignados. Hacía tiempo que aceptaba la situación.

Jeremy consideraba que el bar no era un lugar seguro para ella y, siempre que estaba allí, un par de matones rondaban por los alrededores. En realidad, le ahorraba tener que contratar seguridad. Y, además, mantenía ese pequeño lazo que seguía uniéndolos. Era egoísta por su parte, pero la verdad era que no podía renunciar del todo a él.

Recordó cómo era Jeremy cuando lo conoció; un idealista, un luchador, siempre peleando por los derechos de los indios, preocupándose de los repetidos ataques a las mujeres comanches y de otras etnias indias... Siempre metido en manifestaciones y peleas si era necesario. Sabía que había algo más, algo que él ocultaba de forma magistral, y que su familia tampoco confesó nunca; pero la rabia a veces contenida, y a veces no, que anidaba en su corazón debía tener una razón poderosa.

Eso se decía a sí misma para justificarlo, pero todo cambió ante sus ojos

cuando empezó a trabajar para los casinos. Entonces comenzó a llegar el dinero a montones, la ropa cara, las galas a las que ella se negaba a asistir... Y su ayudante, Clare; la que había conseguido transformar a su luchador en un engranaje más del sistema.

Él lo negaba y utilizaba parte de su dinero para mantener asociaciones de lucha pro derechos, pero ya nada fue igual...

Volvió a leer el mensaje y comenzó a escribir su respuesta, apoyada contra una de las estanterías.

«Siempre te querré».

Tras contemplarla un par de segundos, la borró.

Richard dio una fuerte calada al puro que le tendió Búho.

—Esto es vida, Búho; paz y tranquilidad. Wellstone en este momento es un polvorín.

—Algo me ha contado Jeremy.

—¿Jeremy?

—Byron no habla de ello. Ya sabes cómo es nuestro chico.

La mujer de Búho dejó un par de jarras de cerveza sobre la mesa del jardín trasero de la casa; en él, los dos viejos amigos estaban sentados, charlando. Él, en ese momento, no podía imaginar que también sería una despedida.

—¿Recuerdas el día que murió el otro abuelo de George? —preguntó Búho.

—Sí, mi nieto le admiraba mucho. Lo pasó bastante mal.

—Nuestros padres fueron grandes amigos, ya lo sabes. A pesar de que no era el mejor momento para que un ranger y un indio fuesen amigos, ellos lo fueron. Se cuidaron y nos cuidaron a todos nosotros. Nos hicieron jurar que la amistad seguiría en las siguientes generaciones.

—Lo sé, eran como hermanos. Como Byron y George.

—Sí. Y ahora, aunque tú en un principio no formases parte del trato, con el otro abuelo de George muerto, voy a pedirte lo que le pediría a él. Y sé que lo vas a cumplir.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué estás tan misterioso? —quiso saber él.

—Me muero. —El espacio se llenó de silencio.

—Repítemelo —pidió.

—Hace tiempo que sé que estoy muy enfermo. Ahora sé que es el final.

—Hablamos de, ¿semanas, meses...?

—Días. Necesito que sigas cuidando de mis chicos. Me preocupa que no reconduzcan su vida cuando me vaya.

A él se le encogió el corazón. Ambos estaban en esa edad en la que se recapacita sobre la muerte a menudo y, cada vez que un amigo cae, es inevitable pensar, «en breve me tocará a mí». En su caso ya estaba superado lo peor que se puede vivir en este sentido, la muerte de su hija; una parte de él y de su esposa murieron también ese día.

Y cada vez que George salía de misión, mantenían el alma en vilo a la espera de su regreso, sano y salvo. Por suerte pertenecía a la unidad de crímenes sin resolver, que parecía que entrañaba menos peligro.

Se obligó a volver a la triste realidad del momento.

—Dudo que Byron quiera volver, pero te prometo que lo cuidaré, aunque decida quedarse aquí.

—Sé que lo harás. Y Jeremy... Me gustaría que le echases un vistazo a él y a esa cabezota mujer suya. —Una ligera sonrisa curvó sus labios.

—Es un hombre complicado, pero lo haré. Me tendrán ahí, con y para ellos, siempre.

No fueron necesarias más palabras. Los dos hombres siguieron bebiendo en silencio.

George se acercó a Byron por detrás. Apenas les separaban unos pasos, se hallaban en el porche de la casa. Su amigo contemplaba el infinito con los brazos cruzados en clara actitud hostil. Era evidente que se había dado cuenta de que él estaba allí, y seguía sin tener ganas de verlo.

—Creía que éramos amigos —le reprochó.

—Si vas a hablarme de lo de siempre, puedes largarte —contestó Byron, sin darse la vuelta.

—¿Te refieres a Candy? ¿A su embarazo? ¿A la guerra que tenemos allí montada? ¡Todo esto lo empezaste tú! —le gritó finalmente.

—¡Una mierda! Fuiste tú el que la dejó tirada. El que la volvió tan loca como para que se acostara conmigo. Y yo, como un verdadero gilipollas, creí que de verdad estaba enamorada de mí.

—Lo hizo; se enamoró de ti.

—Ah, sí, claro. Por eso se ha casado con el desgraciado ese y por eso le va a dar un hijo. Un hijo que no es un salvaje.

—Tú, mejor que nadie, sabes que no es así de sencillo para ella.

Jeremy interrumpió la conversación.

—¿De nuevo hablando de mujeres? —preguntó, colándose en el porche con dos zancadas.

—No, yo ya me iba —contestó Byron.

—¡Espera! —Jeremy le sujetó del brazo—. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—He conseguido información acerca de Búho.

—¿Cómo?

—Eso no es relevante —le contestó su primo.

—¿Es grave?

—Es un milagro que aún siga vivo.

—Joder... ¡Joder! —gritó Byron al aire.

Se sentó en un escalón y se sujetó la cabeza con ambas manos. George se sentó a un lado y Jeremy le flanqueó por el otro, dejando que el silencio se extendiera entre ellos.

—Lo siento —les dijo, rompiendo el incómodo mutismo.

—Sí, es una mierda —contestó Byron.

—¿Qué vas a hacer cuando suceda, Byron? ¿Volverás a Wellstone? —le preguntó, aunque quizá aquel no fuera el momento, pero se notaba que todos tenían necesidad de hablar de algo.

—Puedes venir conmigo, siempre habrá sitio para ti en el casino —le ofreció Jeremy.

—Gracias a los dos. La verdad es que tendré que pensarlo, pero no ahora.

—Jeremy, tengo un caso para ti. —George cambió de conversación.

—¿Un caso? Sabes que solo ejerzo para el casino, o la familia si es necesario.

—Sí, pero se trata de una chica india de la que han abusado y no tiene dinero para un abogado.

—Y ¿desde cuándo el estado no proporciona abogados a los indios sin recursos?

—Deja que te lo exponga de forma más clara. Chica india sin recursos y de costumbres relajadas, chicos blancos con dinero, poder y notas excelentes.

—Y estás seguro de que han abusado de ella por...

—Instinto. El mismo que me dice que volverías a disfrutar de los juzgados si lo aceptas —le instó él.

—Vamos, primo —interrumpió Byron—. Me recriminas que no me dedique a

los caballos... ¿Y tú?

—Yo soy feliz con lo que hago.

—Te mientes. No tienes amigos, ni mujer, te dedicas por completo a los casinos porque no tienes nada más.

—Tengo mujer y no te atrevas a negarlo. Y también tengo amigos.

—Como por ejemplo... —le provocó Byron.

Jeremy se quedó pensando unos minutos.

—¡George! —exclamó finalmente. Byron se rio.

—Él solo te aguanta por mí, querido primo.

Jeremy le miró y él levantó los hombros en un gesto que no quería decir mucho.

—Es que no es agradable que me digas, constantemente, que provengo de una estirpe de asesinos... y todo lo demás —se defendió.

—Yo no digo eso. Al menos no así, pero la historia de los ranger...

—¿Ves a qué me refiero, Jeremy? —contestó—. Las guerras son guerras y ninguno de los bandos en discordia, que en este caso eran muchos, fue precisamente limpio y puro.

—Ya, pero te recuerdo que los indios estábamos aquí mucho antes de que...

—Jeremy —le interrumpió Byron—, tienes los ojos azules.

—¿Y qué?

—Que siempre se te olvida una parte de tus raíces. Siento recordártelo, pero es así.

—Oye, que a mí me da igual cuáles sean esas raíces —apuntó él—. Es solo que a ti las mías no te son indiferentes, y no es agradable que estén todo el tiempo dando por culo con estas cosas. Nuestros bisabuelos eran grandes amigos y tú no respetas eso.

—Además, tu *esposa* es blanca —le recordó Byron, enfatizando la palabra esposa.

—Ella llegó hace apenas un par de décadas. No es lo mismo.

Tras un silencio incómodo, durante el que ellos dos le miraron con irritación y una actitud retadora, por fin Jeremy claudicó.

—Está bien, mándame el dossier del caso y le echaré un vistazo cuando tenga tiempo.

—Han puesto fecha para una primera vista la semana que viene —le informó.

—Tío, tú sí que sabes presionar ¿eh? —Jeremy lo miró mientras se levantaba, sin contestar, y se dirigía al coche.

A los pocos minutos tiraba sobre su regazo una carpeta tan gruesa como para tener que invertir varios días en leerlo todo.

—¿Y si me lo resumes? Aunque solo te he dicho que echaría un vistazo al caso...

—Dentro está la renuncia a su abogado de oficio y un contrato por el que tú la representas sin coste alguno. Si ganas te llevarás muchos puntos en tu comunidad.

—No lo hago por eso.

—Lo sé.

—¿Y tú qué ganas con todo esto?

—¿Tu respeto? —preguntó, entre divertido e insolente.

—Creo que me retiro, tengo trabajo —se despidió Jeremy, mostrándoles la carpeta.

—Gracias, amigo —contestó él cuando el otro ya estaba entrando en la casa, que sin volverse asintió con un pequeño gesto de cabeza.

Una vez solos, Byron se atrevió a preguntar:

—¿Cómo está? —A él no le hizo falta que pronunciase su nombre para saber de quién hablaba.

—La verdad es que no lo sé. Se podría decir que rara, amargada, arisca...

—Ella es así.

—No, no lo es. Es probable que no sepa ni quién es, a quién quiere o qué desea en esta vida.

—A veces me llegan noticias del pueblo. Se ha dedicado a viajar, a ir a spas y a esas cosas de niña rica que le gustan tanto.

—Es solo una forma de protegerse de su familia. Es lo que se espera de ella.

—¿Qué va a pasar con Jack?

—Salió bajo fianza a los pocos días de la detención. Sus amigos comienzan a darle la espalda, pero aun así mantiene contactos con las altas esferas. Estamos investigando sus finanzas con lupa, y tu primo... bueno está haciendo su parte. Llegado el momento podremos probar que el camino hacia el éxito de Jack está plagado de extorsiones, amenazas y sobornos. Si quisieras declarar...

—Eso no va a pasar.

—Byron, me estoy volviendo loco con todo esto. He puesto mi carrera en juego al ir tras un sheriff del condado y uno de los hombres más poderosos de Texas, y tú te niegas a hacer una simple declaración. Es que no te entiendo...

—¿Sabes que ella estaba allí? —lo interrumpió.

—¿También es testigo? —se sorprendió él.

—Es algo más.

—¿También le pegaron a ella?

—No. Bueno, no lo parecía, desde luego.

—Entonces no entiendo... —Se calló de repente, comprendiendo de pronto que lo que ocurría era que estaba implicada, aunque le costaba creerlo.

—Solo te lo cuento para que dejes de atosigarme. No quiero saber nada más de ella. Quise pensar que la obligaron, que estaba aterrorizada o temía por mí, pero en cuanto pudo volvió con ellos y va a tener un hermoso gringuito, que odiará a los que son como yo. El círculo se cierra.

—No puedo creerlo. La conozco desde siempre. Ella es un poco... cursi y te tiene miedo, pero no puedo creer que te hiciera daño a propósito.

—Yo tampoco podía, pero ya ves... Es lo que hay. Me equivoqué, estaba convencido de que estaba loca por mí, ¿sabes? Pensé que si la dejaba sola, se encontraría a sí misma y vendría a buscarme arrepentida y toda la mierda esa. Pero no solo no vino, sino que se ha atado al hijo de puta ese.

—Tiene que haber algo más, hermano, tiene que haberlo. No puedes...

—¡Ya basta, George! Ya basta, por favor.

Ambos se mantuvieron en silencio, escuchando la noche que se les había venido encima y sus sonidos.

—Ahora tengo que concentrarme en mi abuelo, disfrutar de él los días o las horas que quiera quedarse con nosotros.

—Prometo no volver a hablarte de ella, pero a cambio tú debes prometerme que te pensarás volver a Wellstone.

—George...

—No, Byron. Ahora más que nunca, no debes dejar que te roben tu vida. Vuelve y escúpeles en la cara a todos. Mira cómo los pillamos y los encerramos. Cómo los arruinamos.

—Suena bien. Deja que lo piense ¿vale?

—Vale.

La muerte de Búho Rojo coincidió con el festival anual de Regreso a Casa Comanche, en Walters. Casi parecía una señal. Byron estaba seguro de que a su abuelo le habría encantado. El día amaneció lluvioso. Raro, ya que era pleno verano, julio, pero el agua empapaba la tierra y hacía que desprendiera ese

característico olor que al patriarca siempre le encantó.

Él permaneció todo el tiempo mirando hacia el cielo, desafiándolo a que desplegara toda su furia sobre él. Cuando regresó a vivir a Lawton, nunca imaginó que pasados unos meses lo habría perdido todo.

Perdió a Candy, aunque probablemente nunca fue suya; perdió a sus queridos caballos; estuvo a punto de perder a George y su familia, y ahora se despedía para siempre de su abuelo. Le imaginaba mirándolo desde donde quiera que estuviera, al lado de su abuela, feliz y satisfecho, aunque era muy probable que desaprobara la actitud derrotista que lo poseía en aquel momento.

Por algún motivo no podía llorar. Quería llorar, tal y como hicieron Jeremy, Richard e incluso George, pero él no podía.

Por primera vez en su vida, se sentía perdido.

Otra vida

Algo le molestaba. Candy no paraba de dar vueltas en la cama. Estaba sudando, sumida aún en la inconsciencia del sueño, girando sobre el colchón y sin encontrar la postura que la hiciera sentirse cómoda.

De repente, un dolor intenso y desgarrador en la tripa la sacó del letargo. Se incorporó de golpe en la cama y se agarró a sí misma con fuerza. Quería gritar, pero no podía, tenía demasiado trabajo intentando llenar de aire sus pulmones. Tomó aire con fuertes y cortas bocanadas, muy seguidas, hasta que comenzó a sentir que se mareaba y el dolor empezó a ceder.

Dustin entró en la habitación despidiendo olor a sudor y a alcohol. A ella se le llenaron las fosas nasales de aquel fétido aroma y, en el preciso instante en que pudo respirar, le sobrevinieron unas enormes arcadas.

Casi detrás de Dustin entró Magui. Al parecer, al final sí había gritado. La mujer se acercó a la cama y se sentó en el borde para cogerle las manos entre las suyas.

—¿Estás bien, niña? ¿Ya viene? —le preguntó.

—No lo sé, me duele. —Y sintió que un líquido caliente corría entre sus muslos.

—¿Has roto aguas? ¿Desde cuándo tienes los dolores? ¿Cada cuánto vienen?

—¡Ahora! —De nuevo alguien le apesaba la tripa y se la retorció sin clemencia, hasta hacerla arrepentirse de todos sus pecados.

—¡Dios mío, apenas han pasado unos minutos! —exclamó el ama de llaves—. Tengo que avisar a tu madre y al médico.

Magui la destapó y vio la mancha amarillenta que cubría las sábanas y su camisón.

—Dustin, no creo que nos dé tiempo a llegar al hospital. Llama a su madre, me

va a hacer falta. Y al médico, que venga lo antes posible, por si hay complicaciones.

—De acuerdo —contestó.

Pero en vez de dirigirse hacia la puerta, fue directamente hacia ella, la sujetó del cuello con su sucia mano y apretó, apretó con fuerza.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? ¿Es que no ves que no puede respirar? —Magui le tiró del brazo, intentando que la soltara, pero Dustin la apartó con un empujón.

—Más te vale que no parezca un maldito salvaje, o te juro por Dios que lo mataré con mis propias manos.

Ella no era capaz de pensar, pero una alarma saltó en su abotagado cerebro: la última frase que le regaló Byron. «...lo que Jack pudiera hacerle, o de lo que pudieras hacerle tú si tu padre te presiona». Tenía que protegerlo. No podía permitir que le hicieran daño.

En cuanto Dustin salió por la puerta, se levantó de la cama y caminó hacia el armario.

—¿Qué haces, chiquilla? —indagó Magui, levantándose del suelo.

—Tengo que irme. Ya lo has oído, lo va a matar.

—El niño es... es de Byron... —Candy no le contestó.

Estaba ocupada intentando quitarse el camisón cuando otra sacudida movió su determinación, obligándola a poner ambas manos bajo su tripa y haciendo que se dejara caer al suelo de rodillas.

—Quédate quieto, maldito. Hazme caso, tenemos que salir de aquí antes de que te vean. Tienes que esperar unas horas —le ordenó al niño.

—Candy, cariño, me temo que no te va a hacer caso. Las contracciones son muy seguidas, necesita salir o se asfixiará ahí dentro. —Magui la sujetó por los codos y la ayudó a incorporarse.

—Pero si no salimos de aquí lo van a matar, los conozco, Magui. Lo harán. —La miraba a los ojos con una fuerza tan arrolladora... Una que la mujer jamás había visto ahí.

—Quizá se parezca a ti —sugirió.

—No, es como su padre, estoy segura.

—No puedes estarlo, no lo has visto.

—Una madre sabe esas cosas. Va a recordarme, cada uno de mis días, todo lo que he perdido. Pero me da igual, lo tendré a él y eso es lo único que me importa. Él será mi vida, toda mi vida. Tengo que salvarle.

De nuevo el desgarrador dolor. Esta vez se extendía hacia abajo y hacia arriba,

haciéndole creer que estaba a punto de partirse en dos. Cuanto más dolía, más fuerte era su voluntad por salvarlo. Con la ayuda de Magui, consiguió llegar hasta la cama y se subió a ella de rodillas. Aún no le había dado tiempo a acostarse, cuando una nueva contracción la sacudió. Se aferró a las sábanas y las estrujó tal y como su hijo le estaba haciendo a ella.

Lester irrumpió en la habitación y cerró la puerta tras él.

—Tu madre está roncando. Ya sabes, las pastillas. El médico está en camino. ¡Dios, qué asco, se le ve la cabeza! —Magui le había quitado las bragas y Candy se encontraba en este momento a cuatro patas sobre la cama. No tenían tiempo, ya salía.

Tras un grito aterrador, consiguió hablar entre jadeos.

—¿De qué color tiene el pelo?

—Negro, muy negro. Dustin lo va a matar.

—¡No! —Y ese sonido retumbó en toda la casa.

—Tranquila, primita, no es más que un mestizo, no pasa nada.

—¡Es mi hijo, idiota! ¡Si le pasa algo, juro por Dios que me voy a vengar! Os haré sufrir a todos hasta que me muera y después... ¡Ah!

—Por lo que más quieras, no empujes, espera al médico —le rogó Magui, que ya veía salir aquella negra cabecita.

—...después de muerta, saldré de mi tumba para torturaos. —Terminó su amenaza tras el último y cortante apretón. Se tumbó en la cama y logró volver a respirar.

—Primita, yo odio a ese hijo de perra tanto como tú, pero no puedo hacer nada. Se ha hecho con el control y Jack le apoya. Desde que está siendo investigado, se queda a la sombra y deja que sea Dustin el que se encargue de todo. Conmigo no cuentan para nada.

—Pues deja de beber de una vez y asume el control. Todo esto es nuestro, no de él. Está usurpando tu lugar y el mío.

—Oye, que fuiste tú la que se casó con él.

—Maldito día. Mil veces maldito. —En un instante se le desencajó la cara y sintió una presión en la pelvis imposible de controlar. Tenía que soltarlo. De cintura para abajo ya no era dueña de su cuerpo, su hijo había tomado el mando —. Acércate —ordenó a su primo.

Él le hizo caso y lo apretó por la parte de atrás del cuello para obligarle a acercar su cara a la de ella hasta que sus frentes se tocaron.

—Candy...

—Calla. En cuanto nazca el niño, me llevas a la ciudad y me dejas en un hotel. Tengo algo de dinero que he ido guardando. Luego todos os olvidaréis de mí, de que existo. Podéis decir a todo el mundo que he muerto. —Lo vio dudar—. Hazlo por mí, por todas las veces que me llevé las palizas de Jack que a ti te correspondían, por cada una de las veces que me adjudiqué alguno de tus ligues y le oculté tus... prohibidos encuentros clandestinos.

—¿Me estás chantajeando?

—Te estoy amenazando. O me ayudas, o le digo a Jack por qué no quieres casarte y darle herederos.

Y el pequeño se abrió paso por la estrecha salida hasta la luz y la vida que le esperaba con los brazos abiertos, junto con un montón de mentiras que desgranar.

El doctor Preston entró en la habitación con su maletín antiguo y sus pequeñas gafas en la punta de la nariz.

—¡Magui, pon agua a hervir! Me encanta decir esta frase, pero como casi siempre los niños nacen en los hospitales, no suelo tener oportunidad...

Magui salió con rapidez en busca de lo que le había pedido el doctor.

—Bueno, jovencito impaciente, ya que estás casi fuera, ¿podrías tener la amabilidad de llorar para que supiéramos que estás bien? ¿No? En ese caso, terminaremos la faena.

Sacó de su maletín unos paños azules y los colocó por la cama, tras lo que la atrajo hasta el borde con la ayuda de Lester, que se veía conmocionado. Luego se colocó unos guantes y ayudó al pequeño a terminar su viaje al exterior.

El niño no lloró, solo abrió los ojos despacio, sin poder enfocarlos aún, abrió la boca como un pececito y tomó aire. Las fosas nasales muy dilatadas ayudaban.

El doctor lo elevó sobre su propia cabeza.

—No te vas a dignar a llorar, ¿eh? ¿Cómo pretendes que sepa que esos mini pulmones tuyos funcionan? —Como si quisiera contestarle, la criatura emitió un grito; un sonido entre tierno y espeluznante difícil de clasificar. Pero no lloró.

Magui entró en la habitación y cerró la puerta, ayudándose con el pie.

—¡Dios mío! —fue lo único que pudo decir.

—¡Dádmelo! Quiero verlo —exigió Candy.

—Deja que lo revise. —El doctor lo posó sobre uno de los paños y lo lavó con cuidado, despejando bien las vías respiratorias. Le escuchó el corazón, fuerte y rápido, y palpó sus miembros, que parecían en forma. Lo enrolló en una toalla y se lo puso a ella sobre el pecho.

—Sabíamos que era un niño. Ahora sabemos que es un niño comanche. Jovencita, tiene usted un problema que pesa en torno a tres kilos. Ojos rasgados, frente prominente y largos dedos. Cabezota, silencioso y con aparente buen estado de salud.

—Doctor, Dustin no puede saberlo —le rogó.

—Querida, los problemas de alcoba no son mi especialidad. A partir de aquí te corresponde a ti lidiar con esta situación.

—Usted no lo entiende, si él o Jack se enteran, lo matarán. No estoy exagerando, no hablan mis hormonas...

—Lo harán —confirmó Magui.

Ella se retorció de nuevo con la necesidad de volver a empujar.

—Tranquila —dijo el médico—, es la placenta. La estábamos esperando.

Cuando todo hubo terminado y Harry Preston confirmó que madre e hijo estaban bien, volvió a ponerse la chaqueta, que llevaba incluso en el caluroso mes de agosto.

—Harry, por favor —le rogó Magui.

—Hace algo así como un año, recuerdo que hacía más o menos este calor, fui testigo de primera mano de lo que esos dos pueden hacer a un indio. Nunca he podido hablar de ello porque así me lo exigió mi paciente y, para ser sincero, Lester, creo que tú también tuviste algo que ver.

—Eso ahora da igual, doctor. Hay que sacarlos de aquí y que mi tío y Dustin crean que... han muerto.

—No puedo mentir —explicó el médico.

—Si no lo haces, serás responsable de lo que aquí suceda —le acusó Magui.

—¿Quién es el padre? —quiso saber Harry.

—Yo —contestó ella.

—Tiene derechos —replicó el viejo.

—Su vida no valdrá nada si ellos saben que lo es. Y si el padre lo sabe, moverá cielo y tierra por su hijo. Necesitamos tiempo. Es lo que le estamos pidiendo... Hasta que George y Justin consigan resolver lo que sea que están investigando —suplicó.

Por fin el doctor pareció claudicar.

—En mi maletín hay algunos documentos que ustedes no pueden tocar y mucho menos firmar por mí. Voy a lavarme las manos.

—Sabes que, si llegan al final de la investigación, yo caeré con Jack y Dustin ¿verdad? —le dijo Lester.

—Sálvate, Lester. Habla con George. Haz un trato con él y vive tu vida.

—Como si pudiera.

—Puedes, cariño —le dijo Magui, atreviéndose por primera vez, desde que era un adolescente, a acariciarle la cabeza con mimo.

—Tengo tanto sueño, estoy tan cansada... —comentó Candy.

—No puedes dormirte, tenemos que irnos cuanto antes —le informó Lester.

—¿Y si ellos...? ¿Y si quieren verlos? —indagó Magui.

—Es mal momento para que te entre el pánico, Magui.

—Y si, simplemente, llamamos a George para que venga a por ellos.

—¿Y montar otra guerra? —preguntó ella—. Lo que de verdad quiero es desaparecer con mi hijo.

—¿Pero qué les digo cuando os vayáis?

—Yo hablaré con Dustin antes de partir. Le diré que el niño era comanche y que me encargué del asunto... Primita, me temo que tú vas a desangrarte.

—¿Y si sospecha que le mientes? —insistió Magui, preocupada por él.

—Nunca pensarían que yo soy capaz de urdir semejante plan y además tratar de engañarlos. Soy el idiota borracho, ¿recuerdas?

—¿Estás borracho ahora? —le preguntó Candy.

—Lo suficiente como para hacer esto, pero no tanto como para no poder hacerlo. ¿Te vale?

—Me vale.

Cuando el doctor regresó a la habitación, ya tenían los documentos en su poder. Ella dejó al bebé sobre la cama mientras Magui la ayudaba a vestirse.

—Jovencita, deberías guardar al menos unas horas de reposo.

—No dispongo de tiempo que perder —respondió ella.

—Pero si sangras, o te encuentras mareada, dirígete al centro hospitalario más cercano. ¿Me lo prometes?

—Sí, doctor. Tranquilo, no quiero morir. Mi hijo me necesita, es por eso por lo que hago todo esto.

—El niño... ¿ha tratado de comer? —quiso saber el médico.

—Sí. Parece que no sabe hacer nada sin provocarme dolor. Se parece a su padre.

Quiso mirarlo con enfado, pero al verle dormido, tan pequeño, indefenso y parecido a Byron, no pudo. Tenía que ponerle algún nombre.

—Doctor, gracias por todo —se despidió ella.

El hombre solo inclinó la cabeza con gesto austero y de preocupación.

—Le acompaño —le propuso Lester—. Y mientras hablo con Dustin, salid por la cocina. Supongo que él estará en el estudio bebiéndose el whiskey caro que a mí no me dejan ni oler.

—De acuerdo —contestó Magui.

—Y por el amor de Dios... que no lllore en el momento menos oportuno.

Cuando los hombres salieron de la habitación, ella apoyó un brazo en los cansados hombros de Magui.

—Tranquila, lo hará bien. Es más listo de lo que ellos piensan.

—Sí que lo es. Vamos a terminar de arreglarte.

Se sentía exhausta y dolorida. En realidad no sabía de dónde estaba sacando la fuerza que la impulsaba a moverse. Los ojos le pesaban y querían cerrarse, pero los mantuvo a raya. Su pequeñín dormía como un tronco. Él era lo que iba a dar sentido a su vida. Él y solo él; sería su hombre. Su mitad, su complemento.

Ya lo quería con locura y acababa de conocerlo. Supo que moriría y mataría por él, así que, antes de irse, entró en el dormitorio de sus padres, donde su madre continuaba en los brazos del sueño que le inspiraban las drogas, y sacó un revólver de la mesilla. Solo por si acaso. Lo guardó en la bolsa de los pañales y se reunió con Magui en la cocina.

Llegaron hasta la camioneta de Lester y entraron con sigilo.

—Ponte en contacto conmigo en cuanto te instales. Encontrarás la manera —le pidió el ama de llaves.

—Lo haré. —Solo con una mirada se dijeron todo. Ninguna quería alargar una despedida dolorosa, ambas tenían un trabajo que hacer para cerrar el círculo de mentiras creado.

Lester entró en el despacho de Jack, en el que solo se encontraba Dustin bebiendo. Al verlo le sirvió un vaso de la botella que ya estaba a medias; un whiskey de los caros.

—Toma, te lo mereces. Esta noche has actuado como un verdadero Shaw.

Él tomó el vaso con impaciencia. Por un momento miró a Dustin y le pareció estar viendo a su tío cuando era más joven. Daba miedo lo mucho que se parecían.

—¿Sabes, Lester? —le devolvió a la realidad Dustin—. Ahora soy el heredero legal de tu prima. Si algo le pasara a Jack, todo esto sería mío. ¿Es eso un problema para ti? —Le rellenó el vaso.

—Dustin, solo mantén mi bolsillo y mi vaso llenos... y lo demás es cosa vuestra.

—Así será. Bueno, lo mejor es que nos pongamos en marcha, hay que organizar un entierro.

—Si me permites la sugerencia, tal y como están las cosas, deberíamos hacer algo muy, muy privado. No queremos que el nuevo sheriff y su amigo el ranger anden husmeando por aquí.

Dustin lo miró de forma especulativa.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan listo? —preguntó sorprendido.

—Tan solo cuido mis intereses.

—Cuando el doctor me dijo eso de «le acompaño en el sentimiento», pensé que se refería al bastardo, no se me ocurrió que Candy también... En fin, en el fondo lo siento.

—Sí, yo también, supongo. Creo que voy a ir al pueblo en busca de un buen revolcón —le informó, con el fin de plantar las bases de la coartada que le permitiría salir de la casa tras los sucesos.

—Te acompañaría si no supiera que no tenemos los mismos apetitos. —Soltó una risa estridente—. Aunque es una gran idea, creo que yo haré lo mismo.

—Magui se está encargando de todo. Con un poco de suerte, cuando volvamos ya estarán en el panteón familiar.

—Un comanche enterrado al lado de Jack, tiene gracia.

—¿Jack?

—En un futuro, claro. En un futuro...

—Ya, bueno... Me marchó.

—Estoy seguro de que tu tío estará de acuerdo en cómo hemos arreglado todo, pero ¿qué pensará tu tía?

—En realidad ella no importa.

—Eso es cierto. Pero podríamos esperar y enterrarlos por la mañana, cuando despierte.

—¿De verdad te apetece aguantar el drama que va a montar? Si ve a Candy también querrá ver al niño, y si se da cuenta de que es un mestizo, lo divulgará —insistió él, con el fin de disuadirlo.

—De nuevo tienes razón. Creo que te he subestimado todos estos años. Serás un gran aliado. ¿Pero qué pasa con Magui?

—Me quiere como si fuera su hijo... Créeme, no haría nada que me pusiera en peligro. —Se giró para dirigirse a la puerta sin esperar más respuestas, pero antes de salir se aseguró su coartada—. Bueno, yo me marchó. No pienso aparecer hasta que todo esto haya terminado.

—Eres un cabrón con suerte. Yo tendré que estar por aquí y hacer el papel de viudo desconsolado, incluso con Jack. Pero oye... —lo frenó cuando ya salía.

—¿Sí? —preguntó.

La mano le tembló, apoyada en el pomo de la puerta, por el miedo de haber sido descubierto. Con Dustin nunca se sabía si estaba jugando con uno.

—Te acompaño, tengo la camioneta al lado de la tuya.

—Por supuesto.

Se le erizó el vello de la nuca. Rezó todo lo que sabía para que el niño se mantuviera callado y Candy soportara la presión. Ni siquiera sabía si él mismo iba a ser capaz de tolerarla. Ojalá se hubiera tomado una copa más.

Candy escuchó voces acercarse; voces, en plural. El pánico se apoderó de ella. ¿La habría traicionado Lester? Después de todo, haría cualquier cosa por algo más de whiskey. Tal vez debería poner el motor en marcha y salir de allí pitando. Quizá la alcanzasen o quizá no. Las llaves estaban puestas, el pequeño estaba dormido en sus brazos, sería peligroso, ¡pero, qué estaba pensando, ya era peligroso!

Las voces sonaron pegadas a la camioneta, distinguió la de Lester y también la de Dustin.

No, gritó por dentro. Se atrevió a levantar ligeramente la cabeza y echar una ojeada fuera. Vio que Dustin se desviaba hacia su automóvil mientras su primo se acercaba a la puerta. Algo en la postura de Lester la hizo mantenerse quieta. Su respiración no quería obedecerla, se empeñaba en no llevar aire a sus pulmones. Se obligó a meter una pequeña cantidad, que aguantó como si en ello le fuera la vida, mientras rezaba porque su hijo no despertara.

—Y Lester... —escuchó que decía Dustin, cuando su primo ya estaba abriendo la puerta del vehículo.

—¿Sí? —contestó este sin volver la mirada, ahora fija en ella, que se resguardaba en el interior, absolutamente quieta y aterrorizada. Con una mano sostenía a su hijo y con la otra el revólver de su padre. Si era necesario, los mataría a ambos y saldría huyendo.

Los segundos parecían horas y el momento se extendió como si de la eternidad se tratase.

—Si alguien llega a saber que el niño era un bastardo indio, ninguno de los que estabais en la habitación volverá a ver la luz del día —lo amenazó.

Él asintió y se metió en la furgoneta. Lo único que quería era salir de allí cuanto antes. Le sudaban las manos, sentía el estómago revuelto y la cabeza a

punto de estallarle. Nunca en su vida deseó tanto un buen trago como en aquel momento. No nació para ser un maldito héroe, y tampoco sabía cómo podía haberse metido en aquella endiablada situación, pero ya solo le quedaba un camino y era seguir hacia delante.

Dejó que Dustin saliera primero y sacó la petaca que guardaba en la guantera.

—Esto no está pagado, prima —exclamó tras dar un buen trago—. Me has quitado varios años de vida.

—Deja el alcohol, solo falta que nos paren las autoridades...

—Siempre me he preguntado de dónde coño has sacado esa forma de hablar tan cursi.

A Candy le dio un vuelco el corazón, eso era lo que siempre le decía Byron.

Byron... ¿Sufriría cuando supiese que había muerto? Tal vez la odiara lo suficiente como para alegrarse. En este momento no podía pensar en eso. Debía recomponerse y encontrarse a sí misma, con la única compañía de su hijo. Cuando lo consiguiera, cuando se reconociese y aprendiera a quererse a sí misma, lo buscaría y le presentaría a su hijo. Para entonces ya estaría situada y sería una mujer fuerte y segura de sí misma; alguien de quien poder estar orgulloso, alguien a quien amar...

Y Jack y Dustin ya no serían un peligro para ellos. ¡No! Sacudió ese pensamiento como si de un insecto molesto se tratase. Ahora eran ella y su hijo. Nadie más.

—¿Cómo vas a llamarle? —se interesó Lester.

—Aún no lo sé... De momento es mi pequeño. ¿Dónde vamos? ¿Conoces algún hotel o casa de acogida... o algo así?

—Primita, ¿tengo yo pinta de conocer una casa de acogida?

—Bueno, con un hotel servirá. Tengo algo de dinero. Lo estiraré hasta que pueda encontrar un trabajo.

—Cariño, no puedes trabajar. Estás muerta ¿recuerdas?

—Pero solo para ellos. Si no presentamos el certificado en el registro ...

—Lo hará Jack, su situación legal es compleja. Eras su única heredera. Ahora...

—Ahora lo eres tú, mira qué bien —lo atacó ella.

—Si quieres volver, solo tienes que decirlo... Aunque la verdad es que tu muerte es lo mejor que ha podido pasarle a Dustin.

—¿Por qué?

—Hace mucho que Jack puso gran parte de sus acciones y sus tierras a nombre

de tu madre, tuyo y mío. Dustin, hasta este momento, seguía siendo un invitado que trabajaba a sueldo; ahora será miembro de la familia por derecho propio, ya que se hará con todo lo que esté a tu nombre.

—Dios mío, no lo había pensado. Estoy realmente muerta.

—Lo estás. Cerrarán tus cuentas, así es que no tienes más que el efectivo que lleves.

—Sí, eso ya lo imaginaba, pero...

—Tranquila. En cuanto te consigamos papeles nuevos, te abres otra y yo te iré ingresando lo que pueda sin que se note.

—Tu dinero es dinero de Jack. No lo quiero.

—Eres tonta. A ver si eres capaz de decir lo mismo cuando tu hijo llore de hambre.

Se dio cuenta de que su primo tenía razón. Nada importaba excepto mantener a salvo a su pequeño. Este nuevo Lester se parecía tanto a su primo de la infancia... Su compañero de juegos, el guardián de sus secretos, el chico sensible y creativo al que ella adoraba y seguía como un perrito faldero... Le dio miedo de que pudiera ser un espejismo, no quería atreverse a pensar que lo había recuperado y, sobre todo, en aquella terrible situación en la que lo había obligado a meterse.

Escuchó un sonido que parecía una queja, sin llegar a ser un llanto. Su bebé buscaba algo con la boca. El pequeño sabía muy bien lo que quería, eso era bueno, en eso también se parecía a su padre.

Se lo acercó al pecho y el chiquitín, aún con los ojos cerrados, tanteó el terreno con el olfato y la boca y se enganchó a su pecho con desesperación.

—¡Dios! —gritó al instante.

—¿Qué pasa? —quiso saber Lester.

—Duele —contestó con una sonrisa en los labios.

—Ahórrame los detalles.

—Estoy alimentando a mi hijo, Lester.

—Sí, lo sé.

—Es tan... tan... importante.

—¿Importante?

—Quiero decir que yo, una inútil total, una buena para nada, ha salvado la vida de su hijo y además lo está alimentando. Creo que me gusta sentirme válida. Es algo nuevo. Saber que alguien me necesita, que depende de mí.

—Ya. Bueno, supongo.

Unos minutos después el pequeño estaba durmiendo de nuevo. Ella se permitió una cabezadita.

—Lester —le dio, ya casi en sueños.

—¿Sí?

—Te he echado de menos. No sabes cuánto.

Cuarenta minutos después, Lester paró la camioneta frente a un edificio de ladrillos. Ella se mantuvo el resto del trayecto entre el sueño y la vigilia, pero despertó del todo en cuanto su primo frenó el vehículo.

—¿Dónde estamos? —preguntó mientras arropaba a su bebé.

—En casa de un amigo. Nos ayudará hasta que... bueno, hasta que salgas adelante.

—Pero no puedes imponerle nuestra presencia, sin más. Además, a estas horas vas a darle un susto de muerte.

—Créeme, no se lo daré. No más que en otras ocasiones. —Sacó la petaca y dio un trago.

—Lester, deberías dejar eso. Te matará.

—¿Me lo prometes?

—Cariño, yo...

—Tranquila, estaba bromeando —susurró, esbozando una sonrisa y abriéndole la puerta para que pudiera salir con el niño entre los brazos.

—Lester, en serio. Quizá fuera mejor que nos alojásemos en un hotel.

—Deja de preocuparte, primita. Todo estará bien. Leo agradecerá la compañía.

—¿Leo? ¿Como el Leo que Jack pilló en tu cama e hicimos pasar por mi amante?

—Igualito, pero sin el «como».

—No me lo puedo creer, ¡has seguido viéndole!

—Más o menos. Es complicado.

Estaban ya en el descansillo del tercer piso, en el que se alojaba Leo. Ella sintió que los nervios abandonaban su cuerpo; toda la tensión retenida, todo el miedo, se transformaba y daba paso a una estridente risa histérica.

—Candy, ¡para ya! Vas a despertar a todo el bloque. —Pero en vez de hacerla callar, se unió a su risa. Ambos se sentaron en el último escalón y dieron rienda suelta a su necesidad de liberarse de los miedos y la frustración en forma de carcajada.

Un hombre de la misma edad que ellos, delgado, con un tono de pelo rojizo y barba de varios días, salió al rellano.

—¿Se puede saber qué es este escándalo?

—Hola, Leo —contestó Lester, poniéndose de pie.

—Tú.

—Eso parece.

—Apesta a alcohol.

—Cierto. Leo, ¿recuerdas a mi prima Candy?

—Por supuesto. Tuve el placer de no acostarme con ella hace algunos años — le dijo, extendiendo la mano.

—El placer fue todo mío —contestó ella.

Lester se fijó en que estaba en calzoncillos.

—¿Estás acompañado? —le preguntó sin rodeos.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿En serio? ¿Cuánto hace que no te veo? ¿Seis? ¿Siete meses? ¿Y lo primero que se te ocurre preguntarme es si estoy con alguien?

—Es lo que quiero saber en este momento —repuso con voz pastosa, al tiempo que sacaba la petaca del bolsillo trasero y daba un buen trago, provocándole para que dijera algo al respecto.

—Encantado de volver a verte, prima de este gilipollas. Tú, largo de mi casa.

—Intentó cerrar la puerta, pero Lester la detuvo con la mano abierta.

—Necesito un favor.

—Por supuesto, por qué ibas a venir si no —replicó Leo con sarcasmo.

—¿Podríamos continuar con esta conversación dentro? —intervino ella—. Sé que es mucho pedir, pero mi pequeñín ha hecho su primera caquita y esa cara roja me indica que quiere que lo cambie. Y por si eso fuera poco, he parido hace menos de doce horas, no he comido nada, apenas he dormido cuarenta minutos, me duelen hasta las pestañas, mi zona íntima escuece a rabiar, he manchado la camiseta de leche, los pezones se me caen a trozos y he muerto para el mundo.

Leo se apartó para dejarlos pasar y ella vio cómo Lester iba directo hacia una habitación, la abría de muy malos modos y encendía la luz.

—¿En serio? —gritó su anfitrión.

—Perdónalo, debe ser el agua de Wellstone, afecta de ese modo a los hombres. Cuando vayas por allí, no la pruebes o te comportarás como un troglodita.

—Este no ha tocado el agua, más que para ducharse, desde hace años.

—Tienes razón. ¿El baño?

—Al fondo a la izquierda.

—Umh... Necesito que me lo sujetes un momento. —Dejó al niño en brazos de Leo y se apresuró hacia el baño, con el caminar forzado que le permitía el tirón de los puntos.

Leo miró que el niño, casi inmóvil en sus brazos, abría de pronto los ojos y formaba un puchero con la boca; toda su intención era empezar a llorar. Tenía muchísimo pelo, muy negro y bastante crecido para ser un bebé, se veía a la legua que era comanche. Los rasgados ojos lucían un iris del color de una noche sin luna y fruncía el ceño como si fuera un adulto. Por último, apretó los labios e hipó, pero no soltó ni una lágrima.

Con él en brazos se acercó a la habitación a la que había entrado Lester. Y allí estaba él, en el centro de la cama, roncando. Ni siquiera se molestó en quitarse las botas.

«Si no le hubiera consentido tanto desde el primer momento, ahora no estaríamos viviendo esto», pensó.

Le dieron ganas de echarlo a patadas de su casa. en cambio, se acercó a la cama, sobre la que tumbó al niño, y se dispuso a quitarle las botas. Luego tomó en brazos de nuevo a la criatura y echó la colcha por encima al que había sido su amante durante tantos años.

En ese momento, una llorosa Candy apareció en la habitación, con el mismo puchero en la boca que hizo el bebé solo unos minutos atrás.

—Me duele... —se quejó—. Dame, tengo que cambiarlo. —La voz que escuchó no era más que un susurro, era evidente que las fuerzas estaban a punto de abandonarla.

Él no sabía muy bien de qué iba todo aquello. No era que supiera mucho de la familia de Lester, pero conociendo a Jack podía tratarse de cualquier situación. Ya les pediría explicaciones al día siguiente.

—Deja, ya lo haré yo. Ven conmigo. —La llevó hasta otra habitación—. Échate un rato, descansa. Voy a preparar algo de comer y después quiero que duermas todo lo que puedas. Yo cuidaré de él y te despertaré si quiere comer.

—No puedo permitir que hagas eso... Hemos usurpado tu casa por las buenas y el bruto de mi primo... Bueno, ya sabes...

—No te preocupes. Venga, acuéstate. —La empujó con cuidado hasta el centro de la habitación—. Voy a cambiarlo, ahora vuelvo.

Se hizo con la bolsa de los pañales y la llevó al baño. Pero, cuando metió la mano en ella, notó el frío del acero; un revólver. Lo sacó y lo observó durante un instante. Estuvo a punto de guardarlo en el botiquín, bajo llave, pero al final

volvió a dejarlo en su lugar, escondido al final del todo.

Finalizada la tarea, pasó delante de su cuarto y vio a Lester roncando. Cuando llegó al de invitados, Candy estaba hecha un ovillo y dormía profundamente. Y el pequeño, nada más sentirse limpio, cayó de inmediato en brazos de Morfeo.

Fue entonces cuando comprendió que su mundo acababa de cambiar para siempre y los tres responsables dormían tan tranquilos.

Algo le estaba quemando la cara. ¡Dios, la cabeza quería estallarle! Lester imaginó sus sesos esparcidos por la habitación y al dolor se le unieron las náuseas. Una copa, necesitaba una copa. Se giró, tomando impulso para levantarse, y se dio de bruces contra el suelo.

—¡Joder! —gritó, sentándose y apoyando la espalda en la cama.

—Vaya, por fin despiertas, Bella Durmiente.

De repente su cerebro se puso en marcha, recordando todo lo que había sucedido la noche anterior. ¿Cómo se le pudo ocurrir ir a casa de Leo? Llevaba meses sin verlo, sin caer en la tentación, y de pronto allí estaba, igual de guapo y saludable que siempre. Igual de seguro de sí mismo y de retador, igual de exigente.

Levantó la cabeza, luchando contra el martillo que le estaba golpeando, y enfocó los ojos hasta verlo con claridad. Llevaba al niño apoyado en el hombro y, entre su camisa y la cabeza de la criatura, se extendía un blanquísimo trapo de algodón. Se le veía tan... Joder, él no sabía cómo describir aquello; la palabra tierno no estaba en su diccionario.

—Se te ve muy paternal. Parece que le has cogido pronto el gusto —le picó.

—Con un simple «gracias» me habría bastado. Será mejor que vayas a ducharte, hueles a desperdicio. —Con esas bonitas palabras, Leo se alejó y lo dejó solo, sumido en su desconcierto.

Pocos minutos después, Leo vio a Lester ir hacia la habitación con, tan solo, una toalla alrededor de las caderas. Acababa de salir de la ducha... Estaba muy delgado, por fin el alcohol estaba pudiendo con su maravillosa genética. Esa mañana se fijó en las bolsas de sus ojos y en los leves temblores de las manos. Se le encogió el corazón, pero no podía caer de nuevo en eso.

Lester se dio cuenta de que tenía los ojos clavados en él y frenó su marcha.

—¿Te gusta lo que ves? —le provocó.

—La verdad es que estaba pensando que estás muy desmejorado. Deberías

cuidarte.

—No empieces otra vez, ¿quieres?

—Yo no te he invitado a venir a mi casa. Estás aquí porque así lo has decidido tú.

—No lo he hecho por mí, lo hago por Candy. Necesita ayuda.

—Me parece bien que la ayudes y sabes que estoy aquí para lo que necesites. Pero tengo que decirte lo que veo y lo que veo es que te estás matando.

—Hay una parte de mi anatomía que está muy viva en este momento ¿quieres probarla?

—Hablo en serio, Les. No quiero ser testigo de lo que te estás haciendo. Ella puede quedarse, pero a ti no quiero verte por aquí.

—Me quieres, no me quieres, me quieres, no me quieres... —canturreó, acercándose a él hasta que sus caderas se rozaron.

—Ya basta, Les —se defendió él, apoyando la espalda contra la pared.

Sus rostros estaban apenas a unos milímetros, sus respiraciones se entrecruzaban, la excitación en ambos era evidente.

Se preguntó por qué después de tantos meses de autoconvencerse, de ir a terapia, del grupo de apoyo, seguía teniendo la misma adicción; él y solo él. El calor que emanaba del cuerpo de su amante se le colaba por los poros. Lester bajó la cabeza y le insinuó el roce de la nariz contra el cuello, en ese punto que sabía que lo volvía loco. Él se derretía, iba a ceder y todavía no lo tocaba.

—Perdón, chicos, perdón —les interrumpió Candy.

—No pasa nada. No estábamos haciendo nada —alegó Lester con rapidez.

—Ya, claro. Conmigo no tienes que hacer ningún papel, primito.

—Esto no es peor que tener un bastardo mestizo —la atacó, retador.

—No, no lo es. Ni mejor tampoco. Es difícil y maravilloso, pero tú eres demasiado idiota para darte cuenta... y yo también.

—Deberíais venir conmigo, los dos, al psicoanalista —les aconsejó él, de camino a la cocina. Solo Candy le siguió.

Lester desapareció tras la puerta del dormitorio que ocupó la noche anterior. Abrió un par de cajones de la cómoda y se apropió de unos bóxer y una camiseta de Leo. Le estaban grandes, había perdido peso en los últimos meses.

Se miró al espejo y, por primera vez, se dio cuenta de que la imagen que le devolvía no se parecía a él. Era casi su sombra. Prefería no pensarlo. Una copa, necesitaba una copa para empezar el día. Mejor después de una sesión de buen sexo. No le apetecía seguir buscando a alguien que le hiciera pasar una noche

entretenida, quería el calor del cuerpo de Leo; su risa, su piel... ¡Pero nada más! Y eso Leo no lo iba permitir. Él intentaría salvarlo de sus demonios y...

Una llamada en la puerta interrumpió sus pensamientos.

Leo entró en la habitación con la única intención de avisarle de que el desayuno estaba listo, pero lo vio acariciando su ropa y la ternura se apoderó de él de nuevo. Ternura que dio paso a la excitación, al burbujeo de emociones en el pecho y al huracán Lester cogiéndolo por la cintura y empujándolo contra la pared. En esa ocasión sí lo tocó.

Besó sus labios con fuerza, le lamió el contorno mientras con las manos apresaba sus nalgas y aprovechaba el contacto para mostrarle su excitación con un movimiento de caderas. Él se dejó hacer hasta que sintió la mano de Lester en la entrepierna. Si continuaba llegaría hasta el final y todos sus progresos quedarían relegados al olvido. Lester no había cambiado y él no podía sufrir más.

Lo empujó con fuerza y su amante dio un paso hacia atrás, con asombro.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—¿Qué pasa? Lo mismo que hace seis meses. Tú solo quieres sexo y yo quiero más. Esto no nos lleva a ningún lado.

—Te equivocas. —Una pequeña luz de esperanza se encendió en su corazón.

—¿En qué me equivoco? —preguntó con precaución.

—Yo solo quiero sexo, pero contigo; solo quiero sexo contigo. —Y con la desfachatez que le caracterizaba, se quitó la toalla.

—Será mejor que me avises cuando vengas a ver a tu prima; prefiero no estar aquí —dijo por toda respuesta a su insensible declaración.

—¿Qué demonios has hecho con mi petaca? —contraatacó Lester.

—Está en la basura, con el resto de ti. —Fue lo último que dijo antes de salir.

—¡A la mierda tú y toda tu moralidad!

Pocos minutos después escuchó, desde la cocina, el portazo de Lester al salir de la casa. Se marchaba, sí, pero aquello no terminaría ahí. Con Candy allí, seguiría viéndolo... y no sabía cómo podría superarlo.

—¿Por qué nos has acogido? —preguntó Candy, a la vez que untaba melaza en una tostada.

—Parece que tenías hambre.

—Es increíble, pero es en lo único que pienso desde que me he levantado. Bueno, en eso y en volver a acostarme.

—No es increíble, es lo habitual. Si tu vida fuera normal, en estos momentos

estarías en el hospital, recuperándote.

—No me puedo quejar, el parto fue bien y el niño es muy bueno.

—El niño... ¿Tiene nombre?

—Eres un genio en esto de cambiar de conversación. —Candy se untó una nueva tostada.

—No se me da mal.

—Contéstame, ¿por qué nos acoges? No parece que Lester y tú estéis en los mejores términos.

Él apartó su plato y bebió el último sorbo de café antes de contestar.

—Cuando llegué a Houston, con mi mochila a la espalda, no tenía nada, no conocía a nadie en la ciudad. Me gasté mis últimos dólares en una chocolatina. Un muchacho de mi edad, unos diecisiete años, se me acercó y me dijo que si le daba un poco. Vestía como los rancheros, ya sabes; camisa a cuadros, sombrero tejano, botas de cowboy. Me gustó, me gustó mucho. Tanto, que compartí mi último bocado con él... Y algo más.

—Lester.

—Lester —confirmó.

—Recuerdo cuando mi padre te pilló desnudo en su cama.

—En ese momento creí que nos acababas de salvar la vida. Eso también te lo debo.

—Créeme, os la salvé. Mi padre os habría despedazado a ambos. Si hay algo que odia más que a los comanches, es a los homosexuales.

—El caso fue que, durante un tiempo, Lester me ayudó a salir adelante; me pagó los estudios de enfermería y gracias a eso me gano bien la vida.

—¿Te pagó los estudios?

—Sí, yo estaba a punto de... Conseguir dinero como fuera, ¿entiendes?

—¿Ibas a robar? —le preguntó sorprendida.

Él soltó una carcajada.

—No, cariño, iba a prostituirme.

Candy se atragantó con el pan y él tuvo que darle unos golpecitos en la espalda.

—¿Sabes? Tienes pinta de Mata Hari, pero en realidad eres muy inocente.

—Y Lester, ¿te salvó?

—En parte me salvó y en parte me quería solo para él.

—¿Lo hacías con él por dinero? —se atrevió a indagar.

—No, primero me gustaba y luego me enamoré. Desde entonces he tratado de

devolverle en dinero en muchas ocasiones, pero no lo acepta. Digamos que mi orgullo le importa una mierda, prefiere que siga atado a él por medio de ese lazo.

—No creo que Lester sea tan... No sé qué palabra emplear, ¿calculador?

—No es consciente de que lo es.

—Entonces, ¿nos aceptas aquí porque se lo debes?

—Sí, así que ahora eres tú la que estás en deuda con él. Yo, cuidándoos, habré saldado la mía.

—Lo siento —se apenó Candy mientras llevaba los platos al fregadero.

—No lo sientas, en realidad creo que me va a encantar. —Se puso a su lado y entre los dos llenaron el lavavajillas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Hazla.

—¿Cómo lo sabías? Quiero decir, cuando Lester se te acercó esa primera vez, ¿cómo sabías que era... bueno... eso, como tú?

—Se dice gay.

—Sí, eso. —Sonrió antes de contestarle.

—Esas cosas se intuyen.

—En realidad yo siempre me equivoco.

—Cariño —declaró él, olvidando los cacharros y cogiéndola por los hombros para mirarla directamente a los ojos—, tú me gustas incluso a mí.

Ella sonrió tímidamente.

—Vamos —continuó él—, ahora ve a dormir. Estos últimos días han debido de ser muy duros para ti. Cuando despiertes te llevaré un té y me contarás con pelos y señales la historia de tu vida.

Un llanto más furioso que triste les llegó desde el salón.

—Será mejor que primero me ocupe de él.

—De acuerdo, cariño.

Quince minutos después él entró en la habitación que asignó a Candy. El bebé todavía estaba enganchado a su pecho, aunque parecía dormido, y ella, recostada en la cama, lo miraba con devoción.

—Te he dejado mi número de móvil y el del hospital en la cocina, pegados en la nevera, por si me necesitas. Hay un bote con dinero por si quieres que te traigan comida, o algo. Y no deberías salir de casa sola, aún no estás bastante fuerte.

—Gracias, por todo.

—De nada. Me marchó. —Pero antes de irse, se acercó y le dio un beso a ella

en la cabeza y otro al bebé.

—Vas a tener que ir pensando en un nombre —insistió mientras se dirigía a la puerta.

El momento más triste

—George, aún no me he decidido. ¿No puedes dejarme en paz? —gritó Byron al teléfono.

—Llevo un mes buscándote, capullo. ¿Se puede saber dónde estabas?

—Estaba con Jeremy. Necesitaba aclararme, tengo derecho y me debían vacaciones.

—Jeremy me dijo que no te había visto.

—Lo sé.

George no contestó al momento, prefirió pasar por alto el hecho de que se estaba escondiendo de todo el mundo, incluido él mismo.

—Tío, te necesitamos. Doble M. necesita pasar más tiempo en su casa; Justin está hasta arriba con lo del sheriff y lo de Jack. Y yo también.

—¿Tú no te dedicabas a los crímenes sin resolver?

—Este caso es una operación conjunta y, básicamente, todos los efectivos somos Justin, el fiscal y yo. Aunque si seguimos sacando mierda, puede que tengan que intervenir los federales.

—Dios no lo quiera.

—No seas irónico.

—Voy a colgar.

—Espera...

—Adiós. —Su amigo colgó el teléfono.

Byron miró por la ventana de la cocina hasta el patio interior, esperando ver a su abuelo regando las plantas. No era así. Estaba solo.

Sonó el timbre de la puerta. Desde que el viejo Búho se marchó, los vecinos le visitaban con regularidad. Ese fue uno de los motivos por los que se decidió a visitar a su primo, pero desde que regresó las visitas no paraban. Se sentía

tentado a volver a Wellstone solo por librarse de su amabilidad.

Abrió con cara de resignación y espíritu combativo... y apretó la mandíbula al ver quién era.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó abruptamente.

—Yo también me alegro de verte, hermano.

—George, te he dicho que no voy a volver... aún.

—Ya, esto es solo el plan B.

—¿Y cuál era el plan A?

—Convencerte por teléfono. Tengo algo que decirte, y tiene que ser en persona.

—Bien. —Se mantuvo quieto, bloqueando la puerta.

—¿De verdad me vas a dejar en la entrada? —Byron respiró hondo y se hizo a un lado.

—¿Qué quieres?

—Tengo que darte una noticia... espantosa.

—Con todo lo que ha pasado en el último año, no creo que vaya a asustarme.

—Siéntate, por favor.

—Vale, me has asustado. ¿Qué pasa? —le preguntó, acercándose a él para escudriñar bien su cara.

—Es Candy.

—¿Ya ha parido? —George se quitó el sombrero y se miró a los pies.

—No... Sí... Bueno....

—O se pare o no se pare, no es tan difícil. ¿Está bien el niño?

—No, no ha superado el parto. —George seguía sin levantar la mirada.

—¡Joder! Lo siento, pero aunque parezca frío, no sé qué tiene eso que ver conmigo, para que te plantes aquí, así...

—Candy tampoco.

Le dio un vuelco el corazón. Por un momento, la terrorífica idea de que Candy pudiera estar muerta se coló en su cabeza. La descartó por completo; era una víbora y las víboras siempre encontraban la manera de sobrevivir.

—Candy tampoco... ¿qué?

—Tampoco lo ha superado.

—¿El qué?

—El parto. —El silencio duró un par de minutos, aunque parecieron horas.

—Quieres decir que lo pasó mal. Lo entiendo, pero se está recuperando, claro.

—No.

—¿No?

George negó con la cabeza. Esta vez lo miraba a los ojos.

—¿Esta en el hospital? —insistió él, buscando una salida a la imagen que empezaba a grabarse en su retina.

—Byron, joder, ¡ha muerto!

—Estás loco, George, loco. Eso no es posible —le respondió con calma.

—Byron, entiendo cómo te sientes, pero eso no cambia las cosas. Ha muerto y no va a volver.

—No, te equivocas. Volverá. Ella... Estoy seguro, no ha muerto. Yo... lo habría sentido, habría notado algo.

George lo abarcó para abrazarlo, pero él se zafó.

—Iré contigo solo para demostrarte que no es cierto.

—Byron... Ha muerto...

—No. No ha muerto, no vuelvas a decirlo ¿entendido? —Se abalanzó sobre George y lo empujó contra la pared.

Lo tenía agarrado por la camiseta, le escupía a la cara que no era posible, que no lo repitiera y, aun así, la idea estaba anidando en su cabeza. Muerta. No podía haberlo traicionado, primero, y luego abandonarlo así, sin más. No podía haberle hecho eso. La sensación de soledad que invadió su cuerpo tuvo un choque frontal con la incredulidad, y ganó la segunda.

—Byron, tranquilo, suéltame. Soy yo, estoy contigo, hermano.

Se miró las manos, estaba atacando a George, pero su amigo no se defendía. Lo soltó y le alisó la camiseta.

—Lo siento —le susurró—, pero no vuelvas a decirlo.

Era como si por no decirlo se fuese a borrar la realidad. Él sabía que no podía ser y lo acompañaría para mostrárselo.

—Ven conmigo, Byron.

—Sí, iré y pasaremos a ver a Dustin. Estoy seguro de que si ha desaparecido, él tiene algo que ver con ello.

—Byron, no ha desaparecido...

Él se volvió como impulsado por un resorte y volvió a lanzarlo contra la pared.

—Te he dicho que no vuelvas a repetirlo —le amenazó, apuntándole con un dedo.

George levantó las manos, en son de paz.

—Está bien, está bien.

—Vamos, dejaré unos cuantos mensajes avisando de mi marcha.

Un nudo se alojó en su estómago desde el momento en que subió al coche de George. Ninguno de los dos dijo nada durante el trayecto. Su amigo se dirigió directamente a la Casa Shaw, y a él el nudo casi le estranguló. A duras penas consiguió salir del coche y lograr mantenerse erguido. Le costaba un enorme esfuerzo llevar aire a los pulmones y, con cada bocanada, parecía que tragaba cristales rotos. Ni siquiera cuando le dieron la paliza sintió tanto dolor. Quería acercarse a la casa y, a la vez, salir corriendo.

George lo miró con preocupación y le puso una mano sobre el hombro, tratando de infundirle ánimo. Poco a poco fueron acercándose a la puerta. Fue el ranger el que llamó al timbre.

La voz de Magui sonó casi apagada cuando les invitó a pasar a través del telefonillo de la entrada principal. Entraron con el coche a la propiedad, Magui les esperaba en el porche.

—¿Vienen por un asunto oficial?

—Quiero ver su tumba —soltó él, de forma amenazadora.

—Yo... —Magui dudaba si debía dejarles pasar—. Avisaré al señor.

Él apretó con fuerza la mandíbula.

—¿A Jack? —le preguntó, levantando una ceja.

—El señor Shaw continúa fuera de la ciudad, llamaré al señor Lester. —Magui fue a buscar al menor de los Shaw, dejándolos en la puerta.

—Ya. ¿No ha venido al funeral de su hija? —En esta ocasión él dirigió la pregunta a George.

—Hemos emitido una orden de búsqueda, pero lleva su tiempo.

—Claro, es un viejo zorro. No le vais a pillar.

—Ya lo veremos.

Pasaron unos minutos al sol, hasta que Lester abrió la puerta.

—Que visita tan grata, ¿a quién quieres arrestar hoy, George, querido vecino...?

—¿Cuántas copas llevas, Lester? ¿No te parece un poco temprano? —le recriminó el aludido.

—En realidad ninguna es mala hora para disfrutar de un buen whiskey —declaró, levantando la botella y dando un buen trago.

—Basta de gilipolleces, quiero ver a Candy. Quiero saber dónde la tenéis —intervino él, obviando al ranger.

—A dos metros... ya sabes... —Él le dio un empujón que lo hizo caer de culo. Lester, por toda respuesta, se echó a reír.

—No es verdad, sé que no es cierto. ¡Sé que está viva! Lo noto aquí dentro. —
Se golpeó en el pecho con la mano abierta.

Lester sintió que su rostro cambiaba del color rojizo provocado por el alcohol, al blanco que le proporcionaban la duda y el miedo a ser descubierto, junto con la desazón que le producía esa mentira que no sabía cuánto tiempo podría seguir manteniendo.

—Será mejor que lo veas por ti mismo. —Se levantó del suelo trabajosamente. Desde que estaba bebiendo menos se sentía más cansado, más débil. Cómo podía ser, si todo el mundo decía que era mejor para la salud.

El sudor que le provocaban el calor, el esfuerzo y la semi abstinencia —ese día solo llevaba una copa en el desayuno y el trago dado delante del enemigo— corría a mares por todos los poros de su piel. Notaba la camiseta pegada al cuerpo y le temblaban las piernas de camino al panteón familiar, situado al fondo de la propiedad, que lindaba con un pequeño campo de Blue Bonnet.

Hicieron todo el camino en silencio mientras él se preguntaba por qué demonios no se le habría ocurrido utilizar un vehículo. Aunque en realidad no sabía si estaba en condiciones de conducirlo.

—Lester, ¿te encuentras bien? —se interesó George.

—Perfectamente. Nada que no cure un trago.

Con un gesto inconsciente se llevó la mano a la parte de atrás del pantalón vaquero, buscando el líquido ámbar que guardaba siempre en la petaca. ¡Mierda! La había tirado a la basura en un arranque de abandono absoluto. Tendría que comprar otra.

—Te estás matando, Les —insistió George.

—Qué novedad, vecino. Como si te importase... Como si le importase a alguien...

—Pobrecito Lester, la historia de tu vida, ¿eh? Nadie me quiere, nadie me hace caso, tengo derecho a todo —se burló Byron.

—Tienes razón, Byron, no es más que la típica historia del pobre niño rico. Igual que la de tu querida Candy. Y, mira por donde, ahí la tienes. Es lo que nos merecemos ¿no? —Se giró hacia él, desafiándolo con la poca fuerza que le quedaba.

Observó que Byron dejó de escuchar en el momento en que divisó las lápidas en el suelo. Una más grande y, al lado, otra más pequeña. Pareciera que alguien le hubiera vaciado el cerebro, como si no fuera capaz de pensar ni de hablar, como si no pudiera respirar.

Tras unos minutos consiguió soltar una pequeña espiración, que se fue convirtiendo en un lamento continuo del que ni siquiera parecía consciente. Le vio caer de rodillas frente a la terrible inscripción, que le decía que era cierto aquello que, al parecer, no sentía. Era como si su instinto chocara de frente y, a gran velocidad, contra la fuerza de la realidad, sellada en piedra. Como si quisiese morir junto a ellos en ese mismo instante.

Entonces levantó la vista y leyó la inscripción: «Aquí yace Candance, que levantará el vuelo desde esta tierra hasta su lugar en el mundo».

Esperaba la reacción violenta de Byron ante su anterior comentario, pero lo que veía le daba más miedo. Algo entre una melodía y un llanto continuo salía de algún lugar de su cuerpo. Era algo escalofriante. En ese momento el ruido de una furgoneta acercándose le hizo mirar hacia atrás. Divisó a Dustin al volante, iba solo.

George reconoció el cántico, era el mismo que entonaron todos los descendientes de Búho en su funeral. Su amigo pasaba las manos por la tierra una y otra vez y lloraba sin pudor, mientras con la voz rota cantaba al espíritu de Candy. El cabello ya era lo suficiente largo como para que le cubriera la cara, pero nada podía esconder el desgarrador dolor en su alma.

Él también quiso a Candy, pero no así. Sin embargo, si perdiera a Nat... No podía ni imaginar ese sentimiento. Quería acercarse a su amigo y abrazarlo, pero algo le advertía que era mejor dejarlo sufrir el momento.

Ni siquiera se inmutó cuando Dustin se colocó a su espalda con actitud chulesca. Él se mantuvo rígido, dispuesto a intervenir, pero respetando el ritual de su hermano de alma.

Lester esperaba la tragedia sumido en sus propios miedos, él era el único que sabía la verdad. Podría evitar el dolor del indio, pero no sabía si quería ni si debía. Y, sobre todo, no podía imaginar las consecuencias. Era Candy quien debía decidir cuándo salir de su escondite.

—¿Sabes lo mejor de esto? —susurró Dustin al oído del indio, poniéndose en cuclillas a su espalda—. El bastardo era tuyo.

Apenas le dio tiempo a emitir una carcajada antes de que Byron saltara sobre él y descargara todo el dolor contra su cara. Hizo falta que George empleara toda su fuerza para levantarlo, incluso que él le ayudara, y encima se llevó un golpe en el pecho durante la refriega. El contacto le envió unos metros atrás.

—¿Se puede saber qué te he hecho yo? —le gritó a Byron.

—Tú y tú, y todos los de vuestra calaña, sois responsables de esto. Y lo vais a

pagar. Juro que, aunque sea lo último que haga en esta vida, os voy a matar. — Byron escupió cada palabra con tono frío y de absoluta certeza; un tono que les erizó la piel a todos.

—Agente, este indio nos está amenazando. Tendría que hacer algo —consiguió decir Dustin.

George apenas podía contener a Byron, que finalmente se soltó y se tiró sobre la tumba del que ahora sabía que era su hijo.

—No, no, no... —Era lo único que podía balbucear.

Dustin se rio nuevamente.

—Eres patético, no sabes cuánto me alegro de esto. Estoy disfrutando incluso más que cuando... —Buscó las palabras que no lo incriminaran—. Cuando tuvimos nuestro divertido encuentro.

Byron estaba en shock. No reaccionaba, no escuchaba. Volvió al cántico espiritual que se colaba en su alma.

Él sintió un pánico extraño ante la risa de Dustin, desprovista de cualquier sentimiento.

—Dustin, si has tenido algo que ver con su muerte... —trató de averiguar George.

—Para el carro, héroe. Ni siquiera estaba allí. Fueron Lester y Magui quienes se encargaron de todo.

—Me pregunto... ¿Por qué no hubo funeral? ¿Por qué no avisasteis a nadie? ¿Por qué no ha aparecido Jack tras su muerte? —insistió, sacando su vena de agente de la ley.

—Jack vendrá en cualquier momento. Lo que está haciendo no puede esperar y contra esto ya no puede hacer nada. Y, ¿un funeral? ¿Para que todo el mundo se entere de que mi mujer se acostó con el indio y trató de endosarme a su bastardo?

Byron reaccionó ante la última palabra y él tuvo que volver a interponerse.

—Todo esto es tan raro como para que lo investiguemos, junto con todo lo demás —se dirigió a Byron, al que tenía sujeto desde la espalda—. Si como dice es tu hijo, solo tienes que darme permiso para exhumar el... cuerpo.

—¿Y de qué cojones me sirve eso, George? ¿De qué...?

No pudo sostenerse ni luchar por más tiempo, se derrumbó en el suelo entre las tumbas de sus ángeles.

A Lester la cabeza le iba a explotar. Si George exigía esa prueba se iba todo a la mierda, se sabría la verdad. No podía permitirlo, tenía que hablar con Candy.

Ella debía dejar que le contase todo a George, para que los demás no lo supieran. Tenían que convencerlo de que les diera tiempo antes de hablar.

¿Y dónde cojones estaba Jack? No podían contactar con él desde unos días antes de que ocurriera lo de Candy. Al menos no podían ni él ni Magui, pero Dustin decía que sí lo hacía, aunque empezaba a dudarlo; por muy hijo de puta que fuera, Candy era su hija. Y en eso George tenía razón, era muy raro que no hubiera aparecido.

A Byron le abandonaron las fuerzas. Las lágrimas dejaron de caer en algún momento y, en un rincón de su alma, una voz insistía en que no era posible; que su historia estaba inconclusa. Hacía casi un año que no la veía, no se despidieron y lo último que le dijo fue muy cruel. Recordó sus palabras: «Mi vida no te la voy a dar, no te la has ganado». En cambio ella sí se la dio cuando se arriesgó a traer a aquel loco mundo a su hijo. Necesitaba desesperadamente saber qué fue lo que ocurrió, cómo murieron.

George se acercó despacio hasta el lugar en el que estaba derrumbado.

—Hermano, será mejor que nos vayamos. Tenemos asuntos que tratar, quiero empezar una investigación —le informó.

—¿Acaso crees que voy a repetir lo que os acabo de decir a vosotros? —le interrumpió Dustin—. ¿De verdad piensas que voy a reconocer que he enterrado aquí a un comanche? ¿Que mi esposa se había acostado con un salvaje antes de estar con un hombre de verdad? —escupió Dustin.

—Ya lo has reconocido delante de tres testigos —insistió George, impertérrito — y uno de nosotros es agente de la ley.

—De dos, George. Lester no ha escuchado nada de eso, ¿o me equivoco, primo?

—Por mí podéis iros todos al infierno. Yo solo quiero un trago y no tengo mi puta petaca —se quejó, levantándose y sacudiéndose los pantalones para dirigirse a la camioneta de Dustin—. Me largo.

—Voy contigo —lo detuvo el nada apenado viudo—. Señores, cierren la puerta al salir —se despidió con ironía.

—¡Lester! —gritó George. El aludido se paró en seco, pero no se atrevió a girar la cabeza.

—En algún momento vas a contarme todo lo que pasó y será mejor que no me mientas.

Nadie dijo nada más.

Lester siguió su camino con Dustin pegado a sus talones, silbando. Parecía el hombre más feliz de la tierra, mientras que él cavilaba sobre sus opciones. Sabía que tendría que enfrentarse a la verdad y solo existía algo que podría alejarle de una copa en este momento; un buen revolcón con Leo.

—Te tiemblan las manos. Tengo algo de whiskey en la guantera, echa un trago —le sugirió Dustin.

—Estoy bien —contestó. Subieron al vehículo y partieron hacia la casa.

—¿Sigues en el equipo Shaw? —preguntó Dustin.

—Con Candy allí donde esté y Jack desaparecido, parece que soy el único integrante del equipo Shaw, Dustin Calahan. —Recalcó su apellido desafiándole. Dustin apretó la mandíbula, pero no contestó.

Pasaron por la vieja cabaña que antes utilizaban como leñero en invierno. En alguna ocasión, siendo niños él y Candy, la utilizaron como fuerte para esconderse de Jack; no sabían por qué, pero tanto el viejo como Linda la odiaban, su tío siempre amenazaba con derribarla pero nunca lo hizo.

Cuando tenía doce años, Jack le sirvió su primera copa y le dio su primer puro. Entonces le informó de que sus padres acababan de morir y él se haría cargo de su crianza. Fue entonces cuando le dijo todo lo que se esperaba de un heredero Shaw. Se lamentó de no haber tenido chicos, y lo nombró su fiel escudero, o eso le pareció a él; a esa edad era aficionado a las películas del Rey Arturo. Luego, se fue a la cabaña a llorar y Candy le acompañó. Cuando regresaron y confesaron dónde habían estado, ambos probaron el cinturón. Para él fue su primera vez y lloró como el niño que era. Candy le tomó de la mano, le enseñó a curarse las heridas y jamás volvieron por aquel lugar.

Con el tiempo, ambos perdieron la rebeldía de la juventud, se rindieron; fueron domados y amaestrados. Giró la cabeza hacia la ventanilla y se rio en silencio, al recordar esos momentos.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Dustin.

—De todo. Me preguntó dónde coño estará Jack.

—Ya os lo he dicho, de viaje de negocios.

—No me tomes por idiota, Dustin. Sé que tú tampoco has hablado con él.

—Vale, vale. No tengo ni idea de dónde está, pero nadie más puede saberlo.

—¿Por qué? ¿Y si le ha pasado algo?

—Lo que le ha pasado es que es un cabrón muy listo y se ha largado antes de que lo empapelen. Tenemos que darle tiempo.

—Justin y George estarán buscándolo. No tardarán en interrogarnos de nuevo.

—¡Y qué! No sabemos nada y además es verdad.

—¿En qué posición nos deja eso a nosotros?

—Yo soy el heredero de la hija del gran Shaw, ahora caído en desgracia, por lo tanto, la mayor parte de su fortuna está en mis manos, incluida la hacienda. Los hombres me temen y respetan. Tú eres el borracho del pueblo. Fin.

Él no contestó, tal vez era hora de que Candy saliera de su tumba y exigiera lo que era suyo. Continuaron el camino hacia la casa, en silencio.

Byron levantó la cabeza al escuchar hablar a George. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que llevaba muchos minutos sumido en un tétrico silencio.

—No sé ni que puedo decirte. Yo... Deberíamos irnos —balbuceó el ranger.

—Necesito saber qué pasó, George. Lo necesito para poder seguir respirando. Ni siquiera... ni siquiera lo he podido ver. No sé... ni si fue un niño o una niña... No han puesto nombre en la lápida. Solo «Nacido de Candance Shaw».

—Byron, haré todo lo que esté en mi mano para averiguarlo, te lo juro.

—Lo sé, pero no será suficiente. Mira el tiempo que llevas intentando pillarlos por todo lo demás.

—Si no denunciáis, nos atáis de pies y manos. De todas formas, la red está echada, Jack está acorralado, pero los quiero a todos, incluido Dustin. Por eso estamos tardando más de lo previsto.

—Yo tengo mi propia forma de solucionar esto —amenazó él.

—Hermano, no me hagas arrestarte. No... No... por favor, no lo hagas.

Levantó la mirada. Era fría, oscura, densa. Ocultaba y a la vez mostraba todos sus sentimientos. Y daba miedo.

Hasta que no llegó la noche no salieron de allí, él no podía volver a dejarlos a su suerte. Quería quedarse con ellos, morir con ellos, pero una parte de su alma se revelaba ante esta realidad. Algo fallaba. La huidiza mirada vidriosa de Lester delataba una mentira. Lo acorralaría, le sonsacaría la verdad, aunque uno de ellos, o ambos, murieran en el intento.

Al llegar a la Hacienda Rosa, se encerró en la casita del lago; necesitaba pensar, organizarse. Iba a trazar un plan. No quería ver a nadie en ese momento.

—Byron... Los abuelos, Nat, incluso Nina te echan de menos, querrán verte. Y tienes que hablar con Doble M., necesita ayuda, en serio.

—Mañana, George, mañana.

George fue a la oficina del recién nombrado «sheriff en funciones» tras la detención del anterior, y corrupto, amigo de Jack. Una idea sobrevolaba su mente; entraba y salía a flashes, dejando pequeños indicios, pero ninguna certeza. Necesitaba expresarla en voz alta.

—Justin... —le saludó.

El sheriff estaba en el escritorio golpeando el ordenador.

—Creo que funciona con el ratón. Que la emprendas a puñetazos con el aparato no va a hacer que encuentres lo que buscas —se rio él.

Tras lo que se dirigió hacia el pequeño estante de la esquina y se sirvió una taza del espantoso café. Al tragarlo compuso una mueca, pero no dejó de beber.

—Nada. No hay rastro de él, es como si se hubiera evaporado —se quejó Justin. Escogió una de las carpetas que reposaban sobre la mesa y la soltó de golpe, dejando que los documentos se esparcieran sin control.

—¿Hablas de Jack? —le preguntó.

—Jack Shaw. Tengo pesadillas con ese nombre.

—Venía para hablarte de eso...

—¿Has conseguido que vuelva Byron?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Peligrosamente tranquilo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Esperemos no tener que averiguarlo.

—Ya —afirmó Justin—. No sé qué más hacer para encontrar al viejo.

—Es muy raro, Jus. Nadie ha hablado con él, ni siquiera su esposa.

—Dustin sigue afirmando que él sí.

—Miente. No hemos encontrado rastros de esas llamadas en los registros telefónicos —le contradijo, señalando los documentos que seguían descansando sobre el escritorio. Justin comenzó a buscar en ellos.

—¿Por qué iba a mentir?

—Eso, ¿por qué? No hay señal de uso de tarjetas ni movimientos de cuentas. Sus vehículos no han salido del rancho. No hay pistas en los transportes públicos ni en ningún aeropuerto privado.

—¿Qué tratas de decir?

—No lo sé con seguridad, pero sospecho que no ha huido. Se cree invulnerable. Estaba seguro de ganarnos, por qué iba a marcharse... ¡Y sin nada!

—Quizá compró un coche con dinero efectivo.

—¿Y lo está gastando así, billete sobre billete? No hay movimientos en sus cuentas.

—Seguro que tenía dinero negro guardado bajo el colchón.

—Pero la muerte de Candy y de su único nieto lo habrían sacado de su escondite.

—A no ser —continuó Justin— que tenga algo que ver con la muerte de ambos.

—Lester se habría derrumbado durante el primer interrogatorio —aseguró él.

—Está desquiciado, no es él mismo.

—¿Y qué me dices de Magui? ¿Crees que si Jack hubiera hecho algo a Candy y al niño, seguiría protegiéndolo?

—No. Definitivamente no lo haría. Oculta algo, pero no es a Jack. Y si... —Justin no se atrevió a terminar de decir lo que le pasó por la cabeza.

—¿Crees que podría estar muerto?

—Es una posibilidad, tenía enemigos.

—Quiero volver a inspeccionar la propiedad Shaw, y esta vez no solo la casa. Sea lo que fuera lo que pasara esa noche, vamos a descubrirlo —aseguró.

—Pediré la orden en base a la desaparición del principal acusado en el caso de estafa, intimidación, prevaricación y un largo etcétera.

—Quiero exhumar los cuerpos de Candy y el pequeño.

—Eso va a ser complicado sin el permiso de Dustin, que supongo que no tienes.

—Supones bien.

—Sospechas que esas muertes no fueron naturales, tal y como afirmaron los testigos —afirmó Justin.

—Es una posibilidad. Quizá buscando a Jack encontremos algo más... por casualidad. Algo que nos ayude con la orden de exhumación.

—Muy listo, sí, señor.

—¡A trabajar! —se animó él.

Dos vidas en un instante

Linda se miró al espejo. Le resultó imposible reconocer a la persona que fue. Bajó la mirada y alcanzó un marco que mostraba una foto de ella hacía cuarenta años, era joven, hermosa y estaba enamorada. Terrible y trágicamente enamorada.

Igual que su hija, se enamoró de la persona equivocada. No supo elegir. No fue valiente y empujó con ello a Candance a cometer sus mismos errores. Pero a su amada hija le costó la vida. Ni por un instante se creyó lo que le contaron de su muerte y la del niño.

Jamás se perdonaría no haber estado con ella en ese momento, pero se encontraba demasiado drogada como para reaccionar. Después de lo que hizo necesitaba descansar.

Fue duro y placentero. Nunca imaginó la enorme satisfacción que le proporcionaría escuchar a Jack suplicar y llorar. Solo con recordarlo la emoción la embargaba, la llenaba de gozo; sentía ganas de ponerse a bailar y cantar. El pecho se le llenaba de alegría y mitigaba el dolor por la pérdida de su hija.

El cuerpo le estuvo doliendo durante días, hasta que por fin se decidió a añadir más sedantes al cóctel nocturno. Hacerlo supuso permanecer durante largas jornadas entre la realidad y el sueño, pero al despertar... hubiera preferido seguir durmiendo.

Tal vez si volvía a repetir lo de Jack, se sentiría bien de nuevo, pero no se encontraba con fuerzas. Era vieja, esa era la realidad; ahora era una vieja. Levantó la mirada del marco y volvió a centrarla en el espejo.

Su cara apenas mostraba arrugas, maravillas de la cirugía estética que podía eliminarlas, pero aun así los años marcaban su rostro. Lucía grandes ojeras oscuras, los labios estaban secos y seguía sin colocarse aún la prótesis dental,

por lo que la boca se le hundía dándole un aspecto grotesco. La peluca rubia y lustrosa descansaba en el tocador y su cabello ralo en algunas zonas era ya muy blanco.

Terminó de arreglarse, se colocó los dientes y la falsa melena y se maquilló. Iría a ver a su esposo un rato, eso siempre la aliviaba. Se puso perfume en las fosas nasales, era increíble cómo olía la maldita cabaña y eso que ya hacía varias semanas de la muerte de Jack.

La cabaña; el lugar al que Jack llevaba a sus jovencitas, el mismo sitio donde la forzó a ella por primera vez cuando aún no era una mujer. Cuántas veces lo había pillado, cuántas veces él le había jurado que lo hacía porque lo poseía el demonio, pero que no lo repetiría. Cuántas chicas del pueblo, y de fuera de él, pasaron por allí.

Algunas salieron con la cartera llena, otras con un trauma, pero él siempre la abandonó absuelto ante Dios. Y ella lo soportó todo; las humillaciones, los golpes, las traiciones, incluso abandonar al que fuera el amor de su vida... Y ahora, después de tantos años, se atrevía a intentar abandonarla a su suerte. ¡No!

Definitivamente, eso no fue lo que ocurrió.

Al entrar en la cabaña y verlo tumbado en la cama, aún con los cuatro cinturones rodeando sus muñecas y tobillos, ahora ya de forma holgada debido a la falta de carne, no pudo hacer menos que reírse.

—Hola, Gran Jack, señor todopoderoso de este minúsculo universo que creaste para ti. ¿De verdad pensabas que ibas a escapar de mí? Vamos, no podías ser tan obtuso. Querido, hueles fatal, te haría falta una ducha.

Se rio ante su propia ocurrencia.

—¿Quieres que te cuente quién me dio la idea de lo divertido que sería humillarte así? No te lo vas a creer, querido... El indio. Sí, nada más y nada menos que el maldito comanche. Cuando le estabais pegando yo veía su mirada; no tenía miedo, no sentía el dolor. Vi regocijo. Estoy segura de que ese día te recordaba allí, en mitad del pueblo, con los pantalones bajados, y se partía de risa por dentro.

»Cuando me dijiste que te marchabas y no podías llevarme, porque sería un lastre, te imaginé con tus amigos de Internet, esos con los que compartías las fotos guarras, y me dije: «Linda, tienes que llegar a sentir lo mismo que ese indio. Será lo único que pueda aliviar todos estos años de sufrimiento».

»El tiempo que conseguiste sobrevivir a la tortura fue lo más maravilloso que me ha pasado nunca; el terror en tus ojos, la forma en que te lo hacías encima,

literalmente, cada vez que me veías entrar y coger tu cuchillo de caza... Querido, el sentimiento de poder absoluto que me proporcionaste bien vale varias vidas como esta. ¡Por favor... si llorabas como una criatura! Como las criaturas que traíais aquí tú y amiguito el sheriff... Os lo brindo, ¡va por vosotras!

»Es una pena que tu carne esté tan deteriorada que apenas se noten los cortes... Me encantaba ponerme los guantes y meter el dedo en la llaga.

Se rio con un sonido histriónico y cavernoso.

—¿Te das cuenta? El dedo en la llaga, ¡que ocurrente!

»Lo único algo molesto de todo esto son los bichos. Y el olor, tengo que reconocer que me costó acostumbrarme a tus asquerosos aromas.

»Una pena, pero tiene que acabar. Nuestra hija está muerta y a ti siguen buscándote. Pero el nuevo sheriff y el ex prometido de Candance no van a parar hasta que te encuentren. Por lo tanto, prefiero morir ahora contigo que pasar el resto de mi vida con la camisa de fuerza; estos paletos no se dan cuenta de la justicia poética que supone que hayas muerto de esta forma. Pero estoy segura de que me encerrarían y tirarían la llave.

»Todavía guardo el vaso de whiskey que te di para que te durmieras y poder atarte. En el fondo soy una sentimental. ¿De verdad no imaginaste que yo vendría aquí a buscarte? Eres tan confiado, te crees tan por encima de todo... Bueno, supongo que es más apropiado decir «te creías».

»¡Hazte a un lado, querido! Este cóctel hará efecto en un momento...

Candy

Candy abrió el periódico que acababa de dejar en la puerta de repartidor. Eran las siete de la mañana, el niño dormía y ella preparaba el desayuno para Leo, que tenía guardias nocturnas en el hospital esa semana.

Empezó a leer por el final y fue derecha a los anuncios de trabajo.

Leo entró en ese momento en la cocina y le dio un beso en la cabeza.

—¿Qué lees con tanto interés, rubia? —dijo mientras colgaba del respaldo de una silla la cartera que llevaba en bandolera.

Ella se levantó y le sirvió una taza de café antes de poner un par de huevos en la sartén, mientras Leo se lavaba las manos en el fregadero. Le encantaba la sencilla rutina establecida, casi parecían una familia.

Leo se sirvió un zumo de la jarra, de polvos, una costumbre y un sabor impuestos por ella a las que se estaba acostumbrando con rapidez. Dio un trago y se sentó cerca del periódico, entonces vio la sección que ella estaba mirando y señalando con un boli.

—¿No crees que es pronto para que busques trabajo? El niño es muy pequeño.

Puso frente a él un plato con los huevos y varias lonchas de bacon y se sentó a su lado. Tomó de la bandeja un trozo de tarta de manzana y se la llevó a la boca. Masticar y tragar le dio el tiempo que necesitaba para ensayar mentalmente, por última vez, el discurso que tenía preparado.

—Necesito trabajar. Necesito sentirme útil y ganar dinero —declaró.

—Acabas de traer un niño al mundo y de escapar de un micro mundo de locos, que podría haberos matado. Yo diría que has sido bastante útil en los últimos tiempos. Además, Lester envía dinero con regularidad y, por último, no tienes papeles. Te recuerdo que estás muerta.

—No es necesario que seas tan brusco en tus comentarios.

—Mira que eres cursi hablando —contestó Leo entre risas.

Las risas cesaron en cuanto él la miró a la cara. Estaba blanca y desde luego no se reía con él por el comentario.

—Nunca vuelvas a decirme algo así.

—Lo siento, era una broma. En realidad, me gusta.

—Tampoco quiero que te guste. Simplemente, no vuelvas a mencionarlo.

—De acuerdo. Y volviendo al tema que nos ocupa...

—Tengo que hacer algo o me volveré loca. Y no quiero el dinero que envía mi primo, es dinero de Jack.

—Y, por lo tanto, es tuyo. Eres su hija, su única hija.

—Me da igual, no lo quiero.

—Estás convencida ¿eh?

—Sí.

—Está bien, ¿qué sabes hacer? Y no me digas que zumo de naranja.

—A mí me gusta.

—Ya. Dime, ¿qué estudiaste o qué has hecho?

—Tengo varios cursos de contabilidad. Además, Jack me enseñaba ciertas tareas, algunas no muy legales, por cierto. En fin, supongo que podría trabajar de recepcionista, o administrativa, o cajera, o algo así. Tengo buena imagen.

—Eso es indiscutible. Conozco a alguien que no hará preguntas. Deja que haga una llamada.

Se le iluminó la cara por la esperanza. Tenía tantas ganas de ser una persona normal, como las que veía en el supermercado o en el parque... Jamás pensó que llevar una vida corriente podría ser tan placentero, pero lo era. Una vez que tuviera un trabajo y se ganara la vida por sí misma; una vez que hubiese reconstruido los pedazos de sí misma, que estaban disueltos en las circunstancias, se pondría en contacto con Byron y que fuera lo que tuviera que ser.

Recordó de pronto que, cuando supo de la existencia de la española, la actual mujer de George, se enfadó muchísimo al enterarse de que llevaba nueve años ocultándole la existencia de su hija. Entonces no fue capaz de entender por qué no se lo dijo en el mismo instante en que se encontró con él, o incluso antes. Ni tampoco comprendía por qué la pelirroja no quería regresar a España y dejar allí a la niña con su padre y con ella... Ahora lo hacía.

Pero ella no tardaría nueve años en sincerarse con el padre de su hijo. Solo el tiempo suficiente para ser una persona que Byron pudiera respetar. Una persona

que su hijo pudiera respetar... que ella misma respetara.

Miró el edificio de dos plantas con estupor y algo de miedo. Era un almacén antiguo y la fachada estaba decorada con pintura de motos de diseño, de esas que llevan los miembros de las bandas peligrosas. Nunca habría imaginado al dulce Leo involucrado con gente así.

—¿Estás seguro de que es aquí? —le preguntó cuando bajaron del híbrido que conducía Leo.

—¿Te estás arrepintiendo? —respondió él con otra pregunta.

—No, no. Es solo que no sé si puedo encajar aquí, es tan sórdido...

—Es trabajo, cariño. No se puede ser remilgado en estas cuestiones. Y como te dije, aquí nadie hará preguntas. Además, es poco probable que alguien de tu pasado venga por aquí.

—George es muy aficionado a este tipo de motos.

—¿El ranger?

—Sí, mi ex.

—Es más probable que vaya a la casa oficial Harley.

—Sí, es verdad.

—¿Preparada? —Leo le dio un breve apretón en la mano.

—Supongo.

Él se detuvo y la sujetó por los hombros, obligándola a mirarlo.

—Si pensara que corres peligro, no te habría traído. ¿De acuerdo?

—Sí, es solo... Estoy un poco nerviosa. Nada más.

—Bien, eso te mantendrá alerta.

—No me tranquilizas. —Leo se rio y entraron por una puerta lateral.

Nada más traspasar el umbral oyeron gritos y palabras obscenas. Un golpe la sobresaltó y tuvo que hacerse a un lado para esquivar a una calculadora que volaba por los aires.

—¡Ey, Chac! ¿Un mal día? —preguntó Leo a modo de saludo.

El hombre que estaba sentado ante el escritorio era muy, muy grande. Ocupaba casi todo el espacio. El pelo rubio, casi blanco, lo llevaba recogido en una especie de moño alto y lucía una barba muy larga pero bien arreglada. Cuando se levantó de la silla, ella no pudo evitar dar un paso atrás; era una montaña de músculos tatuados. Todos los arquetipos de motero mafioso se reunían en ese hombre.

Extendió una mano que a ella le pareció que tenía el mismo diámetro que una de las ruedas de su precioso y perdido Mercedes. Leo se la apretó y soportó

estoico el palmeo en la espalda, aunque ella vio perfectamente cómo se movía casi un metro.

—Perdonad mis modales, pero estos putos números me están volviendo loco. Pagaría mis impuestos si esto fuera más sencillo, lo juro. —Ella desvió la mirada desde el enorme pecho de Chack, hasta el escritorio lleno de papeles.

—Te presento a Candy; la solución a tus problemas —dijo Leo con una sonrisa. El rubio se rascó la barba antes de contestar.

—Es cierto que solucionaría algunos de mis problemas, pero tengo que acabar con esto; uno de esos tipos de traje y vida grises me está amenazando y no puedo partirme las piernas si quiero que me den el programa de televisión.

—¿Programa de televisión? —se preocupó ella. Él le dedicó una sonrisa y entonces estuvo segura de que las chicas que adoraban a los tipos duros morirían por un gesto como aquel.

—Sí. Uno de esos en que tíos grandes ponen cachondas a las señoras y eufóricos a los señores, mientras se pelean, escupen y gritan. Y si queda tiempo, crean alguna que otra moto.

Leo no pudo evitar soltar una carcajada y ella se encogió un poco más.

—Olvidalo, Leo, yo no puedo salir en la tele —sentenció Candy.

—Un momento... ¿pensabas trabajar aquí? —intervino el grandullón.

—Como te decía, ella es la solución a tus problemas, pero digamos que su ayuda debe ser... discreta.

—¿Y cómo iba a poder ayudarme este bomboncito? —preguntó, acercándose a ella mucho, mucho más de lo necesario. Leo puso los ojos en blanco.

Ella se sintió amenazada. Le temblaba hasta el último músculo del cuerpo y de nuevo la embargó todo aquello que la hacía sentir Byron años atrás; el terror, la incertidumbre, la curiosidad, el desconcierto...

Byron... Una sonrisa se dibujó en su rostro. Debía enfrentarse a sus miedos para ser la mujer que quería ser. Y después de todo, seguía llevando con ella la bolsa de pañales. Metió la mano y sacó la pistola. Con rapidez la apoyó en el estómago del gigante; un estómago que se adivinaba muy trabajado en el gimnasio.

Leo gritó:

—¡Por Dios, Candy!

—¿Qué sabes hacer? —preguntó Chack sin inmutarse.

—Contabilidad —contestó ella.

—Me gusta tu estilo, estás contratada. Empiezas... —fijó la vista en la mesa—,

¡ya! Empiezas ya.

—De acuerdo —contestó ella.

—Deberías comprarte accesorios más actuales. Ese bolso parece una cosa de esas que llevan las madres —se quejó.

—Lo es —repuso, dejándolo en el suelo.

—¿Lo es?

Ella se dio la vuelta y colocó las manos en sus caderas.

—Tuve un hijo de un comanche hace un par de meses. Mi padre es un terrateniente racista que casi lo mata antes de saber que esperaba un hijo suyo. Él me dejó porque yo... bueno, porque yo intervine en la paliza y después me casé con el capataz de mi padre, que es un hijo de puta. Después tuve que huir porque, de no haberlo hecho, habría matado a mi pequeño, que es idéntico a su padre. Ahora todos creen que estoy muerta y es lo mejor. No tengo papeles ni dinero y solo me quedan mi hijo, mi primo Lester y Leo.

Chack miró a Leo con dureza.

—¿Lester? ¿En serio? Tú no escarmientas ¿eh?

Ella tuvo que parpadear varias veces para evitar que le cayeran las lágrimas. Decirlo todo así fue como una catarsis. Y lo más curioso era que, de todas las barbaridades que le contó, lo único que llamó la atención del gigante era que Leo seguía enredado con Lester. Era evidente que resultaba un amigo leal; un buen aliado. ¡Y peligroso! Justo lo que necesitaba.

—¿Hay algún problema? —se atrevió a preguntar.

—Que hace cinco minutos que te he dicho que estabas contratada y todavía no he visto que te pusieras al tajo. No me gustan los que pierden el tiempo.

Le recordó a un oso gruñón. Le gustaba. Se sentó con rapidez y empezó a recoger papeles y a clasificarlos.

—Saldré a comprarte una calculadora nueva —le informó Chack.

—Si quieres... Pero no corre prisa, en el ordenador hay calculadora y tu wifi va de maravilla.

—Voy a contar a los chicos que has llegado. Si alguno te molesta saca la cosita que has usado contra mí y te dejarán en paz. Pero procura no matar a ninguno si no es estrictamente necesario. La sangre no sale bien de este pavimento.

—Solo algo más...—insistió ella.

—Tranquila, te pagaré en efectivo. No te harás rica, pero seré justo.

—Yo no puedo salir en ese programa de televisión.

—Para eso aún falta mucho.

Leo se acercó a ella y le dio un beso en la coronilla.

—Todo va a salir bien. Te dejo mi coche, Chack me llevará a casa.

Ella sonrió y sacó el móvil para llamar a su vecina Ralit, que se quedó cuidando del bebé. Tras asegurarse de que estaba bien, se puso manos a la obra. De verdad que trabajo no le faltaba y, por fin, después de tanto tiempo, iba a ser útil, casi necesaria. Era una sensación muy reconfortante. Por primera vez creyó que, de veras, podría lograrlo.

Byron

Nat observaba con preocupación la lucha entre el caballo y el hombre. Uno por mantener su independencia, el otro por someterlo. Pero en el proceso Byron se dejaba la piel, se arriesgaba al límite.

Pronto se celebraría el Houston Livestock ton Show and Rodeo y ellos participarían con algunos caballos en el espectáculo ecuestre. Se encaramó al listón superior y se sentó en él para vigilar el entrenamiento. Doble M. se acercó por detrás del cercado.

—Puedes relajarte, es muy bueno, no se va a caer —le dijo, apoyándose en la valla.

—Parece que esté tratando de desafiar las leyes de la gravedad.

—Afronta el dolor a su manera.

—¿Por qué no lleva montura? Sería más seguro.

—Es un show en el que emula a sus antepasados. Se vestirá como Quana Parker en alguna batalla, para finalmente firmar la paz con George, que irá vestido de sí mismo hace doscientos años.

—En parte también es un homenaje a sus bisabuelos.

—Sí, lo es. Nos dejará.

—¿Qué? —Giró la cara con preocupación para fijar la mirada en Doble M.

—Byron nos dejará. No creo que aguante mucho más tiempo aquí, con todo lo que ha pasado y viendo a Dustin pasearse por el pueblo con impunidad. O se va o lo mata.

—Tiene que dejar que George termine lo que ha empezado.

—Eso dice mi marido, pero yo lo conozco y sé que si sigue aquí hará alguna locura. Después del festival desaparecerá en silencio.

—Lo echaré de menos, pero tal vez sea lo mejor.

Los alrededores del NRG Stadium estaban repletos de gente. Casi se chocaban al caminar. Desde donde estaban se veía una noria gigante y olía a perritos calientes y salsa barbacoa. Candy estaba muy delgada, solía alimentarse de ensaladas y fruta con alguna que otra carne a la plancha. Le gustaba cuidar su alimentación, al menos lo haría mientras diera de mamar al bebé.

Chack se había nombrado custodio del niño mientras estuvieran en el rodeo, decía que él era el más grande y, por tanto, el que mejor podía protegerlo. Leo insistió en que la pistola se quedaba en casa, no quería incidentes con tanta gente alrededor.

—¿No te resulta gracioso ver a un tipo tan grande con un niño tan pequeño? —le preguntó Leo.

—La verdad es que son una pareja muy graciosa.

—Sabes que lo tienes comiendo de la palma de tu mano ¿verdad? —le susurró al oído.

—Vamos, no exageres, apenas hace un par de semanas que me conoce. Además, sabes bien mi objetivo. En cuanto sea quien quiero ser, buscaré al padre de mi hijo y le mostraré en quién me he convertido. Y si todavía me quiere, lo intentaré con él.

—¿Y si eres tú la que ya no le quiere? Puede que también él haya cambiado.

—No digas tonterías. Le amo más que nunca. Ahora sé apreciar todo lo que hizo... y lo que no hizo también. Sé por qué me dejó ir. Tenía más fe en mí que yo misma. Esperaba tanto... No se lo pude dar, pero ahora sí. Ahora se lo daré todo.

—Me gusta verte tan optimista.

—¿Y sabes qué? Presiento que se acerca el momento.

Antes del espectáculo se pararon a hacer algunas compras. Ella se hizo con un sombrero de cowboy rosa y al pequeño, que Chack llevaba al pecho en una mochila, le colocó un pañuelo rojo que contrastaba de forma espectacular con su negrísimo cabello.

Luego se dirigieron a sus asientos y escucharon los atronadores altavoces. De pronto... «Desde el rancho La Rosa de Wellstone, una lucha entre enemigos que serán hermanos para siempre. Les presento a Byron Savage y George Hansen y su espectáculo».

Pensó que le iba a explotar el corazón. Tomó la mano de Leo y comenzó a apretarla.

—Tú lo sabías... —lo acusó.

—Y tú también, vienen todos los años.

—Pero no pensé que lo hicieran esta vez, con todo lo que está pasando.

—Y yo qué sé, pregúntale a Lester. O mejor, tranquilízate y disfruta del espectáculo.

—No. Tenemos que irnos antes de que me vea, no es así como debe enterarse.

—Hizo amago de levantarse, pero Leo la volvió a sentar.

—¿Tú has visto al gigantón que lleva a tu hijo? Si nos levantamos ahora sí que se va a dar cuenta, estamos en las primeras filas. Lester nos ha conseguido los mejores asientos.

—Dios mío, Dios mío... soy una idiota.

—Deja de lamentarte y disfruta de las vistas. Tu hombre está muy guapo así vestido, o desvestido más bien. —Lo fulminó con la mirada y le dio un puñetazo en el brazo.

—¿Qué pasa, chicos? —preguntó Chack.

—Nada. A Candy, que le gustan las vistas. Ya sabes que tiene debilidad por los indios.

—Eres un alcornoque, Leo.

Leo rio con ganas.

—Sé que te prometí no volver a reírme de tus expresiones, pero es que son tan graciosas.

Ella ya no le escuchaba. El caballo blanco y negro, sin montura, de Byron estaba en la tierra y él hacia piruetas, subiendo y bajando, apenas agarrado a las crines.

El baile era espectacular. Retuvo la respiración por más tiempo del aconsejado, sufriendo por la posible caída, y a la vez disfrutando de los ágiles movimientos y la complicidad entre caballo y hombre.

—Como no respires, te vas a ahogar. Te estás poniendo morada.

—No puedo seguir mirándolo. Mi corazón... No lo resisto, Leo. De verdad, tenemos que irnos —le suplicó cuando las lágrimas inundaron su cara.

El público mantuvo el más respetuoso silencio, hasta que la salida de George les hizo prorrumpir en aplausos. Todos desviaron su mirada hacia él, todos menos ella, que seguía con la vista fija en Byron.

Una oleada de pánico se apoderó de sus sentidos al darse cuenta de que él dirigía su mirada hacia ella. Sabía que con el sombrero, aquella vestimenta y las gafas nadie de su antigua vida la reconocería, pero Byron no era cualquiera. Sus instintos eran más pronunciados que los de la mayoría.

Sintió los ojos negros y electrizantes clavarse en ella. Y no fue asombro lo que leyó en ellos, se parecía más al alivio.

Todo pasó en un segundo. En el momento en que se cruzaron sus miradas, a pesar de sus oscuras gafas de sol, Byron, que estaba encima del caballo haciendo que el público saludara, no tardó ni un parpadeo en bajar de un salto y colarse entre el gentío en dirección a ella.

A ella le latía el corazón de forma desbocada, no pensó; reaccionó. Recuperó a su hijo de los brazos del grandullón y echó a correr.

—¡No dejes que se me acerque! —gritó a un confuso Chack.

Leo la sujetó de la mano y la guio entre la multitud hacia la salida más cercana.

La gente jaleaba pensando que todo aquello formaba parte del espectáculo.

—Hasta aquí has llegado —le dijo el rubio al indio, que pretendía pasar por delante de él para alcanzarla.

—Apártate de mi camino —rugió Byron, propinándole un empujón que no movió ni un centímetro.

Byron vio cómo el motero sonreía y se cruzaba de brazos; unos brazos del tamaño de un rinoceronte. La patada que lanzó entre sus piernas no la esperaba, pero le hizo caer de rodillas, momento que él aprovechó para seguir su infernal carrera.

Alguien dijo algo por los altavoces, el público aplaudió la actuación, los sanitarios atendieron al gigante y George inició su exhibición sabiendo que Byron no regresaría a la pista, aunque lo que no sabía era el motivo de esa huida sin control.

Él llegó a la salida, una multitud paseaba por los alrededores comprando dulces y perritos calientes. Vio varios grupos que se escondían para beber cerveza y divisó familias que participaban en los juegos de las casetas, pero no localizó a Candy, ella había desaparecido.

Notó una mano enorme posarse en su hombro, con poca delicadeza. Y lo siguiente que experimentó fue la sacudida del dolor en la mandíbula y estrellas flotando a su alrededor.

George tiró una bolsa con guisantes congelados justo en la hinchazón surgida a un lado de la cara del indio.

—¡Eh, ten cuidado! —se quejó el agredido.

Byron estaba sentado en el sofá del salón de su casa, la pequeña casa que

construyó con sus propias manos, en la propiedad de los padres de su amigo. Nat y él lo llevaron allí después de que un gigantón rubio y vestido de motero lo dejara caer a sus pies, inconsciente. El hombre decía que el indio intentó perseguir a una de sus trabajadoras, y que fue mejor para él así, porque si lo hubiera pillado ella, no habría dudado en pegarle un tiro. Al parecer, la chica, según opinaba el motero, tenía muy mal pronto.

—Estoy harto de todo esto. Nat, intenta razonar con él, yo ya no puedo —se rindió, dejándose caer en el sillón de al lado.

—Byron —intervino su esposa—, no puedo imaginar por lo que estás pasando, sin embargo... Mira —cambió el hilo de sus pensamientos—, sé que lo que voy a decir es muy duro, pero incluso con ella muerta, cada vez que tratas de acercarte, recibes una paliza.

—Nat, no tienes ni idea —se enfadó Byron, a la vez que tiraba la bolsa congelada al suelo y se levantaba para alejarse de sus amigos.

—No pretendía ser cruel —lo retuvo ella—. Estoy preocupada. No sabemos qué habría podido pasar si no hubiera mediado alguien de la organización para hacer entrar en razón al gigante ese. —Él se deshizo de la mano que intentaba detenerlo de un tirón.

—Me gustaría quedarme solo.

—Byron... —masculló el ranger.

—Era ella, George. No tengo ninguna duda. Si realmente fueras mi amigo, me ayudarías a buscarla, en vez de tratarme como a un demente.

—No te estamos tratando como a un demente —se quejó Nat.

—No siempre tienes razón, pelirroja. Y ahora, largo. O mejor, me voy yo, al fin y al cabo, esta es vuestra casa.

—¡No seas gilipollas, Byron! —le gritó él.

Byron salió dando un portazo.

—¿Y si está en lo cierto? Esa es muy capaz de haber orquestado su propia muerte para volverlo loco —le defendió Nat.

—No seas absurda. Ella no se llevaría a su hijo... —Se calló al darse cuenta de las implicaciones que tenía esa frase.

La historia de ellos dos no había sido fácil. Algunas cosas era mejor no recordarlas. Se acercó a su esposa y la abrazó. Por la forma en que la vio apretar la boca, se dio cuenta de que estuvo a punto de meter la pata.

—Además, ¿te imaginas a Candy trabajando en el taller de un motero? ¿Una Candy agresiva, capaz de pegar un tiro a alguien? —Se rio bajito.

Nat se dejó abrazar, aún un tanto molesta, pensando en Candy, en la Candy que ella conocía; la arpía, la que George nunca había visto, la que jamás había reconocido. El que mejor la conocía era Byron. ¿Y si estaba en lo cierto?

—Voy a intentar hablar con él —insistió con George.

—Te quiero, ¿lo sabes? —declaró él, dándole un tierno beso en los labios.

Ella asintió y salió a buscar al indio. Lo encontró sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol, mirando al infinito. Se acercó y extendió la mano en la que llevaba una tarjeta.

—¿Qué es eso? —quiso saber él.

—Conseguí que el gigante rubio me diera la dirección de su taller. Si tan seguro estás de que era ella, puedes ir a buscarla.

Byron cogió el trozo de cartón como si le quemara y no se movió.

—¿No era esto lo que querías?

—Supongo.

—¿Supones?

—¿Y si estáis en lo cierto? ¿Y si descubro que no es ella? ¿Y si realmente está muerta? Todo esto es como una puta pesadilla. Necesito que esté viva. Que estén vivos.

—No sé qué decirte que pueda hacerte sentir mejor, Byron. Pero si hay algo seguro, es que es mejor que sepas la verdad completa. Sea cual sea, y creo que tienes que verlo con tus propios ojos.

—Gracias, eso es lo que voy a hacer. —No dijo nada más. Se levantó, la abrazó y se fue a por el jeep.

—Eres consciente de que el rubio puede matarte ¿verdad? —le gritó Nat.

—Ya estoy muerto, pelirroja. En este momento, ya estoy muerto.

A ella se le doblaron las piernas y se juró que, si la rubia estaba viva, ella misma la mataría lentamente, provocándole mucho dolor.

Byron se dirigió a la propiedad de Jack Shaw. Llegó hasta la zona del cementerio familiar y se bajó del todoterreno. Aquella era la mejor idea de Nat en mucho tiempo, pero necesitaba ver por sí mismo lo que había, o no, en esas tumbas.

Quería creer que la mujer que huyó de él en el show era Candance, su corazón se lo susurraba con cada latido, su cuerpo entero lo gritaba, pero esas tumbas decían lo contrario. Esas tumbas y el resto del mundo.

Tendría que haber hecho aquello mucho antes. Llegado a ese punto, lo único

que sabía era que, si ellos estaban allí, averiguaría qué tenían que ver Jack y Dustin en el asunto y se lo haría pagar.

No le importaban las consecuencias, pagarían con su propia sangre la derramada por su hijo y su... mujer. No era su esposa, pero sí su mujer. Fue suya desde aquel ridículo beso en medio del barro.

Se lo dijo. Tanto ella como Nat pensaron que era un machista, que se estaba pavoneando, pero la realidad era que solo estaba constatando un hecho. Así lo sintió él. Desde el momento en que la tocó se metió bajo su piel. Ella lo engulló y se lo tragó. No tenía otra forma de expresar lo que sintió en ese instante. Todo había explotado a su alrededor, convirtiéndolo en un hombre con una única misión en la vida: hacer feliz a esa mujer.

Pero no supo. Fue un idiota, lo hizo todo mal y la perdió. Quizá para siempre.

No, no podía creer eso. No se lo iba a permitir. Pero, a la vez... lo tenía ante sus ojos.

Por fin clavó la pala que sacó de la parte trasera del jeep. Una porción de tierra cedió ante el movimiento haciendo que su corazón temblara, no por el esfuerzo, sino por el miedo.

El sudor le caía por la frente y empapaba la camiseta. Parecía como si una piraña se hubiera instalado en sus entrañas y se entretuviera mordiendo aquí y allá. De vez en cuando le dejaba sin respiración, pero algo le hacía continuar. Llegó a los dos metros y la pala tocó algo duro. Se dejó caer en el hueco que había hecho y retiró parte de la tierra con sus propias manos. Unas manos que le temblaban de forma incontrolada. Con la pala dio un golpe en el gozne de la cerradura, y esta saltó con rapidez.

Necesitó un minuto para serenarse. Se secó las manos en los sucios vaqueros y adoptó la postura necesaria para abrir la caja sin tener que salir del agujero. La puerta cedió, no sin esfuerzo. Por fin se atrevió a mirar dentro.

El alivio inundó su ser. La sangre le corría más rápido que nunca. Allí no había nada. Solo vacío. Se rio como un demente a la vez que las lágrimas corrían libremente por su rostro. Se subió encima de la madera y gritó, aulló y continuó riendo.

Con fuerzas renovadas, se plantó delante de la tumba de Candy y comenzó a palear. Un montón de pensamientos incoherentes pasaron por su mente a la velocidad de la luz. Las posibilidades eran infinitas. Podrían haber inventado lo del niño para torturarlo aún más, o puede que fuera una elucubración para justificar la muerte de Candance, asegurándose que nadie investigaría algo así.

Pero había tantos implicados; Magui, Lester, el médico que la atendió...

Ni siquiera se atrevía a creer que él pudiera tener razón y que la chica del rodeo fuera...

Y si fuera ella, y si... Mientras seguía separando la tierra maldita, sentía que se le dormían los brazos. Tenía la boca seca, el corazón latiendo a toda velocidad y empezaba a marearse. Nada de todo aquello era por el esfuerzo.

El torrente de adrenalina que inundaba sus venas lo convertía en otro hombre. Un hombre fuerte y poderoso. Ya no era el tembloroso y aterrado Byron que pensó que podía estar desenterrando a su hijo, era un hombre que, más que nunca, creía en sí mismo, en Candace y en lo que vio. Y a la vez, el hombre más asustado del mundo.

Cuando tocó la madera algo se rompió en su interior. De nuevo comenzó a llorar como un niño, no quería abrir y encontrarla. Le habría gustado poder quedarse así para siempre, con la esperanza intacta. Siabría y ella estaba allí... Sacudió la cabeza, intentado eliminar ese pensamiento de su mente, que en aquel momento sentía enferma.

Esa vez retiró la tierra por completo y abrió despacio la tapa que lo separaba de la verdad. Un escalofrío le recorrió la espalda en el momento de hacerlo. La tensión se disipó por completo en cuanto vio lo que había dentro. Nada. La nada más absoluta.

Byron se dejó caer de rodillas en la tierra y comenzó a llorar de puro alivio.

—¡Bien hecho, princesa! Bien hecho —gritó después.

Escapó de todo y de todos, incluso de él, pero iba a encontrarla y a demostrarle que merecían estar juntos. Se la ganaría, nunca volvería a dudar de ella. La conquistaría desde cero. Iba a dejarlo todo y a seguirla. Incluso aunque no lo quisiera como hombre, estaría a su lado como amigo. Renunciaría a todo por ella.

Continuó llorando durante un tiempo que no supo cuantificar, antes de darse cuenta de que debía dejarlo todo como estaba. No podía destapar su secreto antes de encontrarla y hablar con ella. Necesitaba saber cuál era su plan y si él estaba incluido en el mismo.

Y mientras lo hacía pensó en que su mayor temor, el de que Candy fuese capaz de volver a hacerle daño a él, o incluso a sus propios hijos si los tenían, presionada por su familia, ya no existía. No solo no hizo daño a su hijo, sino que lo protegió de Jack y de Dustin haciéndoles creer a todos que ambos estaban muertos. Simplemente brillante. Ella lo cogió de brazos del motero y huyó con él

a cuestras, acompañada de otro tipo.

Cuando comprobó que todo estaba tal y como lo encontró a su llegada, se subió al vehículo y puso rumbo a Houston.

Ángel

—Vamos a ver, Ray, de la frase «unas cervezas con los colegas no son un gasto imputable a la empresa», ¿qué es exactamente lo que no entiendes?

Candy trataba de razonar con uno de los mecánicos del taller, un tipo calvo con una larga barba roja y una tripa que le impedía subirse los pantalones hasta donde sería deseable para el resto de los humanos, castigados a divisar sus partes más íntimas cada vez que no les quedaba más remedio que estar cerca de él.

—Y yo que sé. El jefe lo hace —se excusó él.

—Eres un cabrón chivato. En la cárcel no durarías ni dos minutos —le contestó Chack.

—Tío, tiene una pistola y le has enseñado a disparar. ¿Qué quieres que haga?

—Aún no sé disparar bien, apenas llevo practicando unos días, llorón —le recriminó ella.

—Y eso es mucho peor —se quejó de nuevo Ray.

—No cambies de tema. Dame los veinte pavos que son de la caja, no tuyos.

Ray se metió la mano en el bolsillo, sacó un montón de billetes arrugados y los dejó encima del escritorio de la joven.

Ella los cogió todos.

—¡Eh! Ahí van más de veinte.

—Es la multa. A partir de ahora pagaréis por los excesos.

Chack dejó la llave con la que estaba trabajando en su nuevo proyecto de moto y se acercó a la mesa. Cogió todos los billetes que ella tenía en la mano, le devolvió uno de veinte y el resto se los entregó al desolado Ray.

—Ve a hacer algo productivo, Ray —le ordenó, dejando claro que quería quedarse a solas con la rubia.

El mecánico le lanzó una mirada de advertencia y ella le enseñó el dedo

corazón. Un dedo que ya no era el cuidado y precioso de antaño. Las uñas, antes perfectamente esculpidas, eran un fiel reflejo de sus nervios y tareas diarias. Las llevaba muy cortas, sin pintar y en algunas zonas mostraban las marcas de sus dientes.

Chack enganchó la mano que tenía en alto con la suya y se la miró. Acarició con la punta de sus grandes dedos los nudillos de ella.

—Deberías ir a un sitio de esos a los que van las mujeres a relajarse, pintarse las uñas y esas cosas... —Ella pensó que nunca más iría a ningún lugar semejante si podía evitarlo.

—Y tú deberías dejar de sobarme y meterte en tus propios asuntos. ¿O quieres que te denuncie por acoso? —le amenazó.

Él la soltó en el acto y la miró con dolor y sorpresa. Candy se arrepintió en el acto.

—Lo siento, Chack —declaró.

—¿Vas a decirme qué te pasa? ¿El tipo de ayer era el padre del niño? —se decidió a preguntarle al fin.

Ella no contestó, pero apretó los labios y cerró con fuerza los ojos, lo que le dio a Chack la respuesta que, por otro lado, ya suponía.

Ambos dejaron de hablar y levantaron la cabeza hacia la ventana que comunicaba el despacho con el exterior del edificio. Un viejo todoterreno, bien conocido por ella, aparcaba frente a este.

A Byron le estaba pasando factura su osadía. En ese momento no estaba seguro de que lo planeado fuera una gran idea, lo más probable era que ella lo mandara a la mierda y lo tendría bien merecido. La abandonó en el peor momento de su vida. Él decidió dejarla sola cuando Candy le pidió ayuda para ser más fuerte, y lo hizo porque no confiaba en ella lo suficiente. No creyó en ella. Se convenció de que le estaba dando la oportunidad de decidir qué hacer con su vida, pero en realidad la estaba dejando sin opciones.

Sin opciones y embarazada en medio de una guerra de poder. Y sola. Completamente sola. Pero ella luchó y sacó adelante a su hijo, dejando atrás todo lo que era. Dejándose atrás a ella misma. Y a él.

Al pisar el duro suelo de asfalto sintió que le temblaban las piernas. Luego se aclaró la garganta varias veces para asegurarse de que le saldría la voz delante de ella.

Divisó varias puertas metálicas levantadas y una gran ventana. Sus ojos se perdieron allí. La imagen que le atormentaba en sueños estaba delante de él. Le

miraba con los ojos muy abiertos, húmedos y expectantes. Su pecho subía y bajaba a gran velocidad, sus carnosos labios de color rosa estaban entreabiertos, y su naricilla respingona aleteaba intentando introducir aire. Lo estaba mirando. También ella estaba nerviosa. Se retorció las manos, enganchadas entre sí. Estaba de pie, detrás de lo que parecía un mostrador o una mesa y su lado el gigante rubio se preparaba para atacar.

Candy le puso una mano en el brazo y le dieron ganas de despedazarlo, pero se contuvo y se limitó a mirarlo de forma que entendiera a las claras que debía desaparecer de la escena. Ella se acercó para susurrarle algo, demasiado cerca para que él no acelerara el paso. Pero no estaba muerta, aunque eso ya lo sabía, lo supo casi desde el principio y en el camino hacia Houston lo asimiló.

En esos momentos lo único importante era que debía convencerla de que intentarían ser una pareja normal, lejos de Wellstone, lejos de su familia. Haría cualquier cosa que ella le pidiera. Y quitaría del medio cualquier obstáculo, por grande y rubio que fuera. ¿Dónde había quedado su intención de dejarle espacio? ¿De ser solo su amigo si ella así lo quería?

Candy pensó que estaba guapísimo, sucio pero guapísimo. Llevaba un pantalón de esos militares con muchos bolsillos y una camiseta negra con algún dibujo que no se distinguía bajo el montón de arena y barro que lo manchaba. Por lo que pudo distinguir, las perneras y las botas lucían igual. Su antaño largo y negrísimo cabello reposaba sobre sus hombros de forma descuidada y sus ojos enrojecidos brillaban sobre unas ojeras muy marcadas.

Lo conocía lo suficiente como para saber que había sufrido por ellos, por su supuesta pérdida, pero se le veía tan sereno que daba miedo.

Empezaba a arrepentirse de haber ordenado a su jefe que se fuera del taller y se llevara a su colega para dejarlos a solas. Estaba tentada a llamarlo cuando vio dos motos que pasaban demasiado cerca de Byron. Tanto, que tuvo que dar un paso atrás para que no se lo llevaran por delante, pero en ningún momento dejó de mirarla fijamente, con esos negrísimos ojos acusadores. Estaba sola. Completamente sola con él, que de nuevo se acercaba. Sus viejos instintos se hicieron cargo de la situación.

Caminó hacia atrás y, antes de darse cuenta de lo que hacía, se encontró corriendo hacia la parte de atrás del viejo taller. No podía hablar con él, aún no estaba preparada. Huiría, cogería a su hijo y se escondería en otro lugar.

Byron no sabía si sorprenderse o gritarle. Cómo era posible que saliera corriendo. Pero estaba bien, él sabía jugar a eso. Se encaramó a la ventana y

saltó dentro del recinto.

—Para ya, Candance. ¡Sal! —No podía ver dónde se había escondido.

—¡No! ¡No quiero verte, no quiero hablar contigo! —le gritó ella.

—¿Puedes imaginar lo que me has hecho pasar? ¡Pensé que habías muerto, joder!

—¿Lo que yo te he hecho pasar a ti? —Por fin la vio salir de su escondite, detrás de una enorme moto.

La rabia que emanaba de sus ojos era semejante a la de aquella vez que le amenazó con un cuchillo, hacía ya tanto tiempo.

Una lata salió volando desde la moto hacia él. Tuvo que agacharse para esquivarla, pero siguió avanzando. Ella se movió un poco hacia la izquierda para intentar huir y él le tapó esa salida. Candy recogió una llave inglesa del suelo y se la tiró, haciéndolo retroceder.

—Princesa, con eso podrías matarme. —Se recuperó para avanzar de nuevo hacia ella.

—Es lo que quiero, capullo. Me abandonaste. Me dejaste tirada. Me hiciste creer en tu amor para después dejarme sola, a la deriva y marcada para los míos. ¿Sabes por todo lo que pasé? ¿Acaso imaginas lo que me hicieron? ¿Puedes llegar a hacerte una idea de cómo me trataron? —Ella dio la vuelta a la moto hasta ponerse frente a él, pero fuera de su alcance.

—Puedo. La frase «te tengo en mi piel», en mi caso es literal. Mi espalda así lo verifica. —Dio un paso largo hacia ella.

—Sabes que no quería hacerlo. Pero lo hacía yo o lo hacían ellos, y la opción «ellos» habría sido mucho peor, ¿no lo entiendes? —Salió corriendo hacia el otro lado del almacén, donde se atrincheró detrás de un viejo y raído sofá.

—¿Y tú no te das cuenta de que lo que más me dolía no era la piel? —le contesto él, saliendo tras ella hasta situarse en la parte opuesta del sofá.

—Iban a matarte, ¡idiota! —Intentó huir por la derecha, pero él fue en esa misma dirección, obligándola a girar de forma brusca para evitar ser atrapada.

—¿Me estabas protegiendo? ¿Es eso lo que quieres creer?

—¡Es la verdad! Intenté decírtelo, pero solo me usaste para después echarme de tu lado. ¡Y yo te quería, imbécil, egoísta, engreído! —Agarró un cojín del sofá y se lo tiró, para distraerlo e intentar zafarse.

De nuevo le cortó el paso.

—Vamos, princesa —la animó—, puedes hacerlo mucho mejor.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Que te jodan! —le gritó, arrojándole lo primero que

alcanzó con su mano, que resultó ser una lámpara de mesa.

Él se agachó de nuevo para esquivarla y saltó por encima del sofá para apresarla.

—¡Vete! ¡Aléjate de mí! —le gritó, dirigiéndose hacia el otro extremo de la nave y sorteando a su paso varias motos.

—Nunca más, princesa. Nunca más. —Ella corrió hacia la puerta.

Él saltó por encima de uno de los vehículos, tirándolo y cayéndose en el intento. Pero se recuperó con rapidez y le dio tiempo a sujetarla del tobillo. Candy rodó por el suelo también, así que aprovechó para ponerse encima e inmovilizarla con su cuerpo.

Byron sintió el cuchillo comanche en las costillas y una enorme sonrisa se instaló en su boca.

—Ahora recuerdo cuánto te ponen las navajas.

Cubrió su boca con ímpetu. Hacía casi un año que no la probaba y sintió que todo él se derramaba en ella. Su alma se había quedado atrapada dentro de esa mujer. Tan solo deseaba estar junto a ella, en ella, con ella. Ella era todo su mundo, toda su vida.

Sus labios estaban pegados, pero ninguno se movía. Candy sentía las manos de Byron sujetando su cabeza, el pecho de él contra sus senos y una pierna metida entre las suyas, obligándola a abrirse a él. Pero pasaron los minutos, o quizá fueron segundos y aún no se movía, a pesar de que estaban completamente enlazados. Él no la tocaba, solo la provocaba para que ella tomara la iniciativa. Con él siempre era así, la azuzaba, la llevaba hasta el límite y luego la dejaba a la deriva para que decidiese sola.

Y actuó. Fue puro instinto. Algo animal, sin previo aviso ni planificación. Tan solo hizo lo que su cuerpo le pedía. No pensó en el después, ni en las consecuencias, ni en todas esas cosas que quedaban por decir.

Tiró el cuchillo, le agarró el pelo en ambos puños y, ayudándose de un golpe de cadera, se dio la vuelta hasta quedar encima de él. Moviéndolo su lengua como una salvaje, la enredó en la de él, le chupó los labios, los mordió y después los calmó lamiéndolos, solo para volver a introducir la lengua y luchar con la de él, a la vez que movía las caderas buscando una liberación que solo él le había proporcionado.

Las manos de Byron volaron hasta su culo, apretándose y guiando sus movimientos. La frotaba contra sí y le seguía el juego. Le subió los dedos por las costillas levantando la camiseta a su paso y buscando el pecho que tanto ansiaba

probar.

Ella detuvo el movimiento y, apresándole las muñecas, se las subió por encima de la cabeza.

—No puedo hacer esto si vas a volver a abandonarme y hay algo de lo que aún no hemos hablado... Algo que ignoras... —susurró ella contra sus labios.

—Sé que el hijo que tuviste, que tampoco murió, es mío —confesó él.

Ella se quedó paralizada, su corazón se saltó varios latidos.

—¡Oh, Dios! Yo... Iba a decírtelo, te lo juro, pero primero tenía que... —Él le robó un beso, acallando sus palabras.

—Has hecho lo que tenías que hacer para protegerlo de tu familia y te admiro por ello. Y me detesto por no haber creído en ti.

—No puedes hablar en serio —se quejó ella.

Él se soltó de su agarre para acariciarle el rostro y se dio la vuelta hasta quedar encima de ella.

—No quise creer que habías muerto. Luché contra George y contra todo el que me decía que era así. Fui al lugar en el que se suponía que te habían enterrado y Dustin se ocupó de decirme que el niño era mi bastardo. Y quise morir por no haberte llevado conmigo. No te protegí. Ni a ti, ni a mi hijo. Hice justo aquello de lo que te acusé a ti.

—No. No lo sabías, no podías saberlo. Pero la verdad es que, en ese momento, te odié. Más que a nada en el mundo. Y con cada... —Apenas podía pronunciar las palabras que describían sus encuentros con Dustin.

Byron la tranquilizó rozándole con sus labios los párpados, los pómulos, la comisura de la boca, bebiendo las lágrimas que surcaban su rostro.

—Con cada ataque de Dustin, te despreciaba más. A ti, a George, a la pelirroja, a todo el maldito pueblo... Intenté ser como mi madre, hacer lo que ella habría hecho, pero no pude. —Respiró profundamente antes de continuar—. Todo cambió en el momento en que vi tus rasgos en mi hijo. Entonces entendí que Dustin lo mataría y Jack lo apoyaría y supe qué era lo que habías sentido; entendí lo que me dijiste... Que no me merecía tu vida, que no me la había ganado.

—Dije muchas gilipolleces. Me arrepiento de todas. Solo dime algo, ¿es muy tarde para comenzar desde el principio? Tú, nuestro hijo y yo.

—No puedo volver a Wellstone. No quiero que se críe en medio de una guerra. No quiero que conozca el odio y el desprecio.

—Si se parece tanto a mí como dices, no vas a poder evitarlo. Ya te dije una

vez que racistas intolerantes hay en todas partes.

—Pero no quiero que viva el odio de su propia familia.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Lo de fingir nuestras muertes? —Él asintió con la cabeza.

—Me ayudaron Lester y Magui. Y por supuesto, el viejo doctor.

—¿Lester? —dudó él.

—Sí, él ha sufrido la ira y los prejuicios tanto como yo. No le juzgues, por favor.

—No le juzgo. He vivido sus insultos y golpes en primera persona, igual que los de Dustin.

—No puedes compararlo, Byron. No es lo mismo...

—Está bien, no vamos a discutir por tu primo. Lo importante es que te ayudó, solo por eso puedo... olvidar. ¿Y ahora? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Un amigo de Lester, se llama Leo. Me ha dado un hogar, se ocupa de la parte médica de nuestro pequeño y me encontró este trabajo.

—¿Vives con un hombre?

—Sí. Y es un hombre maravilloso.

Sintió cómo todo el cuerpo de Byron se tensaba a pesar de que seguía acariciándola con ternura, mientras ella se aferraba a su camiseta con los puños crispados.

—¿Y dónde vivís tú y tu superhéroe?

—En su casa, aquí en Houston. En Montrose.

—¿Tu amigo juega en el otro bando?

—¡Por Dios! Si me estás preguntando si es homosexual, sí lo es. ¿Algún problema?

—Todo lo contrario. Me encanta la idea. Un momento... entonces Lester...

—Un tipo gay puede ser amigo de un tipo hetero ¿sabes?

—Un tipo cualquiera sí, Lester no.

—Es complicado. —Él asintió.

—Buscaré trabajo aquí, iremos poco a poco. Dejaremos atrás el pasado y nos conoceremos de nuevo. ¿Te parece bien? —sugirió él, cambiando de tema.

Sin proponérselo, la mano con la que estaba acariciándole el tierno vientre, aún algo abultado, bajó hasta introducirse por su pantalón. Ella dio un respingo al notar sus dedos enredándose en el vello de su pubis por debajo de la ropa interior. Le facilitó el acceso desabrochando el pantalón y levantando un poco la cadera.

—Será como si acabáramos de conocernos —insistió Byron.

—Yo no hago estas cosas con hombres que acabo de conocer. —Los dedos de él se movieron hasta el centro de su deseo, hinchado y dispuesto para el asalto.

—¿Y qué me dices del gigante rubio?

—¿Quién? —susurró ella, demasiado concentrada en su propio placer para siquiera saber qué le estaba preguntando.

—El tipo que estaba aquí cuando he llegado. El que estaba contigo en el rodeo.

—Es mi jefe y mi amigo. Me ha ayudado desde que estoy en Houston. —Él aceleró el ritmo del movimiento de sus dedos y ella le mordió el hombro intentando no gritar.

—Córrete en mi mano —le ordenó. Tardó un segundo en seguir la indicación. La liberación fue tan fuerte que sus dientes quedaron marcados en la piel de Byron, incluso a través de la camiseta.

Fueron apenas unos segundos en los que el placer cubrió su cuerpo por completo y nubló su mente hasta la extenuación.

Cuando todo acabó, Byron movió las manos hacia su vientre y continuó allí con las caricias.

—¿Cómo fue? —le preguntó.

—Umh —fue lo único que pudo contestar.

—Me refiero a tener aquí dentro a nuestro hijo... —dijo rodeando el ombligo con un dedo.

—Triste y maravilloso —repuso, alzando las manos para acariciarle el cabello.

—Lo siento.

—Lo sé.

—¿Cómo se llama?

—Aún no tiene nombre.

—¿Y a qué estás esperando? —le reprochó él con una media sonrisa.

—Supongo que a ti. —La media sonrisa se ensanchó hasta iluminar su rostro.

Ella se levantó, se arregló la ropa y fue hasta la zona del despacho. Byron la siguió, intentando colocarse la erección de forma menos dolorosa y la miró mientras sacaba el bolso de un cajón y extraía el teléfono. Quitó el bloqueo y se lo enseñó.

—Parece un ángel —declaró él.

—Los ángeles son rubios y de ojos claros —lo contradijo.

—No en mi Cielo.

—Es verdad. Le llamaremos Ángel, ¿te gusta?

—Me encanta. —La abrazó desde atrás y le besó el cuello mientras ambos contemplaban la imagen en la pantalla.

—¿Sabes? —continuó Byron—, creo que deberíamos tener una cita.

—¿Una cita?

—Como las parejas normales. Nos ponemos guapos y salimos a dar un paseo. Podemos llevar a Ángel a la feria y luego tú y yo cenamos por ahí. ¿Con quién lo dejas cuando estás trabajando?

—Con Leo.

—¿Crees que tu jefe se enfadará si te vas ya?

—Creo que agradecerá que no estemos aquí cuando vuelva. Además, es hora de cerrar. —Byron sonrió.

—Necesito ducharme y algo de ropa.

—¿Por qué estás lleno de tierra?

—Ya te lo contaré luego. Ahora quiero ver a mi hijo.

En otro lugar en el mismo momento

—¡Joder! Malcon tenía razón, el olor es insoportable —se quejó Justin.

George y el nuevo sheriff cumplían con la nueva orden de registro a la casa de Jack, que esta vez comprendía toda la propiedad. Uno de los ayudantes de Justin descubrió el terrible olor que emanaba de la vieja cabaña, que apenas se usaba ya como leñero.

Él se puso un pañuelo tapando nariz y boca.

—Prepárate para lo peor, Jus —le dijo.

—Puede ser solo un animal muerto que haya quedado atrapado —contestó este.

—Tal vez. Pero mi instinto me dice que acabamos de encontrar a Jack.

—¿Crees que Byron lo encontró antes que nosotros?

—Abre la puerta. —Ni siquiera se atrevió a contestar.

Justin dio una patada y la puerta casi se desintegró. El tufo que salió, ahora sin control, les obligó a echarse hacia atrás. Uno de los ayudantes no pudo evitar caer de rodillas y vomitar hasta la primera comida que ingirió cuando apenas era un bebé.

El sheriff se dobló sobre sí mismo e inhaló aire tapándose la nariz con el brazo. El ayudante del forense, que los acompañaba, sacó un tubito y, tras ponerse un poco bajo las fosas nasales, se lo pasó uno a uno a todos los presentes.

Él sintió cierto alivio ante el fuerte olor mentolado y fue capaz de entrar en el pequeño habitáculo. La escena era dantesca. El cadáver de un hombre, que resultaba difícil de identificar, descansaba al lado de la tétrica figura de la madre de Candy. Ella estaba maquillada y arreglada, como siempre, aunque con cierto aire tragicómico.

Se acercó a ella esperando que la muerte de ambos no tuviera nada que ver con

Byron.

—¿Crees que...? —sugirió Justin de nuevo.

—¡No! ¡Maldita sea! Por supuesto que no.

—Pero son marcas de cuchillo. Sabemos que a Byron le encantan...

—Esto lo ha hecho un psicópata y Byron no lo es. ¡No me jodas, Justin!

—George, tenemos que seguir todas las líneas de investigación.

Él tenía colocados dos dedos en la muñeca de la mujer, buscando algo de vida.

—¡Está viva! ¡Está viva! —gritó al tiempo que la alzaba en brazos y corría hacia uno de los coches.

—Y no se supone que deberíamos esperar aquí a los sanitarios y no tocar la escena...

—¡Justin! Apenas tiene algunos latidos y un soplo de aliento. Abre la puta puerta y conduce —indicó de forma autoritaria.

—¡Malcom! Tú conduces —le dijo, lanzándole las llaves del vehículo—. Yo me quedo a cargo de la investigación.

—Perfecto —resopló él, acomodándose con la mujer en el asiento trasero mientras Malcom ponía en marcha el coche.

Justin sacó el teléfono del bolsillo y marcó la tecla 1, en la que llevaba grabado el número de su mujer.

—Dime, Jus —contestó esta.

—Hola cariño, ¿sabes dónde puedo localizar a Byron?

—¿Por qué?

—Hemos encontrado a Jack, pero no puedo hablar de ello. Ya sabes, secreto sumarial y todo lo demás.

—¿Qué tiene que ver Byron con eso?

—¿Crees que es capaz de matar? —Esta vez la voz tardó unos segundos en volver a salir del aparato.

—Como tú, supongo. Depende de las circunstancias.

—Yo llevo una placa.

—Placa que no te da derecho a interrogarme.

—No te estoy interrogando, eres mi mujer y te estoy haciendo una pregunta muy simple.

—No es simple en absoluto, cariño. —Esa última palabra sonó con cierto aire despectivo.

—Vamos nena, tengo que hablar con él y créeme que será mejor que lo haga yo, a que lo haga el fiscal.

—¿Habéis encontrado a Jack muerto...? —No era exactamente una pregunta.

—María Dolores Martínez, dime, por favor, dónde está.

—Tendrás que hablar con Nat, yo no lo sé.

—¿Nat?

—Sí.

—¡Joder!

—Sí, bueno, suerte con eso.

—¿Con Nat?

—Y con lo otro.

—Cariño... —Un pitido continuo fue su respuesta.

—¡Joder! —gritó frustrado.

—¡Jefe! —lo llamó uno de sus ayudantes.

—¿Qué? —le gruñó a la cara.

—Eh... El forense dice que el tipo ha sido torturado durante algún tiempo. Parece que lo ataron a la cama y tiene muchas heridas de cuchillo. Y, según su estado, fueron hechas en diferentes días. El estado de descomposición es avanzado, por el calor y eso, pero además al tipo no le soltaban ni para hacer sus necesidades.

—¡Dios! —Fue lo único que pudo decir.

—Sí, sin duda alguien le odiaba profundamente.

Apretó la mandíbula, porque sabía de alguien que le odiaba de esa forma. Desde luego, él sería capaz de hacer lo mismo si alguien acabase con Doble M. del mismo modo que ellos hicieron con Candy.

—Tratándose de Jack, la lista de sospechosos es larga —contestó, guardándose sus miedos para sí mismo.

—Ya jefe, pero el indio...

—Solo es uno de tantos —lo interrumpió—. Empezaremos por lo más evidente, Dustin y Lester son los que más ganan con su muerte.

—Pero jefe...

—Al final, noventa de cada cien veces es por dinero —afirmó, intentando convencerse más a sí mismo que al resto, que lo miraban con recelo.

—En este caso no lo creo —afirmó el forense, que se acercó hasta él.

—Escuchadme...

—No —intervino el ayudante del fiscal—, escucha tú, Justin. El móvil de este crimen es de odio. Busca en esa línea, aunque no te guste. Aunque no sea justo. La ley es la ley.

—Y porque la ley es la ley, buscaré en todas las líneas posibles. ¿Tienes algún problema con mi forma de llevar la investigación?

—Tienes cuarenta y ocho horas antes de que intervenga —le amenazó el estirado y trajeado ayudante de la Oficina del Fiscal.

—Tengo algo que hacer. Terminad aquí e id en busca del sobrino y el yerno. Los quiero en la comisaría para interrogarlos. Si no colaboran, los arrestáis.

—¿Con qué cargos? —se atrevió a preguntar uno de los ayudantes.

—¡Me da igual! Usa la imaginación, seguro que encuentras algo.

Pagó toda su frustración con la rueda del todoterreno oficial antes de subir a él y poner rumbo al rancho de George. Hablar con la pequeña pelirroja era, casi siempre, un dolor de testículos, pero en este caso iba a ser peor, no le cabía duda. A veces se preguntaba por qué no se habría quedado trabajando como inspector en un destino más tranquilo, como su Chicago natal. De eso Doble M. tenía la culpa. Doble M., eso iba a ser otro dolor de testículos, metafórica y físicamente hablando.

No tuvo necesidad de llamar al timbre que se apoyaba en la verja, esta se abrió en cuanto el vehículo se acercó a la puerta. Siguió adentrándose por el camino asfaltado hasta llegar al desvío de entrada a la casa, lo dejó a un lado y salió. Su esposa pasó por su lado sin mirarlo siquiera, rozándolo con el hombro lo suficiente como para desestabilizarlo. Él apretó los dientes, miró hacia el suelo, respiró hondo y se dirigió hacia la pequeña española, que lo esperaba en la puerta con los brazos extendidos hacia adelante.

—¿Qué coño haces? —la increpó.

—Tendrás que detenerme, porque no pienso decirte dónde está. Ni siquiera se lo diré a George.

—¿Están en casa los abuelos? —le preguntó.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Digamos que son más razonables que tú.

—No están —afirmo ella.

—Claro. —Justin metió la mano por la ventanilla y comenzó a tocar la bocina, a la vez que llamaba a voz en grito a Rosa y a Richard. Nadie contestó.

Miró alrededor y vio que los trabajadores hacían oídos sordos, sin duda guiados por su propia esposa.

—Mira, Nat, si Byron no ha hecho nada, no tiene nada que ocultar.

—Esa debe ser la frase más trillada de la policía.

—Es solo una línea de investigación. Necesito que me ayude a descartarlo, o

irán a por él pasando por encima de mí y de George.

—¿Quién?

—El caso se ha hecho muy grande. El ayudante del fiscal ha pescado un chollo con esto y lo va a explotar. El pueblo se va a llenar de reporteros y él va a intentar sacar tajada política con esto a cualquier precio.

—Sea lo que sea lo que le ha pasado a ese mal nacido, se lo merecía.

—Tú no lo has visto, Nat. El que haya hecho eso está trastornado.

—Pero...

—Nat, dime dónde está y llama a Jeremy —exigió—. Lo va a necesitar.

Un nosotros

Leo miró con desconfianza al hombre que venía con Candy. Sabía de él, no solo por ella, sino también por Lester. Su amigo le había dicho que era un «cabezota hijo de puta». Desde luego tenía agallas; después de tanto tiempo y de todo lo ocurrido, allí estaba, plantado delante de su puerta con dos ramos de flores y una sonrisa, como si nada trágico y extraño hubiera asolado sus vidas.

—¿Eres Leo? —le preguntó.

—Sí, ese soy yo —respondió, haciéndose a un lado para franquearle la entrada.

—Ten, uno es para ti —le entregó un ramo de rosas blancas.

Leo las olió y levantó una ceja.

—Esto es... entre ofensivo y encantador —comentó.

—Escoge lo que gustes, para mí ninguno de los calificativos es un problema —afirmó, entrando al salón y sentándose en el sofá, con los brazos sobre el respaldo y las piernas cruzadas, como si estuviera en su propia casa.

—Y con eso queda dicho todo y bien marcado el que será tu territorio desde este mismo momento. ¿Me equivoco?

Sacó un par de jarrones del aparador y se los llevó a la cocina. Volvió con uno de ellos, con sus doce rosas blancas en agua, y lo colocó en la mesita de centro que estaba frente a Byron.

—¿Has venido para quedarte? —le preguntó directamente.

—Eso pretendo.

Él asintió y se sentó en el sillón de enfrente.

—¿La amas? —siguió indagando.

—Más que a mi propia vida —contestó, mirando directamente los rasgados ojos de Leo.

—Esa es una frase muy rimbombante y probablemente vacía.

—No es una frase, es un hecho.

—Ya, no obstante...

—Leo —lo cortó él—, estoy siendo comedido y educado. Me importa una mierda lo que opines de mí, o de mi relación con Candance. Me alegro de que la hayas cuidado cuando le ha hecho falta, pero lo que de verdad quiero en este momento es tirarte por la ventana, coger a mi hijo y a mi mujer y desaparecer de este puto estado. Pero aquí estoy, dándote cháchara y esperando pacientemente, en tu incómodo sofá, a que la mujer que amo, a la que creía muerta, me presente a mi hijo del que, por cierto, también pensé que estaba muerto. El corazón está a punto de salirseme del pecho y yo estoy a un último comentario de pagar toda mi frustración contigo. Quizá quieras pensarlo un poco antes de proseguir tu interrogatorio.

Leo se levantó y cogió dos vasos de un estante, los puso sobre la mesita y sirvió un par de dedos de tequila en cada uno de ellos.

—En realidad —le dijo—, me daba un poco de miedo tanta frialdad. Me alegro mucho de saber que después de todo eres humano.

Byron tomó el vaso y lo levantó a modo de brindis, antes de vaciarlo de un solo trago.

Candy entró en la habitación en ese instante. Llevaba un vestido blanco con pequeñas margaritas amarillas que se ataba detrás del cuello y unas sandalias, también blancas, con tacón de cuña. Nada que ver con los zapatos rojos de tacón de aguja que él esperaba que no hubiera desechado por completo. Estaba preciosa.

Vio cómo le tendía la mano y él la aceptó. Le acarició los dedos, esos trabajados dedos que demostraban que su vida actual no tenía nada que ver con la anterior.

Candy lo guio hasta una de las habitaciones y abrió despacio la puerta. Era pequeña y estaba pintada de amarillo. En el centro se encontraba una cuna de madera antigua, parecía artesanal. Y dentro... Dentro estaba él. Su hijo; una prolongación de él mismo.

El fruto de su amor y su desventura. Cuando dijo a Leo que el corazón se le iba a salir del pecho, no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, ahora sí, ahora iba a explotar, o algo así. Estaba mareado, flotaba a pesar de tener los pies en el suelo y su cabeza se perdía una y otra vez hacia el momento en que lo concibieron.

Hacia esa tumba vacía. Hacia lo que sintió cuando pensó que había tenido un hijo y había muerto. Pero nada, nada, podía prepararle para lo que estaba

sintiendo en este momento.

—Creo que voy a desmayarme —confesó a Candy.

—Tranquilo, siéntate un momento —le aconsejó ella.

—No, no quiero dejar de mirarlo. Es perfecto.

—Sí que lo es. Puedes cogerlo.

—¡Joder! Claro que no.

Candy se rio.

—Tranquilo, es más fuerte de lo que parece. Todos los bebés lo son.

—¿Estás segura? —La miró a los ojos con temor.

La ternura que invadió a Candy era comparable a pocas cosas. Byron, el hombre que no temía a nada; el que desafió al gran Jack, paliza tras paliza; el que vivía su vida como le daba la gana, sin dar explicaciones, estaba aterrado por una criatura de apenas unos meses.

—Siéntate en la mecedora, te lo pondré en los brazos.

Él se dirigió corriendo hacia el asiento y se quedó esperando, mirándola como si fuera apenas un niño ilusionado por la llegada de una recompensa.

Dejó al pequeño en los brazos de su padre y se agachó a su lado.

—Siento que no lo hayas conocido antes, siento que pensaras que lo habías perdido. Lo siento tanto —le confesó, acariciando la cabecita de su bebé.

—Yo solo siento que no confiases lo suficiente en mí como para pedirme ayuda. No tengo poder, pero tal vez juntos podríamos haber hecho algo.

—Estoy segura de ello.

—¿Cuándo supiste que era mío?

—Siempre.

Él, que no había dejado de mirar a Ángel, levantó la vista hacia ella, mostrando su sorpresa.

—Dustin no podía... Encontró otras formas de torturarme.

Byron la sujetó por la nuca con la mano con la que hasta ese momento estaba acariciando al pequeño y la atrajo hacia sí. Apoyó su frente en la de ella.

—Se acabó. Todo ha terminado. Ahora solo estamos los tres —le susurró.

—Sigo casada con él.

—Lo sé. Puedes divorciarte, o podemos seguir huyendo. Tú decides...

Un par de golpes en la puerta interrumpieron el momento de intimidad.

—¿Qué? —fue la seca respuesta de Byron.

—¿Puedo pasar? —preguntó Leo.

—No —contestó el indio.

—Sí —le contradijo ella, sonriendo.

La puerta se abrió y un compungido y nervioso Leo entró.

—Ha llamado Lester. Es Jack. Lo han encontrado muerto.

Ella se puso en pie sobresaltada. Byron se acercó a la cuna y dejó al bebé antes de sujetar a Candance de la mano. Estaba helada.

Los tres salieron de la habitación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Lo han... asesinado.

Se le doblaron las rodillas. Su padre muerto. No sabía ni qué debía sentir, solo notó que la habitación empezaba a dar vueltas y se dejó tragar por la oscuridad.

Byron la sostuvo cuando la vio tambalearse, la acomodó en el sofá y se volvió hacia Leo para pedirle agua, sales o lo que fuera que se pedía en estos casos. Pero lo que se encontró fue la mirada entrecerrada y suspicaz de Leo, que tenía la mano metida en... ¿una bolsa de pañales?

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás ahí parado? ¿Tienes sales o algo así?

—¿Has sido tú?

—¿Qué?

—Lester dice que Justin te está buscando. Creen que has sido tú. —Pudo ver cómo agarraba con fuerza algo dentro de la bolsa.

Le acusaba de matar a un hombre a sangre fría; o era muy valiente o muy idiota. Probablemente ambas.

Se encaró con él, acercándose hasta quedar apenas a unos centímetros de distancia, y de un tirón le quitó la bolsa. Leo se tambaleó y terminó de culo en el suelo. Él sacó la pistola que Candy guardaba en esa bolsa, que al parecer en realidad nunca usaba para guardar los pañales de su hijo.

—Este es un juguete muy peligroso para un niño. No me gusta que la tengáis bajo el mismo techo en el que está mi hijo, pero ya hablaremos de ello cuando mi princesa pálida despierte. Y la respuesta es no, si le hubiera matado yo, nunca habrían encontrado el cadáver.

Por algún motivo, Leo le creyó. Lo vio con absoluta claridad, él no habría dejado huellas.

Un fuerte golpe hizo que Leo se enrollara sobre sí mismo y que Byron se echara sobre Candy, despertándola.

—¿Qué pasa? ¿Angel? Tengo que ir con Angel.

—Espera —le ordenó Byron.

Lo supieron en cuestión de segundos. Alguien había tirado la puerta abajo.

—¡Byron, suelta eso y aléjate de la chica!

Vio a Justin, se miró la mano en la que llevaba el arma, divisó la escena a su alrededor y supo que estaba jodido. Tiró la pistola y se puso de rodillas en el suelo, con las manos cruzadas detrás del cuello.

—¿Se puede saber qué diantres haces, Justin? —gritó Candance.

—¿Candy? Pero... Tú... tú... Pero no estás...

—No, no estoy muerta. Y esa pistola es mía —sentenció, agachándose para cogerla.

—¡No la cojas! —gritaron a la vez Byron y Justin.

Candy se incorporó despacio. Justin se hizo cargo de la situación.

—Está bien. Vamos a calmarnos todos. Tú —señaló a Leo— ponle las esposas a Byron. —Y se las tiró para que le obedeciera.

—Por encima de mi cadáver —contestó Candy.

—¿En serio? ¿De tu cadáver? ¿El que descansa en Wellstone? —ironizó Justin.

—Es una larga historia —contestó ella con altanería.

—Historia que me vais a contar encComisaría. Me estáis dando dolor de cabeza.

—Leo, ponme las esposas, no pasa nada.

Leo le obedeció. Candy quiso intervenir, pero una mirada de Byron hacia el cuarto del bebé la hizo desistir.

—Está bien, Candy, a ti no puedo esposarte, pero confío en que vengas por tu propia voluntad.

—El trato era que yo me iba sin dar guerra y ella se quedaba.

—No sé de dónde te has sacado ese trato, pero yo no recuerdo haber dicho nada de eso.

Escucharon un llanto huracanado, algo capaz de volver loco al más sereno de los hombres y Justin comprendió de quién se trataba.

—Es el hijo de Dustin, que tampoco ha muerto... ¿Lo has secuestrado, Candy? ¿Por eso fingiste tu muerte? —la interrogó el sheriff.

Nadie contestó a la acusación.

—Está bien. Coge al crío. Nos vamos todos a Wellstone.

Byron se acercó a Justin y, aun estando esposado y el otro armado, se atrevió a amenazarlo.

—Te juro que, aunque sea lo último que haga en la vida, si algo le sucede a mi hijo, te mataré. ¿Lo entiendes?

—¿Es tu hijo?

De nuevo nadie contestó.

—Está bien. Candy, trae al niño aquí y haz que se calle. Vosotros, procurad no hacer ningún movimiento en falso. Voy a llamar a George.

—¿Dónde estás? —preguntó Justin sin preámbulos, en cuanto escuchó que la línea estaba abierta.

—Intentando calmar a mi mujer y a la tuya de paso. ¿Qué coño les has hecho?

—Será mejor que vengas a la ciudad, tengo una sorpresa para ti.

—No está la cosa para juegos, Justin.

—¿Y quién está jugando? ¿Crees en fantasmas?

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

—Yo estoy viendo uno. Bueno no, en realidad dos.

Candy entró en el salón con el niño en brazos, ahora más calmado. Solo hipaba de vez en cuando. Al escuchar sus palabras le enseñó el dedo corazón, hacía poco que lo había aprendido y le resultaba muy reconfortante usarlo con descaro.

—Además, es uno muy maleducado —continuó Justin.

—Mira, sheriff, la cosa es lo suficientemente seria como para no andarse con rodeos. Di lo que tengas que decir, sin más.

—Sería mejor que lo vieras por ti mismo, no es algo para hablar por teléfono.

—Justin no me toques los coj... —Justin retiró el aparato de su oreja y se lo puso a Candy cerca de la boca.

—Saluda a tu ex, cariño.

—Hola, George. No puedes delatarme, aún no... —El sheriff se hizo cargo del teléfono nuevamente.

—Estamos en Montrose Boulevard. Te esperamos. George ¿estás ahí?

La comunicación se mantuvo interrumpida aún un par de minutos más.

—¡George! —gritó al teléfono.

—Sí, sí, envía la ubicación exacta, voy para allá.

Tras desconectar el aparato, Justin se dirigió a todos.

—Será mejor que nos pongamos cómodos, George tardará un rato en llegar, lo que quiere decir que tenemos tiempo para que me contéis absolutamente todo lo que está pasando aquí.

Él y Candy se acomodaron juntos en el sofá y Leo en el sillón de enfrente. Justin colocó una silla frente a la puerta y se mantuvo allí, vigilándolos a todos.

—Me casé con Dustin porque mi padre así lo dispuso —rompió ella el silencio—. Él es... ya sabes... impotente, pero aceptó mi embarazo a pesar de saber que no era suyo, porque así cubriría el expediente delante de todo el mundo. Pero a

cambio nadie tenía que saber jamás que no era hijo suyo. Cuando nació el niño, la cuestión era demasiado evidente, y yo... sabía que tenía que huir para salvar la vida de mi niño.

—Podrías haber acudido a George, o a mí —le dijo Justin.

—No me hagas reír, no habríais podido evitarlo. ¿Acaso evitasteis los ataques a Byron? —El sheriff bajó la cabeza.

—Continúa.

—Y después, tú me dirás qué ha pasado con mi padre —le chantajeó, pasándole el niño a Leo y sentándose de nuevo a su lado.

—Te contaré lo que pueda, pero prefiero que tomes asiento alejada de él.

Candy se levantó y pasó caminando delante de él.

—¿A dónde vas? —indagó Justin.

—A por café. Es una historia larga.

Le contó cómo había escapado, intentó exonerar a Magui y al doctor, haciéndole creer que solo ella y Lester eran responsables. Justin no se lo tragó.

—Pero el niño... Tengo hijos, sé que requieren papeleo; certificados, cartilla de vacunación, seguro médico... —anotó el sheriff.

—Yo soy enfermero y tengo amigos —declaró Leo.

—Ya veo.

—¿Qué le ha pasado a Jack? —le preguntó Candy.

—¿No dices nada, Byron? —Justin obvió la pregunta de la joven.

—No tengo nada que decir —repuso—. Es su historia, es la que tuvo las narices de hacer lo que había que hacer. Yo mientras estaba ocupado lamiéndome las heridas.

—¿Y de lo que le ha pasado a Jack? —insistió Justin.

—Llevo aquí todo el día.

—Ya, solo que lo mataron hace algún tiempo. —Él levantó la cabeza de golpe.

—¿Hace cuánto?

—No lo sabemos con exactitud, pero el cadáver está en avanzado estado de descomposición.

Candy rompió a llorar. En realidad no era por tristeza, sino por desesperación. Quería que toda aquella pesadilla terminara, pero no dejaba de enredarse más y más. Tampoco sabía qué debía sentir con respecto a la violenta muerte de su padre y eso aún le dolía más.

—Eres un capullo, Justin. En cuanto me quites estas esposas te voy a partir la cara —le amenazó Byron, poniéndose en pie.

—Lo siento, Candy —se arrepintió el sheriff, pasando por alto la provocación.

—No pasa nada. Es solo que no me da pena, y sé que debería dármele, pero no puedo sentir lástima... Soy una persona horrible. —Se tapó la cara y continuó llorando.

—Quítame esto, ¡joder! —exigió el indio, tirando de las esposas.

—No puedo, lo sabes. Eres el principal sospechoso. —Justin se levantó y se acercó a él. Quedaron a un paso de distancia, uno frente a otro.

—¡Y una mierda! —le gritó Byron—. Si lo hubiera hecho yo...

—No lo digas, Byron. Está irreconocible, han usado uno o varios cuchillos. Le han torturado y casi se podría decir que le han descuartizado al más puro estilo... —Byron se dejó llevar por la rabia y cargó contra él con todo el peso de su cuerpo, de forma que ambos cayeron al suelo.

—Te he dicho que pararas. ¿Es que no ves cómo está?

Leo abrazaba con un brazo a Candy, que se mecía sentada en el sofá, mientras que con el otro arrullaba al niño que se había despertado y comenzaba a llorar de nuevo.

Justin empujó a Byron para quitárselo de encima y se sentó de nuevo en la silla, vigilante.

—Escúchame, Candy, sé que te parece duro, pero es aún peor y tienes que saberlo.

—¡No ha sido Byron! ¿Te enteras? No ha sido él —le aseguró, secándose las lágrimas con las manos. Se levantó y se acercó a Byron para ayudarlo a levantarse.

Él consiguió ponerse de rodillas.

—Siéntate donde pueda verte y no te hagas más el gallito —le aconsejó el sheriff.

No pudo evitar dar un provocador paso hacia él, pero Candy lo dirigió hacia el sofá.

—Déjalo ya. Quiero saberlo todo —le suplicó, mirándolo a los ojos mientras mantenía las manos apoyadas en su pecho.

A esas alturas él ya no podía negarle nada. Se sentó tal y como ella quería y se mantuvo en silencio.

—Has dicho que era aún peor... —Candy se dirigió a Justin.

—Tu madre está viva... —La chica apretó los puños y aguantó la respiración. Su madre... No, eso sí que no podía pasar.

—Pero... —le animó a continuar.

—Pero estaba con él. Tenía el pulso muy débil. Está en el hospital.

—Muy bien, llama a George y dile que lo veré allí. Leo, hazte cargo de Angel, por favor.

—¡Mírate, chico, por fin tienes nombre! —El hombre se dirigió al bebé a modo de confirmación.

Candy lo miró a él a modo de disculpa, debía irse, tenía que ver a su madre.

—Candy, si vas al hospital Dustin se enterará de que no estás muerta y no es eso lo que quieres —le dijo Justin.

—Lo que quiero es que vayas a detenerlo. Sin mí y sin Jack, heredará una gran fortuna; ahí tienes un buen motivo.

—¿Crees que no lo sé? ¿Y qué pasará cuando se dé cuenta de que tú no estás muerta? Si él es el culpable y ha llegado hasta aquí, no creo que le importe matarte a ti también.

—Princesa, siento decir que en eso estoy con el sheriff. Espera a que llegue George, por favor —le rogó Byron.

Candy cogió su bolso y, desoyendo los consejos de ambos hombres, se encaminó hacia la puerta, empujando a Justin en el camino. El sheriff estaba a punto de salir tras ella y detenerla también, si era necesario, pero frenó en seco al ver a George al otro lado del umbral.

—Vaya, se te ve muy bien para estar muerta —le dijo con rencor.

—Apártate de mi camino —le contestó ella.

George miró dentro y vio a Byron, esposado y de pie delante del sofá, con la boca apretada y diciendo no con la cabeza. Miró también a Justin, que hacía el mismo gesto negativo. Otro tipo mecía a un bebé y los observaba expectante.

—Creo que no —le contestó.

—George, hace mucho que dejaste de intimidarme. Apártate.

—Una pena, porque esta es la única vez en tu vida en la que deberías sentirte intimidada por mí.

—No me amenes.

—George, déjalo —le advirtió Byron.

—¿Así va a funcionar ahora, hermano? Ella dice «salta» y tú saltas, ella dice «tírate desde un tejado» y tú te tiras. Ella dice «me he equivocado, no estoy muerta» y tú corres a lamerle los pies... Y ese niño ¿es tu hijo? —Se acercó hasta poder verle bien el rostro.

—Es nuestro hijo —lo corrigió Byron.

—Y yo que pensaba que Nat me había puteado... —continuó quejándose. Se

dio la vuelta y se enfrentó a ella directamente.

—Esto no va de ti, George —insistió Candy.

—¿No? ¿Quién crees que recogía sus pedazos con cada paliza? ¿Con cada desaire? ¿Quién crees que lo sacó de la mierda cuando te casaste? ¿Y cuando la palmaste? ¿Y cuando supo que el niño que estaba enterrado a tu lado era suyo? No tienes corazón, eres todo lo que Nat me advirtió...

—¡Ya basta, George! —le gritó Byron, interponiendo su cuerpo entre la que para él era su mujer y el que sentía como a un hermano.

—Tenemos a Lester y a Dustin en comisaría. Ahora llevaremos a estos dos y alguien hablará —declaró con rencor.

—¿Lester? —preguntó Leo con voz temblorosa.

Los tres hombres le miraron sin comprender. Candy intervino.

—No podéis negarme que vaya al hospital a ver a mi madre antes.

—Yo la llevaré al hospital y luego iremos a comisaría —informó George—. No te preocupes, Byron, saldremos de esta.

—No estoy preocupado por mí. Yo no he hecho nada, quiero que cuides de ella. Te pido que no vuelvas a hablarle como lo has hecho, no sabes nada.

—Lo que tú digas. —La cogió por el codo y la guio hasta la puerta—. Tú, como te llames —ordenó al desconocido, que miraba la escena en silencio—, recoge las cosas del niño, te vienes con nosotros.

—¡George! —le advirtió Byron.

—Tu hijo se quedará en mi casa con los abuelos, tranquilo.

—Gracias.

—Pero yo no puedo ir a Wellstone —se quejó el increpado. De nuevo, todos los hombres le miraron con extrañeza.

—Lester te va a necesitar, Leo —le dijo Candy.

—Ni siquiera querrá verme. Es el peor momento para... —Se fijó en la cara de los tres hombres y se cayó.

—Leo, cariño... —insistió Candy.

—Mira cómo me están observando ellos y ni siquiera lo saben con certeza, Lester no soportará esas miradas condenatorias.

—Perdona —se disculpó Byron— yo no pretendía...

—Y a mí tus asuntos amorosos me importan una mierda. Nos vamos ¡ya! —exigió George.

—Esto es cada vez más surrealista —murmuró Justin.

El desenlace

Al entrar en comisaría, Candy vio a Lester sentado en una silla al otro lado de una mesa en la que Justin tecleaba sin parar. Ni Dustin, ni Byron estaban por ningún lado. Al verla acompañada de George y de Leo, Lester tan solo levantó las cejas y apretó la boca. Giró de nuevo la cabeza y siguió hablando para Justin.

George los llevó por un pasillo y los acompañó hasta una sala. Les hizo sentarse y les ofreció café, aunque ambos rechazaron el ofrecimiento. Al salir el ranger, Candy se dio cuenta de que dejaba a uno de los ayudantes del sheriff en la puerta. No estaban detenidos, pero no iban a ir a ninguna parte.

Para ella fue muy difícil ver a su madre de aquel modo, la vida se escapaba de su cuerpo mientras la muerte se apoderaba de él. Aquel habría sido su futuro si no hubiera conocido a Byron, si no hubiesen concebido un hijo. Se vio a sí misma luchando porque la dejaran irse, tal y como estaba haciendo Linda, pero tal y como le recordó George, era mejor que viviera para contarles lo sucedido en esa cabaña, porque de momento todo apuntaba a Byron y ninguno de los dos creía que eso hubiera pasado.

George le permitió quedarse con su madre mientras él y Leo llevaban al pequeño a casa de Rosa. Y pensar que tal vez en este momento la española estaría cuidando a su hijo... Por un segundo le hirvió la sangre, pero el ruido de la puerta al abrirse la devolvió a la realidad del presente, con ella y Leo en esa sala de la comisaría.

George se sentó frente a ellos, en la mesa rectangular que ocupaba el centro de la estancia.

—Os diré lo que sabemos hasta ahora. Luego vosotros podréis rellenar los huecos.

En otra sala Justin presionaba a Byron.

—Solo dime dónde has estado digamos... este último mes.

—Ni siquiera os habéis aproximado todavía a la fecha de la muerte, ¿eh?

—Esos comentarios no te hacen parecer inocente, Byron.

—Lee mis labios, Justin: a-bo-ga-do.

—¡Joder! Solo estoy tratando de descartarte para poder centrarme en Dustin, ¡capullo! ¿Podrías colaborar un poco?

—Mira estas fotos —le señaló él—. Esto no lo ha hecho Dustin. Él no es capaz ni de encontrarse el culo. Si Dustin hubiera querido librarse de Jack, se lo habría encargado a alguien. Y habría sido limpio y rápido.

—¡¿Quieres callarte?! —le gritó el sheriff.

—Hace un momento me pedías que hablara.

—Con cada palabra te estás inculcando. Si es un crimen por odio, tú vuelves a ser el primero en la lista.

—Créeme, hay muchos candidatos a ese puesto.

La puerta se abrió y una de las ayudantes le dio una carpeta a Justin. Este comenzó a leer y juntó sus cejas profundamente mientras apretaba la mandíbula.

—Tienes razón, también está Candy.

Él tardó unos segundos en reaccionar. Se puso de pie y empujó con su cuerpo la mesa que le separaba del sheriff. La silla de este cayó al suelo, con él encima. Justin se levantó de golpe y estampó a Byron contra la pared.

—Deja de hacer eso de una puta vez.

La puerta volvió a abrirse y entró la misma oficial de antes, esta vez acompañada por otro indio enfadado.

—Añadiré brutalidad a la demanda contra tu oficina, por arresto ilegal y secuestro de menores, Justin.

—Vete a la mierda, Jeremy. Puedo retenerlo cuarenta y ocho horas y aquí se va a quedar. Ha agredido a una autoridad policial y todo lo que se me ocurra.

—Sí, bien. Pero cuando hables con él estaré presente. Y si vuelves a ponerle la mano encima, te voy a sacar hasta los hígados.

—¿Por qué has dicho lo de Candance? —quiso saber Byron.

Justin recompuso de nuevo el pequeño espacio de la sala, colocando la mesa en su lugar y levantando las sillas.

—Sentémonos, señores —sugirió.

—¿Por qué? —repitió él, sin moverse.

Jeremy se le acercó y le susurró algo al oído. Juntos llegaron hasta la mesa y se sentaron a ella, uno al lado del otro, ambos frente a Justin.

—El informe de la autopsia. Han encontrado el arma: una navaja comanche.

—Pues será mía —intervino Byron.

—¡Cállate! —le increpó Jeremy.

—Las puñaladas no eran demasiado profundas, aunque tenía cientos, eso quiere decir que fue alguien que no tiene demasiada fuerza física. Además, las huellas pertenecen a un par de manos pequeñas. Al parecer lo empuñaba con ambas. Si alguien de tu envergadura, o de la de Dustin, hubiera hecho esto, el puñal se habría clavado hasta la empuñadura. Todo apunta a una mujer, y no a una como la mía, acostumbrada al trabajo duro. Más bien alguien como... Candy.

Antes de que él pudiera procesar esa información, Jeremy intervino.

—Estáis dando palos de ciego. Tiráis el anzuelo para ver quién pica. Pues desde ahora te informo que soy el abogado de Candance Shaw, por tanto, no quiero que nadie hable con ella hasta que la vea. Si llega a pasar, nada de lo que diga podrá ser usado en un juicio.

—¿Vas a representar a ambos? ¿Eso no es incompatible?

—¿Acaso los vas a acusar a los dos del mismo crimen? Probablemente no lo hagas con ninguno, no tenéis ni una sola prueba, no son más que conjeturas.

La ayudante del sheriff volvió a irrumpir en la sala.

—¿Qué? —la increpó de malos modos el sheriff.

—El ayudante del fiscal está aquí.

—¡Mierda! —se quejó Jeremy.

—¿Qué pasa? —le preguntó Byron.

—Ese tipo es un capullo. Si está aquí es porque quiere acusar a alguien formalmente.

—Eso es —corroboró Justin—. Hay algo que quieras decirme ahora, Byron...

El ayudante del fiscal entró en la estancia.

—Sheriff, vamos.

—Tengo que terminar aquí —lo contradijo Justin.

—Me parece que no. Ya tenemos ganadora.

—¡No! —gritó Byron. Levantándose del asiento.

Jeremy se interpuso y lo agarró por los hombros.

—No lo hagas, Byron. Deja que yo me ocupe, por favor. Os están tendiendo una trampa. No caigas, no lo hagas —insistió Jeremy.

Una voz profunda llegó desde el umbral.

—Haz caso a Jeremy y cierra la puta boca, hermano —intervino George, sin miedo.

—De qué lado está usted, ranger. No me costaría demasiado apartarle de la operación —le amenazó el ayudante del fiscal.

—Inténtelo, ayudante. Y para usted, soy capitán.

—Sheriff, detenga a la chica —contraatacó el del juzgado.

—Me temo que no va a poder ser —intervino George—. Es testigo protegida de uno de mis casos. Necesitará una orden que invalide esta, para poder llevársela.

El ayudante leyó la orden del juez.

—En cuanto tengamos las huellas... —insistió.

—Exacto. En cuanto las tengamos.

El ayudante del fiscal salió airado y con el teléfono en la mano. No iba a tardar en conseguir lo que estaba buscando, y todos lo sabían.

—Gracias, hermano —le dijo Byron.

—Reza porque no haya tocado nunca ese cuchillo, porque si lo ha hecho, no servirá de nada todo esto.

—¡Jefe! —llamó uno de los agentes.

—¿Qué? —contestaron a la vez Justin y George. Después ambos se miraron y George dio un paso atrás en señal de reconocimiento a Justin.

—¿Qué? —repitió, en esa ocasión a solas el sheriff.

—La mujer ha despertado, pregunta por su hija.

Finalmente, los médicos no la dejaron ver a su madre hasta la mañana siguiente. George consiguió convencer a Candy para que grabaran la conversación, su madre así lo quería. Esa noche la habían pasado todos en comisaría, hasta bien entrada la madrugada. Una vez cumplidas las formalidades, por fin fue directa al hospital, eso sí, acompañada por Jeremy, su abogado, y George, además de todo un séquito de autoridades, que a fin de mantener su privacidad se quedaron escuchando la conversación desde la habitación de al lado. Byron prefirió ir a casa de George para encargarse de su hijo.

Ver a su madre en aquel estado fue devastador para ella. La recordaba siempre alta, recta, manteniendo la máscara de serenidad. Se ayudaba con sus famosas píldoras, pero siempre parecía intacta. Preparada para todo.

Tendida en aquella cama, con todas las muescas que la vida reflejadas en su alma, en su rostro y en esa mirada perdida, incluso en la sonrisa diabólica que contradecía el rictus de dolor, no parecía la misma. Se retorció las manos

mientras hablaba y se daba golpes con las manos en la cabeza.

La habían trasladado al ala de psiquiatría. Durante el tiempo que estuvo con ella tuvieron que atarle sus antes pálidas muñecas a las barandillas de la cama, y enseguida se pudieron ver los moratones provocados por la retención. También le inyectaron diferentes tipos de sedantes, de los que le explicaban un significado que ella seguía sin entender.

Tras la tortuosa y difícil, incluso casi increíble, confesión de Linda las autoridades encontraron no uno, sino varios cuchillos escondidos justo en los maceteros de la casa principal en donde su madre les indicó haberlos enterrado, además de una carta de despedida en la que daba cumplidos detalles de los chanchullos de Jack, la colaboración de Dustin y la pasividad de Lester.

Junto a la carta, la llave de una caja de seguridad de un banco en la ciudad y en ella, documentos, falsificaciones, fotografías... Suficiente material inculpatario como para haber encerrado a Jack y haber tirado la llave al río, si no hubiera sido porque Linda escogió matarlo.

Ella se resistía a creer que, durante todos aquellos años de sufrimiento, su madre tenía los medios para liberarse, liberarlas a ambas, incluso a Lester. Nunca llegaría a comprender la clase de dependencia que se creó entre esas dos mentes perturbadas.

No la odiaba, no como a Jack, pero tampoco podía perdonarla.

Desde la puerta de la blanca habitación, echó una última ojeada alrededor y con un leve movimiento de cabeza dijo adiós a esa parte de su vida. Lo que venía no sería fácil. Debía recuperar su casa, su vida, divorciarse de Dustin y echarlo de su propiedad; poner a los trabajadores de su lado, conseguir que aceptaran a Byron y a su hijo, o despedirlos. No, no iba a ser fácil. Esperaba contar con el apoyo de Lester y estaba segura de contar con el de Maguie.

Cerró la puerta con sigilo, como si hubiera sido posible despertar a su madre en ese momento y vio a George dando vueltas a su Stetson entre las manos.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—No lo sé. La verdad. Es todo muy... raro. En apenas unas horas todo ha quedado reducido a cenizas. Por un lado, me alegro porque pienso que mi agonía ha terminado y por otro... no sé, no lo sé. En cualquier caso, aún tengo que enfrentarme a Dustin.

—Ya, después de tanto tiempo con todo esto, el final ha sido de vértigo. Te entiendo. Con respecto a Dustin... esto es para ti. —Le entregó un sobre azul, que estaba abierto a pesar de ir dirigido a ella, que contenía la carta póstuma que

Linda le explicó que Jack dejó escrita.

Sacó con cuidado la hoja doblada en tres partes y la desplegó.

Querida hija:

Sé que piensas que no te quiero; no es verdad. Te quiero. Pero me saliste torcida desde bien pequeña. Había que enderezarte y eso hice, o traté de hacer. Todo estaba saliendo según lo previsto hasta que ese maldito salvaje se cruzó en nuestras vidas. Estoy seguro de que empujaste a George a los brazos de otra mujer por culpa del indio.

Lo primero que dije a tu madre en cuanto naciste fue que debería haber tenido un niño, claro que para que saliera un maricón como Lester, mejor una pequeña zorra como tú. Casi conseguí el hijo que deseaba... Si te hubieras casado con el ranger todo habría sido diferente, para ti y para mí. Pero no, te quedaste preñada del salvaje ¿creías que no lo sabía? ¿Por qué piensas que te casé con el palurdo de Dustin? No me quedaban muchas opciones después de que te hubieras dejado mancillar por un ser tan despreciable.

Pero no te escribo esta carta para que sepas que sí que te quiero, a pesar de sentir asco al mirarte, tengo claro que si al nacer el niño parece un salvaje, no podrás quedarte con él, o toda la pantomima con Dustin se irá a la mierda. Porque solo es eso; una pantomima.

Cada vez me fío menos de él, y cuando salga eso que tienes en la tripa se decidirá su futuro. Quizá tenga que deshacerme del palurdo definitivamente, pero si es Dustin el que acaba primero conmigo, tu madre te dará esta carta y sabrás la verdad. Ese ignorante no va a tocar un duro de mi bolsillo, ni aunque resulte tener la astucia suficiente como para acabar conmigo.

Hay una cosa que tienes que aprender, el mundo está lleno de cobardes, como el gran sheriff. Tardó poco en largar por esa sucia boca todo lo que no debía. Claro que en la cárcel le espera una sorpresa. Ojalá pudiera ver sus tripas colgando de ese enorme y putrefacto vientre. No lo veré, pero pasará, lo sabré y disfrutaré frente a una copa de coñac. Me encanta esa bebida de finolis.

Algo que tengo que admirar en tu salvaje es que no se derrumbó en ningún momento, el hijo de puta. Aguantó mientras Dustin y su cuchillo jugaban con él y, mientras le golpeábamos, lo único que le hizo tambalearse fueron los azotes que tú le diste. Pero aun así no te delató, ni rogó, ni se arrepintió... Así ha de ser un hombre. Una lástima que todo ese coraje se desperdicie en un indio.

Lo que tienes que saber, si me pasa algo, es que no estás casada con Dustin.

No legalmente; compré al juez de paz y nunca diligenció los documentos de la boda. Si desaparezco o muero, échalo a la puta calle. No te voy a pedir que lo mates porque, aunque me gustaría que lo hicieras, sé que no lo harías y la inútil de tu madre, menos. pero te exijo que lo dejes en la calle, como el muerto de hambre que era cuando le recogí de las cloacas de la ciudad.

No tengo nada más que decirte. No sé qué va a pasar con la investigación, en cualquier caso, todas mis posesiones y mi fortuna están a tu nombre y al de tu primo hace mucho tiempo. Supongo que os dedicaréis a fundirlo todo; tú terminarás en una caravana y el maricón de Lester tirado en cualquier carretera secundaria. Ya no me importa.

En cuanto haya hecho lo que me queda por hacer, que como habrás visto cuando leas esta carta habrá sido, salvo que me pase algo antes que me lo impida, resolver tu descendencia y asegurarme de que el indio muera, no vaya a ser que te dé por volver con él, me largaré. Tengo suficiente dinero guardado en varias cuentas seguras como para vivir el resto del tiempo que me quede.

Encárgate de tu madre, ahí te la dejo. Pensé en darle una dosis alta de sus pastillas, pero algo me lo impidió. Soy un hombre con principios, supongo.

*Jack Shaw
Amante padre y esposo*

—¡Dios mío! Estaba trastornado del todo y la volvió loca a ella. Y casi lo consigue conmigo —declaró Candy, volviendo la mirada a la habitación de su madre.

—Pero no lo hizo. Estás bien, Candy. —George la agarró por los hombros y la giró hacia él.

—George...

—Shhh —la silenció—. Estás bien y tienes todo un mundo por descubrir. Fuera hay dos personas esperándote. Dos personas con las que empezar tu nueva vida.

—Es que... no me creo... Pienso... ¿De verdad ha terminado todo, George? —le preguntó, aferrándose con fuerza a las manos que la reconfortaban.

—Supongo que será extraño por un tiempo y, no te voy a mentir, las finanzas de Jack son en su mayoría una estafa. Cuando acabemos con ellas no sé lo que te va a quedar, pero no estás sola en esto, Candy.

—Lo sé. Él... Le quiero tanto... Nunca pensé que se pudiera amar así, ¿sabes?
—George le acarició la mejilla.

—Se puede, te lo aseguro, aunque la música de violines y las mariposas tendrán muchos encontronazos con vuestro carácter, pero eso también puede ser bueno.

—Siento habértelo puesto tan difícil cuando aparecieron Nat y Nina. Ahora sé lo que es tener un hijo y siempre, siempre estará por encima de todo.

—El que se comportó como un capullo desde el principio fui yo. Pero bueno, ya sabes que soy egoísta y rencoroso, tal y como me recuerda mi mujer a menudo —se rio George.

—Y qué razón tiene. Gracias, George —le dijo, mirándole a los ojos. Él tan solo asintió y la acompañó hasta la salida.

Cuando Byron la vio sintió una paz infinita. Se abalanzó sobre ella y la abrazó tan fuerte que no estaba seguro de no haberle hecho daño.

—Te amo tanto que creo que no voy a poder soportarlo. Me duele el pecho, me falta la respiración, necesito tenerte entre mis brazos para siempre. Prométeme que estarás en mí para el resto de mi vida —le exigió sin apartarse ni un milímetro de ella.

—Si sigues apretándome así, no cabe duda de que quedaré grabada en tu piel como uno más de tus tatuajes —replicó ella.

Él soltó una enorme carcajada echando hacia atrás la cabeza.

—Te adoro, mi princesa pálida y finolis.

—Y yo te adoro a ti, mi indomable salvaje.

Candy vio a Nat, que les esperaba con su pequeño Angel en brazos. La joven le dedicó una sonrisa y se lo tendió.

Ella lo cogió entre sus brazos y lo arrulló y besó por todo el rostro y el pequeño cuerpecito. Por fin estaba con él de nuevo, había sido un día terrible. Las horas pasaban con enorme rapidez y una lentitud desesperante al mismo tiempo. Era momento de hacer balance de la situación y planear el futuro.

La noche en que todo pasó

El salón de la casa de George estaba repleto de gente. Eso era algo que por lo general hubiera hecho huir a Byron. En esta ocasión, sin embargo, estaba absolutamente agradecido.

Los abuelos estaban sentados en el sofá central; Rosa tenía en brazos a Angel mientras Richard jugaba y perdía su dinero a las cartas con una incansable Nina. Jeremy bebía zumo y se mantenía algo alejado de todos, de pie, mirando hacia el exterior desde una de las grandes ventanas que daban luz al espacio.

Nat estaba sentada encima de George en uno de los sillones individuales, Byron deseaba que todo pasara de una vez y poder disfrutar de esos momentos de paz y tranquilidad en familia, con su familia.

Candy salió de la cocina con un biberón en una mano mientras que con la otra sujetaba el teléfono pegado a su oreja. Tendió el biberón a Rosa, que sonrió emocionada, y desconectó la llamada que intentaba realizar.

—Lester no coge el teléfono y Leo me ha dicho que ha vuelto a casa y no quiere saber nada más de él. Estoy preocupada. ¿Habrá ido a emborracharse? Tengo que encontrarlo. —Descolgó el bolso del perchero y se dirigió hacia la puerta, pidiendo a Rosa con la mirada que cuidara de Angel.

Él fue tras ella y la detuvo de la mano, impidiéndole avanzar.

—Candance...

—No, Byron. Es mi primo, ha sufrido mucho y le quiero. —Se soltó de la mano y se enfrentó a él, levantando la barbilla—. Me ayudó a salvar a nuestro Angel, no puedo dejarle solo.

Él sonrió y levantó las manos en son de paz.

—De acuerdo —le contestó, sonriendo—, pero no se trata de eso. Sabemos dónde está Lester.

—¿Qué? ¿Cómo que sabéis? Da igual, no me contestes. ¿Dónde está?

Su respuesta fue mirar a George, que dejó de jugar con el pelo de su esposa y la apartó suavemente para ponerse en pie.

—Candy... Lester y Dustin están atrincherados en tu casa —le confesó este.

—¿Qué? ¿Por qué? Si nos soltasteis a los tres cuando confesó mi madre. No tienen...

—Fuimos a detenerlos en cuanto abrimos la caja de seguridad y vimos lo que había dentro. Tienen rehenes. El Destacamento de Resolución de Crisis de los Ranger se está haciendo cargo de la situación, con el apoyo del sheriff.

—Magui —susurró ella.

—La sacarán, mis compañeros son muy buenos. Confía en nosotros.

Candy se apoyó en la pared y se dejó resbalar hasta el suelo.

—¿Cuándo va a terminar esta pesadilla? —preguntó entre lágrimas.

Byron se acuclilló ante ella y le tomó el rostro entre las manos.

—Pronto. Te lo prometo.

Ella se secó las lágrimas con las palmas abiertas y se puso en pie.

—Está bien, George. Confiaré en tus amigos para sacar a Magui y Lester de ahí.

—En principio Lester no es uno de los rehenes —le contestó George.

«De acuerdo», se dijo para sí misma. Si algo había aprendido en este último año era que, si quería algo, tenía que conseguirlo por sí misma.

—Él no es más que otra víctima de Jack, y lo sabéis perfectamente. No sería capaz de hacer algo así. Nunca, jamás lo haría —sentenció, con demasiada calma. Nadie contestó, todos miraron hacia otro lugar.

—Pregunta a tu hombre si es capaz de hacer daño, creo que alguna cicatriz aún lo demuestra —le contestó George, que recibió un codazo de Nat.

—También tiene cicatrices mías. —Miró directamente a los ojos de Byron, esperando su reprobación, pero solo vio pena.

—Como sea —siguió diciendo George—, la situación es la que es. Lo que nos importa es sacar a los inocentes de allí.

—Eso quiere decir que, si Dustin o Lester se os ponen a tiro, dispararéis —afirmó ella.

George no contestó.

—Y suponiendo que salga de esta y teniendo claro que no está implicado en la última de Dustin, ¿qué le pasará después?

—Depende de hasta dónde esté metido en los asuntos de Jack —informó el

ranger.

—Necesitará un abogado —afirmó ella, mirando a Jeremy.

—No lo pienses ni por un instante. Jamás defenderé a un racista.

—Él no es racista —le defendió.

Jeremy tan solo levantó una ceja. Byron fue hacia él.

—Eso no va a pasar, primo —continuó Jeremy, que sabía que Byron intentaría convencerlo para que defendiera a uno de los hombres que había intentado matarlo.

—Salvó a mi hijo.

—No lo voy a hacer. Además, tampoco es mi especialidad.

—Tampoco lo era cuando me defendiste a mí.

—Es distinto. —Byron ya estaba frente a él, exigiendo su ayuda sin palabras.

El otro sacó una tarjeta de su cartera, se acercó a ella y se la tendió.

—Llámallo, hará un buen trabajo. Yo... me voy a tomar algo al bar.

—Dale recuerdos a la Loba, dile que pasaré a verla pronto —aceptó su primo.

Jeremy asintió y abrió la puerta, pero antes de salir ella lo retuvo con una mano.

—¿Me ayudarás con todo lo de mi padre?

—Trampas, juego y dinero. Esa sí es mi especialidad —le sonrió y se marchó.

Byron se acercó a ella por detrás y la abrazó.

—Todo saldrá bien. Solo podemos esperar —le susurró al oído.

Esperar, eso era algo que ella sabía hacer. Dejar que los acontecimientos se sucedieran sin intervenir. La mayor parte de su vida transcurrió de ese modo, pero esta no iba a ser una de esas ocasiones. Se soltó de los brazos de Byron.

—Voy a pasear, necesito pensar —le dijo.

Salió sin mirar atrás, tenía claro a donde iba. Cogería la furgoneta de George, que tenía siempre las llaves en el parasol, y se dirigiría a su casa. Si Lester estaba implicado, le convencería para que saliera, él se arriesgó por ella y su hijo, no podía dejarlo solo. No debía.

Byron intentó salir tras ella, pero George le detuvo.

—Déjale un poco de espacio, no la agobies —le aconsejó.

—Tiene demasiadas cosas en las que pensar —intervino la abuela—. Voy a acostar a este pequeñín.

—Algo me dice que no va a reflexionar, precisamente —soltó Nat con naturalidad.

—¿Y qué crees que va a hacer? ¿Presentarse allí? ¿Intentar que se rindan?

—Algo así —repuso.

Los tres hombres de la sala la miraron con asombro.

—Es lo que yo haría —insistió ella.

—Tienes razón —la apoyó él, abriendo de nuevo la puerta.

—No digáis tonterías, Candy no es...

—En realidad sigues sin conocerla en absoluto, George —aseveró él, exponiéndose al sol abrasador.

Oyeron el derrape de unas ruedas y vieron salir el automóvil de George a toda pastilla por las puertas principales de la propiedad.

Ambos corrieron hacia la vieja Ford mientras el abuelo y Nat los observaban desde la entrada.

Cuando llegaron a la hacienda de los Shaw, los rangers ya estaban en acción. Una vez echada abajo la puerta se disponían a entrar en la casa. George se acercó a Justin, que se mantenía junto al vehículo oficial, parapetado tras la puerta y apuntando a las ventanas, como el resto de su equipo.

—¿Has visto a Candy? —le preguntó sin más explicaciones.

—¿No ibais a mantenerla alejada de esto hasta que terminara? —gruñó.

—Esa era la idea, pero... —Se interrumpió al darse cuenta de que varios agentes forcejeaban con él, que hacía lo imposible por saltarse el cordón de seguridad.

—Lo que me faltaba —se quejó George.

—Deberías cambiar de amigos —ironizó Justin—, estos te dan demasiados problemas.

—Byron, no estás ayudando —le gritó George al tiempo que lo esposaba a la puerta de un coche patrulla.

—¿Qué cojones haces? —exclamó.

—Evitar que te maten, gilipollas.

—¡Vale! Haré lo que tú digas. Suéltame, sabes que no soporto estos chismes.

—Tienen su gracia, deberías probarlo —se rio.

—¿De verdad? ¿En este momento te pones a bromear con...?

—No está aquí —le interrumpió—. No ha venido, puedes estar tranquilo. Quizá ha ido a pasear o a... —George parecía no saber qué más decir.

—Candy conoce esta propiedad mejor que cualquiera de nosotros. Se escapó de aquí sin que se enterasen en muchas ocasiones. Puede estar en cualquier sitio.

—George le quitó las esposas.

—Apenas hace diez minutos que hemos dejado de ver mi furgoneta, no puede

haber ido muy lejos. Daré el aviso.

Pero antes de que su amigo tuviera tiempo de sacar el teléfono de la funda, varios rangers salieron de la casa escoltando al personal del servicio, entre ellos a Magui, sin embargo, no había rastro de Dustin, Lester, ni, por supuesto, Candy.

Byron corrió hacia el ama de llaves.

—¿La has visto? —la interrogó.

—¿A quién?

—A Candance.

—¿Mi niña? ¿Cómo está? ¿Está bien? ¿Y el pequeño?

—Angel está bien. Es perfecto. Pero....

George se acercó con una manta y una botella de agua y cubrió a Magui. A pesar del calor, la mujer temblaba como una hoja en otoño.

—¿Cómo estás tú, Magui? —preguntó George.

—Mi niña... ¿Dónde está, George? ¡Tienes que encontrarla!

—Vale, vale, tranquila. —La abrazó.

Byron apretaba los puños, con los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo. Quería zarandear a la mujer hasta que le dijera todo lo que sabía.

—George, deja que hagamos nuestro trabajo —intervino Justin.

—Claro, solo un momento. ¿Sabes dónde han podido ir Dustin y Lester? —le preguntó suavemente mientras la llevaba hacia la ambulancia, apostada cerca del cordón de seguridad.

—No, Dustin se lo llevó. En cuanto escuchamos que rompían los cristales, le puso la pistola en la cabeza y salieron de la habitación. Luego todo se llenó de humo y entraron esos hombres y... —Dejó de hablar porque el llanto se lo impedía.

—Está bien, tranquila. Estas personas te ayudarán, llamaré a mi abuela para que vaya al hospital a verte. ¿Quieres? —Ella asintió, incapaz de pronunciar una sola palabra más.

George se estaba dando la vuelta cuando Magui consiguió por fin susurrar algo.

—¿Qué has dicho? —la apremió él.

—Una llamada... Dustin recibió una llamada y entonces compuso ese gesto que ponía a veces; el que prometía que iba a cometer alguna de sus fechorías. — De nuevo rompió a llorar.

—Está bien, descansa. ¡Llévensela ya! —ordenó George.

—Llamó a Dustin —gritó él, frustrado—. Candance llamó a Dustin... ¡Maldita

cabezota!

—Tienes razón, hermano —asumió por fin George—, no la conozco en absoluto. Nunca pensé que sería capaz de hacer lo que está haciendo. Todo lo que ha hecho en este último año.

—Ha descubierto su verdadero *puha*. Yo quería que lo hiciera, pero maldita sea si ahora me hace gracia —le contestó con las manos en las caderas.

Uno de los rangers que salía en la casa se acercó a George.

—La casa está limpia, no queda nadie dentro, pero hay un par de túneles. En el jardín trasero hay una especie de patio cerrado que resulta que no está tan *cerrado* como parece; detrás de un montón de matorrales hay una puerta de hierro. Deberíamos cubrir las tres posibles salidas, además de cerrar carreteras y cercar un perímetro. Nos hemos instalado en el salón para montar el operativo y Ronnie ya está dando órdenes.

—Bien, voy con vosotros en un momento. —El ranger regresó a la casa mientras George lo miraba a él con los ojos entrecerrados.

—¿Qué? —inquirió...

—A ella no la conozco, pero a ti sí. Sé que vas a intentar...

—¿Qué harías tú si fuera Nat?

—No es lo mismo, yo estoy entrenado para ello. Tenemos que planificarlo y cubrir todos los frentes, no podemos entrar en ese túnel sin más. Sabemos que Dustin tiene, como mínimo, un rehén y...

—Uno nunca está entrenado cuando se trata de su mujer —lo interrumpió.

—Si los encuentras y Dustin te ve, empeorarás la situación.

—Tal vez para mí, pero no para ella.

—Solo tienes que esperarnos. Deja que nos organicemos y les convenceré para que vengas con nosotros. Danos tiempo.

—No sé si Candy tiene tiempo... Estoy casi seguro de saber dónde buscar.

—Tienes que pensar en tu hijo...

—Que no puede perder a su madre.

—¿Y qué pasa si pierde a su madre y a su padre el mismo día?

—Dustin no es tan bueno. Confía un poco en mí, ¿vale?

—Byron...

—George, haré lo que sea por ella; mataré o moriré, lo que toque, pero no voy a quedarme esperando. Si llegamos tarde no podré vivir con ello.

—Puedo detenerte —le amenazó George.

—Inténtalo —le retó.

—Estáis perdiendo el tiempo —los interrumpió Justin.

El sheriff se acercó a él, le puso una estrella en la camisa y una pistola en la mano.

—Te nombro ayudante del sheriff. Ten cuidado con lo que haces. ¡Vamos, George! —instó al ranger.

George lo abrazó antes de seguir al sheriff. Él se quedó rígido dentro del arco de los brazos de su amigo.

—Ten cuidado ¿quieres?

—Lo tendré —aseguró.

—¿Dónde crees que están?

—En la cabaña. Pero iré por el camino de atrás, el que parece que no lleva a ningún lado.

—No sabes si va hasta allí

—Es una corazonada.

—Les diré que envíen el helicóptero para cubrirte.

—Demasiado ruido —le contestó, encaminándose a la parte de atrás de la hacienda, hacia el camino que estaba seguro de que era el escogido por Candance para atraer a Dustin, al tiempo que George entraba en la casa.

El sol casi estaba poniéndose y dentro del camino, rodeado de viejos árboles *black gum* de más de veinte metros de altura, las copas se abrían formando un techo de hojas verdes brillantes, que pronto se tornarían naranjas. A pesar de la escasa luz que penetraba la hojarasca, pudo distinguir algo en el suelo; como en el cuento, alguien le dejaba una pista que seguir, las huellas de unas deportivas pequeñas idénticas a las que llevaba Candance. No eran muy profundas, al fin y al cabo, en aquellos días su mujer era casi un suspiro.

Llegó a una bifurcación y observó que las marcas se adentraban en el camino de la izquierda.

Por esa senda los árboles desaparecían poco a poco hasta convertirse en rudas paredes de roca, que iban sustituyendo a las verdes y frondosas de antes, y enredados matorrales. El techo bajó hasta convertirse en una cueva y él se vio obligado a caminar a cuatro patas, al principio, y a deslizarse como una serpiente al final.

Durante un instante pensó que tal vez se había equivocado, y que aquello no le llevaría a ninguna parte. Deseó haber hecho caso a George y haber esperado a revisar planos y posibilidades.

Cuando llegó a lo que parecía el final del túnel, suspiró y apretó los dientes con

impotencia; el lugar estaba completamente oscuro y no había pistas ni señales. Por puro instinto alargó la mano y tiró de los matorrales que tenía frente a sí.

Un fogonazo de luz le dañó los ojos. Era luz eléctrica. Se sintió confundido.

Candy atravesó el túnel en el que de niña jugaba con Lester. Solo Jack y ellos dos conocían de su existencia. El camino llevaba directamente a una pequeña habitación de la cabaña. Esa cabaña maldita por tantas razones...

Se incorporó a medias, en la pequeña despensa apenas cabía una persona de pie, y aguzó el oído, procurando moverse con cuidado. Una cortina era lo único que separaba el cuarto de alimentos de la estancia principal. Según calculaba, Dustin y Lester llegarían en cualquier momento. No podía dar ningún paso en falso o Lester lo pagaría.

Escuchó el golpe de la puerta al chocar contra la madera de la pared y, a los pocos segundos, un segundo impacto; esta vez de algo contundente colisionando contra la tarima del suelo. Movié un poco la cortina y se atrevió a observar la escena.

Lester estaba arrodillado, con las manos atadas con una cuerda que daba varias vueltas a sus muñecas, teñidas de rojo. Tenía la cara amoratada y sanguinolenta, la ropa desgarrada y de su cuerpo manaba sangre por múltiples heridas. Era evidente que Dustin había estado jugando con su cuchillo por el camino.

La misma afición que Jack, por eso su madre escogió aquella forma de eliminarlo. Justicia poética. Ella no tenía más que una barra de hierro que encontró en el coche de George, una de esas que se usan para asegurar el volante.

Dustin, además del chuchillo, llevaba una pistola sujeta en la cinturilla de sus pantalones.

—Ahora vamos a esperar aquí a tu primita.

—No seas gilipollas, no va a venir.

Dustin se acercó a él y, poniéndose en cuclillas, lo agarró del pelo y le levantó la cabeza.

—¿Crees que te encuentras en disposición de ofenderme? Los Shaw sois todos unos malditos arrogantes.

—Ese es el problema ¿verdad? Te gustaría ser un Shaw...

Dustin le escupió en la cara y lo soltó.

—Te dije lo que te pasaría si me traicionabas.

Lester se dejó caer en posición fetal, suponía que para protegerse de la inminente paliza. Sin embargo, un movimiento de ella, a su espalda, llamó la

atención de su primo. «¡Mierda!», pensó. Estaba segura de que Lester hubiera preferido que ella siguiera siendo la cobarde de los últimos años y no la valiente adolescente que lo protegía de las palizas de Jack.

—¿Por qué no me matas y terminamos ya con esto? —propuso Lester a Dustin.

—Porque la espero a ella, también tiene que pagar. Así no seré yo el único que pierda mi vida, la vida que me costó tanto labrarme, por la que hice tantos sacrificios para llegar hasta donde llegué... y con la que vosotros dos, un maricón y una zorra, habéis acabado.

De pronto notó que un cuerpo se pegaba a ella. El instinto la hizo intentar gritar, pero una mano manchada de tierra y hierbajos le tapó la boca con fuerza. Reconoció el olor de Byron, su cuerpo, su calor. Él retiró la mano despacio. Ella lo miró a los ojos.

Byron le puso una pistola en la mano.

—Intenta no matar a nadie —susurró.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que se proponía, él salió de la despensa con las manos en alto.

—Te olvidas del maldito salvaje —le recordó.

—Tú...

—Yo...

—Esto va a estar muy bien... —Dustin se rio mientras sacaba el arma del cinturón y subía la mano para apuntarlo directamente.

Un estruendo rompió la tensa calma de la estancia; el sonido de un revólver lanzando una bala con una misión: acabar con una vida.

Salvación

Candy escuchó el ruido de un cuerpo chocando como plomo contra el suelo que resonó en toda la estancia. De fondo, el sonido de un helicóptero sobrevolando la zona y varias sirenas acercándose.

—¡Suelten las armas y salgan con las manos en alto!

La voz proveniente del exterior a través de la megafonía apagó todos los sonidos, incluso el de sus respiraciones. Las respiraciones de tres personas. Las únicas tres que podían respirar.

—En cuanto estén fuera tumbense boca abajo en el suelo —continuaron impenitentes las órdenes—. No hagan ningún movimiento brusco o sospechoso.

—¡Joder, princesa! Te dije que intentarás no matar a nadie —susurró Byron.

—Sí, ya, bueno. Supongo que debí intentarlo con más fuerza —contestó ella, acercándose al cadáver de Dustin sobre el que estaba inclinado el indio.

—En el corazón. Tienes buena puntería —comentó, como si la hazaña no tuviera menor importancia.

—Tuve un buen maestro —contestó, dando gracias mentales a su ex jefe para sus adentros.

—Ya me contarás esa historia, ahora tenemos que salir si no queremos que nos frían. Pero antes, que quede claro lo que diremos para no tener más problemas.

—Tras quedar todos de acuerdo, Byron le quitó el revólver de las manos.

—¿Podrías, por favor, dejar la charla y soltarme? —intervino Lester.

—Será mejor que de eso se encargue tu prima. Perdona, pero yo aún te guardo un poco de resentimiento.

La puerta cayó con un golpe seco y un grupo de hombres les rodeó, apuntándoles con las armas e inmovilizándoles en apenas un parpadeo.

En el hospital, Lester miraba por el ventanuco que daba a una terraza llena de aparatos de aire acondicionado. Le dolía todo el cuerpo. Después de contestar a las preguntas de la policía, el sheriff y el ayudante del fiscal, tuvo que hablar incluso con el FBI, por algunos de los fraudes de Jack.

Un joven y rubio abogado, que era evidente se cultivaba en el gimnasio, le acompañó durante todo el tiempo, indicándole qué debía, o no, contestar. Era alguien que le proporcionó Candy, con la que aún no le dejaban hablar.

Solo llevaba veinticuatro horas allí encerrado, pero a él le parecían una eternidad. En realidad, en todo aquel tiempo solo le permitieron hablar con su abogado y los agentes de la ley. A Magui tampoco le dejaron verlo, pero llamó varias veces preguntando por él, igual que Candy. Una enfermera se lo dijo, si bien la policía le advirtió que no intentara comunicarse con nadie que no fuera su abogado. George sí pasó por allí, pero en calidad de ranger. De Leo no sabía nada.

Cuando lo dejaron en libertad tras el hallazgo del cuerpo de Jack, fue a emborracharse. Hacía tiempo que no perdía el control así, lo estaba dejando, pero ese día... Leo fue a buscarlo al bar y... por lo que le dijo, nunca lo perdonaría, estaba seguro.

El hecho de que Byron estuviera ejerciendo como ayudante del sheriff en el momento de la muerte de Dustin, facilitó la investigación de los hechos.

La explicación oficial apoyada por los tres únicos testigos decía que en un forcejeo Byron había perdido la pistola, y que Lester estaba a punto de disparar contra él, cuando Candy la recuperó y consiguió acabar con el secuestrador con un disparo fatal.

Byron vio a Candance salir de la ducha envuelta en una minúscula toalla blanca inmaculada, que contrastaba con la ahora broceada piel de la joven. El cabello por encima de los hombros lo tenía aún mojado y se le formaban rizos rebeldes que caían por su rostro. Se le tensaron a la vez la entrepierna y la voluntad.

Se habían alojado con su hijo en la pequeña casa de Byron, en las tierras de la familia de George. Angel estaba durmiendo en la cuna portátil que habían alojado en el salón. No tenía intención de presionarla, su única idea había sido reconfortarla, abrazarla y asegurarle que todo iría bien. Pero ese rostro reflejando ira contenida, esa actitud altiva y esa mirada amenazante lo estaban volviendo

loco.

Candy recordó ese momento justo antes de que todo estallara, en el barro, recordó cómo la agarró y la empujó contra el coche, recordó su posesiva boca, su forma de decir «mía», por desgracia, también su cuerpo lo recordó y empezó a burbujear.

Byron la vio pasar a su lado con la barbilla bien alta, dispuesta para pelear. Le agarró la toalla del borde inferior y tiró, dejándola desnuda y expuesta. La antigua Candy habría corrido a cubrirse, habría enrojecido y habría salido corriendo. Su mujer no, ella se dio la vuelta despacio, se puso las manos en las caderas y abrió un poco las piernas, con su actitud desafiante decía «atrévete».

Por supuesto, se atrevió. La agarró por detrás de los muslos y tiró de ella hasta que quedó encima de su regazo, totalmente desnuda y obligada a agarrarse a sus hombros para no caerse.

—Suéltame —le ordenó con voz serena.

—Me deseas.

—Deseo muchas cosas, entre ellas matarte, pero no lo voy a hacer, como tampoco voy a copular contigo en este momento.

—Copu... —Byron se echó a reír sin ningún disimulo, y se dejó caer de espaldas en la cama.

—Es lo que quieres, ¿no?

—No. Lo que quiero es follar. Lo otro lo hacen los animales. —Ella levantó una ceja y se cruzó de brazos.

—Efectivamente.

—Vale, has conseguido que se me pase. ¿Quieres hablar? —Candy se movió buscando estar más cómoda.

Byron la cogió de las caderas con ambas manos, imposibilitando que siguiera con el contoneo.

—Si quieres que continúe esta conversación, o lo que sea, tendrás que estarte quieta.

—Te recuerdo que si estoy desnuda y encima de tu... tu... pene, es porque tú lo has querido así.

Byron se apoyó en los codos y la miró, con las pupilas ya totalmente dilatadas.

—Lo que yo quiero es que mi... *pene*, esté dentro de ti, llenándote por todas partes, quiero oír que gritas mi nombre, muero por lamerte entera, por comerme cada rincón de tu cuerpo, quiero sentir tus pequeñas manos y tu dulce lengua encima de mí, deseo ver cómo pierdes los estribos cuando te corres, quiero

hacerte disfrutar hasta que te olvides de todo y de todos, excepto de mí y mi... *pene*. Y lo quiero desde hace más de un año, así es que, princesa, ¿qué hacemos?

—Te equivocas —lo corrigió. Él la miro sorprendido.

—¿Crees que no te deseo? —le preguntó.

—Trescientos cincuenta y dos días, hace trescientos cincuenta y dos días.

Byron sonrió y se incorporó de nuevo para besarla, pero la mano de Candy le empujó de nuevo hacia la cama.

—Vale, me rindo. ¿Por qué estás tan enfadada?

—¿Por qué tuviste que entrometerte? Si te hubiera pasado algo yo... yo podía solucionarlo, no soy una buena para nada, no necesito que nadie...

—Lo sé, no necesitas que te ayuden, pero lo haremos. Porque te queremos, no porque pensemos que no eres buena para nada. Has demostrado tu valía en este último año. Has protegido a mi hijo, y por eso yo sentí la necesidad de protegerte a ti, como tú me protegiste a mí contra Justin. Porque nos amamos, no porque seamos hombre o mujer.

—Pero no lo entiendes, la gente no me conoce. Siguen pensando que soy superficial y...

—Ya sabes lo que opino yo de lo que piense la gente —le acarició el pómulo con los dedos mientras le hablaba.

—Pero a mí sí me importa. —Byron decidió sacar la artillería pesada de sus argumentos.

—Aprenderás a que deje de hacerlo.

—No puedes decirme lo que debo o no sentir, eso se acabó.

—Y tú no puedes seguir pensando con el culo, Candy.

—¿Qué...?

—No te estoy tratando con cuidado, ni intentando ningunearte, solo pensé que si te pasaba algo me moriría, no tenía ni idea de qué iba a hacer. Sé que no me necesitabas, no lo hice por ti, lo hice por mí.

Candy sintió que la presión en el pecho se disipaba, no se trataba de que no la creyese capaz, ahora lo creía, él siempre la había animado a ser ella misma, solo había querido estar con ella pasara lo que pasara.

—¡Joder! Aún soy ayudante del sheriff, ahora que lo pienso.

—Tienes una boca muy sucia.

—Exacto. —Y la pegó a la de ella.

Llenó de humedad sus labios, los mordió y la saboreó a conciencia. El placer le robó cualquier tipo de cordura, todos sus instintos se hicieron cargo del

momento.

Candy se abalanzó sobre él, le agarró el cabello que había crecido hasta llegar a los hombros y lo apretó contra ella. Imitando el movimiento brusco que antes había realizado Byron, se colocó encima de él.

Las manos de Candance se habían vuelto ávidas y atrevidas. Byron recordaba perfectamente cómo se apoderaba de ella la pasión, se volvía salvaje y posesiva, aunque solía guardar algo de pudor, o quizá miedo, siempre un pequeño velo se interponía entre ellos, esa duda que sobrevolaba cualquier acción no meditada de su mujer. Ahora no, ella estaba dándose sin restricciones y le pedía a él lo mismo. Le exigía toda su pasión, su cuerpo y su cabeza. Byron dejó de pensar de nuevo.

Se mantuvo quieto mientras la dejaba explorarlo por completo. Candance relamió cada uno de sus tatuajes, haciendo que su piel ardiera con el húmedo contacto de la curiosa lengua. Las manos de Candance lo desnudaron con prisas casi torpes, hubo encontronazos de dientes y manos, algunos mordiscos exquisitos y otros vagando entre el placer y el dolor.

Una vez que lo tuvo desnudo y a su entera disposición, Candy lo miró con atención, montada encima de él deslizó sus ojos por el pecho y el vientre firmes del hombre. No tenía apenas vello, sus músculos eran largos y definidos. Se mordió los labios pensando en degustarlo por completo.

—Pon los brazos por encima de tu cabeza —le exigió. Él sonrió y obedeció.

Candance se sentía poderosa, era ella en estado puro. Por primera vez, era la mujer que quería ser, la que no sabía que existía, la que podría vivir sin un hombre, pero elegía amar a este.

Cerró los ojos y puso ambas manos sobre el pecho de él. Las bajó despacio intentando memorizar cada ondulación, cada cicatriz, cada sutil detalle de su cuerpo.

Movía sus caderas hacia delante y hacia atrás, acunando el miembro hinchado de Byron. Impregnándolo de su propia humedad.

Siguió deslizando sus manos por los costados hasta llegar a las caderas y allí ella clavó sus dedos con fuerza y, echándose hacia delante, le mordió el cuello, que luego lamió para calmar el picor. Siguió besando su mandíbula mientras se mecía contra él y guiaba sus manos hacia el pubis para enredar en los rizos los dedos.

Byron no pudo contenerse más y le agarró la cabeza con ambas manos para poder atrapar su boca en un beso devastador, desordenado, ambicioso y

completamente apasionado.

Candance tomó el miembro de él y lo guio hacia su interior con una mano mientras que con la otra lo empujaba para marcar ella el ritmo. Byron se dejó hacer saliendo de la tormenta del beso para apretar los dientes e intentar no correrse en ese mismo momento. Candy no le dejó. Le buscó de nuevo con la boca y le acogió dentro por completo.

Se dieron unos segundos para disfrutar de la sensación de estar unidos de nuevo, en esa forma primitiva que solo el sexo proporciona.

Candy se incorporó sobre él con la intención de montarlo, pero Byron se incorporó también y la abrazó abarcando su cuerpo por completo. Le guio los muslos hasta que ella le abrazó la cintura con las piernas.

Se miraron a los ojos mientras se movían despacio, estaban completamente pegados, parecían un solo cuerpo y se movían como si lo fueran. Byron se separó un poco y miró hacia el punto en el que estaban unidos, un rayo le atravesó el estómago y amenazaba con liberarlo de la tensión. Llevó hasta allí su mano y con el pulgar encontró el punto más sensible de Candy, le masajeó el clítoris con el que pensaba darse un buen festín más tarde, cuando la imagen se coló en su mente, su cuerpo reaccionó, notó que derramaba unas gotas dentro de ella y aceleró el ritmo de su dedo.

La vio echar la cabeza para atrás, sintió los dedos de ella apretarle con fuerza los muslos a los que se había agarrado para mantener el equilibrio. Y sí, un grito le avisó de que estaba a punto de explotar en mil pedazos.

Byron giró rápidamente y se puso encima de ella para poder contemplar el arrollador orgasmo que la estaba subyugando. Sintió cómo se retorció debajo de él intentando quedarse con el placer el máximo tiempo posible. Hasta que, tras unos segundos de presión que pensó que lo volverían loco, notó el cuerpo de la joven relajarse.

Él respiró hondo para tratar de contenerse, intentó pensar en trabajo, en las cosas que tenía que hacer, todo con tal de aguantar un poco más dentro de ella, pero al mirarla con ese gesto totalmente satisfecho sintió que toda la sangre se concentraba en un solo punto, y el rayo que había sentido anteriormente se convirtió en toda una tormenta. Entonces ella abrió los ojos, lo miró con una sonrisa endiablada y antes de que se diera cuenta estaba otra vez prisionero de sus ahora fuertes piernas, de espaldas en la cama y con ella encima moviéndose con un ritmo frenético que no le dejaba otra opción que obedecer a la dueña de su mundo.

Le clavó los dedos en las caderas y se dejó llevar, escuchó de nuevo un grito, más ronco que el de antes y tardó en darse cuenta de que provenía de su propia garganta, elevó la pelvis y se dejó ir.

Se corrió con tanta fuerza que pensó que se había quedado vacío y sin fuerzas. Le pareció que ella también se había ido con él al paraíso, pero ni siquiera podía estar seguro. Notó el peso de la chica sobre su pecho, saciada y relajada. Sintió sus labios en el pecho.

—¿Estoy vivo? —le preguntó.

—Eso espero. Antes me has prometido un festín.

—Él levantó un poco la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Lo dije en voz alta?

—Ajá.

—Tendré que cumplir mi palabra.

Por fin juntos

El sol era cegador. Candy se puso la mano a modo de visera al salir y miró hacia delante. A su nueva vida. Y allí estaba. Su familia. Byron llevaba a su hijo en brazos, parecía que hubiese pasado una eternidad.

—Hola, princesa pálida —le sonrió.

—Hola, mi salvaje —le contestó acercándose a él y acariciando la pequeña cabeza de su hijo.

—Te hemos echado de menos.

—Y yo a vosotros —confesó apoyándose sobre él.

—Solo han sido unas horas.

—Han parecido años.

Candy había pasado la mañana con Jeremy y diferentes acreedores y abogados que litigaban con su padre. La conclusión era clara, estaba arruinada, solo le quedaban la casa y las tierras. Los animales, el pienso, el efectivo, las cuentas, todo había sido embargado. Había preferido entregarlo todo y comenzar de cero.

—¿Te alegras de haber firmado?

—Me alegro de que todo haya terminado.

—Aún no podemos ir al rancho. Siguen con la investigación. Jeremy ha conseguido sacar a Lester también. Pero entre los dos habéis acabado con mis ahorros, me temo que somos muy pobres en este momento.

—¿Has pagado la fianza de Lester? —lo miró con todo el amor que le cabía dentro.

—Alguien tenía que hacerlo ¿no?

—Cuando esto se resuelva te lo devolveré todo.

—Lo sé.

Y porque le dijo eso y no dio por hecho que se haría cargo de ella, lo quiso aún

más.

—Me preocupa. Leo se ha cansado ya de él. No quiere saber nada.

—Lo sé. Llamó preguntando por ti y por Angel. Le he prometido que iremos a visitarlo pronto. He hablado con Lester mientras estabas aquí. La jueza lo ha metido en un programa de desintoxicación. No puede recibir visitas. Estará allí varios meses. Y después vendrán los juicios. Tiene varias causas pendientes.

—Confío en Jeremy.

—Sí, mi primo está pasando aquí tanto tiempo que me temo que pronto estará por aquí su secretaria, y eso va a volverlo todo muy interesante.

—¿A qué te refieres? —se interesó Candy.

—La Loba va a morder —declaró entre carcajadas.

Angel dormía plácidamente sobre una manta roja a cuadros, Byron estaba apoyado en un árbol y Candance, tumbada sobre la hierba, descansaba la cabeza en su regazo.

—¿Sabes? En el fondo me alegro de que me dejaras tomar mi propio camino. Sé que me equivoqué, que debí dejar el rancho y buscar una forma de ganarme la vida, pero al final lo hice. Si me hubiera ido contigo, habría terminado siendo una inútil a tu lado, dependiendo de ti. Y tú te habrías cansado de mí.

—Jamás me cansaré de ti —le confesó, levantándole el mentón hacia él.

—Lo habrías hecho. Yo... cuando te hice lo que te hice, creí que no tenía otra opción...

—No hace falta que hablemos de eso.

—Quiero hacerlo —hizo una pausa para llenarse de valor—. Pensé que, si no te lo hacía yo, ellos te matarían, y créeme, lo habrían hecho.

—Lo sé, pero en ese momento habría preferido morir.

Se miraron a los ojos durante unos instantes, reflejaban tanto amor como dolor.

—Lo siento.

—Lo sé.

—Tenías razón, fui una cobarde.

—Probablemente fuiste la más valiente de los dos. Yo me largué y tú te enfrentaste a todos, sola y embarazada. Embarazada de mi hijo.

—Yo... nunca le habría hecho daño a nuestro hijo, ni habría dejado que ellos se lo hicieran.

—Nunca debí decirte eso. Estaba enfadado. Yo... ¿me perdonas?

—Será lo mejor. —Ella sonrió, levantando la mano para jugar con el lacio cabello de él.

—Me enamoré de ti el día que te vi en aquella cocina y saliste corriendo porque te dije algo.

—¡Buh!

—¿Qué?

—Me dijiste ¡buh! Me asustaste.

Byron soltó una carcajada.

—Pero no supe que eras mía hasta que te probé aquel día en el barro.

—No soy tuya, te quiero, pero solo me pertenezco a mí misma.

—Si prefieres pensar eso está bien. Yo estoy muy cómodo sabiendo que soy todo tuyo y que tú me perteneces.

—¡Dios! Eres exasperante, no has cambiado nada.

—No, no lo he hecho. —Le acarició el rostro y se curvó para besarla en la boca de forma posesiva.

Le agarró la cabeza y la apretó contra él mientras la exploraba con la lengua.

—Lo que más miedo me daba de ti, eran los sentimientos que me provocabas.

—¿Acaso ya no te los provoco?

—En este momento estoy asustadísima.

—Sí, ya lo noto. —Se tumbó junto a ella y siguió aprendiendo cada uno de sus suspiros, de sus espasmos y sus temblores, cada reacción mágica y cada entrega.

—Volvería a quemarme una y otra vez en el infierno para encontrarte en este cielo —le confesó Byron.

—Yo no sabía que se podía amar tanto como te amo, nunca pensé que existiera este tipo de sentimiento que te inunda por completo. A veces me desborda y creo que me va a matar, pero luego te veo y consigues calmar mi ansia con tus manos y tu boca.

—A mis manos y mi boca les encanta calmar tus ansias, mujer.

Candy rio llena de felicidad, este era su momento, sabía que tendría que luchar para sacar adelante su rancho, limpiar su apellido y pelear contra los que nunca aceptarían el amor interracial, pero no le importaba, lo único importante era que estaba viva, y tenía a su hombre y su hijo con ella. Lo demás solo tendría que lucharlo. Y ganaría, sabía que lo haría.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Este libro no existiría sin el empuje, la constancia y el amor de mis queridas *A solas con Bela*, muy especialmente sin Doble M, la única que entendió a Candy desde *Mi tierra eres tú*. La adoro por ello. Leo Andreu, Magui Gil y Bea. Gracias por todos y cada uno de los cafés que hemos disfrutado, por vuestro ánimo en los momentos de «hundimiento del artista» y el tesón a la hora de motivarme durante estos cuatro años. Creísteis en Byron y Candy y yo creí en vosotras.

María José Losada y Rosana; mis queridas gallegas, gracias por vuestra sinceridad, el libro cambió por completo y no puede gustarme más el resultado.

Lola, mi querida Lola, no soy una persona fácil cuando estoy creando, y además me escudo en el temperamento del artista, sí, lo sé... pero tú sabes cómo lidiar con eso y conseguir lo mejor de mí. Te quiero en mi vida siempre.

Mi familia, esa que pase lo que pase siempre cree que hago lo mejor y soy la número uno. No sería capaz de sobrevivir un día sin mis hermanas y mi hermano del alma, sin la fuerza huracanada de una madre que no sabe leer, pero está convencida de que soy la mejor escritora de la historia. Sin la sabiduría de mis sobrinos que me enseñan cada día algo nuevo. Sin mi roca, mi marido, mi Ace.

Pero este año quiero dar las gracias a mi Ángel, se fue demasiado pronto, demasiado... Me he quedado con sus ganas de vivir y su visión optimista y luchadora, conseguía todo lo que se proponía y vivía libre, tal y como quería, así era él, así será siempre.

Seguí adelante y lo terminé por ti, porque cualquier otra cosa, no era una opción.

PRÓXIMAMENTE

¿Te has quedado con ganas de más?

Quererte así será la nueva entrega de la serie Segundas oportunidades, de Bela Marbel, en la que podrás conocer la historia de Jeremy y la Loba.

Si te ha gustado

Te tengo en mi piel

te recomendamos comenzar a leer

Como un sueño en un sueño

de *Mina Vera*



CAPÍTULO 1

La alarma de mi móvil me hizo brincar en la silla de mi escritorio cuando anunció las seis, hora a la que debía cerrar los libros y empezar a vestirme. Realmente no tenía que recoger a la repelente de Carolina hasta las ocho. Pero conociéndola como la conocía, tras tres años siendo su canguro, más me valía estar en la fiesta de carnaval de su también insoportable amiguita Soraya al menos una hora antes. El año anterior ya me la había jugado con su fingida cara de niña buena y sus «un poquito más» y sus «*porfaaa*», y habíamos acabado llegando a su casa casi una hora tarde, lo que me costó una merecida reprimenda de sus padres. Para ellos era más que evidente que una niña de siete años no podía tener la culpa. Pero en esta ocasión no me la iba a colar, porque pensaba presentarme allí una hora antes para que, por mucho que se hiciera de rogar, pudiera tenerla en su casa a las ocho y treinta minutos exactos.

Aunque, al igual que los dos años anteriores, tuviera que ir disfrazada a recogerla, por lo menos me dejaban elegir mi disfraz. Siempre acababa reciclando alguno de los que había llevado cuando me disfrazaba con mis amigas del colegio. Pero este año me había prometido a mí misma que llevaría algo que me gustara de verdad, algo que me hiciera sentir yo misma, sin ser realmente yo, claro está. Fue entonces cuando encontré casi por casualidad el traje de Dama Oscura. Parecía estar esperándome a mí, allí, en un maniquí oculto tras varias cajas en la tienda de disfraces. A pesar de que cuando mi madre lo había visto me había dicho que si me ponía unos colmillos falsos parecería una vampiresa, mi disfraz era más que eso. No era el típico vestido negro ceñido y una capa del mismo tejido carnavalesco sumado a una peluca larga con mechones descoloridos. No. Mi disfraz era de dama del siglo XIX, y parecía auténtico. De hecho, tal vez lo fuera, porque había pagado un buen pico por él.

La tela de color gris marengo estaba recubierta de un encaje negro con pedrería —en teoría de imitación— en partes estratégicas como el busto, los puños y la mitad superior de la falda. El cuello también llevaba algunos bordados y era tan alto que casi me llegaba hasta la barbilla. Las mangas eran abullonadas y la cintura se estrechaba hasta tal punto que el contraste con mis caderas hacía que la falda pareciera tener aún más vuelo del que de por sí tenía, que no era poco. Tuve que ponerme unos zapatos de tacón algo más altos de lo que yo

acostumbraba a llevar para no arrastrar demasiado el bajo. Y teniendo en cuenta que por esas fechas en Bilbao, mi ciudad natal, y al igual que en el resto de la costa del mar Cantábrico, era más que probable que lloviera, no quería acabar con la ropa hundida en agua. No obstante, la parte trasera iba a arrastrarla de todas formas, ya que tenía un poco de cola. Al menos, el paraguas que venía incluido en el lote podría serme útil en ese caso. Lo que sí me iba a venir de perlas, ya que el vestido no tenía un solo bolsillo, era el bolsito a juego, pequeño y con un brazalete para llevarlo colgado de la muñeca. Como toque final, el gorrito del mismo tejido era un detalle muy cuco sobre mi recogido bajo, haciendo parecer mi melena castaña casi dorada en contraste con aquellos colores oscuros.

Me pinté con sombras ahumadas, haciendo que mis ojos castaños adoptaran un brillo especial, y los labios de un rojo mate, sin cargarlos demasiado. Aunque fuera solo un disfraz, lo que yo quería era parecer una auténtica dama londinense de la época victoriana. En concreto, una que pareciera haber deambulado por las calles desde entonces hasta nuestros días. Podía resultar algo siniestro, pero ese era precisamente el tipo de literatura que más me gustaba. ¿Y acaso la etiqueta de mi disfraz no decía: «Dama Oscura, Modelo Valeria: vestido, sombrero, bolsito y paraguas, 150 €»? Había que hacer honor a ese nombre. Aunque el vendedor podría haber disimulado mejor el tachón en la palabra «pesetas» y en los dos últimos ceros de la cifra que delataba que antes de la conversión al euro, el vestido era mucho más barato. En más de diez años con la moneda común, podría haberse dado cuenta de que aquello era más que una notable diferencia. Me quedaba el consuelo de pensar que el vestido llevaba allí, como poco, dos terceras partes de mi vida, como si realmente hubiera estado esperando por mí.

De todas formas, de nada valía lamentarse, porque ya estaba hecho. Ahora quería disfrutar del pequeño despilfarro de mis duramente conseguidos ahorros, a los cuales era la primera vez que echaba mano en meses. Este era un lujo que creía haberme ganado después de casi anular mi vida social. El vestido era mi primer capricho desde aquella loca semana con mis amigas antes de empezar el curso, en la casa de la playa de los tíos de Esther, mi mejor amiga y compañera de pupitre. Pensar en aquello casi logró que estropeará el exagerado efecto ahumado de mis ojos con unas inoportunas lágrimas. Todas mis amigas iban a salir, juntas, con sus disfraces de estrellas del pop actual, a bailar por ahí. No es que envidiara poder disfrazarme como ellas, mi vestido era mil veces mejor y más abrigado que los que ellas llevaban en pleno febrero. Pero poder pasar una

tarde de sábado con mis amigas como una adolescente normal era algo que echaba de menos. Mientras ellas se divertían, yo tenía que ir a recoger a Carolina, porque ese era mi trabajo. Un trabajo que no podía arriesgarme a perder, aunque eso supusiera no poder disfrutar de los fines de semana más importantes de la vida de cualquier chica de mi edad.

Tras la foto de rigor en el recibidor de mi casa, mi madre me deseó que me divirtiera y me despidió hasta que las puertas del ascensor se cerraron. ¿Acaso alguien que va a recoger a una mocosa mimada, a una fiesta montada en un local alquilado para las veinte compañeras snobs del colegio de pago al que les llevan sus aún más snobs padres, podría divertirse? Ni yo ni las otras tantas canguros que nos encontraríamos allí hacíamos esto por diversión. Lo hacíamos por dinero y, yo concretamente, para poder pagarme la universidad en pocos meses. Nunca se sabe si van a acabar concediéndote la beca por la que llevas luchando desde que aprendiste a leer, y si se quiere estudiar Literatura en una de las universidades más importantes del país, o incluso del extranjero, la cosa se complica aún más. Por eso llevaba tres años soportando a Carolina, a su familia, a sus amiguitas y sus tonterías de gente bien. Y por eso estaba metida en el metro intentando averiguar con mi móvil qué parada era la más cercana a la dirección que, lista de mí, había dejado olvidada en una nota pegada en la puerta de la nevera. *Mazarredo 67*, creía recordar.

Cuando bajé del vagón abarrotado de gente disfrazada —la cual no había derrochado tanto dinero en su disfraz como yo, lo que me hizo sentirme un poquito culpable otra vez—, me dirigí a la dirección que recordaba, leyendo uno a uno los portales para buscar el número. Crucé a la calle de los impares y cuando llegué al 67 me dije que no podía ser. Allí no había nada parecido a un bar repleto de niñas disfrazadas. Me planteé que quizás el número fuera el 77, ya que como mi madre había cogido el mensaje por teléfono, y ambos números sonaban parecidos, podría haberse confundido. Yo recordaba bastante claramente haber leído un 6 y un 7. ¿Podría ser sino el 76? Recorrí la calle arriba y abajo. Crucé de nuevo la carretera y acabé entrando en un hotel, por si el lujo de este año había tocado las cotas más altas y las niñas tenían su propio salón reservado mientras los padres se libraban de todas ellas durante unas horas. Pero nada, en el hotel me miraron con cara rara y me dijeron que no tenían en la agenda ninguna fiesta de disfraces infantil ni ningún octavo cumpleaños de ninguna niña llamada Soraya.

Cuando, ya desesperada, estaba a punto de llamar a casa para que mi madre me

releyera la nota de la nevera, no fuera a ser que el problema no estuviera en el número sino el nombre de la calle, vi a una chica que vestía un traje antiguo algo parecido al mío dirigiéndose hacia una zona de edificios en construcción. Dobló una esquina y la perdí de vista, pero cuando me acerqué pude ver que en una de las lonjas de los edificios apenas terminados había luz. Tal vez alguno de los padres trabajara en esa obra, como arquitecto o inversor, no como albañil, ya que se trataba de la *jet set* de la ciudad, y hubiera decidido utilizar uno de esos locales aún sin vender para que los gritos de las veinte niñas endemoniadas no molestaran a nadie. Busqué la puerta de entrada de esa lonja iluminada, que hacía esquina en el edificio más alejado de la zona transitable de la acera, y encontré una puerta cerrada de la que colgaba una aldaba. Tenía un aspecto algo siniestro, además de inusual para ese edificio tan moderno, pero por lo demás parecía invitar a llamar. Así que lo hice y la puerta se abrió casi de inmediato.

Un hombre alto y fuerte, perfectamente peinado con raya a un lado, se presentó frente a mí, mirándome de arriba abajo. Vestía un traje de levita aterciopelada que parecía ser de la misma época que el mío, por lo que me dije que mi disfraz ya no era tan original como me había parecido el día que lo compré. Me pregunté si los camareros o vigilantes de la fiesta habían sido obligados a disfrazarse también. Todos estábamos a merced de ese grupo de brujas disfrazadas de niñas, y no al revés, niñas disfrazadas de brujas, como había decidido unilateralmente la anfitriona de la fiesta, informando a sus invitadas durante un recreo de la semana anterior que ese era el único disfraz permitido en su fiesta. Nada sorprendente viniendo de aquella brujita.

El hombre se adelantó hasta mí, me dio un delicado beso entre ceja y ceja y pronunció:

—*¡Toma este beso en tu frente! Y, en el momento de abandonarte, déjame confesarte lo siguiente...*

Me quedé paralizada. ¿A qué venía eso? El portero de una fiesta infantil no recitaba a Edgar Allan Poe como bienvenida a una pobre pringada que solo está allí para hacer un trabajo que está deseando dejar. Pero claro, esa pobre pringada ha leído a Poe desde los diez años, y ha memorizado sus poesías hasta sentirlas como suyas, por lo que en situaciones así, no puede hacer otra cosa que seguir el poema.

—*No te equivocas cuando consideras que mis días han sido un sueño; y si la esperanza se ha desvanecido en una noche o en un día, en una visión o fuera de ella, ¿es por ello menos ida?*

El hombre me sonrió y me invitó a pasar con un gesto de la mano, casi una reverencia, y yo acepté.

—*Todo lo que vemos o parecemos no es más que un sueño en un sueño.*

Y tras recitar con solemnidad esos últimos versos, cogió mi paraguas y desapareció sin que yo pudiera terminar el poema. Aún alucinando por lo ocurrido, y dándole vueltas al porqué de esas palabras, atravesé unas pesadas cortinas color granate que hacían las veces de puerta. Como si hubiera viajado dos siglos atrás, me adentré en una amplísima sala repleta de gente que parecía salida de una película de época. Sí, gente, vestida casi como yo, pero no niñas disfrazadas de brujas. ¿Sería aquello una fiesta de disfraces para adultos y en alguna otra sala habría otra para niñas? Quizás al portero, al verme vestida de forma similar al resto, se le hubiera ocurrido que me podría gustar la poesía del siglo XIX. A saber.

Decidí buscar alguna cara conocida. Tal vez los padres tuvieran una fiesta paralela a la de sus hijas. Pero la verdad era que aquellas personas no tenían pinta de padres adinerados. Eran demasiado jóvenes, salvo alguna excepción, y casualmente sus disfraces iban en la línea del mío. Alguno parecía de una época anterior, un par de siglos más atrás, por lo que deduje que me había colado en una fiesta temática que, aunque tenía muy buena pinta, con mesas donde poder conversar, música en directo a manos de un pianista y un cuarteto de cuerda y camareros sirviendo bebidas en unas copas de color bronce, no era adonde me dirigía. Cuando finalmente me di la vuelta para marcharme, convencida de que había confundido la dirección, choqué contra el pecho pétreo de un hombre alto y reboté casi dos pasos. Él me cogió del codo evitando que me cayera y su tacto fue como el de una pluma.

—Disculpe, señorita, he sido un torpe. Por un momento la había confundido con otra persona.

La voz era suave, juvenil y llena de tristeza. Cuando le miré a la cara pude comprobar que, si bien su cuerpo me había parecido el de un hombre, su rostro era el de un adolescente.

—No, ha sido culpa mía —repuse sonrojándome sin poder evitarlo por el modo en el que él me miraba de repente. La tristeza había desaparecido por completo y la sustituía una especie de esperanzada curiosidad—. Me he girado de golpe y no te he visto justo detrás de mí.

Exactamente. Tenía que estar completamente pegado a mí porque había impactado de lleno contra él. En cambio, yo no había sentido ninguna presencia

a mi espalda.

—De todas formas, me alegra haber topado con usted. —La mano que sostenía mi codo subió hasta mi mejilla y la perfiló sin apenas tocarla—. No es muy común encontrar caras nuevas por aquí. Menos aún rostros de tan perfecta simetría.

Me dije que con «por aquí» se referiría a esa fiesta. Quizá era la fiesta de una universidad o asociación cultural, porque el edificio era claramente nuevo y ese lugar no podía ser un bar de copas, eso seguro. Y en cuanto a la simetría de mi cara... Sinceramente, nunca me había parado a medírmela.

—Estoy buscando a alguien —dije sin dar más detalles, porque realmente mi labor no era algo de lo que me gustara alardear delante de un chico que acababa de conocer y que además de educado tenía una sonrisa increíble y enigmática.

—Eso me había parecido desde que ha entrado. Aunque la verdad es que no esperaba que la mensajera fuera a ser —se acercó a mí y juro que me olisqueó como un sabueso— así.

—¿Así, cómo? —exigí saber, algo molesta.

—Tan familiar. Pero sobre todo —volvió a acercarse a mí, y esta vez su nariz rozó mi mandíbula—, tan tentadora.

Me lo quedé mirando, creo que con la boca abierta. Había sido objeto de algunos piropos a lo largo de mi vida, unos más originales que otros. Pero aquello no tenía parangón. ¿Tentadora? ¿Con un traje de cuello cerrado, de lo más recatado, y con los ojos ennegrecidos? Aquel chico tenía unos gustos bastante raritos. Aunque claro, tal como me había olisqueado, igual lo que le atraía de mí era mi perfume, y eso que me lo había echado por la mañana después de ducharme y no podía quedar mucho rastro de él.

—¿Gracias? —respondí, o pregunté, y de inmediato me eché a reír.

A él pareció sorprenderle mi reacción, casi tanto como a mí su piropo, si es que podía llamarse así, pero acabó sonriendo y el efecto que eso tuvo en mí fue devastador. Hasta que no vi su afilada sonrisa luciendo una dentadura impoluta no me paré a pensar en lo increíblemente guapo que era. Pero no eran solo las formas perfectas de su rostro, nariz estrecha y recta, ojos profundos de forma almendrada y una mandíbula fuerte y cuadrada enmarcada por una media melena rizada y tan negra como sus ojos. Tenía algo que lo envolvía, un atractivo que tiraba de ti como una cuerda, que te arrastraba hacia él casi de un modo físico. Más que casi. Su mano rodeó mi cintura y me atrajo contra su cuerpo, pegándome a él. De pronto estábamos bailando al son de la música y me sentí

flotar entre sus brazos.

—Por mucho que valore que Galiana se haya esmerado tanto en encontrar a alguien de mi más absoluto agrado, no puedo evitar sentir inquietud por no haber previsto las consecuencias que podría desencadenar tu pureza en un lugar como este —susurró mientras me guiaba en un baile que parecía conocer a la perfección—. Está poniendo en peligro al mensajero. Y con ello las negociaciones.

Antes de poder preguntarle de qué estaba hablando, le vi llevarse la mano al interior de su levita y, rápido como un rayo, volver a agarrarme la palma de la mano como si fuera a seguir guiándome en el baile. Pero en lugar de limitarse a hacer eso, sentí cómo su mano se deslizaba sigilosamente por mi muñeca y se introducía en mi manga a través del puño, que me quedaba algo flojo. Empujando con la mayor de las delicadezas, encajó algún tipo de papel entre mi codo y mi muñeca izquierda. Miré a mi alrededor, de pronto preocupada por que alguien pudiera haber visto aquello. Pero lo que descubrí fue que, al parecer, habíamos abierto el baile, ya que varias de las personas que estaban sentadas en las mesas cuando yo había entrado habían dejado de conversar y se habían unido a la danza.

—Dile que exponerte aquí delante de todos ha sido descabellado —prosiguió el chico como si yo tuviera que saber de qué me estaba hablando—. Y que espero su respuesta en un lugar que sea seguro para ti. Un lugar público.

—Hay un hotel aquí enfrente —solté sin pensar, como si la conversación fuera conmigo, que claramente no.

—Muy bien. Exactamente en una semana, a medianoche. En cuanto llegues pregunta en recepción por Elías. —Me guio con sublime habilidad en los pasos de baile hasta que la canción terminó. Hizo una reverencia sin apartar sus ojos de los míos y me empujó de forma muy suave por la cintura en dirección a la puerta—. Ahora vete. Corre.

Iba a obedecerle. Obedecerle se había convertido en una especie de necesidad vital para mí. Pero él mismo tiró de mi brazo antes de que pudiera dar el primer paso y me apretó contra su costado.

—Bueno, bueno, Elías. —Un hombre de unos cuarenta años se acercó a nosotros y aunque sus palabras se dirigían al chico que estaba a mi lado apretándome con excesiva fuerza, me miró en todo momento a mí. Mi cara, mi vestido. Moviendo las aletas de su nariz como si también me estuviera olisqueando. Al parecer, algo muy común en aquella fiesta—. Veo que no

pierdes el tiempo.

—Mi amiga ya se iba —se apresuró a indicar Elías y tiró de mí en dirección a la puerta.

—¿Eres una donante?

Sentí la mano de Elías apretar mi costado con muchísima fuerza, y no supe si quería que respondiera sí, no, o que no contestara. Pero acabé simplemente diciendo la verdad, y no porque lo hubiera decidido yo. De alguna manera, aquel hombre me lo exigía con la mirada. Una mirada extrañamente parecida a la de Elías, al igual que algunos rasgos de su rostro.

—Sí —respondí de inmediato.

Y así era. Donaba sangre desde el mes anterior, nada más cumplir los dieciocho años, y me había hecho el carnet de donante de órganos a la vez que mi madre.

—Ella no se quedará hasta el final de la noche, Armando. Así que, ¿por qué no te vas a dar una vuelta, a ver qué encuentras por ahí?

—No sé dónde la has encontrado ni me importa, Elías. Pero sabes que la exclusividad tiene un precio. —Por primera vez el hombre dejó de mirarme para mirar al muchacho, Elías—. Y dudo que estés dispuesto a asumirlo.

—Métete en tus asuntos, Armando —replicó el joven con una autoridad que denotaba auténtico poder—. No te lo repetiré una segunda vez.

La temperatura del ambiente se disparó, literalmente. Sentí calor que provenía del cuerpo de Armando y también de la mano que me mantenía sujeta por el costado. Y de la misma forma que vino, se fue, pero no sin dejarme medio mareada entre tanto. Para cuando quise darme cuenta, Armando había desaparecido, Elías me había ladeado la cabeza y me estaba besando en el cuello, justo en el punto anterior a la clavícula. Estaba pensando en qué momento me había desabrochado los botones del vestido para dejar a la vista esa parte de mi piel cuando, con la misma fugacidad que me había llevado a ese beso, estábamos en la puerta y él la abría para mí.

—¿Qué ha pasado? —Me sentía completamente desorientada.

—Armando puede causarnos problemas si se entera de que estoy en contacto con Galiana. Debes irte. —Me miraba tan preocupado que sentí profundas ganas de consolarle—. Yo me encargaré de que él no salga detrás de ti.

—¿Para qué iba a venir detrás de mí? —No entendía nada.

—Para lo mismo que cualquiera que no sea yo querría un bocadito como tú.

Esta vez el gesto fue más allá de la preocupación. Su ceño se frunció con rabia

y en sus ojos pude ver que era más peligroso de lo que parecía a simple vista. Después, en un visto y no visto, volvió a ser el chico encantador que había bailado conmigo haciéndome sentir como si flotara en un sueño. Un sueño del que acababa de despertarme.

¿Bocadito? ¿Me había llamado bocadito? Aquello ya era el colmo. Iba siendo hora de que le dijera que se había confundido de chica, que no era la que él estaba buscando, que no conocía a ninguna Galiana y mucho menos era su mensajera, y que fuera lo que fuera lo que hubiera metido en mi manga, se lo pensaba devolver de inmediato. Y, por supuesto, que ni se le ocurriera volver a besarme, aunque fuera en el cuello y con aquella sutileza... Precisamente de esa forma menos que de ninguna otra. Solo de recordarlo se me encendía la sangre, y no de rabia. Lo que me hacía sentir era algo que no comprendía. No podía decir si me gustaba o por el contrario me repelía.

Pero antes de poder abrir la boca, el portero me cogió con galantería del brazo para posarlo en el suyo, me devolvió mi paraguas y me acompañó a un taxi que parecía estar esperando ya por mí.

—¿Adónde, señorita?

—No estoy segura —confesé desde el asiento trasero, viendo al portero poeta entrar de nuevo en la lonja y cerrar la puerta.

—¿Quiere que la lleve a su casa?

—No. —De pronto me di cuenta de que tenía un deber por encima de cualquier situación surrealista por la que hubiera podido pasar.

Saqué mi móvil del bolsito y llamé a casa. Mi madre supo que quería que me recordara la dirección antes de que se lo preguntara. Y, efectivamente, el número era correcto, pero la calle no.

—A *Madariaga* 67, por favor —indicé al taxista y me despedí de mi madre antes de colgar el teléfono.

Me revolví en el asiento, tratando de tranquilizarme después de lo que acababa de sucederme. ¿Pero qué narices acababa de sucederme? Mis movimientos hicieron sonar algo en mi manga. El ruido de un papel. Metí la mano y saqué un sobre lacrado, lo que deduje que era una carta para la tal Galiana, ya que no tenía destinatario ni remitente, solo las letras *LZ* marcadas con un sello sobre lacre rojo. Podría haberle pedido al conductor que diera la vuelta y devolver aquella carta. Pero Elías me había dicho que podía correr peligro si Armando me encontraba con ese mensaje encima. Y bueno, si en una semana le iba a ver de nuevo, ya se la devolvería, ¿no? Sentí unas extrañas ganas de volver a verlo, casi

acuciantes, y sacudí la cabeza tratando de no pensar en él. Guardé el sobre en mi bolsito y crucé los dedos para que el taxi llegara cuanto antes y no tuviera problemas con mi horrible pero bien pagado trabajo.

En *Madariaga 67* había un bar que a todas luces iba a tener que cerrar por reformas durante un par de semanas. Llegué solo dos minutos más tarde de la hora a la que se suponía que debía recoger a Carolina. Y la muy bruja había decidido que ese día no quería quedarse una hora más. Al contrario. Quería haberse ido antes, y encima yo llegaba dos minutos tarde. Tuve que aguantarla todo el trayecto de vuelta en el metro quejándose por lo aburrida que había sido la fiesta, que ellas ya eran mayores para payasos y magos y que el año siguiente lo que quería era ir a un concierto. ¡Toma ya! A partir de eso, dejé de escucharla y me puse a repasar mentalmente lo que había sucedido.

Lo más reciente era el taxi que había salido de la nada, me había llevado adonde yo había querido y después no me había cobrado ni un céntimo. Al parecer, Elías se hacía cargo. Sí, qué majo. Pero qué sospechoso. Y qué mal rollo cuando se enterara de que yo no era quien él se esperaba y que tenía una carta para Galiana que no iba a recibir, al menos de momento. Luego empecé a pensar en la fiesta. ¿Por qué había bailado conmigo Elías? ¿Solo para poder esconder la carta en mi manga con disimulo? ¿Por qué la gente no había bailado hasta que lo hicimos Elías y yo? ¿Y por qué Elías me había mirado todo el tiempo de aquella manera tan intensa? Y lo más raro de todo. Aquel hombre. Armando. ¿Por qué le molestaba que Elías bailara conmigo? ¿Por qué estaba interesado en si era donante? ¿Y por qué debía temerle?

Demasiadas preguntas y ni una sola respuesta.

De pronto caí. ¡Cielos! Tal vez estuviera metido en asuntos de contrabando de órganos. Había visto algún reportaje sobre el tema en la tele, y era absolutamente escalofriante. Por eso Elías me quería proteger de él y me había apretado el costado para que no dijera nada. ¿Pero a quién había estado esperando él? A nadie que conociera, al menos en persona, porque de ser así no la habría confundido conmigo. ¡Si ni siquiera me había preguntado mi nombre!

Frustrada por no tener más que preguntas, saqué la carta de mi bolsito y la miré a trasluz, tratando de ver algo escrito en el interior, pero el papel era muy grueso y la luz no lo atravesaba. Revisé entonces el sobre, sin remitente ni destinatario, yo no podía hacer nada por hacérsela llegar a aquella mujer. Traté de abrir el

lacre, pero estaba demasiado bien pegado para poder separarlo sin romperlo. Vistas las opciones que me quedaban, o más bien la ausencia de ellas, decidí esperar al sábado para devolverle la carta a Elías y explicarle la terrible confusión en la que habíamos caído. Esperaba que no se enfadara conmigo, al menos no demasiado.

Volví a guardar el sobre en el bolsito y, cuando alcé la vista, vi a un chico rubio que se sentaba frente a Carolina apartar rápidamente sus ojos de mí para mirar por la ventana algo tan interesante como los túneles de hormigón. Vaya, esa noche estaba que me salía. Desde luego ese disfraz tenía más tirón del que había imaginado.

Llegamos a la parada que quedaba más cerca de casa de Carolina, quien cuando volví a prestarle atención, criticaba a Soraya por el mal gusto a la hora de elegir el color de su peluca porque no combinaba con las uñas postizas y el pintalabios. Al parecer, había hecho bien en desconectar mi sentido del oído durante el trayecto. Para cuando por fin la dejé en casa con sus padres, había puesto a caldo a todas sus compañeras.

—Hemos venido en metro y he visto a gente disfrazada de basura —fue la respuesta de Carolina cuando su madre le preguntó qué tal lo había pasado. Valiente resumen después de lo que me había contado a mí.

—¿Has traído a mi hija en metro?

Los ojos de la madre de Carolina me atravesaron como si hubiera llevado a su hija en moto a doscientos por hora y sin casco.

—Es que la pobrecita se ha aburrido un montón en la fiesta —se me ocurrió de repente—. Me ha contado muy triste que ya no le parecían divertidos los magos y los payasos porque ella ya era mayor. Así que me ha parecido que un pequeño trayecto en metro podría resultarle emocionante. Además, así ha podido comprobar que su disfraz era el más bonito de todos.

—Iban disfrazados de basura de verdad —insistió la niña, claramente escandalizada.

Me imaginé que, aunque yo no los había visto porque apenas había mirado a mi alrededor en el metro, se refería a los típicos disfraces modestos pero originales que cualquier niño o adulto ha hecho con una bolsa de basura, limpia, y algunos complementos. Pero claro, en el colegio de Carolina esas cosas no se hacen.

—La próxima vez coged un taxi —fue lo único que me dijo su madre antes de pagarme mi semanada y cerrarme la puerta sin despedirse.

¡Menuda metedura de pata! Me fustigué mentalmente mientras me dirigía al ascensor. Pero por suerte había salido airosa. Estaba tan ida por lo que me había pasado que ni me había dado cuenta de que Carolina no podía viajar en metro. Un sábado a las ocho de la tarde. En fin, no me cabía duda de que sus padres no habían montado nunca si pensaban que era peligroso. O tal vez solo les pareciera poco clasista compartir transporte con gente corriente. A mí ese tipo de cosas me habían empezado a dar lo mismo desde mi primer año como canguro. Y mientras no me despidieran, sus aires de grandeza me traían sin cuidado.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, vi a uno de los vecinos de las plantas superiores, uno que tenía un enorme perro negro llamado Rocky. Me caían bien, el dueño siempre tenía alguna palabra amable para mí y Rocky siempre se interesaba por mis zapatos.

—¿Subes? —me preguntó extrañado.

—No, bajo. —Pero el ascensor no sabía mis intenciones y se habría parado al pulsar yo el botón—. Esperaré.

—Pulsa el botón en cuanto oigas que cierro la puerta. Hay gente abajo y si no te das prisa te lo quitarán —me indicó haciendo a Rocky entrar de nuevo, ya que había salido a olisquearme—. ¡Lo que hay que ver! Que a unos hombretones como esos les dé miedo Rocky, que no ha hecho nada más que olfatearles como saludo. No han querido subir con nosotros.

—Hay gente a la que no le gustan los perros en general —justifiqué yo, aunque no podía entender cómo a alguien podía no gustarle este en concreto, con su lustroso pelo corto negro y aquellos ojos dorados que decían «quiero jugar contigo».

—Ellos se lo pierden. Bonito disfraz —me dijo con una sonrisa sincera mientras se cerraban las puertas, demostrando una vez más que no toda la gente de dinero era igual.

Aproveché para guardar en mi bolsito el salario que acababan de pagarme y que yo aún llevaba en la mano. Me distraje cerrando el enganche que no funcionaba demasiado bien, así que cuando quise darme cuenta, ya habían solicitado el ascensor y este pasaba de largo delante de mis narices. Genial.

Deseosa de llegar a mi casa, decidí no esperar y utilizar las escaleras. Tampoco me iba a morir por bajar diez pisos andando, otra cosa habría sido subirlos. Empecé a bajar y, en cuanto mis zapatos taconearon un par de veces, oí a alguien correr escalera abajo desde el piso inferior. Miré por el hueco de la escalera, que se iba iluminando según quien fuera iba pasando por cada piso, y pude ver una

manga azul y una mano masculina agarrarse al pasamanos mientras bajaba a la carrera. Me aseguré de oír la puerta del portal antes de seguir bajando. Me daba mala espina, tanto por la reacción del supuesto vecino como por aquella prenda azul, ya que me sonaba haberla visto antes en algún sitio, y no hacía demasiado tiempo.

Cuando llegué a la planta baja, alguien me agarró por la cintura y tiró de mí hasta ocultarme entre las sombras que dibujaba en el amplísimo portal la fila de buzones y una maceta con un ficus de más de un metro de altura. Sentí una mano taparme la boca con fuerza justo cuando la puerta del ascensor se abrió y un grupo de cuatro hombres vestidos de negro salió de él. En silencio y moviéndose completamente sincronizados, abrieron la puerta del portal y se marcharon sin percatarse de nuestra presencia. Antes de que la puerta se cerrara del todo, la luz de la calle iluminó tanto la mano masculina que tapaba mi boca como la manga de una chaqueta, una chaqueta de color azul.

—Voy a soltarte, pero si gritas tendré que amordazarte. ¿Entendido?

Sacudí la cabeza afirmativamente y me liberó. Me giré y retrocedí dos pasos.

—¿Quién eres? —pregunté, pero en cuanto le vi la cara lo supe. Era el chico rubio que me había estado mirando en el metro.

—Ahora mismo, tu único seguro de vida. Ven conmigo. Tienes que darnos muchas explicaciones.

¿Darnos? ¿A él y a quién más? Daba igual, porque no estaba dispuesta a irme con un desconocido.

—Perdona, pero creo que las explicaciones me las tienes que dar tú a mí.

—Eso es discutible.

—Oh, me encanta discutir. —Y lo iba a hacer si no me dejaba en paz y si no dejaba de mirarme de arriba abajo en la penumbra como tratando de averiguar algo de mí solo por mi aspecto.

—No tenemos tiempo. Los sicarios de Armando te están siguiendo. Te libraste de ellos al entrar en el metro, pero tenían controladas todas las salidas y estos cuatro te estaban esperando fuera. Tenemos que ponerte a salvo.

Algo se retorció en mi estómago.

—¿Conoces a Armando?

—Demasiado bien.

—¿Y a Elías?

Su gesto se endureció y se acercó hasta estar completamente pegado a mí.

—Lo que me sorprende es que los conozcas tú.

Sin previo aviso, me cogió por las muñecas y las inspeccionó, subiendo mis mangas hasta los codos. Luego me miró el cuello, incluso bajó un poco la tela de mi vestido hasta la clavícula. Cuando me subió las faldas y miró descaradamente mis muslos, girándolos para mirar la cara interna, le ataqué con mi paraguas — que por fin me iba a resultar útil ya que al final no había llovido nada— pero él lo esquivó muy ágilmente y después me lo arrancó de la mano.

—¡Eh! —protesté, por todo en general.

—¿Eres una donante? —me preguntó enfurecido, amenazándome con el paraguas. ¡No se atrevería!

—¡Qué manía le ha dado a todo el mundo con eso de los donantes! ¿Qué más da? ¿O es que vais a traficar con mis órganos?

El paraguas hizo amago de caerse de su mano, pero él estuvo rápido de nuevo y lo cogió al vuelo. Apoyó las dos manos en él y se inclinó hacia mí con los ojos entrecerrados.

—No donante de órganos, estúpida. Donante de sangre.

Lo mismo daba. Aquello no tenía sentido. ¡Y encima me insultaba! Si hubiera podido recuperar mi paraguas se lo habría estampado en su cara dura. Pero estaba en desventaja, así que cedí a responder a sus absurdas preguntas.

—Desde el mes pasado voy a donar sangre al autobús que aparca delante del ambulatorio.

Oí un crujido, posiblemente era el paraguas rompiéndose bajo sus manos, por lo que me dije que la respuesta no le había gustado.

—¿Me estás tomando el pelo o es que realmente no tienes ni idea de dónde te has metido?

—No te estoy tomando el pelo. —Me froté las sienes. Me empezaba a doler la cabeza. Quería acabar con aquello, así que le conté lo que había desencadenado todo—. Y hoy me he colado en una fiesta que no era a la que debía ir. Me he equivocado de dirección.

—¿Y cómo te han dejado entrar? —preguntó enseguida, lo que me resultó muy sospechoso—. ¿Cómo sabías la contraseña?

—¿Contraseña? —Así que eso era...—. Oh, bueno, por un poema de Edgar Allan Poe. Los conozco todos. El hombre que me abrió la puerta comenzó a recitar uno y yo lo continué. Así me dejó entrar.

—Increíble. —Sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco—. ¿Qué pasó ahí dentro?

¿Por qué tendría que contárselo a él? Era una pregunta más para la que no tenía

respuesta. Pero por lo menos él parecía tener más información que yo, así que pensé que si le contaba algunas cosas, él podría contarme otras a mí.

—Elías me debió de confundir con otra persona. La mensajera. Y...

—Y te dio un mensaje —concluyó él—. La carta que sacaste en el metro. Dámela.

Eché mano a mi bolso pero yo tiré de él y lo escondí tras mi espalda.

—De eso nada. Primero dime quién eres tú.

Resopló. Lo hizo con tanta fuerza que hizo eco en las paredes del portal. No hacía falta tener muchas luces para darse cuenta de que la paciencia no era una de sus virtudes, pero por algún motivo que no alcanzaba a entender, no despertaba en mí temor alguno.

—Ahora mismo soy la única persona en la que puedes confiar si quieres seguir viva.

—¿Me estás amenazando?

—No. Te estoy advirtiéndote que más te vale tener aún el mensaje o no podré ayudarte. No porque no quiera, sino porque no sabré cómo hacerlo. —Esta vez su rostro se dulcificó, como si realmente le preocupara no ser capaz de ayudarme—. Ese mensaje es la clave de todo.

—¿Y qué si lo tuviera?

No había admitido tenerlo aún, pero él lo supo y eso pareció tranquilizarlo lo suficiente como para permitirse tocarme el brazo con gesto amistoso. No me fié.

—Podríamos adelantarnos a los planes de los vampiros. Tal vez así podría evitar que te desangren.

Me atraganté y la pregunta tardó en salir de mis labios más de lo que tenía previsto.

—¿Vampiros?

—Sí, bonita. —Ahora me hablaba en un tono condescendiente que me irritó sobremanera, tanto como para pensar que, además de los delirios que le hacían decir semejante disparate, iba a tener un buen dolor de cabeza en cuanto recuperara mi paraguas—. Te has metido en medio de una disputa de poder entre dos clanes vampiros. Y tienes frente a ti a uno de los Conciliadores que pretende evitar una guerra que salpique a los humanos.

«Cómo sacarla de mi cabeza, cuando todo mi cuerpo respira su esencia».



«Yo no era yo, apenas era un reflejo de lo que me rodeaba.
Quería lo que no amaba, amaba lo que detestaba. Tenía miedo.
Escogí el camino equivocado y todos sufrimos por ello. La vida me dio una segunda oportunidad y la arrojé a la basura. Mi alma se deshizo en sangre.
Merezco el dolor, lo acojo.
Siempre he ido por la vida haciendo mi voluntad, nada me importa más que ser feliz día a día.
Pero ella fue capaz de volverme loco, de dar la vuelta a mis principios y mover mis cimientos.

Fui un insensato jugando a ser héroe, la puse en peligro, provoqué a los demonios, y me moví al límite de lo prohibido.

No acepto el dolor, lo combato».

Dos fuerzas contrarias se desatan en el pequeño pueblo de Wellstone, chocando entre sí apoyadas por la ira y la costumbre.

Candy no está preparada para luchar.

Byron nació con los puños en alto.

Se desean.

Se aman.

Se hieren.

El destino está jugando con ellos y solo pueden apostar y descubrir sus cartas... O no.

Bela Marbel nace en Benalúa de Guadix, Granada, en la década de los setenta. En la actualidad, reside en Alicante con su marido y dos gatos persas, con los que comparte su vida desde hace casi veinte años. Es coach, dietista y auxiliar de enfermería en una clínica de reproducción y en un centro de acogida de niños y ancianos. En su tiempo libre, colabora con la ONG Intermon Oxfam. Su pasión por los libros la lleva escribir sus propias historias desde edad muy temprana. Tras descubrir la literatura romántica, rápidamente se ve atrapada por el género.

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2018, Bela Marbel

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-925-6

Composición digital: Mandala Estudio

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Te tengo en mi piel

Prólogo

Primera parte

Rota

Miedos

Venganza

Dejarlo o amarlo

Encuentros

Fuerzas opuestas

Polillas

Lo que hacen las polillas

La loba celta

Una y otra vez

Acercarse a la luz

Renacer o morir

Y vuelta a empezar

Decisiones

El final

Renacer

Segunda parte

Infierno tuyo

Infierno mío

Otra vida

El momento más triste

Dos vidas en un instante

Candy

Byron

Ángel

En otro lugar en el mismo momento

Un nosotros

El desenlace

La noche en que todo pasó

Salvación

Por fin juntos

Agradecimientos

Próximamente

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Bela Marbel

Créditos